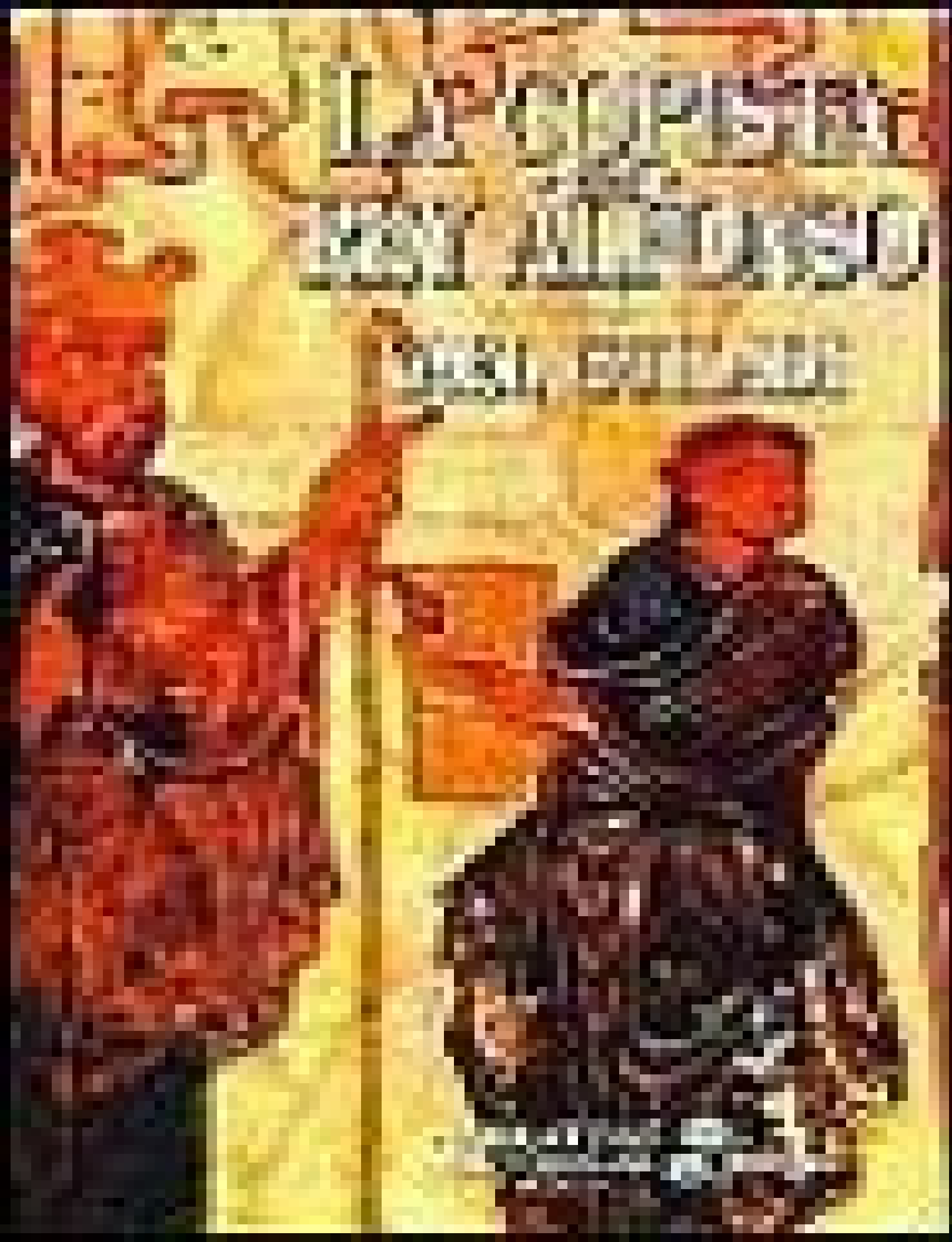




LA COPISTA DEL REY ALFONSO

Yael Guiladi

Planeta de Agostini

OceanofPDF.com

Colección Novela Histórica de la Edad Media

Director editorial: Virgilio Ortega

Coordinación: Pilar Mora

Diseño cubierta: Hans Romberg

Realización gráfica: Jordi Royo

Título original: *The Copyist of King Alfonso*

Traducción: Manuel Pereira

© 1998, Yael Guiladi

© 1998, de la traducción: Manuel Pereira

© 1998, Edhasa

© de esta edición

Editorial Planeta-DeAgostini, S.A., 1999

Aribau, 185. 08021 Barcelona

www.planetadeagostini.es

ISBN: 84-395-8258-7

Depósito legal: B. 43.494-1999

Imprime: Cayfosa, Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Distribuye: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A.

Carretera de Irún, km 13,350

variante Fuencarral — 28034 Madrid

Printed in Spain — Impreso en España

OceanofPDF.com

*Para Henrietta
In memoriam*

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento a la profesora Aviva Doron, directora del Centro de Estudios Hispano Hebreos en la Escuela Universitaria Levinsky de Tel Aviv, por facilitarme las actas del Segundo Congreso Internacional, celebrado en esa ciudad en junio de 1994, con el título *El Mundo Cultural Judío en la España Alfonsí*. Y también por sus valiosas investigaciones sobre la poesía hebrea en la España del siglo XIII, que me sirvieron para complementar aquellas disertaciones.

Asimismo, estoy en deuda con la señora Rivka Piesser, bibliotecaria del Departamento de Manuscritos y Archivos de la Biblioteca Nacional y Universitaria de Jerusalén, por permitirme consultar los manuscritos del siglo XIII, indicándome las publicaciones relacionadas con ellos.

Por último, quisiera dar las gracias a mi amiga de toda la vida, la señora Leslie Elyasoff, por su ayuda en la corrección del original.

OceanofPDF.com

I

El maestro Luis se santiguó de prisa, respiró profundamente y, antes de entrar en la cámara del rey, se secó las manos, sudorosas de aprensión, frotándolas en la vistosa túnica listada. Sabía de antemano que la entrevista iba a ser conflictiva. La cacería prevista para esa mañana, cuyos preparativos fueron exhaustivos, se había suspendido a última hora. Al parecer, el árabe Sa'id, el experto halconero mayor, tenía fiebre y estaba débil, así que el rey se opuso tenazmente a confiarle sus preciosos pájaros a nadie y, en un acceso de cólera, decidió cancelar la partida de caza.

Eso bastaba para poner de mal humor al rey Alfonso, pero su sufrido notario ya estaba acostumbrado. Otra era la causa de sus temores. En un acto de imprudencia, había pensado que mientras Alfonso estuviera ausente de Sevilla —unos quince días—, podría resolver las dificultades surgidas en el repartimiento de los lotes de tierra concedidos a los nobles. Difícilmente podía haber previsto tan inoportuno contratiempo y, de resultas, ahora el monarca lo llamaba a dar cuenta sin que los documentos estuvieran a punto para la firma real.

Cuando entró en sus habitaciones privadas, encontró a Alfonso X —indiscutible soberano de Castilla y León— hundido en un sillón de madera, acodado en la intrincada talla del curvado brazo, con la mohína barbilla apoyada en la palma de la mano. La cicatriz debajo de su rubia ceja izquierda enrojeció de ira, temible señal de mal genio, mientras un menudo y pulcro pie, calzado con delicada piel de gama, golpeaba el suelo lenta y uniformemente con ritmo desalentador.

—¡Conque vienes con las manos vacías, maestro Luis!

—Me temo que así es, majestad. El registro de las heredades correspondientes a los doscientos caballeros y nobles designados por vos aún no está terminado.

—¿Y por qué no? Bastante tiempo te he concedido, ¿no?

—No es un problema de tiempo, majestad.

—Y entonces, ¿cuál es el problema?

—La escasez de agrimensores hábiles aquí, en Sevilla, majestad. Los mejores, que eran los árabes, se marcharon ya en tiempos de vuestro padre,

el rey Fernando, inmediatamente después de la reconquista. Por nuestra parte, hemos dado pruebas de una irremediable ineptitud para repartir los olivares, los viñedos, las tierras de regadío y los trigales en las proporciones indicadas por vos.

—Lo que equivale a decir que sin los árabes somos incapaces de medir y distribuir las tierras que les hemos conquistado —dijo bruscamente Alfonso, taconeando aceleradamente mientras su pecosa cara enrojecía de frustración.

—No, señor. La situación no es tan desesperada. Estoy a punto de hallar la solución del problema. En cuanto advertí dónde radicaba la dificultad, hice minuciosas pesquisas para averiguar cómo resolvieron el asunto en el reino de vuestro suegro, en Aragón. Por suerte para nosotros, descubrí que el tratado de geometría exigido para llevar a cabo el censo de las tierras, lo escribió hace años un erudito judío de Barcelona, un tal Abraham bar Hiy-ya, creo. Se trata de un estudio redactado en hebreo y basado, al parecer, en textos árabes. En cuanto corrió el rumor de su existencia, un italiano llamado Platón de Tívoli viajó apresuradamente a Barcelona y, junto con Abraham, tradujo la obra al latín, de modo que se divulgó en toda Europa. Ahora tengo una copia de ese manuscrito en latín, lista para ser enviada con nuestros agrimensores al monasterio cisterciense de la isla de Tambo y ordenar a los monjes, que saben árabe y latín, que les expliquen exactamente cómo deben proceder.

—Maestre Luis, si no te conociera mejor pensaría que no estás en tus cabales. ¿Qué sentido tendría haber fundado el *Estudio General* ^[1] aquí mismo, en Sevilla, si ahora tenemos que enviar a nuestros agrimensores hasta la remota isla de Tambo, frente a la costa gallega, con un ejemplar en latín de una obra originalmente escrita en hebreo, basada en principios árabes, para que sea descifrada por unos monjes que evitan cualquier contacto con el mundo exterior? Eso sería como si llevaras tu mano derecha por detrás de la nuca para rascarte la oreja izquierda. Lo único que necesitamos es encontrar el manuscrito original árabe, recurrir a uno de los maestros árabes de nuestra nueva escuela, y que les explique su contenido a los agrimensores en cristiano, en llano romance. ¿No se te ocurrió una solución tan obvia como ésta, maestre Luis?

—Me pasó por la cabeza, majestad, pero me temo que en nuestro pobre castellano no existen los términos apropiados.

—¡Si no existen, los inventaremos! No sólo porque carezcamos de palabras vamos a vernos privados de la pericia y la sabiduría que los árabes han acumulado en tierras de España durante todos estos años.

De repente el pie cesó de taconear. Impulsado por la acción, Alfonso se puso en pie de un salto. Sus brillantes ojos azules llamearon con las chispas de una visión interior, todo su ser vibró con creadora energía y empezó a dar vueltas por la habitación ágilmente, pasándose una mano por la rubia cabellera bastante larga mientras hablaba:

—¿Dices que el tratado usado en Aragón estaba escrito en hebreo? Entonces debemos tratar este asunto inmediatamente con don Mosca. Él sabrá dónde encontrar una copia en esa lengua y recurrirá a algún judío experto en matemáticas para que ayude a nuestros traductores en caso de necesidad.

—Enseguida iré a ver al ayudante de don Mosca para preguntarle dónde puedo encontrarlo.

—No es necesario. Sé dónde está. Esta mañana lo mandé a que reconociera a Sa'id. Envíale un mensajero con instrucciones para que se encuentre con nosotros en el Estudio General.

—¿Quién os acompañará, majestad?

—¡Pero, hombre, por supuesto que tú! Y trae el tratado en latín.

* * *

Salah hacía lo imposible por volverse invisible. Rara vez levantaba los ojos para mirar de frente, pues confiaba en que si no miraba al mundo, el mundo tampoco lo miraría a él o, por lo menos, lo ignoraría. Y, en efecto, el mundo casi nunca le hacía caso. Durante el año que duró el asedio a la ciudad, sobrevivió pasando inadvertido, arrinconado entre las herramientas y los sacos de su destartada cabaña de jardinero de donde al fin salió, hambriento pero ileso. Para su asombro, lo que siempre consideró como su señorío, ya que lo había cultivado cariñosamente toda su vida, había sobrevivido casi tan intacto como él. Tan impaciente estaba la caballería del rey Fernando por acometer victoriosamente las puertas de la derrotada ciudad, capital residual de la España almohade, que pasaron a galope tendido por el principesco vergel de extramuros ignorándolo de la misma manera que habían ignorado a Salah.

Tuvo suerte, pues el joven príncipe Alfonso se quedó prendado del jardín y del pabellón que se alzaba en medio de tanto frescor. Cuando lo visitó por primera vez y ordenó que lo preservaran, no preguntó por aquel jardinero esbelto como un junco que acariciaba delicadamente sus vástagos y pimpollos mientras les susurraba; simplemente se limitó a dar instrucciones para que lo contrataran y siguieran pagándole igual que antes.

En primavera y en las noches de verano, a la cabaña de Salah llegaba el ruido procedente del pabellón donde tenían lugar las fiestas del príncipe y las juergas con sus animados y jóvenes caballeros. Y a veces oía el eco de una risa de mujer mientras Alfonso paseaba con alguna beldad que él imaginaba tan etérea como la luna, bajando por las veredas perfumadas de azahar y jazmín que discurrían entre las fuentes de «su» jardín de crucero. [

2.] «Suyo» no sólo por la atención que le dedicaba, sino porque era una herencia de sus predecesores árabes quienes, con arte consumado, lo habían plantado debajo del nivel de los senderos, de suerte que las hojas y las flores pudieran acariciar las babuchas de los califas y de sus séquitos al pasar. Pero ahora que Alfonso era rey, las cosas habían cambiado. El pabellón se había transformado en una escuela y, en vez de amantes, eran estudiantes quienes paseaban por las sendas, entre los macizos que él plantó hasta formar una deslumbrante alfombra de lirios, rosas, amapolas y narcisos para deleite de sus sentidos.

Esa mañana, como de costumbre, Salah no levantó los ojos cuando oyó piafar a los caballos y hablar a los hombres que echaban pie a tierra a la entrada del jardín. Pero al vislumbrar la calidad de los borceguíes, de refinado cordobán y blandísima piel de gama, que pasaban por el camino que estaba encima de él, adivinó que eran el rey y sus allegados en una visita de inspección al Estudio General.

Don Mosca ya estaba allí, inclinándose con redoblado servilismo para darle la bienvenida a su soberano. Todos entraron en el blanco pabellón octogonal, con don Mosca a prudente distancia, al igual que los demás cortesanos, quienes debían mantenerse alejados de su pequeño y macizo rey para atenuar la enorme diferencia de estatura que había entre ellos y el monarca. Mientras el rey recorría las hileras de estudiantes aplicadamente inclinados sobre las caligrafías arábigas, hizo señas a su médico judío para que se acercara, y le explicó sucintamente la índole de la tarea que tanto urgía.

—Con el mayor de los respetos, majestad —respondió don Mosca en tono bajo y confidencial—, no creo que ninguno de los maestros que están aquí posea los conocimientos matemáticos indispensables para llevar a cabo ese trabajo. El hombre que necesitamos es el rabí Zag. Es nuestro gran experto en cuestiones científicas, y domina tanto el hebreo como el árabe. También es un verdadero mago inventando vocablos en castellano.

—Entonces me fío de ti, y te encomiendo que él y el maestro Luis trabajen juntos aquí para resolver este problema con la mayor brevedad posible.

—Así se hará, majestad.

—Maestro Luis, tienes permiso para retirarte, pero nunca vuelvas a presentarte ante mí con esa vestimenta. Es impropia de tu cargo.

El notario hizo una reverencia y se alejó a toda prisa experimentando un inmenso alivio, pues lo habían dejado escapar sólo con una amonestación de sastre. Pensaba que Alfonso apreciaría un toque de fantasía moruna en su vestuario, pero no... ¡Cuán imprevisible era su soberano!

Tras unas breves palabras de agradecimiento al enturbantado profesor que, aterrado por la visita del rey, casi se había esfumado entre sus alumnos, Alfonso siguió con su médico por debajo de una arquería adornada con una suerte de delicados espaldares primorosamente estucados a guisa de telaraña, que se prolongaba alrededor del espacio central del pabellón, separándolo del área exterior que en otro tiempo era una especie de galería techada para pasear. Allí, a la tamizada luz de las ventanas protegidas por tracerías de encaje de yeso, estaban sentados los estudiantes más aventajados, trabajando en sus primeros intentos de traducción del árabe al castellano.

—Y ahora, don Mosca —dijo Alfonso en tono más íntimo mientras paseaban alrededor del elevado, iluminado y ventilado lugar—, mis dolores de cabeza no se alivian. Ni tus fricciones con agua de rosas, ni los masajes en mis sienes, ni tampoco las espantosas sangrías detrás de las orejas han tenido el más mínimo resultado. Es indecoroso que el soberano de Castilla y León se vea indispuesto con tanta frecuencia. Si esto sigue así, tanto mis levantiscos nobles como mis más humildes súbditos me perderán el respeto.

Pensativo pero congraciándose, don Mosca escogió sus palabras cuidadosamente:

—Señor, quizás en gran medida esa molestia se deba a una combinación de factores ordinarios, es decir, a un estilo de vida que no concuerda con las arduas obligaciones que corresponden a su majestad, un monarca de vasta visión y gran estatura. Hace unos cincuenta años, nuestro gran filósofo y médico Moisés Maimónides prescribió un régimen especial de salud para al-Malik al-Afdhal, el primogénito de Saladino el Grande de Egipto. Os lo recomiendo afectuosamente como una guía útil a seguir en vuestra vida cotidiana.

—Supongo que esa guía está escrita en hebreo y en árabe, igual que los demás tesoros de sabiduría que vosotros, los judíos, habéis acumulado —comentó Alfonso algo irritado.

—Así es, majestad.

—Entonces hay que traducirlo al castellano enseguida. Cualquiera que sea el precio, lo pagaré generosamente.

—Me encargaré de eso inmediatamente, majestad.

Los dos hombres estaban a punto de salir del pabellón por una pequeña puerta de madera ricamente tallada que daba al jardín, cuando súbitamente el rey se detuvo. Reteniendo a don Mosca por un brazo, le preguntó:

—¿Es una mujer la que está allí sentada, al pie de la ventana?

—Ciertamente, majestad. Es Beatriz, la hija de don Samuel, de bienaventurada memoria.

—¿No fue uno de los que nos fueron tan útiles en la organización del Estudio?

—El mismo.

—¿Y qué hace ella aquí?

—Cuando se inauguró esta escuela nos ayudó corrigiendo la caligrafía de los estudiantes, pero ahora que tenemos todos los maestros que necesitamos es más útil copiando los manuscritos árabes. Su padre le proporcionó una esmerada educación.

—Eso parece. Desde luego, está casada... ¿no?

—Con Benito Saboca, un ayudante del aduanero del puerto. Pero los tiempos que corren son duros, por eso ella redondea su caudal dándole un buen uso a su educación.

—¡Qué interesante! —susurró Alfonso sin dejar de contemplar la tenue silueta inclinada sobre una pequeña mesa de caballete al pie de la ventana.

—Pero no te dejo atender a tus pacientes, don Mosca, y tampoco te dejo encontrar al rabí Zag. Ahora puedes regresar a la ciudad. Me gustaría quedarme un rato meditando en el jardín que tanto me place.

Cuando don Mosca se fue, el rey Alfonso se acercó a Beatriz por detrás, sin hacer ruido. Asomándose para mirar por encima de su hombro, tan delgado que podían verse los huesos a través de la tela del discreto vestido, dijo:

—Vuestra caligrafía es exquisita, doña Beatriz.

Sacada de su abstracción, sobresaltada, Beatriz levantó la cabeza y se volvió para mirar a su interlocutor. Al instante lo reconoció, se puso en pie y, admirablemente tranquila, se inclinó en señal de respeto:

—Humildemente os doy las gracias por ese elogio tan generoso.

Asombrado al verla tan dueña de sí, Alfonso le hizo un gesto para que levantara la cabeza y entonces la sometió a un riguroso examen. Lenta y deliberadamente, su inexpresiva mirada iba de aquel pelo castaño a la despejada frente, desde sus relucientes ojos en forma de aceitunas a la nariz puntiaguda, a las enjutas y cetrinas mejillas, hasta llegar a la boca, cuyos labios juzgó un poquito finos. Antes de descender al resto del delgado cuerpo de la mujer, la mirada fija del rey se detuvo un momento en la hendidura que adornaba su estrecho y anguloso mentón. Por último, sus ojos recorrieron las largas manos huesudas y las delicadas yemas cuadradas de sus dedos, en los que no detectó ni la más mínima mancha de tinta. Podría tener muy buen pulso, pero definitivamente no era bella. Y, no obstante, allí vibraba el talento, en aquellas pupilas que iluminaban su rostro con una viveza, cierta expresividad, que desviaba la atención de su falta de atractivos. «Extraña fisonomía», pensó mientras le preguntaba:

—Doña Beatriz, ¿supongo que escribís tan diestramente en castellano como en árabe?

—Quizá más, majestad. Indudablemente soy más rápida en los trabajos menos exigentes.

—¿Y en gallego?

—No conozco esa lengua.

—Sin embargo, es el idioma de nuestros trovadores y sois una mujer con alguna ilustración.

—Siento mucho no haber tenido ocasión de aprenderlo.

—No son muchos los que la han tenido aquí, en Andalucía. Pero tratándose de una persona con vuestra experiencia, a buen seguro podríais

copiar un manuscrito en esa lengua que fuera legible.

—Sin duda, pero sin una cabal comprensión de su significado, no podría garantizar que mi copia estuviera exenta de errores.

—¿Y suponiendo que el autor de la obra en persona os ayudara?

—Eso sería para mí un privilegio y un placer poco comunes —contestó Beatriz cuyas pupilas destellaron desafiantes ante esa perspectiva—, y una espléndida ocasión para aprender de un maestro.

—El poeta está delante de vos.

Alfonso miró de hito en hito a Beatriz creyendo que tal revelación alteraría su ánimo, su confianza en sí misma. Pero ella permaneció a pie firme, y sólo una efímera dilatación en el fulgor de sus ojos manifestó cierta sorpresa:

—Me siento profundamente honrada por la confianza que su majestad deposita en mí. Haré todo lo posible para ser digna de ella.

—No creo que sea algo fuera de lugar —contestó Alfonso dejando brillar, por un momento, un indicio de ardor en el sereno azul de sus ojos para atenuar la imponente tesitura de su voz—. Al final del jardín, apartado entre los parrales y los árboles frutales, hay un pequeño pabellón, una copia de éste a escala reducida. Allí, solo, suelo escribir mis versos los domingos, después de asistir a la misa del alba. Id allí el próximo domingo a las nueve de la mañana, y empezaremos.

Dicho esto, Alfonso dio abruptamente media vuelta y se dirigió a la puerta que daba al jardín, donde desapareció. Contemplándolo fija y estúpidamente, los estudiantes lo vieron alejarse, y luego, cuando se perdió de vista, miraron a Beatriz con una mezcla de curiosidad y envidia.

Abrumada por el encuentro con el rey, Beatriz casi no transcribió nada durante el resto del día. Pero a medida que su inicial y espontánea alacridad se iba sosegando, intentó valorar la situación con más serenidad. Una pregunta la agujoneaba: ¿por qué entre todos los escribientes, calígrafos y copistas de Sevilla, muchos de los cuales la superaban en méritos, la había escogido a ella, una mujer, casada y judía? ¿Había venido el rey al Estudio especialmente para buscarla a ella o actuaba a merced de uno de esos repentinos caprichos por los que era tan conocido? Sea como fuere, y aunque no podía dejar de sentirse halagada por su interés, tampoco podía pasar por alto su recelo acerca de la índole, o la causa, de esa preferencia. Cuando era un joven príncipe, Alfonso era famoso por sus escapadas amorosas, y aunque solía decir que había cambiado desde que empuñó el

cetro, al morir su padre hacía muy poco, exactamente en 1252, parecía improbable que su natural inclinación se hubiera modificado radicalmente. Aquella fugaz chispa de admiración que ardió en su mirada no se le iba del recuerdo. Esa era una expresión que, por intuición, ninguna mujer podía ignorar. Sin embargo, ella sabía que no era una preciosidad. Estaba lejos de serlo. ¿Qué era, pues, lo que tanto le atraía? ¿Su inteligencia? ¿Su evidente deseo de aprender? ¿O acaso su condición de judía, algo que aún él no había saboreado, prometía ser una culminante experiencia para aquel tolerante monarca cristiano?

Su entusiasmo ante las perspectivas desplegadas por el rey disminuyó poco a poco. Sin ambición, pero en extremo perceptiva, a diferencia de las ignorantes mariposas nocturnas, siempre había pensado que era peligroso acercarse demasiado al lustre letal de los grandes y poderosos. En esas altas y brillantes esferas, no hay compasión para con el débil. Sin embargo, ¡cuántas mujeres, tanto de ilustre como de humilde cuna, estarían dispuestas a darlo todo con tal de ocupar su lugar en el pabellón real, el domingo por la mañana! Y ella, ¡cuánto más no daría ella, de buena gana, para que lo ocuparan!

«Si al menos pudiera contárselo todo a mi Benito», suspiró mientras la luz del sol languidecía. Empezó a limpiar sus plumas siguiendo un ritual orden jerárquico: primero la que usaba todos los días, la de ganso; luego la de cisne, de gran calidad; y por último, la de corneja, incomparable por la finura de las líneas que trazaba. Maquinalmente cerró los tinteros con tapones de corcho y los alineó pulcramente, dispuestos para el siguiente día. Ya bastante desdichado era Benito ahora que ella trabajaba, no por placer, sino por pura necesidad. Y guardándose de los celos que estropeaban su, por lo demás, dócil carácter; no le pareció que hubiera motivos para despertar en su esposo una duda cuyo único fundamento residía, hasta ahora, en su íntima e instintiva aprensión.

II

Rígida e inmóvil, Beatriz permanecía en el frío y terso banco de mármol. Sólo sus ojos se movían, intensos, rápidos, alertas, siguiendo a Alfonso, que andaba a trancos alrededor del pequeño pabellón. Aquellas ágiles zancadas contrastaban con su estampa pequeña, pero maciza. De pronto, las pupilas azules del rey fulguraron exaltadas, y habló, habló, habló... dejándose arrastrar por el desordenado flujo de sus ideas:

—No hay un lugar más indicado para meditar sobre la composición poética que esta pequeña edificación tan íntimamente proporcionada, tan delicadamente engalanada: sublime octágono arrebujaado con este afelpado manto de seculares parras siempre renaciendo en su feracidad. Hay que admitirlo, esos principescos árabes, tan elegantes y refinados, saben convertir la vida en una fuente de placer estético. Nunca podré perdonarles a nuestros guerreros que, llevados de un celo excesivo y en medio del frenesí de la victoria, destruyeran tantas de sus hermosas construcciones. La Giralda también se habría perdido para siempre si yo no hubiera intervenido a tiempo. Mis súbditos parecían tener una sola idea en sus palurdas cabezas: erradicar hasta el último vestigio de la presencia árabe en nuestra tierra. Pero yo dije ¡no! Una y mil veces dije ¡no! Tenemos que incorporar en nuestros edificios todo lo que resulta agradable en los suyos, asimilar de su cultura todo cuanto falta en la nuestra. ¡Eso forma parte de mi plan general! —afirmó parándose frente a Beatriz, traspasándola fugazmente con la mirada para enseguida reanudar su tenso y emocionado discurrir—: Tenemos que servirnos de todas las fuentes de creación que hay en mi reino para enriquecerlo. Ningún monarca de la cristiandad dispone de semejante caudal de sabiduría, todo un tesoro de conocimientos capaces de configurar esa alhaja del espíritu cuyo esplendor irradiará más allá de las fronteras de mi reino. Con una juiciosa combinación de Oriente y Occidente nos convertiremos en una gran nación, una potencia que todos en Europa envidiarán.

De nuevo, Alfonso se detuvo bruscamente y se volvió para mirar a la copista. Plantándose delante de ella, más que preguntar, le ordenó:

—¿Sois capaz de concebir todo eso?

—Puedo imaginármelo.

—Sabía que podríais. Por esa razón os he escogido como mi ayudante personal, mi confidenta, si queréis. Desde que os vi, supe que poseíais la capacidad necesaria para comprender mis visiones. Pocos de los que me rodean pueden hacerlo. Mis caballeros y barones sólo están preocupados por la cantidad de tierra que les otorgaré, lo cual consideran una insignificante compensación que no los resarce de la pérdida de su tradicional forma de enriquecimiento: el botín que obtenían en sus batallas contra los moros. Como sabéis, la tierra hay que cultivarla, y eso es algo que no consideran a la altura de su dignidad. No tienen ni la menor idea de la gran misión que me incumbe realizar, y por eso me corresponde a mí ejecutarla: incorporar, asimilar y aprovechar, a la mayor gloria del reino, todo lo que la cultura morisca puede ofrecernos, con vosotros, los judíos, como ejemplares intermediarios. Pero me aparto del asunto en cuestión, me pongo a pensar en mis poemas, que también forman parte de mi ambición: demostrarle a todos que podemos crear una poesía capaz de rivalizar con la mejor del orbe cristiano.

Arrastrado por el ímpetu visceral de su entusiasmo, Alfonso reanudó su deambular en medio del fervor desenfrenado de sus ideas:

—¡En verdad lo que concibo es un vasto conjunto de poemas, mejor dicho, de cantigas, para ser musicadas! ¡Ya veo los grandes volúmenes!- exclamó con un amplio ademán y el rostro encendido por la fiebre de la creación—. Las páginas serán dos veces más grandes que las de un códice normal, y algunas de sus hojas estarán divididas en seis partes, iluminadas con las miniaturas más primorosas que jamás se hayan visto, precedida cada una por un texto relatando la historia del milagro que ilustran. Como tonalidad dominante, el manuscrito tendrá mis colores favoritos, el azul y el rojo, todo espléndidamente salpicado de oro molido, y la caligrafía estará a tono con las tintas. Los versos estarán dedicados a un tema común a toda la cristiandad: la infinita misericordia de Nuestra Señora, la Virgen María, cuyo trovador seré yo.

De nuevo Alfonso interrumpió el monólogo para volverse a su confidenta:

—¿Os disgusta ese tema?

—Soy copista de profesión, majestad. No me corresponde a mí juzgar las obras que copio; mucho menos creer en ellas.

—Quizá mis poemas os convenzan —respondió Alfonso con una sutil sonrisa que Beatriz no le devolvió—. Con razón os preguntaréis por qué, en vez de elegir a cualquiera de mis muchos escribientes cristianos, os he escogido para ayudarme en este empeño. La respuesta es muy simple. Desde mi cancillería podrían difundirse murmuraciones afirmando que dedico más tiempo, más atención y más dinero del que debiera a mi creación literaria, ya que para mí es más importante que nuestras campañas militares contra los moros. ¡Ni que decir tiene con qué malos ojos mirarían eso mis belicosos barones! Pero tomando en cuenta que ni blandís una espada ni pertenecéis a la corte, vuestra discreción está garantizada —concluyó el rey, clavando en ella una severa y penetrante mirada.

—Por supuesto, majestad.

—Entonces, empecemos —dijo Alfonso recogiendo del banco un delgado rollo de flexible cordobán granate estampado con orlas de oro. Tras desatar el dorado lazo que lo ceñía, extrajo de su interior una delicada hoja de vitela, y se inclinó para extenderla cuidadosamente sobre la superficie de mármol. Observándolo atentamente, Beatriz contuvo una exclamación de estupor al ver las pocas líneas escritas en el centro de la satinada lámina, tan suave que sólo podía haber sido confeccionada con la piel de un cabrito nonato. Un desperdicio tan flagrante atentaba contra el principio fundamental de los copistas: economizar la suntuosa vitela, comprimiendo al máximo la escritura en cada verso del poema. Pero Alfonso no era copista, sino rey. Su letra era limpia, rotunda, amplia, aunque no estrictamente regular, y los renglones se torcían sesgadamente, pues, en su condición de autor, desdeñaba tirar rayas rectas en la hoja como habría hecho cualquier calígrafo.

—El gallego es mi lengua materna —comentó Alfonso cogiendo la hoja con la punta de los dedos, con la elegancia y la altivez de un artista que acaricia su creación—; pasé gran parte de mi niñez en esa región, al cuidado de un tutor que poseía fincas allí, y cuando yo componía rimas, surgían instintivamente de mi inspiración en ese idioma. Es un dialecto tierno y amable al oído, lengua poética por antonomasia. Mirad, esta cantiga narra el milagro que hizo la Virgen con un pastor cerca de Carrión de los Condes. Se le habían perdido las ovejas y, mientras las buscaba, su esposa le rogó a Nuestra Señora que las protegiera de los lobos. Cuando el pastor encontró a su rebaño, los lobos estaban guardándolo como si fueran perros ovejeros. Ahora, pasemos al poema propiamente dicho.

Amorosamente, Alfonso volvió a introducir la hoja de vitela en su funda de piel y la dejó en el banco. Entonces sacó un pliego de la escarcela con borlas doradas que pendía de su enjoyado cinturón. Era un pergamino ordinario donde había transcrito los versos. El rey y su copista se inclinaron aplicadamente. Con infinito esmero y paciencia, Alfonso leyó el poema junto con Beatriz, explicándole las palabras y los giros que ella no conocía. Antes de llegar a la mitad del poema, la rapidez con que ella se percató de las diferencias entre el gallego y el castellano, lo dejó boquiabierto.

—Tenéis un asombroso don de lenguas —la elogió cuando llegaron al final del poema.

—Ha sido una aptitud hereditaria durante generaciones en nuestra familia.

—Un regalo que ha sido cuidadosamente cultivado.

—Siempre hemos procurado que así sea.

—¿Incluso entre las mujeres?

—En muchos casos, aunque admito que soy un poco la excepción. Mi madre murió en el parto, así que soy hija única. Privado de ella, y de la esperanza de tener otro hijo, mi padre hizo de mí el eje de su existencia. No sólo me colmó de todo su amor, sino que también me consideró el recipiente de su erudición. En ese sentido, me educó como lo habría hecho con un hijo varón, desarrollando todas las aptitudes innatas en mí.

—¡Cuán sabio era! Precisamente pienso que así deberían formarse los niños. Yo intento que todos mis súbditos aprendan a leer y a escribir de modo que su inteligencia natural salga a la luz, que sean cultos para mayor beneficio del reino. ¿Quién mejor que vos para entender la sabiduría de semejante proceder? Puede que eso no le guste al clero, pero no tienen más remedio que aceptarlo. ¡Ah, queda tanto, pero tanto, por hacer para conseguir el gran reino que son muy pocos los que comprenden la urgencia de este momento! Pensad en nuestro sistema legal. Está en una situación de irremediable desorden, pidiendo a gritos un cuerpo de leyes aplicable a todo el reino. Pero en cuanto pongo el dedo en la llaga, los nobles se enfurecen ante la perspectiva de perder sus antiguos privilegios. Ellos también tendrán que comprender que el que gobierna aquí, en Castilla y León, es un solo soberano, y que bajo mi cetro, lo único que tendrá fuerza de ley en todo el país es mi mandato. Pero supongo que os estoy aburriendo con todo este discurso de mis designios y visiones.

—De ninguna manera, majestad. Al contrario, me siento muy honrada por vuestra muestra de confianza, y admirada ante la envergadura de vuestras aspiraciones.

—A veces los reyes necesitamos compartir nuestras ideas con alguien ajeno al enjambre habitual de aduladores e intrigantes, una persona desinteresada, capaz de formarse una idea del significado de nuestras ambiciones. Pero ahora debo dejaros regresar al hogar con vuestra familia. Debéis hacer tres copias de este poema en pergamino. He dado instrucciones al escribiente del Estudio General para que os proporcione todo lo que preciséis, así que no tendréis que escatimar nada. Quiero grandes márgenes, anchos espacios blancos entre cada línea, y una letra amplia, airosa, sin estrechamientos ni abreviaturas. Claridad es lo que quiero, sobre todo claridad.

—¿Queréis que trace las líneas con el estilo o con el lápiz plomo?

—¿Todavía hay alguien que utilice el estilo?

—Nuestros escribas judíos, majestad.

—Fieles a la tradición, en eso sois como en lo demás —murmuró Alfonso con un mohín de desdén—. ¿No os parece que son más difíciles de seguir las líneas marcadas con el estilo?

—Todo es cuestión de costumbre, majestad, pero convendréis conmigo en que la escritura resulta más agradable a la vista gracias a la casi invisibilidad de las líneas trazadas con el estilete.

—Sin duda, pero no veo motivos para que vuestro trabajo sea más arduo de lo que ya es. Después de todo, estas copias son sólo para uso de los regios escribientes e iluminadores, quienes incluirán estos poemas en la gran obra de arte que he concebido. Me traeréis las copias aquí, el domingo que viene.

Tras una pausa, el rey añadió discretamente:

—Pensaré con mucha ilusión en nuestro próximo encuentro.

Aquello era absurdo, y ella lo sabía. Pero cuando al mediodía regresó a Sevilla, envuelta en el suave calor de la temprana primavera, no pudo menos que sentir compasión por la soledad del rey que necesitaba confiarle a ella, una humilde copista, sus planes para el futuro del reino. Nuevos y vastos planes visionarios. Pero ¿se someterían príncipes y nobles, obispos y clérigos, a la absoluta autoridad que él tendría que ejercer para llevarlos a cabo? ¿Podría un rey con alma de poeta resistir tal oposición? Esto no le

correspondía a ella juzgarlo, lo único que podía hacer era estar a la expectativa y ser testigo.

Esta vez tampoco le contaría nada a Benito. Sería incapaz de entender una situación tan inverosímil. Sus celos pervertirían esa relación, leyendo en el trasfondo lo que no existía. Por otra parte, ella no quería hablar con nadie de aquella curiosa afinidad. Era una experiencia que no deseaba compartir, que le pertenecía por entero, algo digno de la más íntima meditación.

A la semana siguiente, Beatriz le entregó al rey sus copias holgadamente arrolladas y atadas con una fina tira de cuero negro. Alfonso las desplegó en el banco y las examinó minuciosamente, cogiéndolas una tras otra con sus macizas y, sin embargo, ágiles manos. Beatriz aguardaba respetuosamente, sin que su serenidad dejara traslucir indicio alguno de la aprensión que la embargaba, mientras esperaba la reacción del rey.

—¡Espléndido! ¡Absolutamente espléndido! Una precisión que rara vez se ve. No hay una sola línea, vertical ni horizontal, que se salga de la composición que creasteis para el texto. Cada espacio dejado entre la capitular y el resto de la palabra conserva exactamente la misma anchura. ¡Espléndido! —repitió sentándose para estudiar las copias más de cerca—. ¡Es increíble, aquí todos los trazos verticales están bien acabados, y las delgadísimas líneas que adornan las letras tienen una elegancia, una delicadeza, que quizá sólo una mano de mujer podía conseguir!

Cuando levantó una de las copias para sostenerla en alto, la luz de sol cayó directamente sobre la hoja de pergamino haciendo que resplandecieran las líneas con una moderada brillantez interna, un verdinegro que le recordó el reflejo de la luz en las alas de una mosca azul.

—¡Qué tinta! ¡Qué brillo! ¡Debe de contener cristales molidos! ¡Qué buena suerte! Sólo los árabes conocen el secreto para realzar la común mezcla de agallas con goma arábiga. Un tal Ibn Badis de Kairouan incluyó las instrucciones en un tratado que escribió para los copistas hace dos siglos, pero nunca hemos podido conseguir que nuestros árabes nos revelen la fórmula secreta, y es imposible encontrar un ejemplar de esa guía. Pero ahora veo que los judíos os las habéis ingeniado para aprender su procedimiento, ya que adquiristeis muchos de los conocimientos que ellos atesoran.

—En cuanto a la tinta, no lo creo, majestad.

—Entonces, ¿cómo la habéis conseguido?

—Hace algún tiempo uno de nuestros viejos escribas, un amigo de mi padre, me la dio. Cuando le falló la vista y no pudo seguir trabajando, me dio un poquito que le había sobrado, con estrictas instrucciones para economizarla, pues no creía que fuera posible volverla a obtener aquí. Precisamente la guardé pensando en un trabajo tan excepcional como éste.

—¡Hay que averiguar dónde y cuándo adquirió esa tinta! —ordenó Alfonso apremiantemente.

—No se puede, majestad, porque el hombre murió poco después de quedarse ciego.

—¡Maldita sea! Mis secretarios y notarios han movido cielo y tierra buscando una tinta de esta brillantez para usarla en la real cancillería, pero los árabes se llevaron el secreto cuando desaparecieron, del mismo modo que hicieron los agrimensores —agregó amargamente. Pero entonces, encogiéndose de hombros con resignación, se deleitó en la contemplación de la transcripción de su poema y exclamó con evidente satisfacción—: ¡Reto incluso a los monjes franceses del *scriptorium* de Cluny a que lo hagan mejor!

En ese momento, sin transición, su mirada pasó de la copia a la copista, y prosiguió:

—¿Controláis vuestras emociones con la misma eficacia que vuestra pluma?

Desconcertada, Beatriz se ruborizó sin que él pudiera adivinar si era a causa de su exagerada lisonja o por la intimidad que entrañaba la pregunta:

—Pero vamos —añadió—, tenemos que seguir trabajando.

A partir de entonces progresaron más rápidamente que durante los inicios de Beatriz en la poesía gallega. Milagro tras milagro (la piadosa curación de enfermos desahuciados, los infieles moros derrotados por los fieles soldados cristianos que daban gracias a la Virgen por su ayuda), Beatriz se consagró al trabajo con toda su agudeza de ingenio, pero siempre impasible, sin manifestar escepticismo ni incredulidad ante esos maravillosos cuentos. Sólo cuando llegaron a la historia de Teófilo, que cayó en las garras de Satán siguiendo el consejo de un judío que tenía un pacto con el diablo, pero que al final fue perdonado por la misericordiosa Madre del hijo de Dios, a quien los judíos llevaron a la muerte; sólo entonces ella se crispó un poco.

—Ya sabéis, no es más que una leyenda tradicional —comentó Alfonso quitándole importancia al asunto—, una superstición popular que

se ha convertido en convención literaria.

—Convención literaria a la que vuestra regia pluma confiere crédito y autoridad, reconociendo y confirmando que nosotros hacemos pactos con el demonio y somos culpables de deicidio.

—¿Acaso mis actos dejan que desear? —replicó Alfonso, y la cicatriz debajo de su pajiza ceja izquierda se encendió de ira—. Mostradme un solo lugar en la cristiandad donde vuestro pueblo haya sido tratado con tanta tolerancia como aquí, en mi reino. ¿Sabéis cuántos judíos ocupan puestos de responsabilidad en mi corte? ¿Sabéis el grado de confianza que deposito en ellos cuando los nombro para que administren mis finanzas? Eso sin hablar de la cohorte de eruditos y traductores que trabajan con toda tranquilidad bajo mi más que generoso mecenazgo. ¡Pero, Dios mío, si hasta en Aragón a vuestros hermanos los obligan a escuchar sermones exhortándolos a convertirse al cristianismo! Pero no en mis dominios. Insisto en que sois libre de abrazar nuestra fe por convicción y de buen grado a fin de asegurar vuestra salvación en el otro mundo. En mi opinión, una conversión forzada no es una conversión cabal. Como tan sabiamente dice el fraile Tomás de Aquino: un hombre es capaz de hacer ciertas cosas contra su voluntad, pero la fe sólo le es dada cuando él lo desea. Podéis creerme cuando os digo que no pretendo anticipar la predicción de otro italiano, otra lumbrera, Joaquín de Fiore, un franciscano de Calabria según creo recordar quien declaró que al cabo de pocos años todos los musulmanes y los judíos serán bautizados y la paz reinará en la tierra hasta el día del Juicio Final. En lo que a mí concierne, si decidís persistir en vuestra creencia y renegar de Nuestro Señor Jesucristo a riesgo de la condenación eterna, ése es vuestro problema. No soy yo quien vive en el terror de vuestras endemoniadas asechanzas. Ni siquiera esa diabólica hendidura en vuestra barbilla asusta a mi alma. Al contrario, me tienta.

Acto seguido, Alfonso cogió el mentón de Beatriz y lo acarició con un vacilante e inquisitivo dedo, como si dijera: «¿Y si semejante tentación fuera obra del diablo? ¿Acaso no dicen que mi antepasado y tocayo, el octavo de nombre, sucumbió ante un encantamiento parecido?». Pero en cambio, dijo:

—Es importante para mí que creáis en mi sinceridad. Y para probarlo, os ordeno que os marchéis antes de que sea yo, el cristiano, quien conduzca a la judía a la tentación.

Esta vez, mientras regresaba en burro a su casa, en el corazón de Beatriz no había compasión. Había rabia. Había confusión. Y le roía el resentimiento de haber sido objeto de una benevolencia dispensada (al menos eso creía), no porque le correspondiera, sino por tratarse de una condescendencia que podía derogarse a merced de un capricho real. Además, empezaba a sentirse fascinada por aquel rubio, por los ojos azules del rey poeta, algo que no quería reconocer ni siquiera en los pliegues más secretos de su alma.

Pero cuando rebasó el umbral de su humilde vivienda, el recuerdo de Alfonso se esfumó. El pobre y bondadoso Benito se retorció en la cama entre vómitos y convulsiones. Sus pupilas brillaban febriles y tenía la boca más reseca que un sediento erial en medio del tórrido verano. Una ojeada le bastó para reconocer los síntomas que presentaba su esposo; con tantos médicos como hubo en la familia, le fue fácil descifrarlos. Los funcionarios del puerto siempre eran los primeros en contraer la enfermedad. Lo poco que se podía hacer, ella lo haría sola. No daría la señal de alarma: tenía que ganar tiempo para huir del peligro...

Beatriz se salpicó la cara y las manos con vinagre, empapando también un pañuelo con el que se tapó la boca y la nariz. Luego, con diligentes manos, preparó una dosis de ojimiel con la cual aderezó unas gachas de cebada para Benito. Pero él apenas podía tragar las diminutas cantidades que con mimos ella trataba de introducir en su boca, manteniéndose siempre a cierta distancia gracias a una cuchara de largo mango. Desesperada, trató de dejar caer gota a gota un poco de agua entre sus blanquecinos y agrietados labios. Pero todo fue en vano. Estuvo pendiente de él toda la noche mientras lo veía debatirse violentamente en la cama, entre delirantes gemidos. Mientras tanto, Beatriz iba y venía por la casa recogiendo, con callada prudencia, su escasos ahorros y otros objetos de valor, algunos vestidos, las preciosas plumas y los tinteros, papeles, folios de pergamino y unas cuantas hojas de costosa vitela. Por último, apretando los labios con resignación, se empinó hasta la repisa de la chimenea y bajó la vieja fuente de oro. Al amanecer, lo metió todo apretadamente dentro de un fardo. Ahora sólo quedaba esperar.

Misericordiosamente, la agonía de Benito no duró mucho. De repente cesaron las contorsiones y los gemidos, y languideció, primero silencioso, luego inerte. Beatriz no comunicó a nadie su muerte, excepto a los miembros del grupo de hombres cuya sagrada y caritativa tarea, dentro de la

comunidad hebrea, era enterrar a sus muertos según el ritual judío. En cuanto lo sepultaron, ella huyó de Sevilla.

Ya había dejado atrás las murallas cuando tocaron a rebato. La corte y los ricos ya habían abandonado también la ciudad, gracias a lo cual sobrevivieron, mientras que los pobres, los que se quedaron rezagados, murieron.

OceanofPDF.com

III

Cada primavera, desde que se tenía memoria, una alfombra de sanguíneas anémonas diseminaba sus sedosos pétalos sobre un montículo, al pie de un solitario ciprés que crecía en las agostadas tierras cordobesas. Durante generaciones, infinidad de consejas se tejieron en torno a esas flores escarlatas que, año tras año, siempre por la misma época, aparecían alrededor del desamparado árbol, altivo en medio de tanto aislamiento. Algunos creían que bajo ese montículo yacía la tumba de un santón musulmán, y cogían una o dos flores para protegerse contra el mal de ojo. Otros, suponiendo que allí estaba enterrado un mártir cristiano, nada más abrirse las primeras flores, traían a un cura para que hiciera la señal de la cruz sobre el túmulo. Pero desde que aquella región fue reconquistada por el rey Fernando, se propagó otra versión según la cual era la sangre de los guerreros árabes allí caídos lo que fertilizaba aquel suelo y alimentaba su eclosión de flores.

Los únicos que sabían la verdad hacía mucho que habían emigrado a otras comarcas. Con la sagacidad que los hacía célebres, barruntaron la conmoción que alteraría la región cuando los cristianos desafiaron a los muslines disputándoles esas posesiones, y se refugiaron en las tierras del norte. No se equivocaron en sus presentimientos. Después de su partida, dos siglos de sangrientas luchas asolaron al-Andalus en un interminable enfrentamiento de ejércitos rivales que avanzaban y retrocedían, retrocedían y avanzaban, al ritmo de una danza macabra. Ahora, con casi toda España de nuevo en manos cristianas, el redoble del tambor de guerra había cesado. Pero cuando Manuel ibn Yatón contempló aquellos estériles páramos extendiéndose hasta el horizonte, aquel sinfín de áridos terrones, paisaje sólo roto, aquí y allá, por los esqueléticos restos de algún árbol chamuscado, comprendió que si el rey Fernando había llevado la paz a las devastadas tierras de Andalucía, era su hijo, Alfonso, quien tenía que devolverles la prosperidad.

«¿Y tantos títulos de propiedad para esto?», pensó Manuel alicaído mientras examinaba con su vista de lince el panorama desolador. No en balde el rey, corrigiendo una injusticia histórica, había devuelto a las

familias sus derechos sobre aquellas tierras ancestrales. Una de las disposiciones de la real concesión estipulaba que los descendientes de los antiguos propietarios debían poblarlas y cultivarlas para garantizar que florecieran como en los días del gran Da'ud. «La cláusula no es injusta», admitió Manuel de mala gana. Sin duda, otros menos afortunados, o más codiciosos que él, se aprovecharían ávidamente de la oferta. Pero él no. Un regio don de otra clase le había caído en suerte...

Volviendo grupas, Manuel salió del camino hacia la mancha de color que fulguraba contra el tono terroso de los campos abandonados. Entonces se detuvo bruscamente. Al pie del ciprés había una delicada silueta envuelta en un manto oscuro, cabizbaja, como meditando. Desmontó a poca distancia de la mujer y se acercó despacio para no perturbarla. Pero ella parecía ajena a su presencia, tensa, encerrada en sí misma, inmóvil. Manuel rodeó el montículo hasta situarse frente a ella. Entonces dio un paso atrás y, en consideración a su recogimiento, asumió una postura de reverencia. Pensativo, se agachó para recoger una anémona escarlata, conmovedora en su fragilidad, y durante un rato la hizo girar entre el pulgar y el índice. Luego, en un cuchicheo apenas audible, empezó a rezar el *Cadish*, la oración fúnebre de los judíos.

Al oír el murmullo, apacible en su quietud, la mujer levantó la cabeza. Con una extraña intensidad, se fijó en el movimiento de los labios de Manuel y, junto con él, calladamente, en su boca se fueron dibujando las antiguas y entrañables palabras. «Amén», musitó ella al final y, furtivamente, como si se avergonzara, se enjugó las lágrimas que empañaban sus ojos.

—No era mi intención interrumpir vuestro duelo —dijo abrupta y tensa hasta volverse quebradiza.

—En realidad no estoy de luto. Simplemente presentaba mis respetos a mis antepasados.

—¿Están enterrados aquí?

—Eso dice la tradición familiar.

La tristeza de la mujer, su apocada mirada, centelleó fugazmente a la vida:

—¿Acaso se trata de la familia Ibn Yatom?

—¡Oh, sí! Pero... ¿cómo lo sabe?

—El nombre de Da'ud ibn Yatom es legendario en Andalucía. Se cuentan muchas cosas de él, intrigantes cuentos de misteriosas plantas y

vivificantes drogas que perduran en la memoria popular.

—¿Habéis venido aquí a rezar por semejantes remedios milagrosos?

—Es demasiado tarde para eso. No. Una inusitada intuición me trajo hasta aquí. Una corazonada me dijo que sí, a pesar de los estragos del tiempo, la vida persiste en este montículo, eso significa que aquí yacen aquellos secretos, que aquí vive el espíritu de Ibn Yatom.

—Vuestra intuición no os ha engañado, pero no creo que mis antepasados hubieran querido que su sepulcro fuera santificado como un santuario.

—No he venido aquí buscando a Dios ni para pedir ningún milagro divino.

—Entonces, ¿habéis venido en busca de aquellos secretos perdidos hace tanto tiempo?

—Tal vez, en cierto modo... Cuando el futuro ya no nos reserva nada, uno indaga en el pasado en busca de cualquier hilo que pueda conducirnos a algún lugar— la voz se le anudó poco a poco, desvaída y desolada.

—Pues, bien, ¡os deseo buena suerte en su búsqueda! —dijo Manuel a la ligera mientras se disponía a irse. Había algo perturbador en la insólita y casi enigmática conducta de aquella mujer insondable. Evidentemente, Manuel no se sentía inclinado a prolongar aquella conversación.

—¡No! ¡Esperad! —gritó ella en un tono de urgencia compulsivo—. Esperad un momento. Amira, ¿os suena ese nombre?

—¿Amira? ¿Y por qué habría de recordarlo?

—¿No recordáis a ningún miembro de vuestra familia que haya mencionado la rama que se estableció en Sevilla?

—Bueno, sí, ahora que lo pienso mejor, mi abuelo desvariaba sobre nuestro antepasado Hai, quien tenía una hermanastra. Al parecer, ella murió durante una epidemia de peste en Sevilla, junto con todos los suyos, y esa plaga puso fin a esa rama de la familia hace muchas generaciones.

—Eso es lo que cuentan, pero no fue así. Hubo uno que sobrevivió, del cual yo desciendo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Manuel, cortésmente incrédulo y no poco receloso.

—Dejadme explicaros.

Fría y desapasionadamente, pero con claridad y precisión, la mujer rastreó para Manuel el vínculo perdido. Según le contó, justo antes de que la peste se propagara, Amira había dado a luz a un niño. Extenuada tras el

parto, lo confió a una nodriza que se lo llevó a su aldea, en las afueras de la ciudad, hasta que ella estuviera en condiciones de atenderlo. Cuando corrió la voz de que la peste se había declarado, la campesina se negó a regresar a Sevilla; sin embargo, en cuanto pasó la epidemia, volvió a la casa de Amira para devolverle el niño. Pero no encontró a ningún sobreviviente.

A juzgar por los retazos de información recogidos en la familia durante años, parece que la ama de cría cogió todo lo valioso que encontró en la casa, incluyendo las doce fuentes de oro que el califa Abderramán había enviado discretamente a Da'ud en sus segundas nupcias con Djamila, y ese tesoro fue el que heredó su hija Amira. Por lo visto, la campesina se desprendió de las fuentes, una tras otra, para pagar los gastos de manutención del niño hasta que alcanzó la edad de trece años. Para entonces, sólo quedaba una fuente. Sin más medios para mantenerlo, dejó al niño a cargo de los rabinos de Lucena, junto con la última fuente, cosa que no sólo serviría para identificarlo, sino también para recordarle a la comunidad judía la solemne obligación de cuidarlo como merecía un descendiente del ilustre Da'ud. A pesar de las vicisitudes que el niño afrontó a lo largo de su vida, no obstante las tribulaciones soportadas por sus descendientes durante muchos años de anarquía, desde entonces la última fuente había permanecido celosamente guardada en el seno de la familia.

Una vez concluido el relato, la mujer se agachó para desatar el impecable fardo que estaba a su lado. De entre sus pertenencias, sacó la fuente de oro:

—Aquí está, ¿lo veis? La inscripción lleva el nombre del califa como donante, y los nombres de la pareja, Da'ud ben Ya'kub ibn Yatom y su segunda esposa, Djamila bat Bahya ibn Kashkil.

—Veo que leéis árabe —advirtió Manuel deslizando un versado dedo sobre el escrito grabado mientras entornaba los avezados ojos para examinar la inscripción.

—Es una tradición en nuestra familia que, tanto hombres como mujeres, reciban una excelente educación que incluye el estudio del árabe.

A pesar de su asombro al descubrir la fuente, Manuel seguía desconfiando. Un objeto tan antiguo y valioso muy bien podía haber pasado por innumerables manos a lo largo de los años. Sería preciso que la mujer aportara más pruebas que confirmaran su versión. Y también había otras preguntas...

—Lo que contáis es sumamente interesante, pero hay algo que no entiendo. Si los rabinos de Lucena conocían la identidad del niño, ¿por qué no se lo comunicaron a Hai o a sus hijos, Natan y Amram?

—A menudo me he hecho la misma pregunta, pero como todo contacto con la rama principal de la familia se interrumpió hace mucho tiempo, no sé nada de su situación, ni en aquel entonces ni ahora; de modo que mi pregunta sigue sin respuesta. Lo único que se me ocurre pensar es que las turbulencias de aquellos tiempos dificultaron la comunicación entre ellos.

—Es verdad que dijeron que Amram desapareció de Granada sin dejar rastro, y que Natan abandonó Córdoba repentinamente —comentó Manuel sin mucha convicción—, pero aun así...

En el rostro de Manuel era evidente el escepticismo, y la mujer enseguida lo tranquilizó:

—Por favor, no penséis que he venido aquí a presentar una falsa reclamación de las tierras de Ibn Yatom que deben ser devueltas a sus antiguos propietarios.

—Entonces ¿qué buscáis aquí? —la apremió Manuel.

—Como ya os dije, busco un vínculo con el pasado, algo sólido sobre lo cual cimentar mi futuro. En cuanto supe que el rey exhortó a la gente a que regresara a las fincas antiguamente perdidas, me pareció lógico que algún miembro de la familia viniera a tomar posesión de sus tierras ancestrales. La existencia de esta sepultura, y una corazonada, me trajeron al lugar indicado.

—¿Y ahora que lo habéis encontrado...?

—No estoy segura —murmuró la mujer, otra vez imprecisa, distante—, aunque siempre he querido descubrir la verdad sobre las milagrosas curaciones que el gran Da'ud dijo haber realizado.

—Me temo que no os podré ayudar en eso. Es mi padre, y no yo, quien ha continuado la tradición médica en la familia.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—¡Oh, a muchas, muchas leguas de aquí! A decir verdad, en el otro extremo de España —respondió Manuel tratando de desanimarla—. Es un modesto médico rural que atiende a los peregrinos en el Camino de Santiago de Compostela.

—¿Un judío atendiendo a peregrinos cristianos?

—En aquella región no hay nadie capaz de hacer ese trabajo, y resulta demasiado difícil saber dónde está. A veces ni siquiera nosotros lo sabemos a ciencia cierta.

—Eso no me preocupa. Lo buscaré a lo largo del *Camino*. ^[3] Partiré enseguida.

—¿Sola? ¿Haréis sola un viaje tan largo?

Como una tortuga, cuya cabeza retráctil se esconde dentro del caparazón cuando niños traviesos la amenazan con algún objeto peligroso, así se refugió la mujer en sí misma, tensa y hermética como al principio.

—Soy perfectamente capaz de arreglármelas sola —dijo apresuradamente mientras guardaba la fuente en su fardo y volvía a atarlo con rápidos y precisos movimientos.

—Pero en la condición de recién descubierto pariente que me atribuí, no puedo permitir que hagáis un viaje tan largo sin compañía. No me gustaría que os ocurriera nada malo en el camino.

—No quiero convertirme en una rémora para vos, ni para nadie en la familia. Mi deseo es encontrarme con vuestro padre y hablar con él sobre las curaciones relacionadas con el nombre de Ibn Yatom, porque a lo mejor viajando al pasado puede que encuentre un camino que me conduzca al futuro. En este momento, pasado y futuro son para mí callejones sin salida. No se me ocurre tomar ninguna otra dirección.

—¿Dónde está vuestra casa?

—No puedo regresar allí.

—¿Huís tal vez de la justicia?

—No en el sentido estricto de la palabra.

Perdiendo la paciencia ante las cautelosas respuestas de la mujer, Manuel la abordó sin rodeos:

—Vamos a ver. Si sois quien decís ser, y queréis que yo admita nuestro vínculo de parentesco, tendréis que manifestar hacia mí la misma confianza que yo deposito en vos. Para empezar, ¿cómo os llamáis?

—Beatriz.

—Yo soy Manuel. Y, ahora, decidme: ¿por qué estáis aquí sola y no podéis regresar a vuestra casa?

Como para continuar su camino dependía en gran medida de la buena voluntad de aquel joven bienintencionado, Beatriz se irguió, miró fijamente sus francos ojos grises y empezó a hablar tan fría, precisa y desapasionadamente como antes, aunque con una nueva intensidad:

—Porque en Sevilla se ha declarado una epidemia. Lo que Amira no hizo, o no pudo hacer, yo lo llevé a cabo. Mi esposo, Benito, trabajaba en el puerto, así que tenía que ser una de las primeras víctimas, por no decir la primera. Inmediatamente reconocí los síntomas e hice cuanto pude por él hasta que murió. Procuré que tuviera un entierro digno, aunque discreto, y luego huí de la ciudad antes de que dieran la señal de alarma y cerraran las puertas.

Las lágrimas que Manuel había visto brillar en sus ojos en forma de aceitunas cuando Beatriz movía los labios oyendo el *Cadish*, fueron una prueba decisiva a su favor; más que ninguna otra justificación, aquellas lágrimas confirmaban la veracidad de su relato. Y la franqueza al revelar las circunstancias de su fuga de Sevilla aumentó la confianza de Manuel en su buena fe.

—Habéis dado pruebas de una gran entereza en vuestra trágica pérdida. Estoy seguro de que la familia hará todo lo que esté en sus manos para ayudaros.

—No necesito limosnas —objetó Beatriz bruscamente mientras reaparecía en ella esa rigidez a punto de astillarse—. No estoy en la indigencia, y la educación que mi padre me dio me permite ganarme la vida.

—¿Y cómo os la ganáis?

—Como una experimentada copista que ha trabajado en el Estudio General de Sevilla. Tarde o temprano, espero encontrar trabajo en la Universidad de Salamanca.

—Pues bien, eso no será necesario —se ofreció Manuel espontáneamente—. Dentro de poco necesitaré un copista.

—¿Eso significa que no pensáis establecerse en estas tierras?

—De ninguna manera. Solamente he venido para ver en qué estado se encuentran para informar a mi padre. Soy traductor y el rey acaba de ordenarle a don Mosca, uno de sus médicos de cámara, que me encargue la traducción del árabe al romance del *Régimen de Salud* de Maimónides, para uso exclusivo del monarca. Podéis creerme, nos pagarán bien.

—Os agradezco vuestra oferta, pero me niego a depender de ningún miembro de la familia.

—Ni yo aspiro a manteneros —contraatacó Manuel en respuesta a su acérrimo afán de independencia—. Se trata de un trabajo que hay que hacer por orden del rey, y los honorarios saldrán de la bolsa real, no de la mía. Si

no os beneficiáis de esta munificencia, otro lo hará. Pero debéis hacer lo que creáis mejor. Necesito uno o dos días para inspeccionar estas fincas, y luego podremos irnos juntos al norte. Como el itinerario hasta Santiago de Compostela pasa por Salamanca, si finalmente decidís desestimar mi propuesta, allí podréis pedir informes sobre la colocación. Y ahora, cabalguemos hasta Córdoba para procurarnos comida y un albergue decente donde pasar la noche.

OceanofPDF.com

IV

Durante el largo viaje desde Córdoba hasta Salamanca, Beatriz habló poco. Tras decir lo indispensable para aclarar su identidad, volvió a guardar silencio encerrándose en sí misma. A los reiterados esfuerzos de Manuel por hacerla hablar, contestaba con monosílabos, con la mirada perdida en lontananza. Una mirada glacial, apagada, extinguida. Cada vez que con la mejor voluntad él se ofrecía para ayudarla con su mulo o con su fardo repleto de pertenencias y provisiones, ella lo rechazaba, cortés pero enérgicamente. Estaba tan tensa, y a la vez tan frágil, que Manuel temía que estuviera en un tris de quebrarse, como una ramita seca a fines del estío.

Por su parte, Beatriz sabía que debía desahogarse; pero no ahora, no inmediatamente. En realidad, desde la muerte de Benito, no había llorado su pérdida. No había tenido tiempo. Y ahora que estaba decidida a enfrentarse sola con la realidad de la vida, despreciando la autocompasión y desdeñando la piedad de los demás, no podía permitirse llorar. Ni tampoco su pariente debía descubrir en ella ninguna señal de debilidad, para que eso no se convirtiera en una forma de dependencia de él. Más tarde, cuando las aguas volvieran a su cauce, podría aflojar tranquilamente ese rígido autodomínio... Sólo cuando pasaron a trote corto por las escabrosas piedras del viejo puente romano, cuya arcada parecía extenderse sin esfuerzo sobre el Tormes, un tímido destello de interés iluminó su inanimada expresión, como un sol asomándose furtivamente entre nubarrones. Era un poco antes del ocaso, y la luz y el calor esmaltaban las piedras de Salamanca bruñéndolas con un resplandor dorado que bañaba la cuesta donde se encontraba la ciudad.

—Creo que me gustaría quedarme aquí algún tiempo —dijo cuando se acercaron a la universidad a través de calles empedradas donde resonaban los pasos apurados de los preocupados estudiantes y la risa de los más alegres. En el delicado crepúsculo, los eruditos, en pequeños corros, discutían sobre temas trascendentales, mientras los clérigos y los fieles acudían presurosos a la catedral para asistir a vísperas.

—¿Entonces no pensáis seguir conmigo para encontraros con mi padre?

—Por supuesto que quiero encontrarme con él, pero ya que estoy aquí, sería una tontería desperdiciar la ocasión de buscar una colocación.

—Como queráis —dijo Manuel sin tratar de disuadirla—. Mañana tengo que consultar unos códices en la biblioteca de la universidad, y antes de irme debo proveerme de papel para mi borrador.

—¿Hay fabricantes de papel aquí, en Salamanca?

—Sí. Una pareja de árabes de Játiva que lograron huir y, con el tiempo, establecieron un taller aquí. Su papel es un poco más tosco que el que hicieron los maestros artesanos árabes en al-Andalus, pero es más barato que el pergamino y bastante bueno para un borrador. Estaré aquí un par de días, así que tendréis un poco más de tiempo para escoger entre quedaros aquí sola o aceptar mi propuesta. Me alojaré en la casa de un colega —añadió con aire de indiferencia cuando se acercaban a la plaza del mercado—, pero podéis pasar la noche en una posada que está a la vuelta de la esquina. Nos encontraremos allí mañana por la tarde, y entonces podéis comunicarme lo que hayáis decidido.

Resueltamente, Beatriz entró sola en la posada. Impávida bajo la mirada aviesa del posadero, le pagó una cantidad adicional al precio del hospedaje para poder dormir en una alcoba que había detrás de un tugurio, sucio y lleno de humo, donde pernoctaban otros huéspedes. Allí, una mampara la protegería del fisgoneo, y de las groseras insinuaciones, de los otros viajeros que se alojaban en el mesón.

—Os las dais de dama, ¿no? —sonrió satisfecho el posadero—. Cualquiera diría que sois una mujer ligera de cascos, sin duda alguna pendoneando siempre por esos caminos de Dios con total independencia. Seguramente la asquerosa regla os ha impedido devengar el salario de vuestro vergonzoso oficio. En fin, no dejéis ninguna mancha de sangre en el colchón o tendréis que pagar una sanción.

Beatriz no estaba preparada para una humillación tan mordaz. Sus defensas eran demasiado vulnerables para soportarlo. Apenas estuvo detrás de la mampara, se metió debajo del mugriento jergón y sollozó quedamente. Pero no lloraba sólo por el insulto, ni siquiera por los prejuicios que suelen acosar a una mujer sola; lloraba a causa de la realidad que la sugerencia de Manuel le había obligado a afrontar: el espantoso frío que inunda la viudez. Por primera vez desde que falleciera su esposo, se había visto obligada a tomar una importante y razonada decisión sin consultarlo con nadie, pues, tras la muerte de su padre, sólo confiaba en Benito. No solamente estaba

privada de su amor, aquella pérdida que no se había permitido llorar, sino también de sus consejos. Tenía que elegir inmediatamente. Una de dos: o se quedaba en Salamanca, independiente y libre para elegir su camino en la vida, o iba a Santiago de Compostela al encuentro de una familia de la que no sabía nada y acompañada por un pariente de quien dependería para ganarse el sustento. Su capacidad de razonar se abismaba en las incoherencias que engendraba su trastorno. La nostalgia de Benito, su amor, su ternura, su bondad, interrumpía la ilación de sus ideas haciéndola oscilar caótica, irracionalmente, de una opción a otra, como un péndulo desquiciado.

Exhausta a causa de los fútiles esfuerzos para dominar el tumulto que hervía en su alma, lloriqueó en sueños antes de que empezara el alboroto nocturno de borrachos y parranderos. A primera hora de la mañana, cuando se despabiló, desorientada, todo estaba en calma, salvo los irregulares ronquidos de un beodo que venían del otro lado de la mampara, más parecidos a los gruñidos de un animal que a sonidos humanos. Al incorporarse, buscó a tientas la causa del desasosiego que la embargaba hasta que brotó a raudales del fondo de su conciencia, desbordándola con tanta fuerza que le devolvió su impasible lucidez. A la repentina claridad del amanecer, su dilema aparecía en su cruda desnudez: sola ante el vacío de su mundo interior, tenía que seguir escogiendo entre dos alternativas desconocidas...

Ya completamente despierta, se levantó con las primeras luces. Evitando pisar las corpulentas formas que dormían tumbadas en el suelo, aquí una nariz picada de viruelas moviéndose nerviosamente, allá el espeso chasquido de una lengua estropajosa por la resaca, salió de puntillas de la sofocante posada que apestaba a vino rancio y a sobaquina. Afuera, en el mercado, respiró a pleno pulmón el aire puro de la madrugada mezclado con el apetitoso olor a pan recién salido del horno. De repente, experimentó un hambre canina. Compró un panecillo crujiente y un poco de queso de cabra, y empezó a engullir la blanda masa aún caliente. Comiendo mientras caminaba, vagó entre los pintorescos puestos de frutas, pasando por alto las miradas indiscretas de los vendedores, que no perdían de vista su desamparada, solitaria y sombría silueta recortándose contra la naciente luz del nuevo día.

Poco a poco Salamanca se desperezaba. A esa hora, los primeros en salir a la calle eran algunos estudiantes tensos, serios, que acudían temprano

a la biblioteca para obtener antes que nadie las obras que necesitaban consultar, y también en busca de un asiento cercano a las ventanas para enfrascarse en la lectura. Los menos aplicados se despegaban de las sábanas más tarde, remoloneando mientras comían algún tentempié barato, aquellas tentadoras rebanadas de pan con tocino expuestas en los tenderetes del mercado, y sólo entonces acudían perezosamente a las clases de filosofía y derecho, astronomía y matemáticas, anunciadas para el día.

—¡Vamos a ver, guapetones, par de pícaros! —exclamó una cajera del mercado con sus regordetes brazos en jarra, una pelirroja de voluminosos pechos que se dirigía entre bromas y veras a dos jóvenes clientes—. No puedo pasarme la vida viviendo de vuestros horóscopos ni de vuestras seductoras promesas. ¡Majos, si el viernes no me habéis pagado lo que me debéis, en vez de frescas y crujientes pastas, os daré pan de la semana pasada, seco, duro y mordisqueado por los ratones!

Sin inmutarse, entre ávidos bocados y zalamerías, los deudores se turnaban protestando y prometiendo. Y luego se escabulleron para unirse a unos estudiantes rezagados que acudían a sus clases corriendo a lo largo de calles empedradas, despeinados y con los sayos al vuelo mientras sujetaban frenéticamente sus manojos de pergaminos.

A pesar de la preocupación por su dilema personal, Beatriz sintió vibrar a su alrededor el pulso de la ciudad cuyo espíritu vital manaba desde su corazón: la universidad que el rey Alfonso había fomentado. Intuitivamente, siguió a la multitud de estudiantes que afluyó hacia el centro de enseñanza. Cuando llegó al sobrio arco de la portada, le llamaron la atención los relieves de piedra que lo adornaban: diminutas figuras que no levantaban más de un codo representando copistas y eruditos, graves, encorvados; unos leyendo en libros abiertos, otros escribiendo sobre tablillas. Aquel estilo de decoración escultórica no lo había visto en Sevilla. «¿Lo habrían traído los franceses a través del Pirineo?», se preguntó mientras los estudiantes la empujaban arrastrándola hasta el patio y apretujándose a su alrededor. Pero al llegar al vestíbulo de la universidad, reconoció en los intrincados motivos geométricos del techo la maestría de los artesanos árabes que ella tan bien conocía. Al ver aquel artesonado, una efímera sonrisa se dibujó en su tenso y meditabundo rostro. No cabía duda de que Alfonso había ordenado aquella obra como parte de su «plan general»...

Cuando pasó por el umbrío corredor y miró a través de las puertas entreabiertas, empezó a respirar anhelante el conocido olor de la tinta mohosa, las emanaciones de los vetustos pergaminos y de la gastada vitela que rezumaban las paredes. Pero su placer duró poco. Al ver lo que se ofrecía a sus ojos, se le cayó el alma a los pies: hilera tras hilera de enjutas y pálidas caras de estudiantes copiando interminables tratados de Derecho Romano que, bien lo sabía ella, estaban destinados a la cohorte de juristas traídos de todos los confines de la cristiandad con el fin de redactar un código de leyes que unificara jurídicamente el reino de Alfonso. Sólo el raspear de las plumas, el crujido de las hojas, un cauteloso raspado de las erratas borradas y algún carraspeo ocasional perturbaban el silencioso ensimismamiento de los copistas. Pero, ¡por supuesto!, la realidad volvió a golpear el péndulo de su entendimiento, esta vez balanceándolo vertiginosamente entre la decepción y el consuelo. Nadie solicitaba sus servicios allí donde había tantos estudiantes en apuros, afanosos de abalanzarse sobre la primera oportunidad de ganar una miseria mientras proseguían sus estudios. Instantáneamente, sus ilusiones de libertad e independencia se pulverizaron como las frágiles hojas de un antiquísimo manuscrito.

La elección se produjo por sí sola. A la mañana siguiente dejaría atrás las doradas piedras de Salamanca y cabalgaría con su pariente hacia un futuro que le era imposible prever.

Entonces se sintió invadida por una oleada de náusea. Al principio, la atribuyó a su aprensión ante la vida que le esperaba, pero tras meditarlo un poco sospechó que la causa podía ser otra. En efecto, su ciclo menstrual nunca era regular y la más leve alteración en su rutina cotidiana podía interrumpirlo. Tanto ella como Benito solían achacar a esas faltas el hecho de que tras muchos años de matrimonio no hubieran tenido hijos. Pero nunca se desesperaron, siempre amándose, siempre esperanzados, y él jamás se lo reprochó. ¡Qué triste, y al mismo tiempo, cuán maravilloso milagro sería que un niño estuviera creciendo en su seno: personificación y prolongación del lazo que los unía! Su amor había sido tan intenso que se fundieron en cuerpo y alma en un solo ser. A raíz de su muerte, ella sintió que una parte de su cuerpo se desgarraba dejándole abierta una herida allí donde siempre había sentido la presencia de Benito. El nacimiento de esa criatura vendría a mitigar su dolor restañando la herida y llenando ese vacío que la habitaba tras la pérdida de su esposo. No se atrevía a concebir una

esperanza, ni tampoco a vislumbrar un desengaño. La naturaleza seguiría su curso, y ella la seguiría resueltamente...

OceanofPDF.com

V

La reina Violante chilló de dolor:

—¿Dónde está el maestro García?

Sus damas de compañía se miraron unas a otras consternadas, tartamudeando, balbuciendo y retorciéndose las manos con desesperación.

—A la hora sexta mandé que viniera y las campanas ya están anunciando vísperas y aún no ha llegado.

—En..., en..., en este momento no está en condiciones de prestaros asistencia, majestad. Está muy indispuerto —aventuró la mayor, la más escuálida, austera y autoritaria de las mujeres.

—No puede estar enfermo. Es mi médico de cabecera.

—Cierto, majestad, pero no es más que un simple mortal. Estará aquí tan pronto pueda.

—¿Qué es lo que tiene?

—Un empacho de ostras, majestad.

—¡Glotón! ¿Qué clase de médico es éste, que se da un atracón y luego ni siquiera es capaz de curarse a sí mismo? ¡Y mientras él padece su propia estupidez, yo tengo que aguantar este suplicio en la pierna! ¡Oh, qué desgracia! ¡Lo sabía, nunca debí haber venido a esta peregrinación! Ha sido un error, como todo lo que he hecho en mi vida. Id a buscar un médico de por aquí, el mejor que podáis encontrar en esta despreciable comarca tan lejana, tan triste, tan húmeda, tan sacrosanta y, ¡oh!, tan indeciblemente deprimente.

—Ya habíamos pensado en esa probabilidad y nos hemos informado, majestad. Parece que el único físico competente en la región es un judío llamado Isaac ibn Yatom. Pero no sabemos si debemos llamarlo, teniendo en cuenta las leyes que prohíben que los médicos judíos atiendan a los cristianos.

—¡Oh, qué desgracia! —gimió Violante—. ¿Por qué todo no son más que trabas para una reina? ¿Acaso ignoráis que si hay una ley que nadie obedece es precisamente ésta? ¡Pardiez, el rey tiene por lo menos tres médicos judíos a su disposición!

—Entonces... ¿contamos con vuestro permiso para ir a buscar a ese judío?

—Lo tenéis para hacer cualquier cosa que me alivie este atroz dolor, pero no hace falta que nadie se entere en el arzobispado.

Las mujeres cambiaron miradas entre sí y, tras una inclinación de cabeza de la mayor, dos de las más jóvenes salieron de la habitación. Consumida por la impaciencia, mientras esperaba que sus damas de compañía trajeran al médico, Violante se desahogó en un torrente de improperios en su lengua materna, el húngaro. Aunque eran palabras que su séquito no comprendía, la entonación era tan inequívoca que podían adivinar su significado...

Fuera, en la plaza que había frente al palacio arzobispal donde se alojaba la reina con su comitiva, las jóvenes miraban a su alrededor, desconcertadas en medio de la creciente penumbra del crepúsculo. La llovizna primaveral, que caía incesantemente desde que llegaron a Santiago de Compostela, seguía lustrando el empedrado, tapizándolo con un musgo de oscuros destellos y obligándolas a caminar con suma precaución por miedo a resbalar. Sin saber adónde dirigirse para encontrar a don Isaac, cruzaron la plaza en dirección al hospicio de peregrinos con la esperanza de obtener allí alguna información sobre su paradero. Para ellas fue poco menos que un prodigio que, nada más entrar en la hospedería, al primero que preguntaran fuera el médico en persona, quien estaba a punto de irse a casa. Por la exquisita calidad de sus vestidos, Isaac ibn Yatom comprendió enseguida que las mujeres formaban parte del séquito real que había llegado pocos días atrás.

—¿En qué puedo ayudaros, honorables damas? —preguntó con una cordialidad teñida de respeto.

—¡El mismo apóstol Santiago nos debe de haber traído hasta vos! —exclamó una de ellas en su inmensa alegría mientras la otra se persignaba—. Sin pérdida de tiempo, debéis atender a su majestad, la reina Violante, en el palacio del arzobispo. Su médico de cabecera está enfermo y ella necesita un físico con urgencia.

—¿Qué mal aqueja a su majestad?

—Al final de su peregrinaje, cuando bajaba los peldaños de la catedral, resbaló y se cayó. Llovía y los escalones están traicioneramente gastados. Mucho nos tememos que se ha roto la pierna derecha.

—Lo lamento en el alma, pero no soy digno de curar a tan ilustre personaje. Yo sólo soy un modesto médico rural que atiende a los humildes peregrinos a lo largo del Camino.

—También la reina es una humilde peregrina.

—Pero no una peregrina cualquiera. Con gusto atendería a su majestad, como lo haría con cualquiera que precisara mis servicios, pero tengo miedo de infringir las leyes del rey acudiendo en auxilio de su consorte, y menos aquí mismo, en la sede del arzobispado, donde suelen concebirse los principios que sustentan tales decretos.

—Su majestad está desesperada, don Isaac, y nos aseguró que hasta el mismo rey hace caso omiso de esas leyes. Eso sin mencionar a todos los demás. Pero si queréis, podemos escabullirnos por una puerta accesorio para que el cura no os vea —se congració la más emprendedora de las dos mujeres.

—Por favor, don Isaac —imploró la otra con lágrimas en los ojos—. No podéis dejar que ella sufra de ese modo. Tiene un dolor terrible. Si fuera preciso, nosotras responderíamos por vos.

—Bueno, está bien —condescendió don Isaac, con desgana pero resignado.

Juntos avanzaron contra el orvallo que el viento soplaba del oeste en forma de ráfagas barriendo la vasta plaza. Los tres pasaron rápidamente por el siniestro edificio de granito gris del arzobispado, y entraron por la pequeña puerta de servicio. En medio de una casi total oscuridad, buscaron a tientas la estrecha y tortuosa escalera que conducía a las plantas superiores, pero en cuanto se acercaron a las habitaciones reservadas para uso real, encontraron corredores profusamente alumbrados con antorchas que crepitaban sobre candelabros empotrados en los húmedos muros. El aposento donde habían alojado a la reina era menos austero de lo que don Isaac esperaba. Desde luego, allí no faltaban las colgaduras de terciopelo azul orladas con brocados de oro, ni las sábanas de fina batista ribeteadas de encajes, ni los descomunales cojines de plumas que siempre viajaban con ella...

La bondad que emanaba de la cara del médico, cuya tez los vientos de Galicia habían curtido hasta volverla rubicunda, además de sus sedosos cabellos grises, le daban un aspecto tan benigno que su regia paciente enseguida se sintió aliviada.

—Es una fractura limpia —la tranquilizó deslizando sus manos desde la rodilla de la reina hasta su bien torneado tobillo—. Veo roturas como ésta muy a menudo. Son muy comunes entre los peregrinos. Sentiréis un poquito de dolor mientras reduzco el hueso, eso es todo. ¡Vaya! Ya está.

—Pero si no he sentido nada.

—Tengo mucha experiencia colocando huesos rotos —sonrió Isaac mientras buscaba una férula del tamaño adecuado en su gastada bolsa de cuero para entablillarle cuidadosamente la pierna.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar para caminar de nuevo?

—Pocas semanas, majestad.

—¡Oh, qué desgracia!- se lamentó Violante deshaciéndose en lágrimas—. De aquí tengo que viajar hasta Sevilla para encontrarme con mi esposo el rey. No puedo aparecer ante él en estas condiciones.

—¿Por qué no, majestad? Como esposo vuestro que es, estoy seguro de que el rey Alfonso os comprenderá.

—No me entenderá. Y vos tampoco —sollozó la reina, infeliz como la niña que en verdad era.

—Os ruego que me perdonéis, Majestad, pero ¿qué es lo que no entiendo?

Obedeciendo a un impulso, la reina despidió a sus damas de compañía. Aquel médico rural parecía tan compasivo, tan humanitario, que ella cedió a la desesperada necesidad de desahogarse.

—Alfonso no me entiende, don Isaac, porque no me ama. Jamás me ha amado. Él sólo tiene ojos para doña María Guillén, que fue su amante cuando aún yo era demasiado joven para casarme con él. ¡No hay más que ver cómo se entenece cuando contempla a la hija bastarda que tuvo con ella! Pero ésa no fue la única humillación que tuve que soportar. Por si fuera poco, mi marido también manifiesta un desmesurado afecto por su otro vástago ilegítimo, su hijo Alfonso Fernández, que le dio la rica y guapa Elvira Rodríguez. ¡Y no sé cuántas mujeres más han pasado por su cama! Todo cuanto sé es que estamos casados hace más o menos cuatro años, y aún no he logrado darle un legítimo heredero, aunque nuestros médicos aseguran que tengo una constitución completamente normal. Supongo que se debe a que él no me ama y nuestra unión no es dichosa. Esperaba que esta peregrinación cambiara mi suerte, pero lo único que he conseguido es volverme menos atractiva a sus ojos de lo que ya era.

Por un instante don Isaac miró a la reina no como paciente sino como mujer, y aunque la tenue luz de los candelabros ardiendo en las primeras sombras del anochecer pudieran favorecerla, en realidad tenía pocos encantos para seducir a su fogoso marido. A nada se parecía tanto como a un caballo con su larga y enjuta cara, aquella mirada inexpresiva y los grandes dientes cuadrados sobresaliendo de unos labios húmedos y abultados. Su padre, el rey Jaime de Aragón, la había prometido en matrimonio a Alfonso cuando no era más que una niña, pero la boda se aplazó hasta que ella creció un poco. Aunque físicamente ya era del todo una mujer, para Isaac estaba claro que en lo más hondo de su corazón seguía siendo una niña, una chiquilla inocente que un príncipe indiferente había desposado únicamente por conveniencia política, y luego la había agraviado profundamente.

—¿Qué debo hacer, don Isaac?

—Debéis comportaros con el orgullo y la dignidad de vuestro rango — fue el consejo que le dio el médico a aquella patética criatura, desdichada en su realeza—. Deberíais recuperar el amor propio ante vuestro esposo con naturalidad y confianza. Podríais mostraros interesada por sus obras y sorprenderle con vuestras habilidades.

—¿Qué habilidades?

—Pues, bien, alguna aptitud tendréis para algo... Todo el mundo tiene alguna, según su vocación. ¿Qué os entretiene más en los momentos de ocio? ¿La música, la danza, la poesía, la pintura...?

—La pintura. Sí, eso me gusta.

—Entonces podéis ilustrar un poema de amor compuesto por vos.

—Soy incapaz de escribir poesía.

—Pero vos sois reina, mi niña, sois reina. Tendréis que aprender a actuar como tal. Ordenadle a cualquiera de los muchos poetas cortesanos que vuestro marido protege, que escriba un soneto anónimo para vos.

—¡Claro que sí! Por supuesto. Nunca se me había ocurrido algo así. Gracias, don Isaac. Siempre os recordaré por este consejo.

Incorporándose entre sus cojines y sintiendo que tanto el dolor de su cuerpo como el de su alma remitían, Violante recuperó algo de su juvenil vitalidad mientras seguía hablando:

—No podéis imaginar cuán sola me siento desde que me casé. Mis padres se niegan a escuchar mis penas. Dicen que debo cumplir con mi deber sin quejarme. Y no me atrevo a confiar en las mujeres de mi séquito

por miedo a que me traicionen revelándole mis confidencias al rey. Me gustaría veros en otra ocasión para hablar de nuevo.

—Vuestros mensajeros siempre podrán encontrarme en algún lugar entre Santiago y León. Pero ahora, majestad, os ruego que me permitáis retirarme. Es prudente para un hombre de mi edad regresar a casa antes de que caiga la noche. Os deseo una rápida recuperación, buen viaje, y un feliz encuentro con su majestad el rey.

Don Isaac hizo una reverencia, salió de la cámara real y emprendió el camino de regreso bajando los desiguales escalones hasta ganar la puerta de servicio, por donde había entrado en el arzobispado. Ciertamente, reflexionó mientras se alzaba el capucho para protegerse de la pertinaz llovizna, estaba acostumbrado a escuchar las confidencias de los pacientes. Para ellos era fácil abrir sus corazones, porque se trataba de un extraño, alguien totalmente ajeno a sus vidas a quien probablemente nunca volverían a ver. Pero en los años que llevaba ejerciendo su profesión, jamás le había tocado enterarse de las intimidades de la realeza. ¿Y por qué no? Después de todo, no eran más que seres humanos de carne y hueso, que sufren y sanan igual que los demás. ¡Pero cuán infinitamente más solitarios, puesto que no tenían iguales, y, aunque libres en apariencia, cuán prisioneros de su elevada jerarquía! Definitivamente había desdichados en todas partes: un mal endémico de la condición humana, suspiró mientras espoleaba al caballo hasta alcanzar un impetuoso trote. Cuando se acercaba a su hogar, no muy lejos al oeste de Santiago, sus meditaciones se interrumpieron al ver una pareja que cabalgaba delante de él a cierta distancia, y que ahora se detenía ante la puerta de su casa. A pesar de la densa oscuridad, creyó distinguir la silueta de Manuel, pero la otra parecía ser la de una mujer. Debía de ser un error... La luz era engañosa... Una ilusión... «¡Lo que me faltaba, más pacientes!», suspiró de nuevo, cansado al final de otra agotadora jornada de trabajo. Nadie mejor que él sabía que los padecimientos humanos no tenían fin. Así pues, no era tan extraño que los fieles se creyeran merecedores del paraíso más allá de la sepultura...

* * *

Durante todo el viaje desde Salamanca, Manuel respetó escrupulosamente la decisión de Beatriz de afirmar su independencia sin contar con nadie. Jamás comentó nada acerca de la excesiva palidez que le

notaba cada mañana antes de ponerse en camino de nuevo, y fingió ignorar su aversión a cualquier clase de alimento hasta bien entrada la mañana. Durante un rato se divirtió pensando en prepararla para la atmósfera imperante en casa de Ibn Yatom, pero pronto renunció a esta idea por temor a que ella interpretara sus comentarios como una maniobra para integrarla en una familia de la que, evidentemente, no quería forma parte. Además, él sabía perfectamente bien que las palabras no podrían describir con fidelidad el alboroto que allí solía reinar.

Como era de esperar, la escena que descubrieron cuando entraron en aquella casa construida a la buena de Dios era la mar de caótica. Incontables niños de diversas edades correteaban por todas partes, unos jugando a los dados, otros mordisqueando bizcochos, éstos tirándose de los pelos, aquél lloriqueando mientras se chupeteaba el confortante pulgar. Abriéndose paso presurosamente en medio de esa multitud de duendecillos, había varios criados, unos mondando frutas, otros cocinando, el de más allá lavando, el más sufrido de los cuales era el que trataba de barrer y limpiar. Un señor que ya peinaba canas dormitaba en una esquina sumando sus intermitentes ronquidos a la barahúnda; en otro rincón, una muchacha giraba sobre sí misma moviendo los hombros mientras se probaba lo que parecía un flamante chal; y en la puerta, dos campesinos sentados en un banco, con las rígidas piernas estiradas, aguardaban algo pacientemente, sin moverse, en silencio. Imperturbable, Ana, la señora de la casa, se movía como pez en el agua en medio de esa mezcolanza de gente, ora acariciándole la cabeza a un niño quejumbroso, ora limpiándole a otro los mocos, ora elogiándole a la zagala su recién estrenado echarpe multicolor, ora diciéndoles a los campesinos que su esposo no tardaría mucho, que si querían un vaso de cerveza mientras lo esperaban... Sin estar del todo segura de la identidad del anciano que dormitaba en un rincón, le dirigió una amable mirada y lo dejó que siguiera roncando.

Así las cosas, ni el regreso de Manuel de su largo viaje ni la llegada de Beatriz a la casa causaron ninguna sensación particular.

—¿Una parienta lejana? ¡Ay, mira qué bien! —comentó Ana cuando Manuel le presentó a Beatriz—. Haz que se sienta como en su propia casa, querido hijo. Por ahora puede dormir en la cama de Juan.

—¿Dónde está Juan?

—Creo que fue a pescar.

—¿A Combarro?

—Eso supongo.

—¡Oh! —exclamó Manuel visiblemente contrariado.

—¿Cuál es el problema?

—Bueno. Es que necesito la casita de campo para poder concentrarme en la traducción.

—Pero a buen seguro Juan no te molestará. Yo sé que es un poco inquieto, pero ya estás acostumbrado a eso, ¿verdad, querido?

—Cuando no estoy trabajando, no tengo inconveniente. Pero esta vez se trata de una obra muy especial, y el resultado tiene que ser impecable. Beatriz irá conmigo para trabajar como copista.

—Oh, querido, me temo que lo encontrará todo revuelto y sucio. Hace mucho que no paso por allí, y Luna está demasiado vieja para hacer más de lo que hace.

—Me parece que hay un malentendido —interrumpió Beatriz—. Mi intención es alquilar una vivienda para mí.

—¡Oh! ¿De veras, querida? ¡Qué extraño! Por lo general, todo el mundo quiere quedarse con nosotros.

—Quiero tener mi propio hogar porque estoy esperando un hijo.

—¡Un niño! ¡Qué ilusión! Aquí nunca hay suficientes niños, ¿verdad? —exclamó Ana, eufórica.

El repentino anuncio de Beatriz no sorprendió del todo a Manuel. Sus náuseas matinales durante el viaje desde Salamanca le habían permitido sospechar algo.

—Cuando vuestro esposo se reúna con vos le dará la mejor de las bienvenidas —prosiguió Ana efusivamente, como si conociera a Beatriz de toda la vida.

—Incorregible, eres irremediabilmente incorregible —suspiró Manuel con indulgencia antes de abrazar a su madre y dejar que las dos mujeres se conocieran mejor.

—Mucho me temo que no podrá reunirse conmigo. Soy viuda.

—Oh, pobrecita mía. Entonces deberás estar con nosotros cuando llegue la hora. Manuel, tienes que ocuparte de eso. No podemos tener una parienta dando a luz sola en esa aldea dejada de la mano de Dios.

—Pero por supuesto, madre.

—¿Por supuesto qué? —se dejó oír la afectuosa voz, entre burlesca y fingidamente brusca, que Isaac ibn Yatom adoptaba en la intimidad de su hogar—. ¡Bienvenido a casa, hijo mío! ¡Dichosos los ojos que te ven! —

murmuró, abrazando a Manuel—. Pensé que mi vista me había engañado cuando os vi delante de mí en el camino. ¿Qué tal fue el viaje?

—Largo y lleno de caminos pedregosos en mal estado, en una palabra, bastante deprimente. Moros que iban, cristianos que venían, desolación por todas partes.

—¿Y nuestras tierras?

—Devastadas.

—Como era de suponer. Tenemos que tomar una decisión al respecto. ¿Y quién es esta joven?

—Una parienta, descendiente de la rama de la familia de Sevilla que creíamos extinguida hace tanto tiempo.

—¿De veras? ¡Qué curioso! Tendrás que contarme todo eso, querida —dijo Isaac mirando a Beatriz con sus cansadas pupilas reavivadas por la curiosidad.

—Beatriz ha hecho este viaje para verte —prosiguió Manuel—. Por lo visto, el nombre de Ibn Yatom sigue siendo venerado en Andalucía y ella quiere saber si es cierto todo lo que se cuenta sobre él.

—Entonces tenemos muchísimo de qué hablar. ¿Qué pasa, Ana, por qué no me traes un poquito de cerveza antes de que empecemos a hablar?

—Ahora no —repuso Ana, jovial pero enérgica—, primero Beatriz debe bañarse y descansar del largo viaje. Ven, querida —añadió, pasándole maternalmente un brazo por la cintura mientras la conducía a otra estancia de la casa.

Aprovechando la pausa en la conversación, los dos campesinos se levantaron.

—Perdonadnos, a mi hermano Diego y a mí, por importunaros de esta manera, don Isaac. Sólo queríamos daros las gracias por haberle curado el pie a la pequeña Teresa. Esta mañana dio sus primeros pasos, y aunque fray Antonio dice que es debido a la intervención del apóstol Santiago en respuesta a los rezos y ofrendas de mi pobre mujer, yo sé que se debe a vuestras manos. Lamento tener que deciros que la tonta de mi esposa, en muestra de gratitud, entregó nuestros escasos ahorros a la Iglesia. Por eso no dispongo de dinero para pagaros, pero juro por mi hija que no dejaré de abasteceros regularmente de huevos y pollos mientras tenga fuerzas para criarlos.

—Me alegra mucho saber que la niña está mejor —alentó don Isaac al hombre dándole una palmada en el hombro—. Además, yo sé que mi mujer

estará encantada con vuestros regalos. En nuestra mesa siempre hay muchas bocas hambrientas que alimentar. Gracias por vuestra amabilidad. Ahora id en paz, y ojalá podáis vos y vuestra familia salir adelante.

Cuando los dos hombres salieron arrastrando los pies, Isaac se volvió a su hijo:

—Y ahora, querido hijo, ¿quién es exactamente esta parienta perdida hace tanto tiempo que has traído a casa?

Manuel le refirió las circunstancias de su encuentro con Beatriz a la sombra del viejo ciprés, su crónica del vínculo familiar y lo poco que ella tuvo a bien contarle sobre su vida. Cuando lo hubo escuchado, Isaac se dio un masaje en la nuca con un gesto de fatiga mientras meditaba.

—En tu opinión, ¿se puede confiar en todo eso? —preguntó al cabo de un largo silencio.

—Esa es mi impresión.

—A menudo las apariencias engañan, hijo mío, y deberías protegerte contra el generoso y cándido carácter que has heredado de tu madre.

—Lo sé, padre, pero dos cosas están claras. En primer lugar, ella no es precisamente una pobre de solemnidad y, en segundo, tiene buen corazón y es capaz de ganarse la vida y mantener a su hijo valiéndose de sus propios medios.

—Si es así, y si no pretende convertirse en una carga para la familia, ¿por qué ha recorrido todo ese camino para encontrarnos? A buen seguro, en este momento, le preocupan cosas más urgentes que averiguar qué ha sido del áloe y qué uso le damos al Gran Antídoto. ^[4]

—Como ya te dije, padre, mostró muy poca disposición a confiar en mí. Sólo puedo creer lo que me insinuó cuando nos encontramos por primera vez.

—¿Y qué fue?

—En esencia, esto: que habiendo perdido a su marido, perdió su camino.

—Y... supongamos que ella no coincidió contigo al pie del ciprés por azar.

—Sobre eso podríamos estar especulando eternamente. Por decirlo así, ella aprovechó la oportunidad que apareció en su camino. Si fue por apatía o por curiosidad, o simplemente porque no se le presentó otra alternativa, quién sabe. En cualquier caso, ha tenido una insólita suerte encontrando al mismo tiempo la familia y una remuneración a expensas del rey.

—¿De modo que deseas darle el beneficio de la duda?

—No veo motivos para no hacerlo.

—Tienes razón. Supongo que tendré que acostumbrarme a confiar en tu opinión. Si cometes un error, ya eres lo bastante adulto para asumir la responsabilidad de tus actos. Solamente así adquirirás la experiencia y la prudencia necesarias para ser el cabeza de familia cuando yo ya no esté.

—En ese caso, padre, no quisiera ni pensar que cometo un error.

—Así sea, hijo mío. Desde luego, tu madre ayudará a Beatriz en el parto. Ya sabes cómo es. Tiene un corazón más grande que el universo.

—Igual que tú, aunque nunca lo hayas querido admitir —bromeó Manuel mirando con afecto a su padre.

—Esa es mi profesión, ayudar a los que sufren; mientras que tu madre colecciona mutilados y mendigos sólo por puro placer. Además, yo no soy tan altruista como tú parece pensar. Para mí, trabajar entre los peregrinos es como tener una ventana abierta al mundo. Cuando exploro sus gargantas, cuando los sangro, cuando curo y vendo sus llagados pies y entablillo sus huesos rotos, ellos me cuentan lo que ocurre en Francia, en Alemania, en la corte pontificia y hasta en sitios tan lejanos como Inglaterra. Si no fuera por eso, la vida como médico rural pudiera llegar a ser realmente tediosa.

—Vamos, vamos, padre, yo vi el destello de satisfacción en tus ojos cuando esos campesinos te dieron las gracias.

—Su aprecio me impresiona mucho más que el agradecimiento que recientemente he recibido de la reina.

—¿La reina? —repitió Manuel, estupefacto.

—Sí. La joven Violante. Al igual que otros muchos, se rompió una pierna en los traicioneros escalones de la catedral y su médico de cámara también estaba demasiado enfermo para asistirla. ¡Pobre niña, soberanamente desdichada! Pero basta de hablar sobre este asunto —a pesar de la evidente curiosidad de su hijo, Isaac cambió bruscamente de tema, pues de haber seguido hablando, hubiera traicionado las confidencias de su paciente, cosa que jamás hacía—. Con toda esta charla, hemos olvidado lo más importante, que es tu viaje a Córdoba. Sígueme contando.

—¿Qué más te voy a contar? Los campos están en la más absoluta desolación, padre, son enormes, pero están devastados. ¡Sólo Dios sabe cuántos bandidos han galopado por allí diezmándolo todo a su paso, y cuánta sangre ha empapado esas tierras!

—Pero siguen siendo fértiles. Piensa en eso, pues podrían ofrecerle un futuro al hijo que tendrá Beatriz. El problema es saber quién se asentará allí mientras tanto...

—¿Tal vez Juan?

—Ya he tratado el asunto con él. No parece interesarle, y no estoy seguro de que sea suficientemente responsable para asumir semejante tarea.

—Ni ninguna otra —agregó Manuel, realista pero sin malicia.

—Es posible, aunque precisamente quizá por eso podría calmarse estableciéndose allí. A decir verdad, cuando yo era joven, a menudo pensaba que si la paz llegaba a España estando yo vivo, me dedicaría a cultivar el áloe otra vez para tratar de redescubrir sus propiedades. La paz ha llegado demasiado tarde para mí, pero ahora que tenemos la extensión de tierra necesaria para cultivar la planta en grandes cantidades, estamos obligados a hacerlo en memoria de nuestros antepasados. No en balde bregaron tanto para salvar un vástago, llevándolo, generación tras generación, adondequiera que iban en su constante ir y venir entre los bandos que contendían.

—Realmente ha demostrado una increíble vitalidad, pues ha sobrevivido allí donde ha sido plantada. Incluso ha florecido aquí, donde ninguno de nosotros le presta demasiada atención.

—Quizás algún día uno de tus hermanos menores muestre vocación por la medicina y prosiga el estudio de esa planta y de sus virtudes.

—Y Beatriz descubrirá la verdad que se oculta detrás de las leyendas que cuentan en Andalucía.

—¿Beatriz? Lo dudo. Tal vez su hijo...

VI

Las conchas crujían bajo los pies de Beatriz mientras subía por el arenoso sendero que iba desde la orilla del mar hasta la casita abandonada que había alquilado. Cual si la mano de un artista los hubiera matizado, el severo gris de los muros de granito combinaba no sólo con el azul plomizo del mar y del cielo, sino también con la superficie de las rocas carcomidas y como picadas de viruela por los elementos que bramaban a lo largo de la costa noroeste de España. Aprovechando que era un día excepcionalmente espléndido y soleado, Beatriz dejó la puerta y las contraventanas abiertas de par en par para eliminar el olor a humedad, a moho y a falta de vida que impregnaba la pequeña estancia vacía. Firme en su resolución, se abroqueló contra el recuerdo de aquella otra morada, tan llena de amor, que había dejado atrás, en Sevilla. La imagen de sus paredes recientemente enjalbegadas, el diminuto patio siempre soleado que Benito llenó de exuberantes plantas, todo eso había quedado detrás del muro que ella levantó para suprimir el pasado. Sólo así podría evitar la punzada de la nostalgia y mantenerse incólume...

Con los pocos ahorros que le quedaban, compró en el mercado los enseres indispensables para vivir: una cama sencilla con un limpio jergón, sábanas y almohadas de burda tela, cacharros de barro y una vieja arca atacada por el moho pero aún utilizable, un banco y un par de taburetes (pues no se resignaba a pensar en términos de una sola persona) que puso a ambos lados de la chimenea. De momento, bastaba con eso hasta que pudiera adquirir algo mejor...

Beatriz y Manuel acordaron que ella trabajaría en la casa de él, quien iría a avisarle cuando tuviera preparada la versión para que la copiara. Mientras tanto, ella pasaba el tiempo recorriendo sola las vastas playas blancas, donde su único interlocutor era el susurro de las olas que iban a morir en la orilla sembrada de conchas. Si Benito hubiera estado allí, enseguida se habrían despojado de sus ropas para zambullirse. Alborozados en medio del agua fría, se habrían sumergido, arremolinándose y jugando a salpicarse con la espuma del mar. Pero nadar sola le apetecía tan poco como cualquier otro placer de la vida que antes hubiera disfrutado con él. Un

pescado fresco, aliñado con aceite de oliva y asado con hierbas y especias al fuego de la chimenea, carecía de sazón si no podía compartirlo con él; y arrebujaarse en un bello mantón con un contoneo de hombros, como hacía la muchacha en casa de Ana, tampoco le divertía si no suscitaba su admiración. Ahora, cuando descubría alguna peculiaridad o amaneramiento en las personas que la rodeaban, su afición a burlarse imitándolas ya no se avivaba como antes, pues no había nadie a quien pudiera mostrarle sus dotes miméticas, nadie con quien reírse traviesamente a costa de algún inocente. A lo mejor algún día podría entretener a su hijo con su despliegue de muecas y gestos. Tal vez un día... pero sólo algún día, pues llegaría el momento en que él querría compartir esas bromas con la compañera de su vida... Era curioso, pero siempre pensaba en su hijo como si fuera a nacer varón, como si la porción de Benito destinada a prolongarse en la criatura sólo pudiera perpetuarse en caso de ser niño. Sin embargo, ¿no permanecería una hija a su lado hasta el final, sirviéndole de consuelo en su solitaria postrimería? El desgarrador chillido de las gaviotas revoloteando alrededor era el contrapunto ideal de su añoranza y su soledad. Sólo el leve palpar del corazón que llevaba en las entrañas le daba ánimos para llevar a cabo la trivial gesticulación de que estaba hecha la vida. «¡Crece! —ordenó para sus adentros—. ¡Crece para que llenes este doloroso vacío! ¡Crece, y no te atrevas a mirar atrás!»

En medio de su tragedia, daba gracias a su buena estrella que no la había abandonado por completo, pues, aunque no quería más favores de su recién descubierta familia, era agradable saber que tanto Ana, con su inmenso corazón, como Isaac con su buen carácter fingidamente brusco, estarían allí en caso de ineludible necesidad. Y también estaría Manuel, como un alegre hermano menor, ahora atento pero discreto por consideración a la aflicción que ella trataba de disimular. ¡Cuánta vitalidad desplegaba, con el altruismo de su juventud intacto y la inocencia que aún no sabe de las miserias y las heridas de la vida! En el arco que describe una existencia humana, ella se encontraba a medio camino entre él y sus padres, pero enfrentada a la juvenil inexperiencia de Manuel, cuán vieja se sentía, cuán infinitamente vieja y triste...

A veces, cuando despertaba en medio de la noche, entre tinieblas, presa de pánico ante el abismo frente al que se tambaleaba, desataba las amarras que oprimían su corazón, aflojando el nudo que se formaba en su garganta, y entonces daba rienda suelta a los sollozos. Pero sólo se

desahogaba de noche, cuando los suspiros del viento se mezclaban con el susurro del mar. Jamás se habría permitido exponer su fragilidad a la luz del día.

* * *

El interior de la casita de campo de Ibn Yatom ofrecía el mismo aspecto de jovial desorden que la casa de Santiago de Compostela, el alegre caos de una familia que vivía sin normas demasiado estrictas. Los avíos de pesca estaban amontonados en un rincón: redes rojas, amarillas y azules que Juan había dejado enredadas después de su última pesquería. Arrumbados en otra esquina, unos juguetes de madera, desechados y astillados; y desparramados por doquier, raídos cojines, viejas prendas colgando en vacilantes perchas. Pero cerca de la ventana que daba al mar, por donde entraba un poco de la mortecina luz estival, relucía un amplio espacio despejado. Allí había una larga mesa de caballete sobre la cual estaban dispuestos, en impecable orden, varios mazos de papel, folios de pergamino, tinteros herméticamente cerrados con corchos y un gran surtido de plumas. En la otra punta, se alineaban en perfecto orden numerosos diccionarios y manoseadas gramáticas de lomos encuadernados en cuero estampado y dorado. Donde estaban los utensilios de escribir, había un puesto para Beatriz.

—Espero que os encontréis cómoda aquí —dijo Manuel cuando le dio la bienvenida en su primera mañana de trabajo. En sus palabras había un matiz de circunspección, una medida que trataba de conjugar tanto el respeto que le debía en virtud de su edad y su viudez como la autoridad que emanaba de él por tratarse de su superior—. Perdonad que el banco esté así. Los niños siempre estaban saltando encima y acabaron rompiendo el respaldo. Busqué un carpintero en la aldea, para que hiciera otro, pero es un holgazán. Tenía la esperanza de que si lo apremiaba un poco lo tendría listo a tiempo para evitaros molestias en la espalda.

Sonriendo a medias, Beatriz le agradeció sus atenciones mientras se sentaba entre los cojines que él le había destinado en el largo asiento de madera. Tras entregarle unos papeles, Manuel le preguntó:

—¿Sabéis algo del *Régimen*?

—Lo conozco de oídas, y me parece recordar que Maimónides lo escribió a petición del hijo de Saladino.

—Así es. Al parecer, el príncipe al-Malik al-Afdhal era un joven bastante disoluto, cuya excesiva inclinación a los placeres de la mesa y de la cama tuvieron desastrosas consecuencias para su salud. Realmente, la obra de Maimónides es una guía para la preservación de la salud basada en el principio de mente sana en cuerpo sano. Es una joya literaria en la que se entrelazan lo físico y lo espiritual, lo terapéutico con lo filosófico. Al principio pensé que el rey había ordenado traducirlo a la lengua vernácula sólo como una prueba más de su insaciable sed de conocimiento y de su suprema aspiración, a saber, que la mayoría de sus súbditos tengan acceso a la sabiduría. Pero se rumorea que no goza de la salud que correspondería a un hombre de su edad. No tengo ni la menor idea de qué es lo que padece, pero sea lo que sea, lo más seguro es que en esta obra encuentre su panacea. Especulaciones aparte, este libro es un auténtico tesoro, una obra maestra de precisión y concisión.

Mientras él hablaba, Beatriz se inclinó para examinar las hojas depositadas ante ella en la mesa. Manuel agregó:

—Aquí está el borrador preparado para ser copiado. Hace un rato he añadido algunas correcciones al margen, lo más legibles que pude. Si no entendéis algo, por favor, no dudéis en interrumpirme. Y si encontráis errores ortográficos o gramaticales, tenéis permiso para enmendarlos.

Beatriz aprobó brevemente con la cabeza, se remangó el sobrio vestido y cogió cuatro hojas de pergamino en blanco. Las separó en dos pares, juntando los anversos hacia dentro, y entonces puso un par encima del otro, encarando los reversos. De esta manera, una vez dobladas las hojas en octavo, las planas afrontadas tendrían el mismo matiz cuando se abriera el libro. Con serena precisión, trazó amplios márgenes que luego perforó practicando pequeños orificios a lo largo de las dieciséis páginas para marcar la distancia entre las líneas que rayaría. Dejó medio dedo de ancho entre cada línea, menos de lo que había dejado en el poema de Alfonso, pues consideró que esa anchura era la indicada para la naturaleza del texto. Rápidamente regló las dieciséis páginas, pasando el lápiz plomo tenuemente, pero de forma visible. Entonces se enderezó un momento mientras se preguntaba qué pluma iba a usar. Aunque los dramáticos cambios que había vivido amenazaban con sepultar su pasado en el olvido, evocó a Alfonso elogiando las delgadísimas líneas que adornaban su caligrafía. Puesto que esta traducción era un encargo suyo, Beatriz escogió la pluma de cuervo y, tras comprobar meticulosamente el corte en la

extremidad del cañón y la agudeza de la punta, la hundió en el tintero que Manuel había destapado. En ese momento, una sombra de pesar pasó fugazmente por su semblante. Le hubiera gustado copiar aquel manuscrito exclusivamente destinado a su soberano con la brillante tinta que había usado en su primer poema, pero la poca que le quedaba no alcanzaba... Suspirando para sí, sacudió la pluma en el borde del tintero escurriendo las gotas que sobraban, y sólo entonces puso manos a la obra.

«Nuestro propósito en este capítulo —transcribió rápidamente, pero con exactitud— es exponer las...» Aquí vaciló, pues la palabra «normas» estaba tachada. En una anotación marginal, leyó: «sentencias», vocablo que insertó en lugar de «normas», y luego prosiguió: «... que son más fáciles de recordar».

«Acertada modificación» pensó Beatriz, pues uno recuerda mejor una «sentencia» que una «norma». Entonces siguió: «Entre otras está la afirmación de Hipócrates: "La preservación de la salud consiste en abstenerse de la gula y evitar el abatimiento debido al trabajo excesivo". Obsérvese cómo Hipócrates resume el régimen general de salud en dos sentencias, de modo que el individuo no se harte ni trabaje tanto que se vea privado de las ventajas del movimiento y del ejercicio.»

Beatriz continuó copiando y el cálamo corría con soltura mientras Manuel, en el otro extremo de la mesa, vertía pausadamente al romance las frases árabes del original de Maimónides. Así trabajaron en silencio hasta que al mediodía Manuel se levantó, estiró los brazos, y dijo:

—Lo mejor que podemos hacer es seguir el consejo del «Sirviente», como nuestro autor se llama a sí mismo. Como dice aquí —agregó—: «Los movimientos del cuerpo y el ejercicio físico son insustituibles». Salgamos, pues, a dar un paseo, respiremos el aire fresco del mar, y después seguiremos trabajando.

—Sólo me falta hacer una corrección aquí antes que se seque la tinta.

Diestramente, Beatriz quitó una M con una esponja humedecida y la reemplazó por una N con tanta pulcritud que el cambio apenas era visible.

—Al enmendar los errores, ¿no deberíais usar más bien el raspador para evitar borrones?

—No, a menos que me vea obligada a hacerlo por temor a estropear el pergamino.

—¡Siempre hay una trampa! —sonrió Manuel—. ¿Por dónde vais? —prosiguió jovialmente, disimulando su curiosidad mientras atisbaba por

encima del hombro de Beatriz echándole un vistazo a su caligrafía—. ¡Ah, sí, ya veo, qué encantador es ese pasaje en el que dice que si un hombre velara por sí mismo como cuida de su cabalgadura, se libraría de muchas enfermedades graves! ¡Qué elegante manera de decirle al príncipe que debería comer menos y hacer más ejercicio, y, además, copiado con igual elegancia —añadió convencido de que la confianza depositada en la copista estaba plenamente justificada.

—También vuestra versión está a la altura del pasaje —correspondió Beatriz mientras se ponía en pie dándose un masaje en la cintura dolorida por las agujetas.

—No soy digno de ese elogio. Cuando el original está bien escrito, la traducción fluye por sí sola.

—Sólo si es obra de un traductor sensible.

—Es una larga tradición familiar. Lo llevamos en la sangre —comentó Manuel conduciéndola a la playa por un estrecho sendero.

—Entonces, ¿por qué en vez de trabajar aquí no está en Toledo o en el Estudio General, donde se traducen tantas obras árabes bajo la dirección personal del rey?

—Porque mi casa y mi familia han encontrado una patria aquí, en Galicia, y los amo demasiado para dejarlos. Ya bastante errabundos han sido los Ibn Yatom, dispersos a los cuatro vientos entre disturbios y guerras. Por muy inhóspito que sea este clima, ya era hora de echar raíces. Por eso ninguno de nosotros quiere instalarse en Córdoba. Pero tengo otros motivos para trabajar aquí. Lo hago mejor en soledad. Todas las conversaciones que tanto complacen a mis colegas acerca de las técnicas de traducción, me irritan sobremanera. O se nace con talento para penetrar en el alma del autor, para asumir su embozo igual que un actor adopta el disfraz del personaje que interpreta, o no se nace con esa aptitud. Eso es algo que ningún aprendizaje ni ninguna disertación pueden enseñar.

—Es absolutamente cierto. Yo también puedo distinguir entre el trabajo de un traductor nato y el de aquel que simplemente domina un idioma. Y de algopodéis estar seguro: el rey Alfonso no tendrá que corregir vuestra traducción. El significado de cada frase está tan claro como el agua...

—Igual que en el original —rectificó Manuel con juvenil candor.

—... y vuestra prosa en romance es señorial y fluida.

Al oír ese homenaje a su pericia, él sonrió modestamente.

—En el Estudio General —continuó Beatriz—, solía oír a los traductores quejándose amargamente de las dificultades que entraña transformar la lengua vernácula en lenguaje literario, así que el rey insistía en que lo hicieran. Constantemente tenía que estar enmendando sus versiones y hubo casos en que llegó a ordenar que volvieran a trasladarlo todo, de punta a cabo, hasta que la traducción quedara clara, precisa y refinada. Lo cual, dicho sea de paso, exasperaba a sus colegas.

—Existe una verdadera dificultad con los términos científicos —dijo Manuel—, pero hay que encontrar la solución. Hace aproximadamente un siglo, uno de mis ancestros trabajó en Toledo en la traducción de unos tratados árabes de matemáticas. Y cuando no encontraba una palabra equivalente en romance, simplemente empleaba la voz árabe en su forma original. Por ejemplo: el vocablo «*algoritmo*».

[5]

—Una vez yo copié la obra titulada *El astrolabio redondo*, en la cual se explicaba la construcción del instrumento. Había sido traducida por el rabí Zag y él también mezclaba palabras árabes en la versión al romance, aclarando a continuación su significado.

—Esa suerte de paráfrasis es muy acertada e indudablemente exige un indispensable rigor científico, aunque suelen ser algo incómodas. Yo disfruto inventando neologismos.

—No todo el mundo está dotado para eso.

Entonces pasaron en afable silencio, pues el respeto profesional que se profesaron mutuamente había mitigado con creces la inicial rigidez en sus relaciones de trabajo. Igualando sus vigorosas zancadas con los breves pasos de Beatriz, Manuel aspiró el tónico y poderoso aire con toda la fruición de su mocedad. Era un día hermoso y soleado, los botes de los pescadores rutilaban como puntos de luz en la mar bonancible, los niños chapoteaban en la apacible orilla: unos construyendo castillos de arena y otros derrumbándolos entre retozos y risas. De mala gana, volvieron a la casa y reanudaron sus respectivas tareas.

Así transcurrieron las semanas, día tras día. Durante los paseos matinales, Manuel y Beatriz limitaron sus charlas casi exclusivamente a asuntos relacionados con el trabajo, un intercambio de ideas que era ameno, pero impersonal. Cada atardecer, en cuanto declinaba el sol, Beatriz regresaba sola a su casa, pero cuando llegaba el fin de semana, Manuel siempre la invitaba a pasar el *sabbath* en el hogar de Ibn Yatom. Consecuente consigo misma, a veces incluso de manera agresiva, ella

rehusaba ir para que tales visitas no fueran a interpretarse como un síntoma de dependencia de la familia. Conduciéndose como la dueña y señora de su casa, por muy modesto y sin hijos que fuera su hogar, Beatriz no toleraba la idea de dar esa imagen de la pobre viuda solitaria. Sin embargo, para no contrariar a Manuel ni a sus padres, alguna que otra vez aceptaba la apremiante invitación. Pero la mayoría de los sábados se quedaba en casa para continuar su trabajo argumentando que, cuando naciera el niño, tendría que interrumpirlo por algún tiempo, y no quería retrasarse. Jamás admitiría que, de hecho, apenas tenía otra cosa que hacer salvo trabajar para llenar su soledad...

A medida que pasaban los meses y su vientre crecía, su ritmo de trabajo disminuyó paulatinamente, pero no por ello dejó de realizar tenazmente su tarea. Por las mañanas, si no llovía y hacía buen tiempo, seguían dando sus paseos, pero cuando el viento invernal empezó a bramar agitando la mar, levantando encrespadas olas y soplando chubascos tierra adentro, ella tuvo que reducir sus salidas. Por temor a que diera un traspié en el camino o a que sufriera cualquier otro accidente, Manuel adquirió la costumbre de acompañarla a su casa cada vez que se desencadenaba un temporal. Pero hacia al final de su embarazo se negaba a dejarla sola en Combarro insistiendo en llevarla a su casa de Santiago para que descansara durante el *sabbath*. A regañadientes, ella consintió. Aquel sábado por la mañana, cuando la experimentada Ana percibió que a su parienta le había bajado el vientre, señal de que estaba a punto de parir, no hubo manera de que la dejara volver con Manuel a su trabajo. A partir de ese instante, Ana asumió un riguroso control y, a pesar de su intransigente noción de la independencia, Beatriz se lo agradeció en el alma.

VII

Manuel nunca había visto una imagen tan bella como la de Beatriz cuidando a su hijo recién nacido. Toda aquella crispación, el obstinado afán de encerrarse en sí misma, la tirantez rayana en la agresividad que había manifestado con tal de vivir sola; todo eso se había desvanecido en la ternura de la maternidad. Ahora un suave arrebol le bañaba las mejillas, redondeando su natural delgadez y atenuando la agudeza de su nariz. Aquellos ojos en forma de aceituna, tan comunes en la familia de Ibn Yatom, habían recuperado el fulgor de la vida. Al desaparecer la nostalgia y la tristeza que él siempre había visto en sus pupilas, ahora despedían una especie de oscuro brillo aterciopelado, rebosantes de amor hacia la criatura que tenía entre los brazos.

Aunque le puso Benjamín por su padre y David en memoria de su ilustre ascendiente, Beatriz no cobraba suficiente ánimo para llamar a su hijo como al hombre que tanto había amado. Constantemente estaba inventando variantes cariñosas hasta que el nombre que todos empezaron a usar se convirtió en la gracia por la que sería conocido entre sus íntimos el resto de su vida: Davico.

A pesar de que Beatriz hubiera preferido una circuncisión realizada en el seno de la familia, se convirtió en algo parecido a una fiesta campestre. Los habitantes de las villas que jalonaban la ruta jacobea desde Santiago hasta León, les tenían tanto cariño a Ana e Isaac, que cuando se difundió la noticia del nacimiento todos acudieron a darle la enhorabuena cubriéndola de regalos. Aunque abrumada al principio por la multitud que se arremolinaba a su alrededor comiendo, bebiendo y manifestando que nunca habían visto un niño tan bello, poco a poco Beatriz se fue relajando hasta dejarse envolver por la fervorosa marea humana.

Manuel, en cambio, se mostraba visiblemente molesto. Acostumbrado a estar siempre solo con Beatriz, había desarrollado un sentimiento de propiedad hacia ella. Resentimiento insensato e injustificado que le irritaba mientras permanecía de pie, presenciando cómo todos la obsequiaban. Así que sólo experimentó alivio y placer cuando llegó el momento de acompañarla con su hijo hasta el retiro de Combarro.

A partir de ese momento, Manuel la ayudó de mil maneras, y esta vez ella no rechazó sus favores. Cortó leña para la chimenea, retiró los escombros, los guijarros y las algas que la galerna invernal había arrastrado hasta el camino de su casa, reparó las goteras que había en el techo y en los marcos de las contraventanas. Renuente a dejarla sola con el niño en su primer *sabbath* en Combarro, decidió que no iría a la casa paterna. El viernes por la noche, con una gran cesta colgada del brazo, llamó tímidamente a la puerta de Beatriz.

Tocó tres veces, leve y uniformemente. Al reconocer su particular manera de llamar, Beatriz corrió a abrirle:

—¿Qué estás haciendo aquí la víspera del *sabbath*?

Manuel creyó detectar en su exclamación de sorpresa un timbre de placer:

—Si te hubieras quedado aquí sola con Davico, mi madre se habría alterado mucho. Ya sabes cómo es ella...

—Aquí no pasa nada que deba preocuparte, te lo aseguro. Me las arreglo perfectamente bien. Y no estoy sola. En caso de necesidad, María no está muy lejos.

—Mi madre siempre dice que es una locura confiar en las criadas. Precisamente cuando más las necesitas, no aparecen por ninguna parte. ¡A ver —exclamó depositando la cesta en el suelo—, aquí hay una frasca de vino y un exquisito mójol para cenar! Sólo tendré que disponer los leños para poder poner la parrilla en la chimenea y ya podremos asarlo.

—En el jardín hay suficientes hinojos para condimentar el mójol y darnos un atracón —comentó Beatriz mientras dejaba a Davico en la cuna y regresaba junto a Manuel—. Voy a coger unos cuantos.

«¡Por fin reacciona alegremente!», sonrió Manuel para sí mientras rociaba con aceite de oliva la reluciente piel rojiza del pescado. Cuando Beatriz volvió, con las mejillas coloradas por el aire frío de la noche, dejó encima de la parrilla unas cuantas ramas de hinojo y con el resto relleno diestramente el vientre del pescado abierto en canal. Entre los dos colocaron la parrilla sobre las ascuas y se pusieron en cuclillas para ver chisporrotear la piel hasta que la carne se puso blanca. Convencida de que ya estaba listo, Beatriz cogió un cuchillo y abrió el pescado por la mitad, separando la espina central y sirviéndole un filete entero a Manuel.

—¡Qué ambiente más cálido y acogedor! —dijo él con ímpetu juvenil—. Me pregunto por qué no habíamos hecho esto antes.

Beatriz sonrió, pero no dijo nada.

—Aunque, desde luego, yo sé por qué. Tú me intimidaste con tus solemnes declaraciones de independencia, etcétera... pero, a pesar de todo, no podrás negarme que es mucho más divertido comernos un pescado asado juntos que comer pan con queso a solas.

—De vez en cuando, tal vez —convino Beatriz cautelosamente.

Aprovechando la primera brecha abierta en sus defensas, Manuel prosiguió:

—Vamos, vamos, prima, ¿por qué te empeñas en mantener esa distancia entre nosotros?

—Exactamente así debería ser. Si Benito viviera, él, Davico y yo hubiéramos creado nuestra propia familia, y así deberíamos permanecer. Yo sólo tengo que crecer para llenar el vacío que él dejó.

—Realmente es una actitud admirable, pero no puedes renunciar a la vida en nombre de esa autonomía, como tú la llamas.

—¿Renunciar a la vida? ¡Qué cosa más ridícula dices! Si hay algo que no hago, es precisamente eso. Más bien es al contrario. ¿Puede haber algo más vivo que ayudar a crecer a un hijo? Y, además, yo ejerzo una profesión que me satisface, y...

—... y si mañana hay buen tiempo y el mar está en calma, dejarás a Davico con María, y nosotros iremos a dar un paseo en bote hasta Tambo. Eso es algo que no puedes hacer sola.

—No, claro que no —sonrió Beatriz casi a su pesar, con un destello de placer en los ojos que él nunca antes había visto.

Los vapores del vino, el calor de la chimenea, la presencia de otro ser humano a su lado, infundieron a Beatriz una vivacidad que cogió a Manuel de sorpresa. En son de burla, empezaron a cambiar impresiones sobre los muchos parientes y amigos que habían asistido a la circuncisión de Davico, y luego Beatriz representó una magnífica imitación de la joven que parecía gastar la mayor parte de su tiempo probando las distintas maneras de ajustarse el chal en sus flacos hombros.

—¡Estrea!- rió Manuel—. ¡Tu imitación es perfecta! Pobre chica, se pasa todo el tiempo visitando la casa con la esperanza de que yo me fije en ella. Incluso llegó a confesarle a mi madre que estaba locamente enamorada de mí y soñaba con ser mi esposa.

—Parece que ya va llegando la hora de que pienses en casarte.

—Todo el mundo me dice lo mismo, pero yo no quiero casarme con ella. Está terriblemente escuálida, y es insufriblemente vanidosa e increíblemente pueril.

—Tú tampoco eres lo que se dice precisamente un filósofo con canas —se mofó Beatriz como lo haría una hermana mayor.

—No, pero tengo que compartir mis pensamientos con alguien que pueda entenderlos.

—Lo que sobran allí son mozuelas atractivas y solteras.

—Atractivas, tal vez, pero no necesariamente para mi gusto.

Entonces Davico se despertó, lloriqueando al principio y después chillando de hambre. Beatriz se apresuró a cogerlo y le canturreó una nana que lo tranquilizó. Manuel la contempló un rato antes de levantarse para irse. Pero cuando salió le pareció que dejaba atrás algo entrañable, una prenda que dejaba bajo la custodia de su parienta; prenda que ella ignoraba por completo.

A la mañana siguiente, antes de un mediodía de febrero que amaneció despejado, en calma, con un vivificante frío cortante, Manuel volvió a llamar a la puerta de Beatriz con otra cesta al brazo.

—Siento mucho haber llegado un poco tarde. Pero tuve que limpiar la barca de Juan para que pudieras sentarte en ella. Y, además, me entretuve en el mercado comprando algunas cosas para engañar el hambre cuando llegue el mediodía.

Mientras Beatriz le daba las últimas instrucciones a María y besaba al niño, Manuel puso la cesta en el suelo para ayudarla a ponerse su raído manto de lana. Entonces se colgó otra vez la cesta del brazo y salieron de la casa.

Fue un corto paseo en bote a través de la abrigada ensenada hasta la isla. El esfuerzo al remar enrojeció las siempre pálidas mejillas de Manuel mientras la dentellada helada de la brisa cubría de carmín el moreno cutis de Beatriz. Manuel amarró la embarcación en el pequeño y gastado muelle, cuyos tablones y estacas clavadas en el fondo estaban tiznadas por relucientes mejillones, y ayudó a Beatriz a subir por la empapada escalera de madera. A pocos pasos, tierra adentro, se encontraba una ermita de granito, en cuyo interior un sombrío crucifijo era objeto de la veneración de

los pescadores. Dejando la cesta exactamente detrás del sencillo santuario, Manuel dijo:

—Vamos, debemos seguir el sendero que rodea la isla. Regresaremos justo a tiempo para un tentempié.

Sin perder la cadencia, avivaron el paso hablando poco, con las caras ateridas por la brisa, pero cuando llegaron al extremo occidental de la isla, cuyos acantilados afloraban como un baluarte frente al vasto océano, el viento arreció envolviéndolos en caprichosas rachas. Levantando el manto de Beatriz, el ventarrón lo infló arremolinándolo a su alrededor. Para ayudarla a sujetarlo, Manuel le rodeó la cintura con el brazo. ¡Qué agradable sensación experimentó ella al sentir que una mano amiga la estrechaba, ella a quien ninguna mano tocaba hacía tanto tiempo! Cuando regresaron por la orilla oriental protegiéndose al socaire de la isla, Manuel retiró circunspecto el brazo y continuaron igual que antes su camino.

Poco después estaban de nuevo en la ermita, y las campanas tañían anunciando la hora sexta. A una pregunta de Beatriz, Manuel explicó que eran del monasterio cisterciense que estaba en el mismo centro de la isla, completamente oculto a la vista por el denso pinar que lo rodeaba.

—Dicen que los monjes tienen una prodigiosa colección de manuscritos en su *scriptorium*, pero los guardan con el máximo celo.

—¿También participan en los proyectos de traducción del rey?

—Es difícil saber lo que pasa detrás de esas puertas herméticamente cerradas, pero me inclino a pensar que no. Por regla general, a la Iglesia no le agrada que esas obras se traduzcan al romance y lleguen al pueblo.

—Lo cual es comprensible, ya que eso pondría fin al control absoluto que ejercen sobre la luz de la razón, y por lo tanto a su dominio sobre la mente de los hombres.

Justamente estaban acabando su pan con queso y aceitunas aderezadas cuando el viento empezó a humedecerse. La costa parecía acercarse anunciando lluvia. Rápidamente metieron el odre, la jarra de vino y los vasos dentro de la cesta de Manuel y corrieron hasta la pequeña embarcación que ahora se balanceaba en la embriaguez de un mar inquieto. Manuel remó silenciosamente, con brío, entrecerrando los ojos para protegerse del velo de humedad que flotaba amenazador en el aire. Ya empezaba a lloviznar cuando ganaron la orilla.

—¡Cuán veleidosa puede ser la naturaleza, tan quieta hace un rato y, de repente, tan feroz! —observó Manuel mientras acompañaba a Beatriz a su

casa.

—¿Sólo la naturaleza? Todo en la vida, mi inocente primo, todo en la vida.

OceanofPDF.com

VIII

A la mañana siguiente Manuel y Beatriz estaban absortos en sus respectivas tareas cuando oyeron un golpe, sereno pero firme, en la puerta. Disgustado por la interrupción, Manuel se levantó para ver quién era.

—Si no me equivoco, vos sois Manuel ben Isaac ibn Yatom —dijo el visitante con voz casi inaudible a causa del tempestuoso viento.

—En efecto.

—Permitidme presentarme: Álvaro de Molina, portador de un encargo de su majestad, el rey Alfonso.

—Tened la bondad de entrar, don Álvaro. ¿Me dejáis vuestra capa? —se brindó Manuel mientras trataba de cerrar la puerta luchando con las ráfagas de viento.

—No, gracias —dijo el hombre, aunque se desató la capa forrada mientras permanecía en el umbral—. No quiero interrumpir vuestro trabajo. Sólo vengo a informaros del contenido de la orden del rey.

Álvaro metió la mano en su raída capa y extrajo un rollo de pergamino estampado con el sello real.

—Como podréis leer aquí, me ha sido confiada la traducción del *Régimen de Salud* de Maimónides, del romance al latín.

—¿Al latín?

—Como lo oís, al latín. Los monjes cistercienses de la isla de Tambo quieren que sus hermanos al otro lado de los Pirineos conozcan los consejos del gran erudito judío, y así se lo han pedido al rey. Nuestro soberano, con su habitual sapiencia y magnanimidad, ha dado su consentimiento, pues siempre ha tenido en gran estima a la congregación de eruditos de la isla. Aislados como están, siempre se han mantenido al margen de los litigios que perturban las relaciones entre la Iglesia y la Corona, y nunca han manifestado una abierta oposición al deseo de Alfonso de difundir el conocimiento entre sus súbditos en lengua vernácula. El prior del monasterio me ha escogido a mí para llevar a cabo esta misión porque los monjes profesan una rígida regla que virtualmente les prohíbe el más mínimo contacto con el mundo exterior. Puesto que una vez fui postulante a la Orden y poseo los conocimientos lingüísticos necesarios, se consideró

adecuado que me encargara de la tarea, tomando en cuenta que eso requiere una estrecha colaboración entre vos y yo. Ni que decir tiene que me felicito de antemano por el provecho que sacaré de nuestra cooperación.

—Sí, sí, por supuesto— refunfuñó Manuel, molesto, y apenas disimulando su estupefacción.

—Veo que esta visita os sorprende. Espero que sea una sorpresa agradable... Ahora lo dejaré para que penséis en los cambios que deberéis introducir en vuestro *modus operandi*, pero mañana vendré de nuevo para establecer los detalles de nuestro plan de trabajo. ¡Que tengáis un buen día, don Manuel!

Álvaro de Molina se ató la capa mientras Manuel abría la puerta por donde entraron las ráfagas de lluvia y de viento. Agachando la cabeza contra la fuerza de los elementos, Álvaro salió apretando el paso mientras atrás quedaba Manuel forcejeando para cerrar la puerta.

—No entiendo nada —dijo pensando en alta voz mientras regresaba a la mesa donde estaba Beatriz—. Absolutamente nada. Cuando haya concluido la versión romance, nada impedirá que los monjes la traduzcan al latín en el retiro de su monasterio. ¿Por qué han propuesto a Álvaro para esta tarea? ¿Para estar seguros de que lo hago correctamente?

—Es posible —convino Beatriz circunspecta.

—Probablemente, algunos clérigos recelosos han sembrado la duda en Alfonso para que desconfíe de su traductor judío. Después de todo, nada sería tan fácil como omitir adrede cualquier consejo vital, o traducir mal un pasaje tergiversándolo con el fin de perjudicarlo.

—Por aborrecible y perversa que parezca la idea, es posible.

—Claro que es así, y como el clero está irritado por el hecho de que muchos judíos disfrutamos del mecenazgo real, quizás Alfonso haga esto para apaciguar a un puñado de eruditos cristianos, permitiéndoles gozar de estas concesiones relativamente menores.

—Menores tal vez para él, pero no para ti —matizó Beatriz pertinentemente, como una madre animando a su preocupado hijo para que confíe en ella.

—No, ciertamente, no para mí. No puede agradarme la perspectiva de tener a un enviado de la Iglesia juzgándome, fiscalizándome y resollando en mi nuca.

—Tal vez sea mejor que me lleve la copia a casa para que don Álvaro y tú podáis trabajar juntos aquí.

—¿Ni hablar! Nuestro nuevo colaborador tendrá que adaptarse a nosotros, no nosotros a él. Le daremos mi versión final a medida que la vayas copiando, y de ese modo él podrá luchar con mi traducción donde quiera y como le dé la gana. Un encuentro semanal será suficiente para despejar cualquier duda que pudiera surgir.

—¿No sería mejor darle mi copia en limpio para que trabaje con ella?

—¿Y arriesgarnos a que pueda estropearla deliberadamente? Eso nos obligaría a hacer otra copia, cosa que entrañaría un retraso y, por consiguiente, el enojo del rey.

—Tal vez lo estás juzgando demasiado a la ligera. A lo mejor no es tan malintencionado como supones. Además, esa colaboración también pudiera resultar beneficiosa para ti.

—Como creo haberte dicho, yo trabajo mejor solo —repuso Manuel bruscamente, poniéndose a la defensiva.

—Sí, ya lo sé —replicó Beatriz pacientemente—, pero como esta situación ha sido impuesta desde arriba, debes hacer lo posible para sobrellevarla. Incluso es probable que se pueda aprender algo de los eruditos cristianos... ¡quién sabe! Vamos, sigamos el excelente consejo del sirviente Moisés, y bebamos un vaso de vino para que te animes.

Álvaro de Molina resultó ser un hombre de pocas palabras. Seco como un viejo pergamino, su chupada cara era macilenta y arrugada; los ojos, hundidos en sus cuencas, lúgubrementes espectrales. Sólo cuando tuvo el manuscrito en sus manos empezó a vivir. Devoró el texto con una peculiar intensidad, absorbiéndolo, penetrándolo, comprendiéndolo, y luego, gracias a un maravilloso resorte oculto, rápidamente lo trasladó al latín en un estilo impecable y suntuoso. Con sumo cuidado, releyó su versión, verificándola paso a paso en busca de errores, cambiando una o dos palabras, siempre aspirando a la máxima precisión, puliendo el texto hasta que fluyó con la transparente naturalidad de un arroyo de montaña. Entonces, satisfecho de su traducción, se sentó cómodamente con una leve sonrisa dibujándose en los crispados labios, y recuperó su habitual impasibilidad.

A pesar de su inicial animosidad, y sin dejar de dudar de su buena fe, Manuel apreció enseguida la maestría y la erudición de Álvaro. No hizo ninguna pregunta ociosa, y todas sus observaciones resultaron juiciosas:

—Vos empleáis la frase «aguas corrientes» en el pasaje que alude a los peces comestibles. Por ejemplo, aquí: «Los peces pequeños, cuya carne es blanca y sólida, y tiene buen sabor, y que proceden del mar o de las aguas corrientes». Yo la he reemplazado por «ríos que fluyen». Es el único significado posible, y así la frase queda en clara aposición respecto a «mar».

Y siguió argumentando:

—Considerad este otro pasaje, mi joven colega: «Comparar el aire de las ciudades con el aire de las tierras áridas y de los bosques equivale a comparar las aguas turbias con las aguas claras y dulces». ¿Por qué empleáis «tierras áridas» pudiendo decir «desiertos»? ¿Y por qué «aguas claras y dulces» cuando aquí la acepción es «puras»?

—Sin embargo, en el original árabe aparece así —se justificó Manuel.

—Pero también debemos tomar en consideración el espíritu de nuestras lenguas en Occidente —fue la réplica sensata de Álvaro.

Beatriz casi no trabajaba durante los encuentros semanales de ambos traductores. Fascinada por el rigor incisivo de Álvaro, no quería perderse ni una palabra de sus discusiones. Pero en cuanto se iba, ella y Manuel se permitían bromear a sus expensas, rutina que se había implantado entre ellos gracias al notable talento de Beatriz para remedar las peculiaridades de quienes la rodeaban. El mayor afán de Manuel era verla recuperar el gusto por la vida, esa viveza que él sabía latente en ella, sólo reprimida por el dolor del luto. Así que la animaba a imitar a su colega mientras él se retorció de risa con cada una de sus breves comedias. Con asombroso realismo, Beatriz se puso un fajo de pergaminos debajo del sobaco, se encorvó hasta quedar cargada de espaldas, como Álvaro, y empezó a andar a paso de lobo por la habitación, levantando de vez en cuando el hombro izquierdo en un tic. Se detuvo, y haciendo que Manuel se sentara a la mesa, se inclinó sobre su hombro. Alzó el índice, e ingeniándose las para que pareciera tan artrítico como el de Álvaro, reprodujo aquella voz salida del día del Juicio Final: «Aquí transitamos por esa delgada línea que separa la fidelidad al original de las exigencias de la lengua de destino».

En connivencia con la alegría compartida de Manuel, como hubiera podido hacerlo con un hijo adolescente o un hermano menor, Beatriz estaba chispeante de ingenio, simpática, segura. Pero el espectáculo de sus ojos destellantes de regocijo, toda la vibración de su ser, producía en Manuel

emociones de otra índole. Y Beatriz parecía totalmente ajena a esos sentimientos.

—¿Crees que Álvaro ríe alguna vez? —le preguntó ella cuando cesaron las carcajadas de Manuel.

—Lo dudo.

—Parece un hombre solitario, mustio. ¿Quién sabe por qué dejó el monasterio? Cualquiera diría que es capaz de adaptarse admirablemente a la vida monástica.

—No tengo ni idea —replicó Manuel— y, para serte franco, tampoco me importa.

—Es como si ese hombre desperdiciara la vida.

—Exactamente como estás haciendo tú con la tuya. ¿Acaso no anhelas encontrar a alguien que... que... —Manuel vaciló buscando las palabras más adecuadas— que cuide de ti, y que... que te ame?

—Claro que sí. Pero para eso necesito otro Benito, y Benito era único.

—Pero ¿por qué tiene que ser una réplica de Benito? ¿No puede ser alguien distinto, aunque no por eso menos bueno y cariñoso?

—¿Alguien como tú? —preguntó Beatriz en son de burla para impedir que se inmiscuyera en su intimidad, y de nuevo prorrumpió en risas burlescas. Pero a Manuel le pareció que esta vez la broma era a costa de él.

—No es un tema para bromear —dijo tajante, poniéndose repentinamente serio.

Espantada por el mal genio que había nublado su rostro, Beatriz tartamudeó:

—Yo... yo... no entiendo. ¿He dicho algo que te ha molestado?

Manuel asintió silenciosamente.

—¿No estarás pensando que...? O quizá sí lo estés pensando... ¡No! ¡Es imposible! ¿Me tomas el pelo?

Manuel levantó los ojos hasta hacerlos coincidir con los de ella. Su expresión no admitía dudas, tan inmenso era el amor que transmitía.

—Pero esto es bastante ridículo —prosiguió Beatriz, ahora con más tacto—. ¿Qué es lo que buscas en una viuda que, aparte de tener unos cuantos años más que tú, es la madre del hijo de otro? Tú podrías buscarte una moza garrida, guapa y que sea virgen, con la cual formarías una buena pareja, y un hogar feliz con tus propios hijos.

—Las mozas guapas me aburren. Y, además, ¿qué derecho tienes a decidir lo que me hará feliz? Yo soy el único que puede juzgar eso.

—Por supuesto —admitió Beatriz mimándolo maternalmente—. Lo único que trato de decirte es que no soy una buena compañera para ti.

—No veo por qué no.

—Piensa en un par de botas. Cuando te calzas un par nuevo, al principio la piel está dura, pero con el calor y el movimiento de los pies se vuelven flexibles y gracias al uso llegan a amoldarse a tus pies. Pero ¿qué pasaría si trataras de caminar con unas botas de segunda mano que ya tienen la forma del pie de su anterior propietario? Antes de que hayas caminado un par de leguas, te saldrán ampollas y te sangrarán los pies. Y si, a pesar de todo, insistes en el empeño, las botas de segunda mano estarán desgastadas antes de que llegues a tu destino.

—No me gusta tu analogía. Es como si te asignaras un papel que no se corresponde con tu verdadero carácter.

—Bueno, tal vez no sangrarías ni te saldrían ampollas, pero a buen seguro yo sería una vieja mientras que tú aún te conservarías fuerte y viril.

—Todos envejecemos. ¿Qué diferencia puede haber en unos pocos años?

—Como tan correctamente has observado, no tengo derecho a hablar por ti, pero sí por mí. Le tengo miedo al sentimiento de posesión y a los celos, lo sé muy bien por haberlos sufrido. Benito me amaba con toda la pasión de su juventud, y él justificaba sus celos argumentando que eran la otra cara de su auténtico y perdurable amor: estarás de acuerdo en que era una persuasiva, y casi lisonjera, interpretación de los hechos. Yo lo amaba no menos apasionadamente, no menos exclusivamente de lo que él me amaba a mí, pero mientras no me dio motivos, nunca sentí la punzada de los celos. Lamentablemente, no puedo decir lo mismo de Benito, aunque yo, al igual que él, jamás le di motivos para que dudara de mi fidelidad. Pero, como ves, él estaba menos... ¿cómo decirlo?... menos... seguro de sí mismo, sí, eso es, menos seguro de sí mismo que yo. Al principio, me reía de sus sospechas, pero en cuanto empecé a trabajar asiduamente en el Estudio General, sus acusaciones empezaron a ser cada vez más absurdas. Pronto comprendí que su comportamiento obedecía, al menos en parte, a su orgullo herido, a la humillación que le infería su incapacidad para mantenerme, y yo se lo perdonaba porque lo amaba y porque ése era su único defecto. Desde que murió, a menudo me he preguntado si con el tiempo se habría calmado o si, por el contrario, el dolor que me causaba hubiera sido capaz de dar al traste con el amor que nos unía.

—Pero ¿qué harás conmigo... con nosotros?

Al cabo de un silencioso momento de meditación, Beatriz continuó como si no hubiera oído aquella pregunta:

—Algunos suelen decir que una viuda, o un viudo, adopta inconscientemente las características del cónyuge fallecido. No creo que sea lo que me está pasando. Simplemente he llegado a la comprensión cabal de la causa real de sus celos y, a partir de ahí, a la convicción de que yo, la más débil de nosotros dos, fácilmente podría llegar a verme dominada por ese rasgo de carácter.

—¿Tú, la más débil?

—A la larga, sí. Incluso suponiendo que entre nosotros llegara a existir alguna clase de vínculo, yo envejecería y perdería la esencia de mi femineidad, mientras que tú estarías aún en la flor de la vida. Cada vez que te viera echándole el ojo a otra mujer en su plenitud, me consumiría y mis celos estropearían en poco tiempo todo lo que durante años hubiera podido nacer entre nosotros. Embarcarse en semejante aventura puede ser absolutamente descabellado.

—Odio tu lucidez.

—No me extraña. Todavía eres lo bastante joven como para obrar sin pensar en las consecuencias, mientras que los años y la experiencia me han enseñado que lo que tú llamas «lucidez», y yo denomino realismo, no es más que la habilidad para ver más allá de las fantasías y los espejismos del momento.

—Bien, pero prescindamos de todo eso, recupera el ímpetu juvenil que yo te ofrezco, acéptalo junto con mi amor.

—Tomarlo sin dar nada a cambio finalmente sólo puede conducir a un clima de amargura y recriminaciones. Yo no puedo devolverte tu amor, ni tampoco la ofrenda que me haces de tus años, con todo lo que eso implica. Ya me has dado bastante, pues sin tu comprensión, tus delicadas atenciones y tu energía, no habría podido recuperar la alegría de vivir, la capacidad de reír de nuevo.

—Ha sido mi amor, no mi comprensión ni mis atenciones, lo que ha hecho que vuelvas a vivir.

—Sea lo que sea, te doy las gracias.

—No tienes por qué hacerlo. Ver la risa en tus ojos iluminados es todo cuanto necesito.

—Así sea —sonrió Beatriz dulcemente mientras recogía plumas y papeles disponiéndose a regresar a su casa.

¿Fue Manuel capaz de advertir cuán frágil era su vivaracha fachada? ¿Adivinó que detrás de esa apariencia había un alma semejante a un gigantesco témpano de hielo que, en primavera, se separa del glaciar y navega a la deriva, dejando que sólo su punta se derrita bajo el sol? ¿Sería capaz de comprender que sólo la irresistible fuerza de la vida de un recién nacido impediría que se desintegrara deshaciéndose en la nada?

OceanofPDF.com

IX

El hogar de Ibn Yatom se encontraba en su indefectible estado de caos cuando Ana hizo pasar a don Mosca y lo recibió con el mismo afecto con que obsequiaba a todos los excéntricos, solitarios, amartelados y enfermos que deambulaban por los alrededores o vagaban dentro de su casa, siempre abierta de par en par. La exquisita calidad de la lana de la túnica, el tabardo de buen gusto a juego con los zafiros engastados en el cinturón de plata que pendía holgadamente de su cintura, todo revelaba que el recién llegado era un personaje ilustre, pues los atributos de esa opulencia, ese grado de refinamiento y ese donaire rara vez se veían en la pobre vastedad de Galicia. A pesar de todo, y para consternación del cortesano, nadie en la casa, incluida Ana, pareció dejarse impresionar por su distinguida presencia.

—¿Se encuentra aquí don Isaac? —preguntó con protocolaria frialdad.

—No, lo siento, no está —replicó Ana distraídamente mientras cogía a un niño llorón para acunarlo con ternura en sus brazos.

—¿Y se sabe cuándo llegará?

—No tengo ni idea. Siempre trata de dormir en casa, pero si el paciente está en algún lugar remoto, a veces pasan hasta dos días sin que lo veamos. ¿Estáis enfermo?

—No, gracias a Dios...

—En ese caso, tal vez pueda ayudaros en algo.

—Me temo que no. Debo verlo personalmente.

—Bien, entonces sentaos donde podáis. Stella os traerá vino y pasteles para que os refresquéis después de un viaje tan largo.

Dicho esto, Ana soltó al niño y corrió a separar a dos rapazuelos que habían comenzado a forcejear disputándose un juego de dados.

Fastidiosamente, sin poder disimular su desazón, don Mosca sacó de su escarcela de seda un pañuelo de linón y sacudió una silla que su anterior ocupante había dejado llena de migas de pan. Sólo entonces, melindrosamente, se sentó. Con horrorizado asombro, sus ojos iban desde Estrea, que se rodeaba la cabeza con fajas de seda de colorines formando un extravagante turbante, al viejo caballero que cabeceaba en la esquina,

completamente ajeno a los niños que haciendo pinitos tiraban de los hilos de su raída vestidura, mientras otra criatura que con sus tiernas encías mordía un chupete de madera lo babeaba de saliva. Tras contemplar esa escena pasmosa, de la que se mantenía a prudencial distancia, se abismó en sí mismo, bebiendo a sorbos su vino y resignándose a esperar. Pero a medida que anochecía, el disgusto y la impaciencia aumentaron. Frotándose las nalgas, entumecidas de tanto estar sentado, se levantó y dio unos pasos acercándose al alboroto generalizado.

—No os preocupéis —dijo Ana risueñamente volviéndose a él para enseguida acudir al rescate de un niño a punto de saltar desde un arcón que estaba detrás de don Mosca—, si es necesario, podéis quedaros a dormir aquí. Siempre tenemos una cama disponible para los peregrinos.

Espantado ante la idea de pernoctar entre aquel desorden, pero sin querer ofender a su anfitriona ni renunciar al encuentro con Isaac, don Mosca le dio las gracias con una sonrisa que era más bien una mueca, regresó al sublime aislamiento de su asiento y siguió esperando estoicamente. Cuando por fin apareció Isaac, experimentó un inmenso alivio. Nada más verlo pisar el umbral, don Mosca se puso en pie, se presentó y, cogiendo al médico por el codo, lo sacó afuera.

—Dispensadme por tomarme esta libertad, pero os explicaré inmediatamente el motivo de mi visita. —Presumiendo de su propia importancia, el cortesano prosiguió—: Voy camino de Combarro para interesarme por la traducción que vuestro hijo y su colega, don Álvaro, realizan cumpliendo órdenes de su majestad, el rey Alfonso. Antes de salir de Sevilla, un mensajero sumamente discreto me confió una carta confidencial para vos, con instrucciones del remitente, cuya identidad debe quedar en el anonimato, de que os fuera entregada en vuestras propias manos. Aquí está —dijo sacando de la escarcela un pliego de pergamino cuyo sello de lacre no estaba blasonado.

—Aparte de esto —continuó don Mosca—, su majestad, la reina, supo que yo pasaría por estos parajes y me rogó que os entregara esta bolsa en recompensa por el servicio que le prestasteis durante su reciente peregrinación a Santiago de Compostela.

—Os doy las gracias muy sinceramente, don Mosca. Pero, por favor, entrad y compartid con nosotros la cena.

—Os agradezco mucho vuestra generosa hospitalidad, pero el *alcalde*⁶⁷ de Santiago me está esperando.

—¿Ni siquiera un refrigerio?

—Vuestra esposa ha sido muy amable y ya se ocupó de brindármelo. Ahora debo darme prisa para verificar, antes de irme a dormir, que todos los miembros de mi séquito están convenientemente alojados en Santiago.

Mientras hablaba, don Mosca había desatado las riendas y, tras montar en su caballo, ya se alejaba por el camino sin darle tiempo a Isaac a retenerlo un poco más.

Intrigado, el médico entró de prisa en su casa. Arrastró una silla hasta la lumbre de la chimenea, se sentó y rompió el sello de la misiva. Entonces empezó a leer una caligrafía de letra muy chupada, bastante académica, pero infantil:

A don Isaac ibn Yatom, mi más amistoso saludo. Siento no haber tenido ocasión de reencontrarnos para volver a hablar. Desde nuestra última charla, me han ocurrido muchas cosas buenas, y como estos cambios de fortuna se deben en gran parte a vuestros buenos consejos, ahora os escribo para daros las gracias. Como tan acertadamente me aconsejasteis, al regresar a Sevilla comencé a interesarme por los problemas de mi marido; por supuesto, no me refiero a sus eruditas ocupaciones, soy demasiado ignorante para ello, sino a todo lo relacionado con la realeza.

En este sentido, los últimos acontecimientos me ayudaron. La revuelta contra mi esposo el rey, soberano de Castilla y de León, acaudillada por su lugarteniente, el conde Lope de Haro, y su desertión para aliarse con mi padre, el rey Jaime de Aragón, a quien ahora rinde vasallaje, me vinieron como anillo al dedo para compartir las preocupaciones de mi marido.

Mi esposo, el rey, es muy tenaz en lo tocante a su poder absoluto y, por consiguiente, no cesa en su empeño de recopilar un cuerpo de leyes que consolide su autoridad. Sin embargo, nada más natural que nobles tan poderosos como Diego Lope de Haro se ofendieran, ya que esto supondría la pérdida de muchos de sus tradicionales privilegios. Traté de atemperar la cólera de Alfonso, provocada por la sublevación, pidiéndole calma. Por lo apartado que estoy de los asuntos palaciegos, la causa del levantamiento me

resulta evidente. Me he armado de coraje para poner de manifiesto que desde que la reconquista llevó la paz al reino, esos intrépidos guerreros permanecen ociosos. Pero son hombres que no saben hacer otra cosa sino luchar, y el botín que conquistaron en la batalla contra los moros es la fuente de sus inmensas fortunas. Y todo eso lo han perdido ahora. Por eso, muy pronto su descontento se tradujo en rebelión armada. Aunque el rey, mi marido, no ignoraba esto, pues siempre examina todos los aspectos de un problema, también le enfureció que su propio hermano, Enrique, se uniera a los sediciosos y que el conde Lope de Haro jurara su lealtad a mi padre.

Como podéis ver, mi sabio amigo, no hay mal que por bien no venga. Conservando un frágil equilibrio entre Castilla y Aragón, me he convertido en un gran consuelo y sostén para mi marido durante estos difíciles días, y me atrevería a decir que, gracias a todo eso, ha empezado a amarme. Como seguramente ya sabréis, este año tuvimos un hijo. Una vez sofocada la revuelta, concerté un encuentro entre mi marido y mi padre para que hicieran las paces. Al mismo tiempo, me he asegurado de que nuestro hijo, Fernando de la Cerda, sea reconocido como el legítimo heredero del trono de Castilla y León.

No pierdo las esperanzas de, en un futuro no lejano, poderos agradecer personalmente vuestro tan preciado consejo. Estoy muy interesada en ver cómo progresan las obras en la nueva catedral de León, y había pensado que sería un buen pretexto para viajar al norte y volver a vernos. Sin embargo, en el ínterin, han anunciado la llegada de la embajada de Pisa y me tiene muy intrigada la finalidad de su misión. Por consiguiente, he decidido dilatar el placer de encontrarnos para otra ocasión. He confiado esta carta, estrictamente reservada, a vuestro compatriota judío don Mosca, quien viajará hasta Combarro para hacerle una consulta a vuestro hijo, don Manuel, a propósito de la traducción al castellano y al latín de cierta obra árabe que el rey, mi marido, le ha encomendado. Tengo la certeza de que esta carta llegará a vuestras manos sin dificultad.

«¡Caramba! ¡Después de tanto tiempo!», murmuró Isaac para sí. Rápidamente volvió a doblar el billete y lo escondió en un bolsillo. Curiosamente, no lamentó que la índole confidencial de la carta de la reina le impidiera compartir la satisfacción de esa inaudita distinción con su esposa, del mismo modo que había hecho con otras alegrías y penas. La guardó en un rincón de la memoria, como si fuera un tesoro, para evocarla y acariciarla en sus solitarias cavilaciones mientras cabalgada por la ruta de los peregrinos, o cuando se desvelaba, preocupado por la fiebre de algún niño al que hubiera atendido horas antes. Aquella carta era suya, única y exclusivamente suya. Y al darle la bolsa a Ana, acompañándola de una bondadosa sonrisa, supo perfectamente que ella no haría preguntas sobre su procedencia ni cogería un solo maravedí. En la mesa de Ibn Yatom siempre había muchas bocas a las que dar de comer...

OceanofPDF.com

X

Cuando don Mosca, con la satisfacción del deber cumplido, abandonó al fin la casita de campo de Combarro, hasta el sufrido don Álvaro exhaló un suspiro de alivio. La discusión entre los tres traductores acerca de si existían, o no, términos en romance y en latín equivalentes a ciertas palabras árabes, sus disquisiciones a propósito de la transliteración de algunos arabismos y la manera de introducir las imprescindibles paráfrasis para explicarlos desembocó en un debate tan interminable como agotador. Peor aún, más bien fue algo inútil, pues rara vez don Mosca aceptaba una opinión diferente de la suya. En más de una ocasión, Manuel se preguntó por qué había hecho un viaje tan largo para debatir todo eso con ellos, cuando hubiera podido ahorrarse muchas molestias modificando el texto él mismo antes de entregárselo a su regio patrono...

En cuanto Álvaro salió de la casa, Beatriz soltó de un tirón una inaudita avalancha de chistes burlándose de don Mosca. Imitándolo, arrugó disgustada su puntiaguda nariz, exactamente igual a como lo hiciera don Mosca cuando pasó junto a las redes de Juan. Con la destreza de un pantomimo consumado, cogió un imaginario pañuelo de linón y sacudió el polvo del banco antes de sentarse, y lo mismo hizo con la mesa antes de depositar allí una serie de libros y papeles invisibles:

—¡Yo era el único capaz de convencer a Jaco para que me diera el manuscrito árabe del tratado de geometría! —remedó al jactancioso cortesano mientras se pavoneaba meneando arrogantemente los hombros—. Desde luego, es un ignorante, pero astuto como muchos de su ralea. Aunque no tenía ni la más remota idea de lo que poseía, su primitivo instinto le decía que podía ser algo valioso. No obstante, hice algunas averiguaciones entre sus colegas odreros, y enseguida supe que había contraído una deuda que no podía permitirse el lujo de pagar. Y todo para celebrar la *Bar Mitzva*

[7] de su hijo con la ostentación que la arpía de su esposa consideraba apropiada por ser ella hija de un orfebre. Y por eso se vio obligado a vendérmelo. Mi persuasiva generosidad hizo el resto —afirmó ella adoptando una pose condescendiente.

Pero el momento culminante de su pantomima llegó cuando frunció la boca parodiando a don Mosca al enumerar, en un insufrible despliegue de erudición, los consejos que le dio al rey sobre la traducción de varios títulos en cuyas versiones definitivas él colaboró. Entonces Beatriz hizo una inflexión pasando a un tono didáctico y pomposo:

—Pongamos por caso el *Libro de los Cielos*, de Costa, que como supongo sabréis, describe todas las maravillas que rigen la mecánica celeste. Del título original árabe, *Alcorey*, derivamos *Alcora* para la versión latina, pero acatando el deseo del rey de que nuestros indoctos compatriotas comprendan estas obras, yo sugerí *Libro de la Esfera* para el título en romance. Sin embargo, y aquí Beatriz respiró profundamente con ínfulas de autoridad, tuvimos el cuidado de explicar todo esto en la introducción para que los eruditos, tanto nuestros contemporáneos como los de futuras generaciones, pudieran seguir el rastro de la evolución del texto original árabe.

Manuel se partía de risa hasta llorar, pero Beatriz continuó imperturbable, con el rostro solemnemente rígido:

—En el curso de nuestras discusiones, su majestad y yo sostuvimos una conversación muy edificante acerca de la influencia de las estrellas en la vida de los seres humanos. Yo estaba la mar de contento cuando, en su inmensa sabiduría, mi regio interlocutor me dio a entender que, aunque a él le apasionaba la astronomía, se inclinaba a suscribir el punto de vista de Tomás de Aquino, a saber, que el hombre libre no está subordinado a las fuerzas astrales.

—¡Cómo te amo cuando haces mímica! —musitó Manuel mientras Beatriz hacía una graciosa inclinación para indicar que la función había acabado.

—¿Sólo cuando hago mímica? —replicó ella en son de burla.

—Por favor, no conviertas mi amor en otra de tus sátiras. Ya te lo he dicho antes, esto no es cosa de risa.

—¡Oh, querido! ¡Pobre Manuel! ¿Qué vamos a hacer para calmar el sufrimiento de tu amor no correspondido? —siguió ella con sus chanzas.

—Amarme, aunque sólo sea un poquito— ahora era Manuel quien le tomaba el pelo mientras levantaba los ojos hacia ella desde donde estaba sentado, en un taburete bajo junto al gran fuego de troncos que ardía en el hogar. Beatriz se inclinó hacia él agitando su cabellera como lo haría una madre con un hijo travieso:

—Eso de amar sólo un poquito no vale. Se ama o no se ama.

Manuel extendió un brazo y, cogiéndole una mano, la llevó hasta sus labios. Besándola tiernamente, dijo:

—Entonces, simplemente, ámame.

—Manuel, escúchame —esta vez muy seria, Beatriz retiró suavemente la mano—. No persigas una quimera. Sólo puedo darte infelicidad. Olvídame y busca tu amor en otra parte.

—Mientras tú estés aquí, ningún otro amor será posible.

—Cuando hayamos terminado el *Régimen*, me iré.

—¿Adónde irás sola con Davico? —y cogiendo otra vez su mano, Manuel la atrajo hacia sí—. ¿Por qué te obstinas en rechazar un amor tan puro, tan completo, tan inocente como el mío? ¿Sólo porque te pondrías celosa de una mujer más joven que tú? ¿Acaso no ves que estás creando un falso problema, que nunca existirá porque nunca te daré motivos? Te amaré exactamente como tú deseas, única y exclusivamente a ti.

Beatriz cogió la mano de Manuel y la puso sobre sus pechos:

—Aquí, ¿lo notas? Una vez fueron redondos y firmes y altos y agradables de ver. Siéntelos ahora. Caídos, flácidos, y eso que únicamente le he dado de mamar a un solo niño. Pronto cederán del todo, igual que berenjenas asadas. Mi cara se arrugará, mis ojos perderán brillo, mis dientes se pondrán amarillos y probablemente alguno caerá, y mientras tanto, tú estarás en el esplendor de tu virilidad, alto y erguido como el ciprés de Córdoba, conservarás aún la expresión viva de tus despejados ojos grises, tus mejillas sin arrugas, tu paso ligero y largo. Aun cuando no me dieras motivos de celos, yo siempre tendría miedo; acosada por las dudas, vigilaría tus miradas, espiaría cada uno de tus movimientos. Y al final, mis sospechas podrían corroer el amor que sientes por mí.

—Supón que yo fuera viejo, ¿podrías amarme en tal caso?

—Nunca podré imaginar semejante imposible.

—Entonces imagínalo ahora.

—No seas absurdo, Manuel. Te estás portando como un niño mimado.

—Mimado o no, niño o no, exijo una respuesta a mi pregunta, aunque, de hecho, tácitamente ya me la has dado.

—¿Qué quieres decir?

—Como dijo Benito acertadamente: los celos no son más que la otra cara del amor.

Beatriz se acuclilló y lo miró larga, detenidamente, con ojos inexpresivos. Entonces se volvió a los chisporroteantes carbones, donde la imagen de Benito brillaba con luz mortecina. Sus palabras, vueltas ahora contra ella, resonaban en el recuerdo como una burla despiadada.

—Una hermana puede estar celosa de su hermano menor, y algo parecido es lo que siempre he sentido por ti. Pero todo esto es estrictamente hipotético —soltó como si no quisiera tomárselo en serio, concentrándose en el fuego que ardía lentamente, atizándolo sin cesar hasta levantar llamaradas.

—Mientras vaticinas horribles profecías acerca de la repulsiva mujer en la que te convertirás, ¿olvidas lo que dijo el sirviente Moisés? «Es posible que lo opuesto a lo que uno teme ocurra; tanto lo que uno teme como su opuesto puede suceder, ya que ambos caben dentro de lo posible.» Vamos, mi amor. *Carpe diem*. ¿Quién puede predecir lo que nos va a suceder a cualquiera de los dos mañana, la próxima semana, el mes entrante, incluso el año que viene? De nada nos servirá la renunciación. — Manuel se deslizó del taburete y abrazó a Beatriz, pero ella se apartó.

—Sin embargo, es como si traicionara a Benito en un acto incestuoso con mi propio hermano.

—Pero Benito hace casi más de un año que murió. El fallecimiento de una persona no puede condenar a otros a vivir en la muerte. Al contrario, es precisamente tal renunciación lo que supuestamente traiciona a Benito, ya que significaría una vida desperdiciada, la vida de la que él amaba. Hace unos días estabas copiando esto: «... lamentarse y entristecerse evocando el pasado son actividades carentes de intelecto». Tú podrías ser muchas cosas, mi amor, pero... ¿carecer de intelecto? ¡Eso no!

De nuevo Manuel la estrechó tiernamente entre sus brazos. Esta vez ella no retrocedió.

—Y además, yo no soy tu hermano, que no te avergüence admitir que te sientes a gusto conmigo —dijo tomando cariñosamente la cabeza y apoyándola en su hombro, y ella lo dejó hacer:

—Hacía mucho que no me acariciaban unas manos amorosas.

—Entonces deja que mi amor florezca alrededor y dentro de ti. Acéptalo como la renovación de la vida con todo el amor que te doy.

Y así fue.

Aunque Álvaro no tenía que trabajar aquel día con Manuel, a la mañana siguiente visitó la casita de campo para recoger unos papeles que había olvidado. En cuanto entró, advirtió un sutil cambio en el ambiente, una nueva intimidad entre Beatriz y Manuel cuya causa no tardó en descubrir. La mirada de Beatriz, su cetrino cutis ahora extraordinariamente radiante, y un Manuel lleno de alegría, le trajeron a la memoria recuerdos que había enterrado definitivamente, del mismo modo que había sepultado a aquélla que ahora los suscitaba.

En aquel entonces no se arrepintió de nada, volvió a recordar, como había hecho tantas veces a lo largo de los años. Tan inmensa fue la revelación, tan abarcadora su pasión por ella, que sus monásticas aspiraciones dejaron de tener sentido. Durante todos aquellos años había especulado interminablemente acerca de cuán feliz hubiera sido junto a ella, sin dejar de reprocharse el haber caído en la tentación de la carne, debilidad cuyo resultado fue su muerte, así como la del niño que nació muerto. Dos vidas humanas habían sido el precio de su falta de carácter, a lo que se añadía su propia aridez. Denegada la fría y estéril seguridad del monasterio, cuyas puertas se cerraron para él, tampoco encontraba unos brazos amorosamente abiertos en los que refugiarse.

Ahora, al ser testigo de la realización de ese natural deseo en otra pareja, su anheloso instinto, que gracias a un supremo esfuerzo de voluntad había creído refrenar, empezaba a despertar en lo más recóndito de su ser. Durante muchos años había conseguido dominar esa sublevación interior, siempre sobreponiéndose a sus sentimientos; y de pronto, por primera vez, estallaban para abrasarlo. ¿Por qué le había sido negada la más elemental felicidad? ¿Castigo divino?: sería una respuesta demasiado fácil. Eran pocos los hombres capaces de observar las exigentes reglas de las órdenes monásticas, órdenes que no fueron creadas por Dios, sino por el hombre. Más bien era al contrario: la mayoría de los seres humanos obedecía al mandato divino de «creced y multiplicaos». Cada cual, según su naturaleza, encontraba el amor en la juventud, alguien con quien compartir los altibajos de la vida, un sostén en los últimos años. ¿Por qué lo habían privado de todo aquello? Él no había hecho sino obedecer al instinto con que Dios lo había dotado.

Después de la muerte de ella, tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera concebir la idea de que otra ocupara su lugar, y cuando, al fin, empezaba a vislumbrar esa posibilidad, le pareció que era demasiado tarde.

Para entonces ya no estaba en la flor de la edad, y la soledad se había convertido en su novia inseparable. El más mínimo trastorno en aquella delicada relación le resultaba insoportable. Había aprendido a adaptarse, llenando metódicamente sus horas vacías con actividades cuyo único objetivo era disfrazar su soledad, y no tardó en entregarse a ese estilo de vida, incapaz de adaptarse a las necesidades o deseos de otra persona. Así había sido, al menos hasta este momento.

Pero ahora, de pronto, le asaltaba la abrumadora apetencia de sentir el suave abrazo de una mujer, el gozo de que una mujer se interesase por él, la compañía de un alma gemela que reanimara su capacidad de amar completamente petrificada. Tenía que ser ahora, antes de que fuera demasiado tarde. De pronto, una visión fulminante le traspasó el alma: un haz de efusiva luz, de amor, irradió de Manuel a Beatriz, cuyo rostro se iluminó, y entonces ese caudal de ternura fluyó desde ella tocando a Álvaro. Él consideró justo que aquella corriente de vida se compartiera así, dejándole a él, el menos vital de los tres, la menor parte. Pero ningún tribunal era capaz de aplicar esa justicia distributiva. ¿Por qué Beatriz iba a querer compartir con él una porción del amor que Manuel le prodigaba? ¿Qué atractivo podía ejercer él sobre ella, si no era más que un seco, gris y envejecido hombre enclaustrado en su estéril soledad? ¿Qué podría ofrecerle para obtener de ella tan siquiera una débil chispa de cariño? Nada como no fueran la erudición y la sabiduría que le daban los años. Tales atributos serían un premio insignificante para una mujer del montón, pero quizás una con la educación de Beatriz sabría apreciarlos... ¿O no sabría?... ¿Quién podía saberlo? ¿Sería capaz de deslumbrarla con una declaración de amor que evidenciara el brillante talento literario que, como traductor, no había podido mostrarle? ¿Podría despertar su admiración hasta convertirla en afecto y luego conseguir que lo amara? A menos que se decidiera a tentar a la suerte, nunca lo sabría...

XI

Por primera vez desde su boda con Alfonso, Violante sintió en lo más hondo de su ser que, en efecto, era una reina. Fuera cual fuese la proposición que los dignatarios pisanos le presentasen a su esposo, tanto si era a favor del reino como si no, ella les estaría eternamente agradecida. Nunca había sido objeto de tal admiración, jamás recibió tantos cumplidos, tan irresistibles lisonjas, tanta exquisita galantería. Las delicadas muestras de urbanidad que le prodigaron los italianos, la fascinación que brillaba en sus ojos cuando hablaban con ella, la hicieron sentirse algo aún más importante: una reina, desde luego, pero también una mujer atractiva, apetecible, incluso seductora. Mientras más la adulaban, mayor era su regocijo, descubriendo en sí misma la capacidad de coquetear con tanta elegancia como ellos.

Violante se deleitaba con estas sensaciones placenteras durante el banquete que su marido ofrecía en honor de los miembros de la embajada de Pisa. Con su refinado sentido estético, Alfonso había ordenado que toda la corte vistiera trajes de terciopelo negro recamado con hilos de oro, para amortiguar el contraste con las túnicas de púrpura y los mantos de paño dorado que los engalanaban a él y a la reina. Hasta los más mínimos detalles de esta opulenta aunque solemne escenografía habían sido diseñados como telón de fondo para el brillante despliegue de color que hacía tan célebres a los italianos. Con absoluta naturalidad y donaire, los delegados pisanos lucían sus galas escarlatas, verdes y ocre a juego con los imponentes rubíes de los anillos que relucían en sus dedos, mientras desmembraban bogavantes, sorbían ostras o saboreaban crujientes empanadas rellenas de lenguados de excepcional suavidad. Pulcramente y con precisión, manipulaban los cuchillos de mango de oro cortando alondras y palomas rellenas sazonadas con clavo y piñones blancos; amén de las tajadas de carne de ciervo, los solomillos de ternera y el succulento y sabroso lechón que asaron entero en un espetón. Las enormes copas de oro, escanciadas sin cesar con los más selectos vinos escogidos por Alfonso, se alzaban una y otra vez en honor de los huéspedes, en una sucesión de elegantes brindis mutuos.

Pero la gran sorpresa que Alfonso reservó para sus invitados italianos vendría al final del banquete. Cuando los criados sirvieron las natillas, las frutas y los confites, un grupo de coristas e instrumentistas, sencillamente ataviados con apagados tonos azules y rojos, entraron en fila en el gran comedor. Se situaron entre los dos ramales de la mesa en forma de U, frente a los miembros de la realeza que ocupaban el asiento honorífico de la cabecera y entre los agasajados, sentados a ambos lados. Mientras los músicos afinaban sus instrumentos, concertando los rabeles con las cítaras y las flautas con las vihuelas en tanto que el atezado moro aplicaba el oído a su guitarra rasgueando las cuerdas antes de apretar las clavijas, Alfonso explicó a sus invitados lo que iban a oír: poemas en alabanza de la Virgen, escritos y musicalizados por él mismo:

—La primera cantiga se titula *Santa María, estrella del día*, y es una súplica para que «Nos muestre la vía hacia Dios». Como oiréis —agregó en un tono demasiado didáctico para el gusto de los pisanos—, el coro se repite al final de cada estrofa, rimando con el último verso.

Mientras los italianos se lamentaban para sus adentros, sin duda aquellas coplas serían interminables, Alfonso seguía hablando, aunque ahora con afectación, como si se desaprobara a sí mismo modestamente:

—La forma, claro está, es de origen árabe, pero gustosamente la he adoptado y adaptado, porque como poeta considero que se trata de un extraordinario desafío. Pero basta de prolegómenos. La música no se hace para hablar de ella, sino para oírla.

A una señal suya, los ministriles irguieron la espalda a la vez, los niños del coro dejaron de zangolotear, los cantores se aclararon la garganta. Entonces todos respiraron hondo, y la música se derramó sobre el silencio de los comensales. Pura como el sonido de una campana de plata tañendo al despuntar la aurora, las voces se elevaron al unísono para luego bifurcarse armoniosamente: la voz más grave prolongándose sin cesar servía de fondo a la dulce y piadosa melodía que salía de las atipladas gargantas de los niños. Los invitados de Alfonso escuchaban cortésmente, ladeando las cabezas en un gesto de interés mientras marcaban el lánguido compás tamborileando con los dedos en las rodillas. Para alivio de los italianos, la cantiga no fue larga ni los estribillos del coro tediosos. Cada interpretación se cantó en diferentes polifonías, ora dominando los tenores, ora al unísono, ora el atiplado candor de los niños elevándose una vez más por encima de la masa coral. Incluso los sofisticados oídos italianos consideraron que tanto la

composición como la ejecución eran magistrales, y la armonía, no del todo desagradable.

Cuando la música cesó, colmaron de elogios a Alfonso por la diversidad de su talento artístico, encomios que él aceptó con un orgullo que apenas se molestó en disimular. ¡Y cuánto se ufanaba Violante de su virtuoso marido!

Estimulado por los homenajes de sus convidados, Alfonso reanudó sus explicaciones con más vehemencia que antes:

—La próxima cantiga no se parece mucho a lo que estáis acostumbrados a oír, ni por el tema ni por la forma. Refiere el milagro que Nuestra Señora le concedió al rey de Marrakech, quien derrotó a otro rey moro de la parte enemiga gracias a la intervención divina. Como podréis oír, el estilo musical está en perfecta armonía con la índole del acontecimiento.

—¿La Virgen intervino a favor de un moro? —preguntó perplejo el más joven de los pisanos.

—¿Y por qué no? —contestó Alfonso secamente—. Como dice el poema: «Aunque sean gentes de otra ley y descreídas, la Virgen ayuda a quienes más la aman».

Escépticas cejas se enarcaron, acá y allá, entre los italianos; pero cuando las percusiones de un compulsivo tambor moro anunciaron la llamada marcial de la chirimía *morisca*, ^[8] un sobresalto los arrancó de la somnolencia que les había provocado el suntuoso banquete. Evidentemente, los miembros de la embajada de Pisa no estaban acostumbrados a esta música tan extraña, cuyas estridencias destrozaban sus sensibles tímpanos a tal punto que ya no podían reproducir con los dedos el desconocido ritmo. Durante toda la representación, se movían inquietos, malhumorados, restregándose contra el respaldo de las sillas, haciendo girar rápidamente los anillos en sus nerviosos dedos mientras las estrofas seguían desgranándose con sus monótonos versos. Cuando el cantar concluyó, la reacción de los huéspedes fue de evidente indiferencia.

—Absolutamente inaudito —se vio obligado a murmurar el jefe de la delegación, un diplomático a carta cabal.

—Siendo un monarca tan devotamente cristiano, resulta muy tolerante que incorporéis tantos rasgos de la música de los infieles en la vuestra, y que les permitáis tocar sus instrumentos en vuestra corte —agregó, con menos tacto que su superior, el miembro de menor rango de la embajada.

—Hace muchos años que los moros están en estas tierras —respondió Alfonso, esta vez bruscamente, a la apenas velada crítica—. Es más, ninguna cultura, proceda de donde proceda, debe ser menospreciada.

Gracias a Dios, la última cantiga se cantó en un alegre canon cuyo pegajoso ritmo de danza hizo que los pisanos lo marcaran con los pies. De no haber sido por eso, lo más probable es que hubieran dado alguna que otra cabezada...

Cuando se acabó la fiesta, y los huéspedes y cortesanos se dispersaron, Violante, pletórica de su recién adquirido amor propio, siguió a su marido hasta el dormitorio, donde le preguntó abiertamente cuál era el objeto de la visita de los pisanos:

—¿No habrán venido sólo para proponernos un convenio comercial, verdad?

—No, claro que no. Es más, mucho más que eso. Mi queridísima reina, es la Corona del Sacro Imperio Romano lo que han venido a ofrecerme.

Violante lo miró detenidamente, en silencio, sin comprender.

—¿No lo ves? —exclamó Alfonso, emocionado y eufórico en la fiebre de su imaginación—. Como nieto de Federico II de Suabia, quien fuera emperador durante treinta años, tengo legítimo derecho a la candidatura. Después de su muerte, poco antes de la de mi padre, su hijo y sucesor, mi tío Conrado, heredó la corona; pero ahora que está muerto, yo tengo el derecho a sucederlo. Los pisanos han venido a ofrecerme su apoyo ante los príncipes alemanes para mi elección.

—Pero... ¿por qué los pisanos?

—Porque ellos y sus partidarios en Italia, el partido de los gibelinos, defienden el mismo principio político de la dinastía Hohenstaufen, de la cual mi madre y mi abuelo, el emperador, eran descendientes; es decir, que los papas no tienen derecho a ejercer ninguna tutela sobre los soberanos cristianos cuyo poder y autoridad deben ser absolutos dentro de sus respectivos reinos.

—Entonces el Papa no confirmará tu elección.

—Alejandro dio a entender a los pisanos que lo desea. Las excelentes relaciones que mantengo con él están basadas en el mutuo respeto de nuestras respectivas esferas de influencia. A diferencia de otros, yo nunca he interferido en sus disputas con los gibelinos en Italia.

—Pero estas perpetuas luchas por el poder entre el Emperador y el Papa, el Estado y la Iglesia, güelfos y gibelinos, con los reyes y príncipes de

Europa constantemente tomando partido, es un asunto realmente muy complicado —perseveró Violante—. Si resultaras elegido, te verías implicado en todo eso. ¿Es eso lo que realmente ambicionas? El Sacro Imperio Romano está tan lejos y es tan irrelevante para nosotros aquí, en Castilla, donde tenemos incontables problemas que resolver por nuestra propia cuenta: nobles disgustados, levantiscos moros, amenazadores marroquíes...

—Pero ésa es precisamente la cuestión, ¿no lo ves? Cuando sea investido con el poder y el prestigio de sacro emperador Romano, ni un solo barón cristiano, ni un solo señor de la guerra árabe, se atreverá a desafiarme. Mi autoridad sobre Castilla será absoluta, tal y como yo concibo que ha de gobernar un soberano, y conseguiremos el puesto de honor que merecemos entre los países cristianos de Europa. No pienso dejar escapar esta oportunidad. Estoy decidido. Pero, ¿por qué te calientas la cabeza con todos estos enredos políticos?

—Porque te amo y quiero que tu reinado sea el más grande que Castilla haya conocido jamás.

—Así será, te lo prometo, grande en hechos y grande en palabras. Pero ahora, dime, futura emperatriz, ¿qué opinas de las cantigas que acabas de oír?

—Preciosas —respondió Violante como era de rigor, aunque de hecho no tenía buen oído para la música.

—Los italianos estaban absolutamente pasmados ante la variedad de temas y estilos que tenemos en España para enriquecer nuestras hazañas artísticas, pero sólo les he mostrado una pálida muestra de lo que tengo en mente. Antes de culminar la obra que he concebido, habré compilado, para versificar y musicalizar, cientos de milagros atribuidos a la Santísima Virgen María, tanto por los más eruditos como por las leyendas populares; tanto aquí, en nuestro propio reino, como en otras tierras de la cristiandad. A esos milagros, añadiré cantigas de loor de mi propia cosecha, iguales que las que has oído esta noche, y luego ambas, poesía y música, serán encuadradas en un solo volumen. Pero no me detendré ahí. Para ilustrar ciertos milagros, las páginas estarán miniadas, y las iluminaciones de mis poemas serán tan magníficas como esos versos de amor, exquisitamente adornados, que tuviste la delicadeza de enviarme.

Alfonso hizo una pausa y, tras depositar un agradecido beso en el muy largo cuello de su esposa, prosiguió:

—Quiero que esa obra sea el manuscrito más exquisito que jamás se haya visto en Europa. Un contrapunto de arte, literatura y música sin parangón, la más grandiosa realización cultural de nuestro tiempo. Tendrás más de un motivo para estar orgullosa de mí, querida reina.

Entonces, cambiando súbitamente de actitud, manifestó una efusión de intimidad que Violante hacía tiempo ya no ansiaba:

—Esta noche estuviste radiante. —Mientras hablaba, le quitó la diadema y empezó a acariciar indolentemente sus cabellos—: Los italianos no dejaron de agasajarte toda la noche. Eso me puso un poco celoso.

Violante se sonrojó, un poco turbada, sintiéndose algo culpable, pero de hecho muy satisfecha.

—Ya sabes —siguió él—, pura palabrería: fachenda de mujeriegos. En la cama, no hay quien me supere. Eso también se lo demostraremos al mundo entero con la numerosa progenie que vamos a engendrar. Ven, mi reina.

Aunque físicamente no hacían una buena pareja, ella le sacaba una cabeza, y era escuálida en contraste con su tendencia a la gordura, la pericia de Alfonso era tal que se las apañó para hacer el amor con su mujer sin mirar, mucho menos tocar, sus dientes de caballo, y casi sin rozar sus húmedos, desmesurados y carnosos labios. Menos por deseo que por cumplir con su deber, consiguió arrancarle ciertas deleitosas sensaciones, pero como Violante nunca había tenido un amante, creyó que esas cosas solían ser así.

* * *

Don Salomón ibn Zadok de Toledo, también llamado don Zulema, y don Isaac ibn Yatom comían despacio durante la cena del *sabbath*. Pausadamente bebieron vino y escogieron distraídamente las frutas amontonadas en la larga mesa, sin hacer caso del barullo que los rodeaba mientras Ana trajinaba de aquí para allá llevando a los niños a la cama.

—No puedo comprenderlo, no comprendo nada —repetía gravemente don Zulema, clavando la vista en el vino mientras removía su copa—. ¡Un hombre de su inteligencia engañado de esta manera! Sea lo que sea lo que el Papa o los pisanos hayan podido hacerle creer, Alejandro nunca confirmará su elección al trono como sacro emperador Romano. Porque la sola mención de la dinastía de los Hohenstaufen es un anatema para la

Santa Sede. Se rumorea que el supuesto apoyo de Alejandro a la candidatura de Alfonso no es más que una componenda papal para debilitar a los gibelinos. El objetivo es dividir sus alianzas: por una parte con Manfredo, hijo bastardo de Federico, cuyas tiránicas tendencias temen; y por otra, con Alfonso, cuya lejanía acogen favorablemente. Es el viejo recurso de «divide y vencerás». Puede que yo esté equivocado, pero es como si Alfonso estuviera completamente ajeno al semillero de intrigas que entraña el conflicto entre el Imperio en rápida desintegración y la Santa Sede. Y, por si fuera poco, el rival de nuestro soberano es Ricardo de Cornualles, quien le disputa el título, aunque no cuenta con el apoyo papal. En fin, yo estoy aquí, en Galicia, para emprender mi nueva misión.

—¿En qué consiste?

—Como almojarife mayor, encargado de recaudar los tributos reales, tengo que ir por todas partes incitando a los cogedores para que trabajen con el máximo celo, aconsejándoles la manera de reunir la cantidad indispensable para sobornar a los electores alemanes con vistas a que voten por Alfonso en su candidatura al trono imperial. ¡Necesitamos veinte mil marcos por cada elector alemán! ¡Es un escándalo! ¿Cómo un hombre de su erudición no comprende que yendo en pos de esa ilusión lo único que conseguirá será incrementar aún más el malestar entre los nobles? Para ellos, el Sacro Imperio Romano sólo significa una cosa: peticiones suplementarias de dinero para financiar su candidatura. Corrígeme si me equivoco, pero dentro de poco nuestro dinero será devaluado, creando otro motivo de queja. Por ambicionar una distante corona, Alfonso está poniendo en peligro la que ya tiene. Si pudiera ver cómo su hijo dilapida la gran herencia que le dejó, Fernando se revolvería en su tumba.

—¿Nadie ha intentado hacerle entrar en razón?

—No creo que nadie se atreva. A lo mejor la reina lo ha intentando, pero sus esfuerzos, en el mejor de los casos, habrán sido insuficientes. Lo más que ella puede hacer es llevarlo a la cama de vez en cuando, contenta de conseguirlo a pesar de todas sus rivales. No, el sentimiento general es que, pese a su propensión a la veleidad, en este asunto, la aspiración del rey es irrevocable.

—¿Cuál es la reacción de la Iglesia, aquí en Castilla, con respecto a sus aspiraciones imperiales?

—También está creando animosidad en el clero, porque está interviniendo en algunas de las más lucrativas fuentes de ingresos

eclesiásticos, una parte del diezmo, por ejemplo. Eso forma parte de su fe en el poder absoluto, lo cual incluye, por supuesto, la oposición a cualquier forma de interferencia de la Iglesia en su gobierno.

—Lo que me cuentas no augura nada bueno para nosotros, ¿no te parece? Contigo al frente de las rentas del país, y con los muchos judíos que has nombrado como cogedores, no vamos a granjearnos precisamente la simpatía del pueblo...

—Mientras llenemos sus arcas, Alfonso nos protegerá. Aparte de nosotros, ¿quién podría hacer ese trabajo? Los nobles no saben hacer otra cosa que combatir, y los campesinos sólo saben cultivar la tierra. Somos los únicos capaces de administrar sus finanzas.

—Con la ventaja adicional de que, si vuestro trabajo no le parece satisfactorio, puede castigaros sin arriesgarse a provocar una sublevación armada.

—A ese peligro siempre hemos estado expuestos.

—Si lo piensas bien —reflexionó Isaac llenando la copa vacía de don Zulema—, nosotros podríamos convertirnos en una conveniente moneda de cambio en medio de las pugnas entre la Iglesia y el Estado. A cambio de la autorización para catequizarnos con el fin de convertirnos, como está permitido en Aragón, según creo, el clero podría considerar la posibilidad de aportarle rentas adicionales al rey.

—Lejos de eso, no ha dado ninguna señal de encaminarse en esa dirección. Alfonso nunca ha creído en la conversión forzada, aunque, por supuesto, nunca se sabe... Ha cambiado de opinión tan a menudo en tantas otras cuestiones...

—Pero, a juzgar por lo que me has contado, no lo hará en lo que concierne al Sacro Imperio Romano.

—No. Por eso no temo que se desvíe. Lo único que tenemos que hacer es tratar de que nuestros servicios sean indispensables para él.

—Así es, pero tal y como lo veo, no sois los únicos a quienes la Iglesia podría amenazar. ¿Qué pasa con nuestros eruditos y traductores, quienes, por iniciativa del rey, están poniendo toda clase de conocimientos a disposición del pueblo?

—Ésa es otra de las obsesiones de Alfonso. En su nuevo código de leyes hay una cláusula estipulando que los tutores deben enseñar a leer y a escribir a sus pupilos.

—¿Crees sinceramente que los curas se quedarán de brazos cruzados mientras ven cómo pierden poco a poco el dominio exclusivo que ejercen sobre la enseñanza?

—Para serte franco, amigo mío, he estado demasiado ocupado con los problemas fiscales para detenerme a pensar en ese asunto.

—En cambio, a mí me preocupa muchísimo, ya que un tal don Álvaro, un monje exclaustrado del monasterio cisterciense de la isla de Tambo, está participando codo a codo con mi hijo Manuel en la traducción del *Régimen de Salud*, de Maimónides, trasladando su versión romance al latín. No puedo dejar de intuir que lo han enviado como una especie de censor, como si existiera la sospecha de que Manuel, de alguna manera, pudiera adulterar el texto original en detrimento del rey. ¿Acaso hay un medio más eficaz para desacreditar el trabajo que nuestros eruditos realizan al servicio del rey?

—No creo que tengas que meterte en eso. La importancia del proyecto es tan íntima para Alfonso, que no debe prestar oídos a calumnias tan perversas. Sin embargo, la situación es bastante alarmante. Lo más que puedo decirte es que si Alfonso tuviera un ápice de perspicacia política, renunciaría a su candidatura al Sacro Imperio Romano y se consagraría a problemas más próximos e inmediatos, aquí en su patria; pero, como ya dije, es poco probable que lo haga. Con una disposición de ánimo legalista, está decidido a defender la legitimidad de su aspiración a un título que supone le traerá inmenso prestigio, tanto en Castilla como en otros países europeos. Me gustaría pensar que tiene razón. Gracias a su erudición, o tal vez a pesar de ella, puede que esté dotado de una clarividencia mucho más grande de la que le atribuimos.

Isaac suspiró pensando en la perpetua inseguridad del pueblo judío y, levantándose pesadamente, fue a trancar la puerta, pues ya había anochecido.

—El tiempo lo dirá —dijo mientras acompañaba a don Zulema al fondo de la casa, donde Ana había dispuesto una mampara que creaba un espacio para uso exclusivo de su distinguido huésped.

XII

Aunque amantes, Beatriz y Manuel seguían viviendo cada uno en su casa, porque ella se había empeñado en que así fuera. Sorda a las apasionadas súplicas de Manuel, rechazó cualquier idea de matrimonio.

—Deberías casarte con una buena moza y tener tu propia familia — insistía mientras daban su paseo matinal por la playa, acariciados por los primeros avisos de brisa primaveral—. Piensa en esta aventura como una de esas locuras que se permiten los jóvenes. Cuando hayas terminado de traducir el *Régimen*, saldré de tu vida tan deprisa como entré en ella.

—Entonces, en verdad, no me amas.

—Nunca dije que te amase.

—Pero a pesar de todo, compartes tu lecho conmigo. ¿No lo harás sólo porque te devuelvo tu vitalidad, tu *joie de vivre*?

—No es sólo por eso. Pero en nuestra relación hay un desequilibrio, una grieta que acabará destruyendo el amor que me tienes. Mi experiencia de la vida, de la muerte, del dolor y del nacimiento, me otorgan una madurez que supera a la tuya. Con el tiempo llegarás a resentirte por mi inevitable sentimiento de superioridad, como si se tratara de una indebida supremacía. Te mereces algo mejor.

—¿Y tú? ¿Qué mereces tú? Si sigo el hilo de tu argumentación, sólo mereces un hombre que haya vivido ya los mejores años de su vida, alguien a quien al poco tiempo tendrás que cuidar y alimentar hasta que muera. ¿Es ese el destino que te reservas a ti misma?

—Ya he demostrado que puedo arreglármelas muy bien yo sola.

—Sí, pero al precio de condenarte a una vida vacía en medio de la aridez y la desolación.

—Tal vez, pero menos destructiva que una vida de constante desavenencia y desdicha.

—Me resisto a imaginar que ése será tu futuro.

—Bien, entonces, cuando me haya convertido en una vieja chocha, prometo que dejaré que me recojas y me cuides —se burló Beatriz.

—Y me dejarás anhelándote durante todos esos años entre... A pesar de tus burlas, me niego a creer que seas tan cruel.

—Todo lo cruel que tienen que ser los mayores más juiciosos para preservar la felicidad de los que tienen menos experiencia. ¡Oh, mira! —gritó agachándose súbitamente para recoger un guijarro negro—. No tiene ni una veta. Es liso, terso y delgado como un trozo de ébano. Tócalo.

Manuel cogió el canto rodado y lo acarició con la yema de los dedos:

—Al tacto parece seda, es tan suave como el desfiladero que hay entre tus pechos donde tanto me gusta reclinar la cabeza.

—¡Demasiado temprano para tanta lujuria! ¿No te da vergüenza, pariente? ¿Qué diría el pobre Álvaro? Vamos, es hora de regresar. Pronto estará aquí, si es que no ha llegado ya —advirtió ella mientras volvían al pueblo, pues, aguzando la vista, vislumbró una silueta de pie en la puerta de la casita de campo. Manuel miró en la misma dirección.

—¡Maldita sea! No es Álvaro. Mira esos horripilantes colores. Es Estrea. ¿Qué demonios estará haciendo aquí?

—¿Vendrá en pos del gran amor de su vida? —bromeó Beatriz mientras apretaba el paso—. Será mejor que vaya a mi casa y te deje con sus encantos...

—¡Ni se te ocurra! Si me ve solo, se me echará encima...

Manuel saludó con frialdad a la muchacha enferma de amor:

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

Rápidamente, Estrea se echó al hombro izquierdo el mantón de chillones colores creyendo que era un gesto coqueto:

—Ana me envió para ver si todo estaba en orden. Hace semanas que no vienes a la casa a pasar el *sabbath*. Está preocupada por ti, y yo también.

—Como puedes ver, estoy en perfecto estado de salud. Pero es verdad que he descuidado a la familia últimamente. Dile a mi madre que lo siento mucho, y que iré sin falta la semana que viene.

—Ella..., yo..., nosotros habíamos pensado que podrías ir hoy conmigo.

—Eso es absolutamente imposible. Tengo que trabajar con mi colaborador. Pero iré el sábado, como he prometido.

—¿Qué es lo que prometes para el próximo sábado? —inquirió Álvaro con aplomo mientras se acercaba al grupo incómodamente reunido en la entrada de la casa.

—¡Oh, buenos días, don Álvaro! Precisamente pensaba ir a mi casa para variar un poco.

—¡Y tanto! «Hay que honrar al padre y a la madre...», como está escrito.

—¡Así es! —murmuró Manuel secamente.

—Entonces, debo irme —susurró Estrea, lastimosa y cabizbaja.

—No, por favor, entra y descansa un poco antes de ponerte otra vez en camino —la invitó Beatriz amistosamente en un vano intento por consolar a la pobre muchacha ofendida.

—No, gracias. Será mejor que regrese. —Estrea volvió bruscamente las espaldas hacia su mula ocultando las lágrimas de mortificación que asomaban en sus ojos. Y sin decir palabra, se montó en el exhausto animal y se alejó.

Cuando Beatriz, Manuel y Álvaro entraron en la casa, ella dirigió una mirada de reproche a su pariente por lo insensible que había sido con la chica, pero él no se conmovió lo más mínimo.

Un poco más animado que de costumbre, Álvaro se sentó enseguida a trabajar. Rápidamente hojeó sus papeles hasta encontrar al párrafo que estaba buscando:

—No estoy del todo satisfecho con este pasaje donde se habla del bienestar emocional del enfermo y del saludable —empezó a decir.

—¿En qué parte está exactamente?

—Aquí, el párrafo que empieza así: «Los físicos advierten que se debe prestar mayor atención a los movimientos del alma sin dejar de tomarlos en cuenta constantemente. Hay que mantenerlos en equilibrio, tanto si se está bien de salud como si se está enfermo, y no dejar que ningún otro régimen prevalezca sobre ellos». Pero es la siguiente sentencia la que no me convence: «El físico debe considerar que todo enfermo tiene el corazón constreñido, mientras que los que gozan de salud tienen el alma henchida y, por eso, debe suprimir las alteraciones emocionales que desembocan en un encogimiento del espíritu». Me gustaría traducirlo de esta otra forma: «El físico debe tratar de garantizar que tanto los enfermos como los saludables mantengan siempre un espíritu alegre, que se libren de las pasiones de la *psique* que están en el origen de la ansiedad».

—Difícilmente pueda llamársele a eso una traducción fiel.

—Es posible que no sea absolutamente literal, pero conserva el sentido, ¿no crees? Y si así no fuera, la lectura resulta mucho más fluida y el significado resulta diáfano para el lector medio.

Beatriz dejó de escribir un momento para oír la versión de Álvaro, y a pesar de su cariño por Manuel y de que sabía que era un excelente traductor, tuvo que reconocer, mal que le pesara, que a veces Álvaro lo superaba.

El siguiente *sabbath* por la mañana, Beatriz identificó inmediatamente los suaves golpecitos en su puerta. Que esto le sorprendiera era natural; que le agradara, ya lo era menos. Durante todos aquellos meses, desde su primera aparición, Álvaro había sido un enigma para Beatriz. Su genio áspero, la intensa soledad que parecía cultivar, ejercía sobre ella una peculiar fascinación. Intrigada por su inesperada visita, pensó que era una buena ocasión para explorar la hermética concha en la que se encerraba.

—Entra —dijo recibéndolo cordialmente—. ¿A qué se debe el placer de tu visita?

—Yo... yo... precisamente vengo para ver si necesitas algo, en vista de que Manuel no está aquí. No debe de ser fácil para ti estar aquí sola con el niño.

—Te agradezco mucho que te preocupes por mí, pero estoy acostumbrada a arreglármelas sola. Detesto la idea de convertirme en una carga para nadie.

—¡Qué curioso que digas eso! —dijo Álvaro y, tras un incómodo silencio, agregó vacilante—: Yo me hice exactamente el mismo propósito cuando murió mi mujer.

—Y parece que te mantienes firme.

—Puede decirse así. Al igual que tú, siempre estuve muy orgulloso de la forma en que conseguí superar mi dolor adaptándome a la soledad.

—¿«Estuve»...? —repitió ella citándolo—. Pero... ¿y ahora?

—Empiezo a dudar de la sensatez del camino que he seguido. A medida que se acerca el otoño de mi vida, no puedo evitar la sensación de que, durante todos estos largos años en los que ni he recibido ni he dado, no he hecho otra cosa que desperdiciar el divino regalo de la vida. Yo... yo... no te desearía la misma suerte.

—Eso es imposible —repuso Beatriz sacando a Davico de la cuna—. Olvidas que tengo un hijo.

—Pero Davico crecerá y tú, como yo, envejecerás sola, tal vez no del todo abandonada, pero igualmente sola en lo más profundo.

—Manuel me dijo lo mismo.

—Parecéis muy íntimos, tú y Manuel.

—A Manuel lo quiero como a un hermano menor y, como tal, demuestra un natural interés por mi bienestar.

«¿Cómo reaccionaría Manuel ante esa verdad a medias?», se preguntó Álvaro, pero Beatriz prosiguió:

—Ni él ni tú parecéis daros cuenta de que para mí Benito es insustituible.

—Yo pensaba lo mismo de mi pobre Teresa. Y lo pensé durante tanto tiempo que cuando me di cuenta de mi error, era demasiado tarde para cambiar mi estilo de vida.

—Debes de haberla amado muchísimo.

—Tanto que de buen grado decidí renunciar a todo lo que hasta aquel momento había tenido algún significado para mí: Dios, la Iglesia, mis hermanos de la orden del Císter...

—Lo comprendo muy bien.

Una vez más, un incómodo silencio se hizo entre ellos. Entonces Álvaro giró sobre sus talones hasta quedar frente a la ventana, de espaldas a ella. Mirando al mar, dijo serenamente:

—El otro día, mientras trabajaba con Manuel, eché un vistazo al pasaje que él estaba redactando. Si mal no recuerdo, era algo parecido a esto: «Es sabido, gracias a la observación racional, que pensar en lo que ha acontecido no es nada beneficioso, y que lamentarse y entristecerse evocando el pasado son actividades carentes de intelecto».

Beatriz palideció cuando el eco del argumento de Manuel resonó en los labios de aquel erudito apartado del sacerdocio. Indecisa ante lo que Álvaro había citado, o por lo que eso implicaba, no hizo ningún comentario.

—Haciendo un examen retrospectivo —continuó él—, tengo que confesar que estoy de acuerdo con vuestro gran sabio judío, el sirviente Moisés. El intelecto puede tener muchas definiciones. Entre otras, se podría sugerir que es la habilidad mental para dominar, por medio de la razón, las emociones del alma.

Dicho esto, bruscamente Álvaro dio media vuelta y quedó de nuevo frente a su interlocutora. Al advertir su confusión, enseguida añadió:

—Pero me temo que estoy divagando. No es frecuente que se me presente la ocasión de conversar con alguien que ha emprendido la misma

ruta que yo he transitado. Por favor, perdóname. Si no hay nada en lo que pueda ayudarte, seguiré mi camino.

Había tanta tristeza en Álvaro que Beatriz, en un arrebato de compasión, se sorprendió al oírse decir:

—¿Te gustaría tomar un vaso de vino o tal vez comer algunas frutas, antes de que yo salga a pasear con Davico?

La triste mirada de Álvaro se embriagó de placer, pero al punto se tornó sombría:

—Con mucho gusto, pero no quisiera parecer un intruso inmiscuyéndome en tu intimidad.

—No es ninguna intrusión —le tranquilizó Beatriz amablemente poniendo una jarra, dos vasos y una fuente con peras y manzanas en la mesa que no se tomó la molestia de recoger. Sentados uno frente al otro, en silencio, bebieron a sorbos el vino hasta que Álvaro rompió el hielo:

—¿Por dónde sueles pasear normalmente?

—No voy a ningún lugar en particular. Por lo general, voy a sitios donde no sople mucho el viento.

—¿Has estado en la cala que está más allá del cabo de la bahía de Combarro?

—No.

—¿Te gustaría que te la enseñara? Es un paraíso para los coleccionistas.

—¿Coleccionas conchas?

De nuevo Álvaro vaciló, y bebió un largo trago antes de contestar:

—Pudiera decirse que sí. Eso empezó a raíz de la muerte de Teresa. Cuando le pagué al médico que no consiguió salvarla, me quedé sin dinero para erigirle un lápida sepulcral digna de su memoria. Entonces cubrí su tumba con miles de conchas de almejas, casi idénticas por su forma y color. Mientras las buscaba, examinando miles y miles de conchas, empecé a fascinarme con la infinita diversidad de formas de esas maravillosas creaciones: unas grandes como el puño de un hombre, otras pequeñas y delicadas como la uña de un niño. Me quedé con las más singulares. El resto se las di a las aldeanas que aprecian ciertas variedades que yo desecho, pues las ensartan para hacer collares y pulseras que luego venden en el mercado del pueblo. Por mi parte, y aun después de que la tumba de Teresa estuviera cubierta, seguí recogiendo conchas, siempre buscando algún raro ejemplar que aún no tuviera. De este modo, una necesidad se

convirtió en pasatiempo, y el pasatiempo casi en una obsesión. La cala me atrae como un imán y nunca dejo de descubrir allí algo nuevo, como prueba del inefable poder del Creador. ¿Quieres venir?

—Con mucho gusto, pero antes tengo que darle el desayuno a Davico.

—Esperaré.

Con sumo cuidado, Álvaro disimuló su impaciencia mientras Beatriz le daba de comer a su hijo, cucharada tras cucharada, tediosamente, y luego lo abrigaba con una manta escarlata, tras lo cual apagó el fuego arrojándole un jarro de agua... Acostumbrado a una total libertad, hacía mucho que Álvaro había olvidado lo que era adaptarse a las necesidades de otro. En la playa también tuvo que adaptar sus zancadas a los pasos de Beatriz; esperándola cada vez que ella se detenía para arrojar más a Davico y protegerlo de la penetrante humedad de la brisa.

Pero en cuanto llegaron a la pequeña ensenada, se olvidó de la irritación que le provocaban esos pequeños contratiempos. Allí, entre las sombrías líneas dejadas por el flujo y reflujo de la marea, en medio del amontonamiento de relucientes algas y maderos arrastrados por el mar, sus avezados ojos discernieron un par de conchas cónicas cuyas costillas, tachonadas de manchas, tenían el aspecto de una piel de serpiente. Dejando atrás a Beatriz con su hijo, Álvaro se adelantó precipitadamente, cogió las conchas y fue hasta la orilla, donde las lavó quitándoles la arena y el musgo pegajoso. Entonces regresó con una en cada palma para mostrárselas a Beatriz.

—Estas estrías son muy poco comunes —dijo excitado con las mejillas mudándole de color—. Estas manchas grandes, alternándose con las salpicaduras casi blancas de diferentes tamaños, presentan una curiosa irregularidad. Y los lunares que destacan sobre el color de fondo de las manchas se difunden de un modo tan insólito que, de por sí, constituyen una rareza. Es un matiz demasiado profundo para llamarle ocre, demasiado pálido para definirlo como castaño, con un tinte rosáceo tirando a rojizo que comunica una sensación de efusión y tersura. Fíjate aquí —dijo alargándole una a Beatriz.

Ella cogió la concha y, tras admirarla un momento, hizo ademán de meterla cuidadosamente en su faltriquera. Pero al advertir que la mano de Álvaro seguía extendida y que devoraba la concha con la mirada vehemente del coleccionista, rápidamente se la devolvió.

Tras meter tiernamente las conchas en una talega, Álvaro se arrodilló y empezó a escarbar frenéticamente entre la rocalla, evidentemente buscando más tesoros, aunque también para encubrir su punzante sentimiento de culpabilidad. Sabía que hubiera debido regalarle la concha a Beatriz. Pero era tan esclavo de su obsesión y su egocentrismo tan estricto, que se sintió incapaz de sobreponerse, de buscar dentro de sí la indispensable dosis de generosidad para darle a otro algo que le era muy querido. Tenía que rectificar su conducta, encontrar otra rareza y obligarse a renunciar a ella: un mero objeto inanimado, a cambio de una sonrisa...

Por fin encontró lo que estaba buscando.

—Ésta es para ti —dijo cogiendo la concha entre el pulgar y el índice para examinarla—. Su nombre en latín es *Turbo undulatus*, pero yo le llamo simplemente «el turbante». Fíjate cómo se enrosca en un ancho y suntuoso torbellino, para luego enrollarse otra vez en círculos más pequeños y, de nuevo, seguir girando con sus costillas helicoidales hacia arriba, hasta el remate donde las estrías en espirales forman una suerte de pezón. Los colores son espléndidos: verde oliva con manchas blancas y una peca amarilla, como una gema engastada coronándola.

Consciente del deliberado esfuerzo que hacía Álvaro para desprenderse de tan preciado ejemplar, Beatriz preguntó:

—¿Seguro que no la quieres para enriquecer tu colección?

—Segurísimo —respondió Álvaro sin dejar traslucir el más leve indicio de reticencia. Sonriendo, le alargó la concha.

—Eres muy amable —le devolvió la sonrisa Beatriz cuando él la depositó en su palma.

—No del todo. Lo hago porque me produce un placer inhabitual. ¿Qué sentido tiene una vida entera dedicada a la investigación, la clasificación y el coleccionismo, si luego resulta que soy la única persona que lo disfruta?

Había en su voz un tono tan inusualmente cálido y sus ojos rutilaban de modo tan vívido, que a Beatriz le pareció que se había transfigurado, como si el simple acto de compartir algo suyo encendiera en él esa chispa de vida. ¿Acaso aquel gesto dadivoso entrañaba un cierto grado de compromiso por parte de ella?, se preguntó Beatriz vagamente. Por otro lado, haber despreciado su titubeante y casi patético esfuerzo por salir del aislamiento, ¿no hubiera sido contribuir inconscientemente a aquel desperdicio de la vida que antes él había mencionado? Sin saber qué era lo que en realidad se ocultaba detrás de la transmutación de Álvaro, ajena a los

motivos que lo impulsaban a sincerarse con ella, Beatriz le hizo notar que el viento arreciaba, pues ya Davico se quejaba tiritando de frío, y era hora de volver a casa...

—Pero tú quédate. Seguramente hay aquí otros tesoros por descubrir, todos los que durante la última marea fueron arrojados a la playa.

—No hay tesoro que pueda compararse con la dicha de pasear a tu lado.

Ahora desasosegada, Beatriz respondió a su cumplido con una enigmática sonrisa a medias, que no se sabía si era de aprecio o de burla. Álvaro era incapaz de adivinarlo. Entonces ella volvió a ocuparse de Davico, apretándolo contra sí y ocultando en el hombro su cara irritada por el viento.

—Mi hijo murió al nacer juntamente con su madre —dijo Álvaro en tono grave, como si en secreto la hubiera designado su confidenta.

—Una doble tragedia —murmuró Beatriz, estremecida de compasión. Recorrieron el resto del camino en silencio. Ambos luchando contra el viento, la flaca silueta de Álvaro se encorvaba mientras Beatriz agachaba la cabeza abrazando a Davico. Cuando llegaron a la casa, ella le dio las gracias, y entró. Esta vez, desconfiando de sus intenciones, no le preguntó si quería entrar.

Al regresar a Combarro, Manuel fue directamente a casa de Beatriz. Estaba tan alegre y radiante que, al verlo, ella exclamó:

—¡Ya lo sabía! En cuanto me doy media vuelta, te enamoras de cierta jovencita que está acechando tu regreso a casa de tus padres.

—No es que me haya enamorado. Es Estrea..., mejor dicho, que ella, desengañada a causa de mi desapego, ha decidido casarse con un pretendiente que la perseguía con la misma tenacidad con que ella me acosaba. Como no tuvo valor para darle la noticia a mi madre, mandó en su lugar a su hermana menor. Pobre Pascualita, se quedó muy turbada cuando me encontró en la casa.

—¿Pascualita? ¿Cuántos años tiene?

—No tengo ni idea, trece, quizá catorce...

—¿Es bonita?

—No me fijé en eso.

—La próxima vez que vayas a pasar el *sabbath* con tu familia, te garantizo que la encontrarás desmayada a tus pies.

—Deja ya de empujarme en brazos de ninguna mujer que no seas tú. Mientras más te resistas, más insistiré. Pero ahora tenemos cosas más serias de que hablar.

—¿Más serias que el eterno amor que le tienes a tu parienta cercana a la edad madura?

—¡Basta ya, Beatriz! No soporto que constantemente ridiculices mi amor.

—¿Qué otra cosa puede ser tan interesante?

—Ven a sentarte junto al fuego, y te lo contaré. Se trata de Álvaro. Al igual que yo, mi padre está preocupado por las consecuencias que pudieran derivarse de su colaboración conmigo. Es como si tuviera las mismas sospechas que yo al principio.

—¿Y a qué conclusión ha llegado?

—Todo es tan complicado que incluso puede resultar inverosímil, pero en estos asuntos uno nunca puede estar seguro de nada... La cuestión surgió durante la conversación que sostuvo mi padre con don Zulema, almojarife mayor del rey. Él es el encargado de recoger el dinero que cubrirá el exorbitante coste de los votos de los príncipes alemanes con vistas a garantizar la elección de Alfonso como sacro emperador romano.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con un pobre traductor como tú, o con el asunto de Álvaro?

—Directamente, nada. Pero don Zulema prevé una gran oposición a esa enorme sangría del tesoro del país, que afecta no sólo a la nobleza, sino también, y esto es lo que preocupa a mi padre, a los dignatarios de la Iglesia. No sólo es un judío quien está al frente de la poco envidiable tarea de recaudar parte del diezmo eclesiástico con destino a las arcas reales, sino que también lo son sus asociados. Por eso mi padre teme que el clero se venga de todos nosotros.

—«Inverosímil» es ciertamente la palabra. Si por una cosa Alfonso es conocido, es por su furiosa oposición a que la Iglesia se inmiscuya en los asuntos del reino, incluyendo las cuestiones fiscales; y, por otra parte, necesita a sus judíos por muchas razones, y por eso los protegerá. Los necesita no sólo como recaudadores, sino como contribuyentes, y los necesita como eruditos, traductores, médicos, secretarios... También los utiliza como intermediarios en sus transacciones con los árabes, quienes

siguen siendo una fuerza importante en Castilla y, por tanto, a tener en cuenta.

—Por supuesto, mi padre sabe todo eso. Pero arguye que, precisamente a causa de esa necesidad que tiene el rey de nuestros servicios en ciertas funciones vitales, la Iglesia tratará de ejercer presión en algunos casos, cuando sus intereses esenciales no estén en peligro.

—¿No estará Isaac un poco más preocupado de la cuenta?

—Es posible. Es un achaque que viene con la edad, pero también viene de la experiencia acumulada durante generaciones.

—No sé si tendrá razón o no, lo cierto es que tú traduces el *Régimen* a petición personal del rey, y para su particular beneficio.

—Eso es verdad, pero ¿quién puede garantizar que al final mi versión quedará absolutamente fiel al original?

—¡Pero, hombre, los monjes de Tambo, y por medio de Álvaro, naturalmente!

—Eso será si ellos, o si él, quieren. Pero ¿y si no? Poner en tela de juicio la integridad de un judío es fácil, sobre todo para un hombre que no ha dudado en incluir en el código legal que está preparando algo de las viejas leyes visigóticas que nos discriminan tan severamente.

—Las leyes son una cosa, y su aplicación, otra; y su propio interés es también algo muy distinto.

La discusión se interrumpió porque Davico empezó a llorar. Beatriz se levantó para ir a cogerlo y ya Manuel se disponía a marcharse cuando, de pronto, descubrió la concha «turbante» brillando en un rayo de luz primaveral que entraba por la ventana.

—¡Qué concha más bonita! —dijo cogiéndola y examinándola más de cerca.

—¿Verdad que sí? Me la dio Álvaro.

—¿Álvaro? ¿Quieres decir que estuvo aquí?

—Sí. Vino a preguntarme si necesitaba algo en tu ausencia, y luego nos llevó a Davico y a mí a dar una vuelta por la cala que está más allá de la bahía, adonde él va a recoger conchas. Es un experto coleccionista. Lo ha hecho durante casi toda su vida, pobre hombre. Su mujer, a causa de la cual dejó el monasterio, murió durante el parto, junto con el niño. Su soledad da lástima.

—¡Ajá! ¿Así que te hizo un drama y te has dejado engañar?

—Yo sé lo que es perder a un ser amado.

—Entonces también deberías saber cómo me sentiría yo si me privaras del gran amor de mi vida. Es mejor que me ahorres esa pérdida en vez de andar perdiendo el tiempo, consolando a ese monje que colgó los hábitos y que simplemente tiene que pagar el precio de algo que, en su manera de ver el mundo, constituye un pecado mortal.

—La comparación es absurda —contestó Beatriz con vehemencia—. Darle un poco de compañía a un hombre solitario no es más que una obra de caridad.

A la defensiva, ella no le reveló nada acerca del desasosiego que experimentó cuando advirtió la transfiguración tan radical en Álvaro.

—No en el caso de este hombre —replicó Manuel, tajante, irritado—. No lo quiero husmeando por aquí cuando yo no esté, ¿entiendes? Y, sean o no justificadas nuestras sospechas, toda precaución es poca.

Sin más, indignado, Manuel abrió la puerta y, de una zancada, salió dando un portazo. «¿Sospechas?», se preguntó Beatriz. ¿No sería más bien un súbito ataque de celos lo que se ocultaba detrás la actitud airada de Manuel? Demasiado bien conocía ella esos síntomas, tan frecuentes en Benito...

XIII

Inclinado contra las ráfagas de viento cuajado de aguanieve, el cuerpo de Isaac parecía una lámina de papel doblado. Su caballo, exhausto por el galope desenfrenado a que lo forzó tras la llamada urgente que recibió de El Cebrero, se detuvo bruscamente en la última cuesta cerca del puerto de Piedrafita. Isaac no tuvo más remedio que atarlo a un pino, cuyas ramas se doblegaban bajo el doble asalto del viento y la nieve, y continuar a pie. Mientras subía a duras penas las últimas leguas que lo separaban del pueblo, la oscuridad se cernía y el aire se enfriaba cada vez más. La cortina de granizo no dejaba ver el contorno de la pequeña iglesia, ni los tejados de paja de las casitas que la rodeaban, ni tampoco la cuadrada mole de la torre-campanario, que el médico sólo pudo distinguir cuando prácticamente la tuvo encima. Muy cerca, una luz mortecina brotaba del hospicio de peregrinos donde le esperaba su paciente.

Isaac llamó prontamente a la puerta de madera empapada. Para su sorpresa, pasó algún tiempo antes que se oyeran unos pasos y el chirrido de los cerrojos abriéndose. Sólo podía haber una explicación para tanta lentitud, y la lúgubre expresión de los saltones ojos vidriosos del hermano lego que lo recibió confirmó su sospecha. Como ocurría de ordinario, el enfermo había fallecido antes de que Isaac pudiera atenderlo.

—Un desagradable asunto —murmuró el joven lego sacudiendo los copos de nieve de la manta de Isaac—. Pero entrad y calentaos un poco —agregó abriéndole paso entre los peregrinos, comerciantes y viajeros apiñados en torno a un débil fuego—. Voy a buscaros un poco de potaje. Mucho me temo que es lo único que ha sobrado. Esta tormenta a destiempo hizo que todos los viajeros del Camino vinieran a refugiarse aquí.

En medio del silencio que embargaba a los presentes tras la reciente muerte, el golpetear de la cuchara de Isaac contra el cuenco mientras tomaba el tibio caldo adquirió una resonancia sepulcral. Gradualmente, sus ateridos dedos recuperaron la flexibilidad y todo su cuerpo entró en calor. Cuando el cuenco estuvo vacío, se lo devolvió al hermano lego y, en voz baja, le preguntó qué era lo que había pasado.

—Fue Pierre.

—¿Pierre, el zapatero francés de Villafranca del Bierzo?

—El mismo. ¿También lo conocíais?

—¿Quién no lo conocía a lo largo y ancho del Camino? Era una verdadera institución, nadie claveteaba unas suelas tan resistentes para andar por estos desfiladeros en invierno, y a cuantos los necesitaran, les ofrecía zapatos. Tan fuertes eran las suelas de sus borceguíes, tan sólidas las correas de sus abarcas, que la gente prefería aguantar con el calzado roto hasta que lo encontraban a él. Sólo entonces tiraban sus zapatos viejos, para ponerse los nuevos hechos por Pierre. ¿Fue un accidente?

—¡Ojalá el cielo hubiera querido que así fuera! Fue algo mucho peor. De acuerdo con los cabos que he ido atando, un curtidor árabe, de Córdoba, fue a su tienda en el barrio francés de Estella para ofrecerle un fardo de cincuenta pieles. El precio que pedía era más barato que el de los curtidores franceses del pueblo. Como seguramente sabéis, los franceses monopolizan el mercado de las pieles en esta región, y además, con el fin de animarlos a repoblar la comarca, les han concedido exenciones fiscales, fuero del que disfrutaban hace mucho. El árabe, al parecer muy agresivo, empezó a despotricar contra lo que consideraba una injusta competencia de los forasteros que estaban arruinando su negocio. Para aplacar al hombre, Pierre consintió en probar sus pieles y le compró un fardo. El curtidor cogió el dinero y puso pies en polvorosa. No bien llegó el mediodía, Pierre abrió el fardo para examinar la calidad de las pieles, pero al contarlas, descubrió que faltaban cinco. Enfurecido, cerró su zapatería y persiguió al árabe hasta alcanzarlo a medio camino entre Estella y El Cebrero. Pierre le pidió las cinco pieles o, en su lugar, el reembolso de una décima parte de la cantidad que él había pagado. El curtidor se puso muy violento, y gritó que lo estaba tildando de mentiroso y tramposo sólo porque era musulmán. Pierre trató de razonar con él, diciéndole que no le preocupaba si era cristiano, muslim o castellano, pues lo único que él exigía era lo que se le debía. En eso, el árabe, defendiendo con frenesí su pundonor, sacó una daga y se la clavó en el pecho, y otra vez en el vientre. El curtidor desapareció antes de que nadie pudiera alcanzarlo. Esos dos piadosos peregrinos que están ahí, que han venido desde Alemania, encontraron a Pierre tirado a la vera del Camino y lo trajeron aquí.

El hermano lego se santiguó enjugándose una lágrima. Acá y allá se dejaron oír suspiros y algún que otro sollozo ahogado, hasta que una voz muy serena se impuso sobre el murmullo de los demás:

—Pongo a Dios por testigo que muy bien yo hubiera podido sufrir la misma suerte, pero el apóstol Santiago me protegió...

—¡Un milagro!

—¡Habla!

—¿Qué fue lo que te pasó?

Las preguntas, impregnadas de pavor, surgían de todas partes. El aludido removi6 sugran humanidad en el pequeño taburete, y su maciza cara de burgués se dejó entrever al débil resplandor de las llamas. Con gesto deliberadamente lento se arrebujó en su pesada manta antes de empezar a hablar con voz firme y serena:

—Yo también soy comerciante con franquicia, descendiente de uno de los muchos mercaderes de Toulouse instalados en Pamplona desde hace ya más de un siglo. Nuestro negocio es el de los cuchillos de Solingen, y somos la única casa autorizada para vender esta mercancía a los peregrinos en su ruta de ida y vuelta a Santiago de Compostela. Al principiar la primavera, los peregrinos comenzaron a cruzar poco a poco los Pirineos y nuestra cuchillería, cercana al mercado francés de Saint-Sernin, ya estaba llena cuando, de pronto, un hombre bastante exaltado irrumpió abriéndose paso a través del gentío. Pidió que le enseñáramos un cuchillo de mango de hueso, y acto seguido se puso a demostrarles a los parroquianos que el mango estaba mal acoplado a la hoja: «En Toledo consideramos inservibles mercancías como ésta. Estamos orgullosos de nuestro oficio y de la calidad

de nuestros géneros, pero estos *francos* ^[9] vienen con sus baratijas y tratan de arruinarnos vendiéndolas más baratas que nosotros. Los toledanos hacemos las mejores espadas de Europa». Como el pobre Pierre, yo también intenté apaciguar su resentimiento. «Nosotros sólo vendemos simples cuchillos de uso doméstico, de los que se utilizan en la mesa. Nada más lejos de nuestra intención que tratar de rivalizar con las admirables espadas toledanas», le expliqué pacientemente. «Eso lo decís ahora, pero es igual que la Reconquista: un pausado pero firme proceso, gracias al cual habéis ido reduciendo a la ruina a los últimos artesanos árabes en tierras españolas, hasta forzarlos al exilio, a menos que antes hagamos algo para pararles los pies a gente como vos»... y, sin más explicaciones, me pegó un puñetazo que me dejó tambaleando, pero enseguida me recuperé. «¡Si lo que buscas es pelea, salgamos afuera, y lucha conmigo como un hombre!», le dije. Ni corto ni perezoso, me siguió al patio que está detrás de nuestra tienda. Entonces ocurrió el milagro. El cielo se oscureció y de repente empezó a

llover. En un santiamén, el patio se transformó en una alberca de barro, de modo que el toledano, al arrojarle furiosamente contra mí, resbaló y cayó de bruces torciéndose una muñeca. Con espíritu de caridad cristiana, lo llevamos al hospicio de peregrinos, donde las monjas le vendaron y se encargaron de que siguiera su camino. En agradecimiento a Santiago, el Matamoros, por haberme librado de las manos del infiel, prometí peregrinar hasta su sepulcro en Compostela.

Las exclamaciones de asombro y las jaculatorias se confundían en los labios de los peregrinos cuando, de pronto, una voz aguda y penetrante surgió del oscuro fondo del recinto:

—No olvidéis mis palabras: nunca tendremos paz hasta que no nos libremos de ellos. Digan lo que digan, un musulmán sigue siendo un musulmán. No entiendo por qué el rey Fernando, que en paz descansa, les permitió quedarse en sus casas y en sus tierras después de la Reconquista, concediéndoles además muchos derechos y fueros. ¡Tendrían que haberse ido todos de la península, hasta el último!

—Muchos se han ido por su propia voluntad —replicó una voz conciliadora.

—Sí, pero... ¿y qué pasa con el resto? ¿Acaso no pueden seguir conspirando contra nosotros con su gente en Granada?

—Granada no es una amenaza.

—No estoy tan seguro de eso. Ellos aprovecharán la menor oportunidad para vengarse.

—Sus fuerzas son inferiores a las nuestras. Si osaran levantar la cabeza, lo pagarían muy caro.

—Y eso es exactamente lo que tendría que suceder. Si yo me hallara en el pellejo de Alfonso, expulsaría a todos esos condenados.

—Tenemos mucho que aprender de ellos —dijo la misma voz tolerante de antes.

—¿Qué puede enseñarle un infiel a un cristiano? Cristo nos ha enseñado todo lo que teníamos que saber. Lo que necesitamos son puros cristianos españoles, temerosos de Dios, y que aquí no quede ni un solo musulmán, ni un solo judío.

Isaac y el hermano lego seguían atentamente la discusión. Al aludirse a los judíos, sus miradas se cruzaron. En los ojos de Isaac se leyó una señal de advertencia. Temiendo que una enérgica reacción del médico diera pie a un altercado mayor, el hermano terció inmediatamente:

—Queridos hermanos, ya es muy tarde. Es hora de dormir. Recemos por el alma de nuestro querido hermano Pierre para que Dios lo tenga en su gloria y para que nos bendiga a todos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

—Amén —murmuraron todos a una mientras se dispersaban por los rincones buscando un sitio donde dormir. Con una inclinación de cabeza, Isaac le agradeció al hermano lego su intervención, y luego se fue a una esquina abarrotada de peregrinos, donde al fin pudo recostarse y enseguida se durmió.

A la mañana siguiente, el primero en despertarse fue el hermano lego. Tras bajarse del arcón que estaba pegado a la puerta, encima del cual había dormido, abrió poco a poco el cerrojo para amortiguar el chirrido y salió afuera muy despacio. Isaac, siempre alerta al menor sonido, abrió los ojos, se levantó y, avanzando cautelosamente entre los cuerpos apretujados que dormían a pierna suelta, siguió al joven. Como suponía, lo encontró en el camposanto, a un lado de la iglesia, cavando una fosa para Pierre, cuyo cuerpo sólo habían podido amortajar toscamente a causa de la tormenta de la víspera. El caprichoso clima de la región se había serenado tal como se había turbado, dejando el aire de la montaña depurado en su cristalina claridad.

—Tengo que irme —le dijo Isaac—, pero os agradecería que me dijerais dónde dejasteis mi manta.

—La puse en el arcón que está junto a la puerta, donde dormí anoche. Hay que ser muy precavido en este hospicio donde se refugia toda clase de gente —dijo dejando de cavar y, apoyándose en la pala, exclamó—: ¡Si supierais cuántos pícaros se disfrazan de peregrinos, os quedaríais boquiabierto! Cosen veneras en sus esclavinas y en sus sombreros, y, haciéndose pasar por piadosos devotos, recorren el Camino hasta el sagrado sepulcro, pero en verdad están aguardando la ocasión propicia para meter sus dedos en la bolsa de los ricos que vienen a implorar el perdón por los muchos pecados que han cometido ante Dios, o en perjuicio de sus semejantes menos afortunados. Por cierto, ahora que hablamos de dinero —continuó el joven con un timbre de voz avergonzado mientras se miraba los borceguíes enfangados—, resulta que cuando lo trajeron malherido, Pierre no traía encima ninguna bolsa. Evidentemente, su asesino se la quitó. Y comoquiera que murió antes de que pudierais atenderlo, por las molestias

que esto os ha causado, me siento obligado a compensaros con alguna de las ofrendas caritativas que traen a la iglesia nuestros fieles peregrinos.

—No es necesario.

—Entonces, por lo menos dejadme procuraros algunas provisiones para el viaje. Vuelvo enseguida.

El hermano lego dejó su pala y con su desgarrado modo de andar se apresuró a bajar la cuesta en dirección a una de la casitas con techo de paja que estaba en la linde del pueblo. Mientras tanto, Isaac volvió al hospicio para recuperar su manta. Cuando entró, su olfato fue agredido por el hedor imperante en aquel sitio mal ventilado y repleto de viandantes mugrientos, destilando mal aliento y fétidas ventosidades, todo lo cual se mezclaba con la acritud de la peste a humo que, a falta de chimenea, se filtraba a través del techo de paja de retama y de centeno. Isaac experimentó una especie de acceso de náusea en el estómago. Rápidamente, y aguantando la respiración, cogió su manta y salió al aire libre para esperar al hermano.

Los peregrinos empezaron a salir del hospicio de uno en uno, y luego de dos en dos, para continuar su romería. Los más fervorosos iban descalzos, mientras que los menos vehementes, junto con los comerciantes y otros viajeros, fueron a buscar las monturas que habían dejado atadas detrás del albergue. Acá y allá, Isaac detectaba algunas briznas de conversación cuando de pronto oyó algo parecido a una discusión entre un franco y un hombre de Yorkshire. Para compensar la ausencia de una lengua común, el franco desplegaba elocuentes gestos jactándose de la grandiosidad de la catedral de Chartres, cuyos vitrales eran de un azul tan sublime que no había en el mundo ningún maestro vidriero capaz de superarlos. Pero el de Yorkshire no le iba en zaga hablando. Sin que su titubeante y chapurreado francés le inhibiera lo más mínimo, invitó al franco a su ciudad natal para que admirara la belleza de los cinco ventanales ojivales del transepto septentrional de la catedral.

—Sus vidrieras —afirmó— están coloreadas con una grisalla única en el orbe. Así que puedes quedarte con tus azules de fantasía —refunfuñó mofándose—. Eso hace volver las miradas de los fieles, distrayendo su atención. La sobriedad de los grises de Yorkshire está en total armonía con el espíritu de devoción que debe reinar en la casa de Nuestro Señor.

Y dando una afectada palmada en la grupa jaspeada de su alazán, el inglés le volvió las espaldas y se alejó dejando al franco ultrajado por su insolencia.

Entonces apareció el hermano lego, subiendo la cuesta con un saco al hombro.

—¡Tomad! —le dijo al médico depositando el zurrón en el suelo—: Ahí hay queso, pan tierno, mantequilla, miel y toda la fruta que deseéis. Me hubiera gustado añadir un pollo, pero me temo que nuestra forma de matarlo no concuerda con el ritual judío.

Isaac dio las gracias al joven y bajó la colina en busca de su caballo. Sólo pensaba en regresar a casa, bañarse, y dedicar algunas horas a un sueño reparador antes de que alguien volviera a reclamar sus servicios. Estaba colocando la bolsa con las provisiones en su montura cuando un jinete que venía desde El Cebrero se detuvo en seco a su lado y se apeó del caballo:

—En el hospicio me dijeron que os encontraría aquí —dijo dándole una carta cuyo sello de lacre no mostraba ningún emblema.

Isaac le dio al mensajero un puñado de monedas, pero esperó a que se perdiera de vista antes de abrir la misiva, cuya letra ya le era familiar.

¡A mi querido amigo y fiel confidente, salud y gracia!

Mis planes para visitaros se ven constantemente frustrados. Gracias a Dios, otra vez estoy embarazada, y me han aconsejado que en tal estado no debo arriesgarme a emprender ningún viaje. Lo lamento profundamente, porque necesito un sabio y leal amigo a quien poder confiar los temores que me asaltan a causa de la ambición que consume a mi esposo: ceñirse la corona del Sacro Imperio Romano.

No quisiera dar la impresión de estar cuestionando la rectitud de su proceder. Como sabéis, está nimbado por un talento incisivo y una sólida capacidad de raciocinio. Cuando él me explica los argumentos que guían su conducta, quedo absolutamente convencida: la legitimidad de sus aspiraciones, el prestigio que le conferirá semejante investidura, tanto allende como aquende del reino, y, por lo tanto, lo que acaso es más esencial para él, la consolidación de su absoluta autoridad como indiscutible soberano de Castilla.

Desde el punto de vista de Alfonso, la argumentación es impecable. Además, hasta ahora parece haber triunfado en su propósito. A pesar de la rivalidad del candidato Ricardo de Cornualles, sé que los príncipes

alemanes votarán a su favor. Lo único que falta es obtener la confirmación papal, que se ha postergado, según parece, simplemente debido a la enfermedad de Alejandro.

Me alegro por Alfonso, pero cuando me llega el eco de las murmuraciones del clero y de la nobleza, quienes lo han costado todo para que él alcance su objetivo, comienzo a dudar. ¿De qué vale la corona de un imperio tan lejano cuando están en juego tanto poder y grandeza si sobreviene una rebelión en nuestra propia tierra?

Es bastante curioso, pero Alfonso no ignora que ahí está el límite del poder absoluto que ambiciona. Por ejemplo, no insiste en la estricta aplicación del código legal uniforme que ha preparado, porque sabe que los nobles se opondrían furiosamente a perder sus tradicionales privilegios, lo que inevitablemente sobrevendrá. Y a pesar de eso, en el asunto del imperio, se niega a tomar en cuenta su reacción. Extraña contradicción, ¿no os parece? He intentado que entre en razón, pero en este punto se mantiene inflexible. Su actitud me desconcierta ya que, tratándose de un erudito, por lo común abarca todos los aspectos de un problema, y entonces muestra una tendencia a ceder un poco para llegar a un acuerdo.

Sus frecuentes dolores de cabeza me tienen muy preocupada, pues ninguno de nuestros físicos, ni judíos, ni árabes, ni cristianos, consigue aliviarlos. Espero que vuestro hijo termine pronto la traducción del *Régimen*, pues a lo mejor en esas páginas está el remedio para su dolencia.

V.

¡Qué extraordinario papel le hacía desempeñar la reina!, pensó Isaac guardando la carta en su escarcela antes de empezar a cabalgar. ¡Y cuán soberanamente sola debía de sentirse para que se viera obligada a comunicarle sus más íntimas reflexiones a un simple médico de pueblo, un judío, por añadidura, que no se atrevía a responder a sus cartas! ¿Podrían volver a verse alguna vez?, se preguntó mientras descendía hacia los ondulados prados de Galicia, verdes bajo el sol prematuramente primaveral que le calentaba la espalda proyectando su sombra al oeste, en dirección a su hogar.

OceanofPDF.com

XIV

Beatriz advirtió inmediatamente el cambio en el ambiente. Detrás de la imperturbable fachada de la relación profesional, que permanecía inalterable entre Manuel y Álvaro, se arremolinaba ahora una insidiosa corriente de celos y desconfianza. En más de una ocasión, Beatriz pudo sorprender a Manuel mirando suspicazmente a su colega. Y cuando Álvaro creía que Manuel estaba absorto en su trabajo, le dirigía a ella fugaces sonrisitas. Tímidas sonrisas apenas esbozadas, que, según prefirió pensar, sólo expresaban la gratitud por haberse compadecido de su soledad. La situación era sumamente curiosa. Mientras asistía al intercambio intelectual de los traductores por medio del lenguaje, se veía a sí misma como el cauce a través del cual la vitalidad que Manuel le había insuflado llegaba hasta Álvaro, reavivando en él la chispa de una nueva energía vital.

Y sin embargo, por extraño que pareciera, ella, principal elemento de ese caudal vivificador, seguía estando distante, sola, a la deriva, sin saber adónde destinar su propia savia, pues su alma aún seguía unida a Benito. Manuel le inspiraba un afecto indulgente, incluso algo maternal. En otras circunstancias, hubiera podido amarlo, pero tal como estaban las cosas, no podía, ni quería. Por Álvaro tan sólo podía sentir compasión. Tal vez fuera un error dejar que leyera en su actitud más de lo que en realidad había, pues eso sólo serviría para decepcionarlo cruelmente. En tal caso, las sospechas que Manuel abrigaba con respecto a Álvaro podrían resultar justificadas, pero por razones bien diferentes de las que tanto él como su padre imaginaban...

Tal como se desarrollaron los acontecimientos después, ella no tuvo que seguir preocupándose con esas especulaciones, porque Manuel seguía la situación de cerca. Semana tras semana, retrasaba el viaje a la casa paterna para pasar el *sabbath* en familia, y nunca dejaba de visitarla, ayudándola en los arduos quehaceres domésticos, jugando con Davico como lo habría hecho un padre. Para que Álvaro no entrara en su vida, no permitió que se abriera ni la más mínima brecha en la muralla que levantó alrededor de Beatriz. Todos los sábados salían los tres juntos a dar un paseo matinal, pero Manuel siempre se las ingeniaba para pasar por delante de la

casita de Álvaro, en las afueras del caserío, exhibiendo su constante presencia al lado de ella.

La tempestuosa llegada de Juan trastornó esta apacible rutina.

—No os preocupéis —dijo anticipándose a la protesta de su hermano mayor mientras entraba de sopetón en la casita de Ibn Yatom. Fue un sábado al mediodía, justo después de que regresaran de dar un paseo por la rocosa orilla donde anidaban las gaviotas.

—Sólo he venido a buscar las redes —explicó—. Voy a pescar con un amigo de Pontevedra que gentilmente me ha ofrecido alojamiento. Pero si no te dejas ver por casa un día de éstos, tendrás problemas. No sólo pregunta por ti nuestra madre, sino también padre. Tú sabes cuánto les alegra que su hijo favorito los visite, y aunque el viejo nunca lo admitirá, se siente más tranquilo teniéndote a su lado.

—No puedo dejar sola a Beatriz aquí con Davico.

—¡Pero claro que puedes! —terció Beatriz—. Te agradezco que te preocupes por mí, pero sabes que María y yo nos las apañamos estupendamente.

Furioso por esa flagrante manifestación de independencia en presencia de su hermano, Manuel se agachó para recoger las redes ocultando la cara roja de ira. Entonces descargó su rabia tratando de desenredar el enredijo que Juan había armado con las redes.

—¡Esto es un desastre! —exclamó sacudiendo y dándole tirones al revoltijo de cuerdas enredadas—. ¡Nunca desenmarañarás este embrollo! ¿Cuándo aprenderás a desplegarlas y enrollarlas adecuadamente después de faenar?

Sin inmutarse, Juan no replicó, pero hábilmente separó las redes:

—Lo único que hace falta es un poco de paciencia —dijo finalmente, desplegando el tejido de mallas en el suelo antes de enrollarlo en un bulto—. Por cierto, casi olvidaba decírtelo —agregó satisfecho—: Pascualita también pregunta mucho por ti. ¡Qué criatura más candorosa e inocente! Sería una esposa ideal, créeme, de esas que hacen exactamente lo que quieres y cuando quieres, una esclava a tus pies, querido hermano. ¿Qué más puede pedir un hombre?

—Entonces, ¿por qué no te casas con ella? —replicó Manuel.

—Porque al igual que antes su hermana, está chiflada por ti. Además, creo que estoy enamorado de otra.

—¡Oh! ¡Quién lo diría!

—He dicho que «creo».

—¿Otra más en tu atarraya de capturas? ¿Acaso una mozuela de Pontevedra?

Juan le dirigió una mirada picara, se echó las redes al hombro y, antes de salir, dijo:

—Vas a hacer que nuestra parienta se forme una mala opinión de mí. Yo no soy el mujeriego que tú supones. Pero ¿es que puedo evitar enamorarme y desenamorarme? ¿Acaso puedo?

—Claro que no —se rió Beatriz—. ¡No hasta que te enamores de verdad!

—¡Aquí hay una mujer que me entiende!

—A ti, pero no a mí —murmuró solapadamente Manuel, mientras ayudaba a su hermano a cargar las redes en la cansada mula que bufaba contra el suelo guijarroso salpicado de salitre. Y después, se despidió de él con la mano. Cuando volvió a entrar, Beatriz comentó:

—Juan tiene razón. Hace tiempo que no vas a tu casa, ni siquiera sólo para ver a tus padres. Todo parece indicar que esa Pascualita es un encanto.

—¿Un encanto en qué sentido? A lo mejor como un juguete, pero no como la compañera capaz de compartir mi vida, mi trabajo...

—Tú pides demasiado. Lo que ambicionas es muy raro en estos parajes. Pero tomando en cuenta que la doncella es dúctil, podrás moldearla a tu antojo.

—¿Por qué tendría que hacerlo teniendo la rareza que ambiciono aquí mismo, al alcance de mi mano? ¡Oh, Beatriz! ¿Por qué te empeñas en desairarme? ¿Qué es lo que te ata tan indisolublemente a la memoria de un hombre que ya no existe? Si me lo explicaras, tal vez sufriría menos.

De pronto muy seria, Beatriz dejó a un lado las chanzas, y respondió:

—Muy bien. Lo intentaré. Benito y yo encajábamos perfectamente; pero, ya sabes, no como una pareja corriente. Como creo haberte dicho, mi madre murió durante el parto y yo crecí y me eduqué con mi padre. Inconscientemente, él formó mi carácter a partir del suyo, forjándome una personalidad fuerte e independiente, capaz de enfrentarse a las vicisitudes de la vida con confianza y coraje. Benito, al contrario, perdió a su padre siendo niño en circunstancias que nunca se aclararon. Para completar la miserable renta que la comunidad otorgaba a las viudas indigentes, su madre bordaba los trajes de novia de las hijas de las familias judías acaudaladas. Afanosa por complacer a su clientela, siempre a su

disposición, inculcó a su hijo las cualidades que la ayudaron a sobrevivir: laboriosidad, perseverancia y, sobre todo, sumisión. De este modo, llegó a ser un trabajador formal, disciplinado, pero no le gustaba arriesgarse, ni siquiera tener iniciativas. En resumen, el subordinado ideal. Gracias a uno de los cogedores de don Zulema, consiguió la plaza de ayudante de recaudador en el puerto de Sevilla, un trabajo que desempeñaba a entera satisfacción de sus superiores.

—Pero nada de eso explica por qué lo amaste.

—En cierto modo, sí. Lo amé porque él atesoraba dentro de sí la ternura y la dulzura de una mujer, un cariño y unas atenciones que yo había anhelado desde mi niñez.

—Y tú, en cambio, tenías el coraje y la firmeza que a él le faltaban.

—Exactamente.

—Entonces, ¿por qué no lo incitaste a superarse?

—Porque en su naturaleza no estaba la capacidad de arriesgarse, de luchar. Y yo no tenía ganas de acosarlo ni de humillarlo, ni de crear en él una sensación de fracaso. Lo amé tal como era, y cuando llegaron los tiempos duros, recurrí a mis propios medios para ayudarlo.

—Empiezo a entender. Pero ¿acaso no soy contigo tan afectuoso, cariñoso y cortés como él?

—En algunos aspectos, sí. Al fin y al cabo, somos amantes. Pero tú no me necesitas de la misma manera que él.

—Por supuesto que sí. Necesito compartir contigo mis ideas, mis preocupaciones, mis éxitos y mis fracasos.

—Lo que tú anhelas no tiene nada que ver con la necesidad fundamental de Benito, y cuando madures ganarás en estatura y en experiencia, y entonces me necesitarás cada vez menos. A la larga, me alcanzarás y me sobrepasarás, y, con el tiempo, cuando estés en la flor de la vida, te aburrirás de esta mujer que envejece a tu lado. Cuando vea a esas zagalas enamoradas de ti...

—Lo sé. Nunca te cansas de advertirme —la interrumpió Manuel irritado.

—Tienes que creerme. Sé por experiencia propia que no hay nada más despreciable y destructivo que los celos y las insensatas sospechas que engendran.

Conmovido por la gravedad de su tono, Manuel, meditabundo, dijo:

—Hablas con una gran convicción.

—Y tengo una buena razón para hacerlo. De resultas de su innata debilidad, Benito vivía atormentado por los celos. Ése fue el único elemento de discordia en nuestra relación. Pero ahora lo entiendo mejor, y yo... —titubeó, buscando o eludiendo las palabras precisas— yo... yo he tenido que encariñarme demasiado contigo para permitirme, o permitirte, emprender esta aventura. No quisiera destruir lo que ha habido entre nosotros.

—¿Por qué lo que «ha habido»? Lo nuestro puede continuar, incluso de otra manera si persistes en tu actual actitud.

—Quizá —dijo Beatriz pensativa y melancólica—, pero eso dependerá de muchas cosas, incluyendo tal vez a Pascualita...

* * *

Aunque el lunes por la mañana Manuel aún no había regresado de la casa de sus padres, adonde fue a pasar el *sabbath*, Beatriz acudió a la casita de campo de su pariente a la hora acostumbrada, se sentó a la mesa y reanudó su trabajo con el afán de siempre. En la primera página de la pila que él había dejado a su disposición, sólo había unas cuantas líneas garabateadas de prisa. Más que la versión definitiva lista para ser copiada, aquello parecía un borrador. Mientras cortaba la punta de la pluma antes de comenzar a transcribir, se esmeró en descifrar el texto: «Nuestra advertencia contra la administración del antídoto, salvo indicación contraria de un eminente físico, se aplica sólo a los enfermos. Sin embargo, con respecto a...».

Aquí los garrapatos de Manuel se emborronaban hasta resultar totalmente ilegibles. El resto de la página estaba en blanco, excepto una nota para Beatriz garabateada al pie: «Poner aparte. No copiar. Continúa en la página siguiente».

Colocando la hoja casi virgen en el extremo de la mesa donde trabajaba Manuel, Beatriz cogió otra del rimero y empezó a copiar la versión final de Manuel: «Los médicos dicen: entre las leyes de la medicina, ningún detalle es absoluto; más bien, a todo lo establecido por ellas corresponden unas condiciones específicas...».

La peculiar manera de llamar de Álvaro se dejó oír en la puerta. Esta vez no la sorprendió del todo. Más o menos se lo esperaba. Soltó la pluma y fue a abrirle la puerta.

—Espero no molestarte —se excusó solemnemente con su chupado rostro más ojeroso que de costumbre—. El sábado no os vi, ni a ti ni a Manuel. Tampoco advertí ninguna señal de vida aquí ayer. Espero que estéis bien los dos.

—Manuel fue a su casa a pasar el *sabbath*.

—Por lo común, él suele regresar a más tardar el lunes por la mañana.

—Hacía tiempo que no visitaba a su familia. Supongo que habrán tenido mucho de qué conversar.

—Debes de haberte sentido muy sola aquí sin él.

—La soledad no me preocupa excesivamente.

—Ese es un tema que ya hemos discutido —respondió Álvaro secamente.

Inquieto, empezó a dar vueltas por la habitación y echó un vistazo a la emborronada hoja inconclusa de Manuel, que estaba en la otra punta de la mesa, a cierta distancia de donde trabajaba Beatriz. Entonces levantó la vista y contempló el mar a través de la ventana. Para ocultar la tensión que lo dominaba, le volvió la espalda, y dejó escapar impulsivamente:

—¿Piensas casarte con Manuel?

—¡Por supuesto que no!

—Y, sin embargo, adivino que os amáis.

—No siempre el amor conduce al matrimonio.

—¿Eso significa que estás decidida a seguir viviendo sola?

—Estoy decidida a no ser la causa, ni tampoco la víctima, de una infelicidad.

—No obstante, podrías hacer dichoso a otro —dijo Álvaro volviéndose bruscamente, con una mezcla de esperanza y desesperación en los ojos.

Circumspecta, Beatriz no contestó.

—Déjame mostrarte cuán fácilmente puede hacerse —le pidió Álvaro con insistencia e ilusión.

Torpemente, con una emoción contenida, hurgó en sus mangas hasta extraer de uno de los bolsillos interiores un trocito de vitela doblado.

—Creo que te hará feliz que juntos leamos estos versos de vuestro gran poeta judío, Salomón ibn Gabirol.

—¿También sabes leer hebreo?

—Lo estudié hace años, en el seminario cisterciense —explicó Álvaro sentándose a su lado, en el banco. Extendió la hoja sobre la mesa y empezó a leer, titubeante al principio, pero con creciente confianza al ver que ella le

seguía atentamente, recorriendo los versos con su largo y diestro dedo, con aquella uña lisa como una astilla de almendra que ahora se movía conjuntamente con la de Álvaro, tan curva y combada.

Con la tinta de chubascos y lluvias,
con la pluma de sus relámpagos,
con la caligrafía de los nubarrones,
el invierno escribió en el jardín
una carta púrpura y azul.
Jamás ningún artista había concebido algo igual.
Y por eso la tierra,
celosa del cielo,
recamó con estrellas las hondonadas de sus macizos
en flor.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó Álvaro.

—¡Cuán bellas y adecuadas son las imágenes, y cuán expresivamente lo has leído!

—Sabía que te gustaría.

—Lo bello siempre es agradable. Te agradezco, Álvaro, que hayas tenido ese detalle.

Entusiasmado por su efusiva reacción, Álvaro atacó impetuosamente:

—Para mí eres como una estrella recamada en los macizos en flor de mi corazón, una eclosión de vida tras la desolada frialdad de un invierno solitario.

—Es muy halagador de tu parte. Pero no me veo a mí misma así.

—Eres demasiado modesta. Subestimas el poder que posees, la vitalidad que irradias.

—No es esa mi intención.

—De hecho, lo es.

—No puedo ser responsable de las reacciones que inconscientemente provocho en los demás. Piensa, más bien, que la tinta y la pluma son las únicas herramientas que poseo.

—Pero yo quisiera ofrecerte una estrella para ponerla aquí, en la hondonada de tu mentón, o mejor aún, en el terso marfil de tu frente.

Álvaro extendió hacia ella una mano titubeante, como queriéndola tocar, pero Beatriz se lo impidió. Se levantó y, mirándolo por encima del hombro, dijo fríamente:

—No te dejes engañar por las palabras de los poetas. ¡Ojalá la realidad fuera tan bella como la pintan sus plumas! ¿Desde cuándo los celos producen estrellas? Lo único que los celos engendran es la amargura de la hiel. Pero ahora debes excusarme. Tengo mucho que copiar antes de que Manuel regrese.

—La próxima vez te traeré unos versos que expresen la realidad con más exactitud.

—¿Cuál realidad? ¿La tuya o la mía?

—Un poco de paciencia, y ya verás.

Alarmada por la evidente intención de Álvaro, vulnerable a sus insinuaciones en ausencia de Manuel, Beatriz se pasó el resto del día vigilando ansiosamente el sendero que conducía a la casa, recorriéndolo de arriba abajo, aguzando los oídos cada vez que sentía acercarse los cascos de un caballo. Pero ya casi anochecía, y Manuel seguía sin regresar. ¿Cuál sería la causa de su demora? ¿Un accidente? ¿Una enfermedad? ¿Acaso los encantos de Pascualita? Estaba en ascuas, confundida, y volvió despacio a casa en busca de su único consuelo: Davico, que en su inocencia la abrazó blandamente mientras ella lo estrechaba contra su pecho.

A la mañana siguiente, más o menos a la misma hora del día anterior, Álvaro apareció de nuevo. Sus ojos estaban aureolados con las tenebrosas sombras del insomnio, pero tenía las mejillas, de suyo pálidas, sonrosadas a causa de la febril esperanza que lo hacía vibrar de la cabeza a los pies. Tan intensa era la torrencial fuerza que emanaba de él, que Beatriz se espantó.

—¡Aquí está! —exclamó mostrándole el rollo de pergamino que empuñaba en sus ardientes manos antes de desplegarlo sobre la mesa—. ¡Vamos a leerlo juntos!

Igual que Amnón, estoy enfermo, llamad a Tamar
Decidle que aquél que la amó cayó en la trampa de la muerte.
Pronto, amigos, compañeros, haced que venga a mí.

Esto es lo único que os pido:

Adornad su cabeza con joyas, engalanadla con esmero,

Y enviadme con ella una copa de vino.

Si llegara a derramarla en mi corazón, apagaría el fuego que me quema

El ardiente dolor que consume mi carne palpitante.

—Aquí lo tienes. Esta es la realidad, ayer era la de Ibn Gabirol, ahora es la mía.

Con los ojos llameantes, Álvaro clavó una mirada compulsiva en Beatriz.

—¿Por qué te pones tan pálida? Veo que te he asustado.

—Más bien, trastornado. Me desconcierta advertir que sufres de ese modo, y que soy incapaz de aliviar tu dolor.

—¿Completamente incapaz?

—Fuera de la simpatía y la compasión nacida de ciertos sentimientos que compartimos, soy completamente incapaz.

—Andando el tiempo, puede que esa simpatía y esa compasión maduren hasta convertirse en un sentimiento más profundo...

—No quisiera que te aferraras a semejante ilusión.

—¿Quieres decir que no me dejas concebir ninguna esperanza?

—Don Álvaro, no te degrades suplicando así. Es indigno de un erudito de tu talla.

—¿Y acaso no es indigno de otro de vuestros poetas judíos?

—¿Cuál?

—Un tal Isaac ibn Khalfon, pero su poema lo leerás a solas.

Y diciendo esto, Álvaro sacó de lo profundo de su manga otro pedazo de pergamino, lo arrojó en la mesa de Beatriz y salió de la casa a trancos, sin decir ni una palabra.

Aturdida, Beatriz cogió el poema y leyó:

Como una gacela salto a la llamada de la pasión

Para ver a mi amor, retirada en su casa solariega.

Al llegar allí, encuentro a mi querida,

Con su madre, su padre, sus hermanos y todos sus parientes.

Echo un vistazo y retrocedo, anonadado,
Como si ella no me importara nada.
Les tengo miedo; pero por ella, por mi amor, lloro
Como llora una madre la pérdida de su primogénito.

Cuando poco después Manuel entró en la casa, encontró a Beatriz sentada a la mesa, con la cabeza reclinada sobre los brazos cruzados, llorando en silencio.

—¡Sabía que esto iba a pasar! —gritó con pasión, levantándola por las muñecas casi violentamente hasta acercar su rostro al suyo—. Yo sabía que esto pasaría en cuanto te dejara sola. No será por Davico, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿qué es?

—Lloro por mí. Hace mucho que no me reconozco a mí misma. La vitalidad que tú me devolviste, mi natural vivacidad que tan bien disimulaba mi vacío interior, parece que no hacen sino aumentar la vulnerabilidad de mi viudez. Sin darme cuenta, he despertado en otras personas unos sentimientos a los que no puedo corresponder. Mi alma sigue siendo dura como una roca, y de buenas a primeras me veo infligiéndoles dolor a aquellos que no lo merecen. Si los judíos tuviéramos conventos, te juro que me retiraría a una de esas comunidades, no sólo para preservar a quienes me rodean, sino para protegerme de mí misma.

—Ahora lo veo todo claro —gritó Manuel descargando bruscamente su rabia contenida—. Es Álvaro quien ha hecho todo esto, exigiéndote más de lo que puedes dar, y más de lo que merece. Por eso te ha metido en la cabeza ese sentimiento cristiano de culpabilidad que no estás obligada a asumir. No digas que no te previne. ¡Nada de conventos! Ten la seguridad de que, por mi causa, no tienes que sufrir ningún remordimiento. Siempre te amaré, correspondas o no a mi amor. Es más, aunque yo decidiera casarme con Pascualita, o con otra, por conveniencia, tú siempre prevalecerás en mi alma. Y si al cabo del tiempo experimentases la necesidad o el deseo de venir a mí, nunca te rechazaría. Pero ni mendigaré tu amor, ni tampoco llevaré luto por ti. Sin embargo —prosiguió tras una pausa, ahora más sereno—, quisiera seguir protegiéndote de las asechanzas de Álvaro, tanto por tu bien como por el mío. Ahora los dos debemos tener cuidado con él,

cada cual por sus propias razones. Y todo esto —refunfuñó—, todo esto porque mi padre tuvo que acudir a un arrabal de León tras recibir el aviso de una falsa alarma de plaga, y yo tuve que esperar a que regresara.

—A mí me parece que más bien fue Pascualita quien te retuvo allá.

—¡Oh, mi querido amor! —dijo Manuel suavizando su actitud—. Con la experiencia y la madurez de que tanto alardeas, ¿cómo se te puede ocurrir semejante tontería? La única ventaja de Pascualita es que ella no podría, ni tampoco querría, retenerme. ¿No estarías llorando más bien a causa de tus celos?

OceanofPDF.com

Sentado en el vano de la ventana del arzobispado, Alfonso removió los fondillos, pues la fría humedad que rezumaba el alféizar le había entumecido las nalgas. Malhumorado y taciturno, miró hacia abajo, a la muchedumbre apiñada en la plaza, frente a la iglesia de Santiago de Compostela. Eran los rezagados que no habían tenido la suerte de entrar en el templo abarrotado. La cicatriz de su ceja izquierda enrojecía a medida que aumentaba su enfado. Como medida de discreción, había enviado un correo en cabeza con instrucciones estrictas para que el arzobispo no anunciara su llegada. Más aún, había dejado su séquito atrás, en León, después de inspeccionar los vitrales recién instalados en la nueva catedral, esas altas vidrieras que lo colmaron de satisfacción, pues podían rivalizar en profusión y escala de colores con las de York y las de Chartres. Creyó que sólo acompañado por su discreta escolta, podría pasar inadvertido cuando entrara en Compostela. Pero todo fue en vano. La noticia de su llegada se divulgó provocando la situación que tanto se había esmerado en evitar. Si había algo que no podía soportar, era la confusión entre lo sagrado y lo profano. De haber querido aparecer en toda su majestad ante sus súbditos, no hubiera escogido aquel lugar, pues detestaba interrumpir la devoción de los fieles desviando su atención de lo divino a los asuntos mundanos.

Con sentimientos encontrados de fascinación y disgusto, vio a un jorobado que cojeaba abriéndose paso entre la multitud mientras les pedía limosna a los ingenuos peregrinos deseosos de asegurar el milagro que anhelaban. Cuando el mendigo llegó al otro extremo de la plaza, se metió en la penumbra de una callejuela y, con movimientos rápidos y furtivos, se despojó del bulto de trapos que llevaba atado a la espalda por debajo de la andrajosa túnica. Ya sin giba, se irguió transfigurado en un joven delgado de estatura normal. Hábilmente despeinado, los mechones de pelo lacio caían sobre su frente ocultándole parcialmente los ojos. De pronto se sacó de la manga una bolsita en la que introdujo los dedos para sacarlos manchados de unos polvos grisáceos con los que se restregó los ojos hasta dar la impresión de tenerlos muy hundidos en las cuencas. Entonces, con paso vacilante, avanzó a tientas como si se abriera paso en la oscuridad, y

emergió de nuevo en la plaza, donde se quedó quieto, con los ojos cerrados, interpretando el papel de ciego tan magistralmente como lo habría hecho cualquiera de los mimos que Alfonso había visto actuar en la corte.

Pero los falsos pordioseros no eran los únicos que vivían a costa de los inocentes creyentes. Diestros rateros, rapaces posaderos, persuasivos vendedores de filtros y amuletos, y expertos en toda suerte de descaradas bellaquerías explotaban el sagrado sepulcro convirtiéndolo en una lucrativa fuente de mal habidas ganancias.

Alfonso se dio un masaje en las sienes con la yema de los dedos tratando de aliviar el enloquecedor dolor de cabeza que le había provocado su altercado con el arzobispo. El prelado le había rogado que le hiciera el honor de asistir a misa por la mañana y que aceptara recibir la comunión de sus manos, pero el rey se negó rotundamente. Ya él había cumplido con sus deberes religiosos a lo largo de la ruta compostelana, en la apartada quietud de su capilla favorita, la de la Santísima Virgen de Villálcazar de Sirga, algo apartada del Camino, entre Burgos y León. Envuelto en el halo dorado de los trigales, aquel templo estaba hermoseado por una fachada de doble arco, cuyas portadas, primorosamente esculpidas, en vez de alzarse una al lado de la otra, formaban un ángulo casi recto. Lo extraordinario era que las cinco finas columnas de una portada convergían tan imperceptiblemente con los tres pilares de la otra, que era como si no hubiera vértice. Semejante maestría artística nunca dejaba de infundirle a Alfonso admiración y devoción por la destreza y la ingenuidad que Dios había otorgado al hombre. Y la suave caricia de las espigas de trigo ondulando hacia la capilla, la envolvía en un aura de natural santidad. ¿Acaso había un lugar más propicio para que la Virgen realizara sus milagros? Milagros que él había consignado fielmente en sus *Cantigas*, aunque el que más le gustaba era el de la noble dama francesa que recobró la vista en aquel tranquilo oratorio a su regreso de Compostela. ¡Cuánto debió de regocijarse al salir de las tinieblas en que estaba sumida y ver aquella vasta extensión de oro desplegándose ante sus ojos!

Ahora lamentaba haberse detenido en Compostela en su viaje de León a Galicia, pero a lo largo de la ruta jacobea, no había otro sitio indicado para descansar. De todas maneras, le hubiera gustado irse antes de que la misa terminara. Allí estaba ahora su caballerizo, anunciándole que los caballos aguardaban en la puerta trasera del Arzobispado. ¡Que el pomposo prelado explicara la ausencia de su majestad como mejor le pareciera!...

Al principio tuvo una atávica añoranza que le hizo pensar en un viaje a las Rías Bajas, un anhelo de aspirar profundamente, de sentir en su cara la vigorizante y salada brisa del océano que impregnaba su infancia soplando a lo largo del recuerdo de aquellos tiernos años carentes de preocupaciones. Pero fue la reiteración de sus dolores de cabeza, cada vez más intensos, lo que le obligó a viajar desde León, sin dar aviso, hasta aquella extensa región de su reino. Desesperado por encontrarle alivio a su crónica enfermedad, aunque nunca confesaba aquel achaque, quizá su presencia en Combarro incitara al joven traductor a hacer un mayor esfuerzo para concluir cuanto antes su tarea.

Tan modesta era su escolta que los aldeanos de Combarro confundieron a Alfonso con un hidalgo de poca monta venido de alguna comarca del interior a contemplar el prodigio del proteico océano. A la entrada del pueblo, una niña sentada con las piernas cruzadas se hacía una pulsera ensartando pacientemente pequeñas conchas. A una pregunta de los guardias, les señaló la casita de campo de Ibn Yatom, situada en el otro extremo de la bahía. Tras quitarse el sombrero, el rey ordenó a sus hombres que bajaran hacia la playa y los condujo a galope tendido a lo largo de la orilla mientras la brisa agitaba sus cabellos relucientes al sol como el oro de la arena. Al entrar en el sendero que llevaba a la casa, se detuvo bruscamente, se apeó y les dijo a sus hombres que lo esperaran mientras él seguía a pie por el camino sembrado de conchas.

Como aquel día Manuel y Álvaro trabajaban juntos, Beatriz fue a abrir la puerta. Por un instante, se quedó de piedra, pasmada ante la visión del rey sin escolta, parado en el umbral; pero enseguida recobró la presencia de ánimo y adoptó la misma compostura que había manifestado cuando él la sorprendió en el Estudio General.

—Majestad —murmuró con una profunda reverencia.

En medio del silencio de los dos hombres, esa palabra resonó como un estallido sacándolos de su abstracción. Como impulsados por un resorte, ambos se pusieron en pie volviéndose hacia el rey e inclinándose en señal de respeto. Pero Alfonso apenas reparó en los traductores. Indicándole con la mano que levantara la cabeza, le dijo a Beatriz:

—Definitivamente, ésta es la tierra de los milagros. Desde que supe que vuestro marido había muerto, todos mis hombres os han estado buscando a lo largo y ancho de mi reino, pero nunca se me hubiera ocurrido pensar que pudierais estar aquí.

—Manuel es pariente mío —le informó Beatriz, tranquila y respetuosamente.

—Entonces sois la copista del *Régimen* —dijo pensativo mientras deslizaba un dedo por la hendidura de su mentón con esa ambigua mezcla de vacilación y fascinación que ya antes ella había percibido en él.

—Sí, con la venia de su majestad.

—¡Qué feliz coincidencia!

Poco a poco, a regañadientes, Alfonso dejó de contemplar a Beatriz y se volvió a los dos traductores, que seguían inclinados.

—Levantaos, mis queridos eruditos, levantaos. Así que vos sois el joven Manuel, del linaje de los Ibn Yatom —dijo evaluándolo con rigor—. Vuestro apellido no me es desconocido, y vuestro parentesco con Beatriz confirma el origen de su notable habilidad no sólo como copista, sino también como políglota.

Volviéndose a ella, continuó:

—Ahora que la he encontrado, no volveré a perderla de vista. Ninguno de mis copistas ha conseguido transcribir las *Cantigas* con una letra tan elegante como la suya. Solicitaré sus servicios cuando el *Régimen* esté terminado, para lo cual espero no falte mucho. Ardo en deseos de conocer las recomendaciones de vuestro gran sabio judío.

—Haré todo lo posible por satisfacer a su majestad —dijo Manuel.

—Cuento con vos para afirmar una vez más la tradición del gran Ibn Yatom —ordenó Alfonso antes de volverse a don Álvaro—: ¿Yqué tal va la versión latina?

—Voy al mismo ritmo de mi joven colega, pero me gustaría que los eruditos del monasterio de la isla de Tambo verificaran la versión final antes de someterla a vuestra consideración.

—Seguramente estarán muy ocupados con la traducción del Antiguo Testamento que será incluida en mi *General e Grande estoria* —comentó Alfonso, cogiendo al azar una página recién copiada que Beatriz había dejado secándose en la mesa. Sus ojos recorrieron rápidamente los caracteres castellanos, homogénea y perfectamente alineados, y entonces la miró a ella con una sonrisa de admiración llena de inequívoca seducción.

—¡Por supuesto, señor! —confirmó Álvaro.

—Mañana, bien temprano, antes de irme de Galicia —anunció Alfonso dejando de nuevo la página en la mesa—, quiero asistir a misa en el monasterio cisterciense para visitar a los monjes y estimularlos en su trabajo. Haced los preparativos necesarios para disponer de una barca.

—Se hará como su majestad ordena. Le anunciaré al prior vuestra visita. Con vuestro permiso, quisiera rogar humildemente que se me concediera el honor y el inmenso privilegio de acompañaros a la isla de Tambo...

—Privilegio concedido —respondió distraídamente el rey.

—¿Dónde he de encontrarme mañana con su majestad?

—Cerca de Pontevedra, en la hacienda de don Payo Gómez Charino, señor de Rianxo, quien con tanto denuedo peleó a mi lado durante la reconquista de Sevilla.

Con una inclinación de cabeza y arqueando las cejas para darle a entender que se encontrarían de nuevo, el rey se despidió de Beatriz y salió de la casa. Mientras los dos traductores acompañaban al monarca bajando por el escabroso sendero hasta el pequeño grupo de guardias que esperaba, Manuel creyó detectar una nueva agilidad en la forma de andar de don Álvaro, un brío que nada tenía que ver con su paso de lobo, siempre medurado...

Cuando la real comitiva dobló el promontorio en el cabo de la bahía de Combarro hasta perderse de vista, Álvaro se sacudió las alpargatas cubiertas por la arena que levantaron los caballos al echar a correr y, sin decirle una palabra a Manuel, se fue en busca de un barco digno de transportar al soberano de Castilla y León hasta la isla de Tambo.

Aliviado al verlo partir, Manuel regresó a toda prisa por el sendero y abrió de golpe la puerta de la casa. Pero al ver a Beatriz sentada en el mismo lugar de siempre, trabajando tranquilamente, se detuvo en seco.

—¡Maldita sea! —avanzó hacia ella—. ¿Cómo puedes estar ahí sentada, tan fría y reconcentrada, copiando sin parar como si no hubiera pasado nada? Aunque, ahora que lo pienso mejor, ¿por qué no iba a ser así? Después de todo, quizá tengas razón. A lo mejor soy demasiado joven e inexperto para comprenderte. ¿Cómo pude haber sido tan ingenuo y dejarme engañar por todo tu sentimentalismo al hablar del imperecedero amor que sientes por Benito?

Beatriz experimentó el malestar de antaño revolviéndole el estómago, la misma náusea que siempre la abrumaba cuando Benito se exaltaba en sus ataques de celos. Unos celos que, tanto entonces como ahora, eran infundados. Hoy como ayer, permaneció en silencio mientras Manuel vociferaba:

—¡Tenía que haberme dado cuenta de que eres capaz de fingir con el mismo talento que despliegas en tus pantomimas! ¡Figúrate, realmente llegué a creer cuanto decías acerca del indisoluble lazo que te unía a tu difunto esposo, lo creí tan sinceramente como tú lo describías y, mientras tanto, en realidad resulta que ansías las manifestaciones de cariño del mismísimo rey!

Con premeditada parsimonia, Beatriz dejó de copiar y se volvió a su pariente:

—Por favor, no me obligues a repetirte que te estás comportando como un niño malcriado. Es indecoroso que des semejante espectáculo antes de enterarte de todos los hechos.

—Los hechos son una cosa; pero que te los callaras es algo muy distinto. Ni una sola vez mencionaste que conocías personalmente al rey, mucho menos que habías copiado sus *Cantigas*.

—Nunca se presentó la ocasión de decírtelo. Fue todo tan fugaz, y los hechos posteriores, tan trágicos, que para mí todo aquello perdió su significado.

—Pero no para el rey, a juzgar por su forma de tratarte. Literalmente te comía con los ojos.

—Yo no soy responsable de la conducta de Alfonso, como tampoco de la de Álvaro, pero no puedo reprender a mi soberano. Sin embargo, no hice nada para animarlo, como podrías tener la honradez de reconocer. En ningún momento me cegó la regia adulación. Al contrario, le tenía miedo, pues como soy la parte más débil, sé que al final saldré perdiendo. ¿Cuál es la verdadera razón de su «forma de tratarme», como tú dices?... Es un enigma para mí. Sospecho que todo se debe a que soy judía, y por eso atraigo su interés, aunque no sé si es para descubrir mis diabólicos poderes o para convencerme de que me convierta a la fe cristiana. Nuestros encuentros fueron tan breves y aislados que no me permitieron averiguar ni lo que pensaba ni sus intenciones.

—¿Cómo fueron exactamente?

¡Qué bien conocía ella ese tono recriminatorio! Sucintamente, Beatriz le contó su primer encuentro con Alfonso en el Estudio General, y los otros dos, cuando el rey le enseñó las *Cantigas*. En el papel de confidenta que él le había asignado, Beatriz se mostraba tan reticente ahora como antaño; tan cautelosa entonces ante las irracionales sospechas de Benito como ahora ante las de Manuel. Una vez más, aquella inexorable cadena de amor posesiva y celosa amenazaba con aherrojarla, subyugándola con los anillos entre dulces y agrios de su abrazo. Y ahora, al ceder a la súplica de Manuel, podía estar añadiendo otro eslabón, esta vez causado por ella misma.

Muy serio, Manuel reflexionó un rato. Y luego dijo gravemente:

—La próxima vez no esquivarás al rey tan fácilmente. Adonde quiera que vayas, te perseguirá, y las consecuencias bien podrían resultar desastrosas para ti, para nosotros, incluso para toda la familia. Esta nueva amenaza es tan grande que la de Álvaro palidece por su insignificancia. No tenemos tiempo que perder: hay que escoger. No podemos permitirnos el lujo de seguir recreándonos con nuestras respectivas actitudes y sentimientos. Deberíamos casarnos y huir a Francia.

—¿Para qué? ¿Para evitar un peligro cuya existencia es hipotética, y al precio de exponernos a otros riesgos, mucho más concretos, que a buen seguro sí podemos prever y, para colmo, causados por nosotros mismos?

Manuel permanecía incrédulo:

—A pesar de todo lo que has debido soportar a causa de tu vulnerabilidad, ¿aún insistes en considerarme un riesgo?

—Ahora que has visto con tus propios ojos cómo las infundadas sospechas y los injustificados celos engendran incomprensión y fútil rabia, deberías juzgar mejor el sentido común de mi criterio. En cuanto a exiliarme por mi propia voluntad de mi patria, me resulta espantosa la idea de perder lo poco que me queda: mi recién encontrada familia y un trabajo que amo, que constituye mi sustento y que, por suerte o por desgracia, da la casualidad que depende por entero de las lenguas de este país. Abandonar España es un paso demasiado drástico para darlo solamente en nombre de suposiciones acerca de cosas que puede que nunca ocurran. ¿Recuerdas el consejo del sirviente Moisés? «Tanto lo que uno teme como su opuesto puede suceder, ya que ambos caben dentro de lo posible.»

—Una sentencia a la que das diversas interpretaciones adaptándola a cada situación particular —replicó Manuel amargamente—. Puede que mi sugerencia sea drástica; pero, desde mi punto de vista, es oportuna. Tendrías

que darte cuenta de que, a menos que sigas mi consejo, dispongo de pocos medios para defenderte de lo que nuestro soberano piensa hacer contigo.

—Soy absolutamente capaz de protegerme a mí misma.

—¿De un rey cuya reputación en asuntos de esta clase es más que dudosa? ¿Precisamente tú, «la parte más débil», como tan sabiamente te has definido?

—Creo disponer de los medios para defenderme sola.

—¿Cómo?

—Jugando el mismo juego que Alfonso.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Si se presenta alguna vez la ocasión, ya lo entenderás.

Al verla reanudar su trabajo tan fría, racional y dueña de sí, Manuel sintió el irresistible deseo de romper el lazo que lo ataba a Beatriz privándolo de su independencia mientras ella conservaba la suya tan resueltamente. Pero aunque tal era su voluntad, el corazón se lo prohibía.

XVI

Cuando terminó la misa, el prior del monasterio de la isla de Tambo invitó a su ilustre huésped a dar un breve paseo por el jardín del claustro. Así darían tiempo a que los monjes llegaran al *scriptorium* y reanudaran su trabajo, preparados para la real inspección. En contemplativo silencio, el rey Alfonso y el prior pasearon entre los cortos setos que enmarcaban los arriates minuciosamente cuidados. Cuando de modo casi imperceptible empezó a caer una llovizna estival, el prior quiso que el rey se guareciera bajo las oscuras vigas de madera del techo de la galería. Pero Alfonso no aceptó su sugerencia. Recostado contra una de las esbeltas columnas de donde arrancaban los sencillos arcos del claustro, creciendo y multiplicándose hasta rodear el callado recinto donde parecía morar el Espíritu Santo, el rey echó la cabeza hacia atrás y, con una sonrisa pueril, dijo:

—Me gusta sentir la caricia del orvallo veraniego en mis mejillas. Eso me recuerda la generosidad del Señor al concedernos esta infinita fuente de vida. En Andalucía rezamos para que nos caiga del cielo esta bendición.

Mientras el rey permanecía así, en silenciosa meditación, don Álvaro, cuya presencia en el séquito Alfonso había ignorado por completo, ya estaba en el *scriptorium* haciéndole una consulta a fray Lucas, el mejor arabista del monasterio. Ambos estaban enfrascados en la lectura de los caracteres árabes del texto original del *Régimen* de Maimónides. Buscaban aquel pasaje inconcluso, relativo al uso del antídoto, que Álvaro había visto en la mesa de Beatriz junto con la nota garabateada: «Poner aparte. No copiar».

Álvaro no disimuló su impaciencia mientras la torpe y áspera uña del monje, manchada de tinta, se deslizaba con angustiosa lentitud sobre la descolorida y adornada caligrafía.

—¡Aquí está, ya lo tengo! —tartamudeó por fin fray Lucas con su torpe pronunciación debido a que rara vez solía hablar.

—¿Qué dice el pasaje anterior? —preguntó Álvaro verificando inmediatamente el fragmento.

El monje leyó lentamente para sí, y luego, con indecisión, laboriosamente, le resumió lo esencial:

—Habla de los efectos de algunos purgantes.

—Eso es correcto. Ahora leedme, en el siguiente pasaje, lo que viene después de: «Nuestra advertencia contra la administración del antídoto, salvo indicación contraria de un eminente físico, se aplica sólo a los enfermos».

De nuevo el fraile tartamudeó:

—«Sin embargo, con respecto a las personas sanas, tomar el antídoto cada diez días forma parte del régimen de salud».

—¿Y?

—¿Se refiere al siguiente pasaje?

—Sí, sí —insistió Álvaro.

—Dejadme ver. Sí... «Los médicos dicen: entre las leyes de la medicina, ningún detalle es absoluto...»

Con excitación apenas disimulada, Álvaro interrumpió al monje:

—Con eso basta. Es todo cuanto quería saber. Gracias, fray Lucas. Sé el gran esfuerzo que significa para vos traducir verbalmente, pero no sólo me habéis prestado un inestimable servicio a mí, sino tal vez también a nuestro querido soberano.

Fray Lucas, quien hacía mucho se había alejado de las glorias mundanas, miró con conmiseración a su ex hermano en la fe, cuyas preocupaciones por las cosas temporales le hacían padecer tal estado de tensión. Con un gesto que denotaba a un tiempo la compasión y la exasperación que le inspiraban el equivocado camino de Álvaro, el fraile volvió con placer a su serenidad para seguir traduciendo del árabe al castellano el *Kalila wa Dimna*, esa colección de fábulas orientales mundialmente famosa por su terrenal sabiduría.

Acompañado por el prior, el rey entró en el silencioso taller de los copistas con sus paredes tapizadas de libros. Calladamente recorrieron los bancos, los atriles y los pupitres. Ni una sola de las entrecanas y tonsuradas cabezas se levantó del rollo de pergamino, del código o del lexicón mientras Alfonso se asomaba por detrás de los monjes alargando el cuello para observar la buena marcha del trabajo. Cuando llegó a la mesa de fray Lucas, se entretuvo un poco más a su lado. Una tenue sonrisa se dibujó en su rostro al leer el pasaje que el monje estaba traduciendo: «Los reyes son notoriamente veleidosos: todo sonrisas, te hacen pensar que te aprecian

mucho, pero de repente parecen no conocerte, u odiarte, lo que es mucho peor. Así las cosas, estás expuesto a un viento que sopla con la misma fuerza en direcciones opuestas».

«No falta a la verdad», pensó Alfonso mientras seguía recorriendo las mesas...

En la angosta puerta del *scriptorium*, Álvaro lo esperaba inmóvil, mirando al rey con inquietud, consumido por la impaciencia pues quería revelarle las alarmantes implicaciones de su descubrimiento. Quizás el momento más propicio fuera durante el regreso a Pontevedra. Acorralado en la pequeña embarcación, el rey no tendría otra opción que escucharlo. No sin dificultad, dominó su excitación hasta que la visita acabó y el rey, rodeado por su escolta, subió a la barca.

En cuanto el barquero quitó las amarras y el barco se separó del muelle, Álvaro se dirigió a su soberano:

—Majestad, quisiera llamar vuestra atención acerca de un asunto que os atañe muy íntimamente, y que me causa una gran preocupación.

Alfonso miró a su interlocutor con una mueca de aburrido escepticismo mientras, de mala gana, le indicaba por señas que hablara.

—Se trata de la versión del *Régimen* que está redactando el joven Ibn Yatom. Acabo de revisar el texto original árabe con fray Lucas. Para mi horror, he descubierto que en su traducción ha omitido un pasaje en el que se advierte a las personas sanas que deben tomar el Gran Antídoto cada diez días.

Ante todo preocupado por conservar el equilibrio en medio del zarandeo de la embarcación, mientras trataba de sentarse en los cojines del asiento de madera, Alfonso preguntó con aire ensimismado:

—¿Y por qué suponéis que él haría una cosa así?

—Por razones que sólo Manuel, o su raza, conocen. Se trata de un intento deliberado de privar a su majestad de ese consejo médico que podría serle de una importancia capital.

—¿Con qué propósito, rediós?

—Señor, sospecho firmemente que los judíos ocultan ciertas informaciones para conservar el dominio exclusivo de sus inapreciables preceptos y remedios. De paso, así mantienen su reputación como los mejores físicos de toda España e incluso su influencia sobre los reyes.

Alfonso se desplazó cuidadosamente a lo largo de la tabla que le servía de asiento para esquivar el excremento de una gaviota que estuvo a punto

de caer sobre su manto:

—Habláis de un pasaje concerniente al Gran Antídoto, ¿verdad?

—Exactamente, señor.

—Si no me falla la memoria —observó el rey con deliberada indiferencia, dejando arrastrar una mano ociosamente por el agua—, fue un antepasado de Manuel, Da'ud ibn Yatom, quien descubrió sus ingredientes, y, que yo sepa, no hizo de ello un secreto. ¿No habéis pensado, don Álvaro, que quizá Manuel ha guardado provisionalmente ese fragmento para añadir un apéndice con los consejos de Maimónides, tal vez para incluir una lista de los componentes del antídoto? Dada la estricta naturaleza médica de esa información, es improbable que haya sido incluida en el *Régimen*, razón por la cual Manuel tuvo que buscarla en otra fuente. Huelga recordaros que siempre he animado a mis traductores con el fin de que hagan tales añadiduras a las obras antiguas por razones de claridad y conveniencia.

—Ya había pensado en esa posibilidad, señor. Pero si, en efecto, tal fuera el caso, ¿quién podrá garantizar que la lista de los componentes añadida por don Manuel sea la correcta y que esté completa? Dado que no existe en el original árabe, ¿cómo podremos comprobarlo los que no somos físicos? El más ligero error o imprecisión, sea voluntario o accidental, fácilmente pasaría inadvertido, y causaría un irreparable daño a su majestad. Cuando lo que está en juego es el bienestar del rey de Castilla y León, tal posibilidad, aunque sea remota, debería tomarse en cuenta.

—Vuestras insinuaciones os deshonoran, don Álvaro.

Cauteloso al ver el disgusto del rey, Álvaro se retractó parcialmente:

—¡Pongo a Dios por testigo que no era mi intención poner en tela de juicio la integridad de don Manuel! No obstante, señor, insisto en mi convicción de que los judíos conocen remedios que no quieren divulgar. ¿De qué otra manera se explica que el padre de Manuel, don Isaac, haya sobrevivido todos estos años recorriendo el Camino donde las epidemias son tan frecuentes?

Enojado, Alfonso sacó la mano del agua. Al sacudirla bruscamente, salpicó las gastadas vestiduras de Álvaro:

—Sin duda, debe de tener una fuerte constitución y ha de ser muy cuidadoso tomando medidas preventivas —replicó el rey, menos convencido de lo que hubiera querido aparentar—. Pero no nos dejemos arrastrar por precipitadas conclusiones, don Álvaro. Cuando yo vuelva a pasar por aquí, tomaré cartas en el asunto personalmente. Mientras no

llegue ese momento, y hasta que disponga de una irrefutable evidencia que sustente vuestra suposición, me gustaría seguir teniendo absoluta confianza en mis traductores judíos.

Dicho esto, Alfonso se volvió de cara a proa dejando a don Álvaro con la palabra en la boca, escudriñando la espalda de su soberano en busca de algún indicio que manifestara el efecto de su revelación...

La lluvia matinal había cesado y, mientras el sol iba ganando en intensidad, la humedad suspendida en el aire se disipaba lentamente dejando sólo un pálido velo gris en el cielo. Entonces Alfonso se levantó y, parándose a horcajadas en medio de la barca, se puso de cara al sol para dejar que la brisa acariciase su rostro. No iba a permitir que aquel monje exclaustro le estropeara ese placer.

La modesta escolta estaba esperándolo en el embarcadero de Pontevedra y, sin decirle adiós ni dedicarle un gesto de agradecimiento a Álvaro, el rey montó de un salto en su inquieto caballo gris perla y se alejó galopando como una centella.

Cuando rebasó la ensenada de los pescadores, disminuyó el trote de su cabalgadura, reacio a abandonar un paisaje que para él simbolizaba la libertad, la ausencia de responsabilidades de su juventud. Allí estaban las cuevas donde de niño había jugado y las calas en las que se había zambullido y pescado alegremente, allá las verdinegras colinas alfombradas de pinos donde había aprendido a cazar, acá las graníticas rocas, ennegrecidas por la lluvia y el mar, a las que tantas veces había trepado. Las formas y matices de su tierra entrañable se reflejaban ahora en el espejo inmóvil de la ría, tiñendo sus aguas con una indefinible sombra verde grisácea sobre la cual revoloteaban las gaviotas graznando en el tibio y húmedo cielo, recortando en el aire delicadas y gráciles figuras.

¿Con qué derecho perturbaba don Álvaro la tranquilidad de aquel breve respiro que había previsto tomarse para olvidarse de los asuntos de la Corona? ¿Por qué trataba de menoscabar su confianza en aquellas personas que siempre habían sido de fiar? Aquel entrometimiento olía a solitarias lucubraciones de viejo resentido, alguien cuya mente estaba impregnada del tradicional fanatismo antijudío. Efectivamente, se podía aducir una circunstancia atenuante: con dos judíos como compañeros de trabajo, ambos miembros de una familia cuyo renombre se remontaba varias generaciones atrás, su envidia era concebible. Alfonso se lamentaba ahora de no haber prestado más atención al joven Ibn Yatom; pero, desde el

primer momento, su irresistible fascinación por la mujer lo distrajo. De no haber sido así, lo hubiera escrutado más a fondo y ahora estaría en condiciones de refutar en el acto las insinuaciones de Álvaro en vez de dejar que se enconaran en su alma marchita en espera de un desmentido. «Sin embargo —pensó Alfonso recapitulando las "revelaciones" de Álvaro—, realmente es muy extraño que el padre de Manuel haya sobrevivido todos estos años en el Camino de Santiago.» Si no fuera porque él mismo tenía en su corte a tantos judíos en calidad de funcionarios y eruditos, todos leales y probados, también podría empezar a abrigar sospechas... Después de todo, no era asombroso que tanta gente creyera a pie juntillas en el pacto de los judíos con el diablo, que protege a quienes le sirven.

En efecto, su curiosidad empezó a divagar. A juzgar por la atracción que Beatriz ejercía sobre él, incluso podría sentirse tentado a suscribir semejantes creencias. No era ni bella ni seductora, y ciertamente no hacía ningún esfuerzo por hechizarlo. Y, a pesar de todo, detrás del estricto recato que asumía en su presencia, él sentía crepitar la vitalidad, una vivacidad chispeante, fascinante, provocativa, desafiante. Decían que una hendidura en la barbilla era la firma de Satán. ¿Acaso el Maligno había puesto a esa judía en su camino para tentarlo? ¡Si fuera así, a lo hecho, pecho! ¡Él podía desafiar al diablo, enseñarle de qué temple estaba hecho! A aquella mujer podía amarla con el pensamiento. Podía situarla en un plano distante, acariciarla con los ojos del espíritu, idolatrarla a la manera de los trovadores. Pero sin permitir que la judía lo profanara a él, ni él a ella. Tenía que consultar con don Todros, su poeta judío, acerca de la forma en que debía declararles sus razones y sus sentimientos para estar seguro de que ella pudiera entenderlos...

«¡Qué curioso —la idea le pasó por la cabeza— que ella tuviera el mismo nombre de su querida hija, la que le dio la mujer que fue el primer gran amor de su juventud, María de Guillén. Y ahora Beatriz, a su vez casada con el rey de Portugal, su tocayo Alfonso III, había dado a luz a Diniz, su primer nieto.»

Cuando la comitiva rodeó la ría de Vigo y se acercó al lugar donde se cruzaba el camino que iba al este, hacia España, con el del sur, en dirección a Portugal, Alfonso sintió el anhelo de abrazar a su hija, tan afectuosa y cariñosa, tierno recuerdo de aquel primer amor, y de comprobar con sus propios ojos el bienestar de su hijo. El nacimiento del niño, heredero de la corona del reino vecino, le venía como anillo al dedo para zanjar, de una

vez por todas, la disputa sobre la región del Algarve que desde tiempo atrás había agriado las relaciones entre las dos casas nobiliarias. Cediendo sus derechos sobre ese territorio a su nieto recién nacido, futuro rey de Portugal, podía reforzar los actuales lazos familiares con un acto político de no poca trascendencia. Desde luego, los nobles impugnarían ese designio, pero era él, y no ellos, quien llevaba la corona; él, cuya misión consistía en ver siempre más allá del mañana. Si quería reconstruir su reino despedazado por la guerra y asumir sus obligaciones como emperador del Sacro Imperio, tenía que mantener la paz en la frontera occidental. Tal vez a su regreso a España ya habría noticias del papa Alejandro confirmando su elección. La victoria de sus aliados, los gibelinos de Pisa, sobre los güelfos en Montaperti debía de haber persuadido a su santidad de la fuerza y justicia de su candidatura.

—¡Cabalgad hacia el sur! —ordenó—. Vamos a sorprender a nuestros soberanos deudos con una amistosa visita a sus dominios.

XVII

En apariencia, el trabajo seguía su curso y a toda vela en la casita de campo. Manuel, aislado en su ensimismada actividad intelectual; Álvaro, brusco, seco, mordaz; Beatriz, tranquila y diligente. Pero una silenciosa e invisible corriente de emoción se arremolinaba constantemente entre ellos, atrayéndolos en un torbellino que amenazaba con romper la serenidad de la frágil superficie. Insidiosamente, Álvaro destilaba la desilusión de su orgullo herido a causa del desaire de Beatriz, amargo rencor que agravaba el odio que sentía por su amante. Ávido de venganza, rumiaba sin cesar la hiel de su desengaño.

Observándolo a hurtadillas, de vez en cuando Manuel detectaba en sus ojos un afán de desquite latente que intensificaba más aún su profunda desconfianza con respecto a él. Pero ésta no era su única preocupación. Tras una larga reflexión, y desesperado por salvar a Beatriz de sí misma, decidió adoptar con ella otra actitud. Fingiendo acatar su punto de vista, dejó de hablarle de boda, y se las ingenió para mencionar a Pascualita constantemente como una posible esposa. Dándole a entender que el riesgo de perderlo era palpable, inminente, esperaba estremecerla para sacarla de su obstinado rechazo, disuadiéndola de cualquier proceder que hubiera concebido para protegerse a sí misma. Que ella no se inclinara a confesarle sus planes lo hería profundamente, pero reprimía su resentimiento: nada estaba decidido, por lo menos, hasta ahora...

En cuanto a Beatriz, se hallaba convertida en el renuente centro de las atenciones de tres hombres. Los sentimientos que había suscitado, lejos de envanecerla, la trastornaban. Era como si le hubieran ofrecido un precioso regalo que sólo ella, en su ingratitud, era incapaz de aceptar, amén de que, con su menosprecio, injuriaba a sus portadores. En primer lugar a Manuel, con quien se contenía emocionalmente pues, por ser la mayor, quería apartarlo de un camino que le privaría de la felicidad que se merecía, un camino que sólo podía conducirlos a ambos al infortunio. En segundo lugar, a Álvaro, por quien sólo sentía una vaga compasión, tal vez injustificada, como argüía Manuel, nacida de una cierta afinidad. Y, por último, nada más y nada menos que al mismísimo rey, quien tenía sobre ella el poder de la

vida y de la muerte. ¿Podía alguien en su sano juicio despreciar el interés de un monarca con total impunidad? Aunque Beatriz consideraba que la inclinación mostrada hacia ella por Alfonso no justificaba la excesiva reacción de Manuel, un rey tiene cosas más urgentes que hacer y mujeres más bellas que seducir, tampoco podía descartar la existencia de un riesgo potencial.

En efecto, a partir de la visita del monarca a la casa, Beatriz sufría una pesadilla recurrente en la cual se veía huyendo de una larga horca de tres púas. Cada punta la perseguía alargándose como brazos y tratando de atravesarla. Cada vez que emergía de esta terrorífica visión, la invadía el deseo visceral de escapar de los tres hombres, de huir del mundo de los hombres. Lo que había sido una vaga y casi inconcebible idea que se deslizaba en su mente en los momentos de mayor desesperación, adquiría ahora la forma de un plan más concreto en medio del terror de sus noches solitarias. Se trataba de un paso drástico, cuyas inmediatas consecuencias eran tan graves que, en su febril aislamiento, no podía prever lo que a largo plazo podría acarrear. Confundida, se revolvía en la cama hasta que el primer rayo de sol disipaba sus tinieblas, su callado miedo. Entonces se levantaba para contemplar tiernamente a su hijo dormido, tan cálido y dulce en su inocente infancia, y ya podía sonreír ante lo absurdo de sus aprensiones y desesperados proyectos. Cada vez que su alma empezaba a ir a la deriva, aquella criatura la anclaba firmemente en la realidad. Sin duda, sus angustias y pavores carecían de fundamento: puras invenciones de una imaginación perturbada que la soledad no hacía sino intensificar.

A pesar de su íntima resolución, Manuel no quería dejar a Beatriz ni a Davico solos en Combarro. Por eso una y otra vez postergaba la visita a la casa de sus padres, una visita destinada a demostrar que iba a cortejar a «su» Pascualita. El pretexto para este aplazamiento era que la traducción aún no estaba lo bastante avanzada como para permitirle un respiro: Alfonso estaba impaciente por leerla y no había que hacerlo esperar. Pero la visita a sus padres no podía retrasarse más allá del otoño. Pronto los borrascosos vientos acompañados de cortinas de aguanieve y granizo soplarían desde el mar haciendo peligroso el viaje, por no decir imposible. Mientras él se alejaba, Beatriz lo despedía afectuosamente, sin la más leve señal de pesar en su mirada ni en su gesto. Manuel la miraba admirado, como si estuviera interpretando un magnífico ejercicio de mímica. No

estaba dispuesto a aceptar, ni en sueños, que a ella le diera igual lo que él le había dado a entender: que la beneficiaria de ese viaje era Pascualita.

Jamás una visita a su casa le resultó tan tediosa. A pesar del afectuoso recibimiento de la familia y de sus esfuerzos por pasarlo bien, todos se dieron cuenta de su inquietud. Pascualita lo aburría hasta más no poder, con lo cual aumentó su desazón: el desesperado anhelo de volver junto a Beatriz. Impacientemente, contaba los días, dando tiempo para que su ausencia pareciera suficientemente larga como para justificar el pretexto de aquel viaje, y entonces poder regresar dignamente a Combarro.

Pero Manuel no tuvo en cuenta la furia de los elementos. La noche del *shabbat*, la víspera del día que había decidido marcharse, el invierno irrumpió despiadadamente en Galicia. La galerna rugía desde el océano enloquecido barriendo todo cuanto se cruzaba en su camino, arrancando de raíz los árboles, haciendo volar los tejados, volcando, dispersando, azotando, arrollando, tronando; como si, a una orden de la naturaleza, hubiera emprendido una guerra de devastación contra la tierra. Todas las ventanas estaban herméticamente cerradas, las puertas atrancadas, los aldeanos acurrucados junto a sus chimeneas, encogidos de hombros, rezando para que el cataclismo pasara de largo. Manuel no tuvo más remedio que dominar su impaciencia y esperar con calma.

Aquel mismo sábado por la tarde, en Combarro, Álvaro echaba un tronco al débil fuego que ardía en el hogar. Luego se dejó caer en su incómoda silla tirando al suelo los gastados cojines cuando se arrellanó. Presa del resurgimiento de un pánico ancestral, irracional; asustado ante el poder de los elementos desencadenados; el tumulto que trastornaba su alma era tan grande como el que giraba rabiosamente alrededor de su casa. Sólo podía tratarse de Satán en su afán por deshacer la obra de Dios cuando Él separó la luz de las tinieblas, las aguas superiores de las inferiores, y los mares de la tierra; sí, el implacable Lucifer sumiendo la creación en su estado original de caos, destruyéndola para recrearla conforme a sus malignos deseos. Del mismo modo que las potencias del demonio causaban estragos en el mundo, uno de sus representantes, no sólo una mujer, sino además judía, arrasaba su corazón, tentándolo para que se apartara del sendero del Señor como otra mujer ya había hecho...

Tan grande era la barahúnda allá afuera, tan absorto estaba en sus presagios, que no oyó acercarse el trote desfallecido de un caballo que, luchando contra el viento, a duras penas llegó a las afueras del pueblo. Allí el jinete puso pie a tierra y ató su cansada montura a un poste que, pese a inclinarse peligrosamente, aún se mantenía en pie. Se acercó a la primera casa que vio y llamó a la puerta aporreándola como un poseso. Al cabo de un rato, una voz apenas audible amortiguada por el rugido de la borrasca, preguntó quién era.

—Un mensajero del rey-balbució el jinete.

Don Álvaro quitó los cerrojos y, apoyando su cuerpo contra la puerta para impedir que el viento la abriera del todo, la entreabrió para que el correo pudiera entrar.

—El tiempo no está para andar viajando —dijo secamente, incluso de mala gana.

—Es un encargo del rey.

—Entrad y dadme vuestra capa —refunfuñó Álvaro cogiendo la empapada prenda y extendiéndola en un banco frente a la chimenea.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó mientras el joven, fatigado y tiritando de frío, cogía un odre que pendía de su cinturón. Bebió un trago de vino con tanta precipitación que derramó un chorro que manchó el blasón real bordado en su túnica. Sólo tras limpiarse la boca con el dorso de la mano, y con un suspiro de satisfacción, pudo exponer el motivo de su visita:

—Traigo una misiva para doña Beatriz, viuda de un tal Benito Saboca, que debe ser entregada en sus propias manos.

—Conozco muy bien a la viuda —contestó Álvaro con presteza, repentinamente amable, amistoso, solícito—. Vive al otro lado del pueblo, pero hay que estar loco para aventurarse allá afuera con este mal tiempo. Deberíais quedaros aquí, calentándoos, y tal vez incluso debáis dormir un poco hasta que amaine el temporal; luego os indicaré dónde está su casa.

El joven dio las gracias a Álvaro con una inclinación de cabeza y entrecerrando los ojos, pues se estaba cayendo de sueño.

—Antes que os durmáis, será mejor sacar la carta del rey de vuestra bolsa. Está empapada y la humedad podría dañar.

Agradeciéndole el consejo, el mensajero hizo lo que su anfitrión le sugirió. Cuidadosamente, puso la doblada carta lacrada con el sello real sobre una Biblia que estaba encima de un cofre, al lado de la chimenea.

Entonces se acostó en el suelo, frente al fuego, y, al momento, se quedó dormido.

Poco después Álvaro pasaba por encima del cuerpo tendido, cogía la Biblia y la carta, abría el cofre y hurgaba en el fondo hasta encontrar lo que estaba buscando: un espejo de mano enmarcado en un rectángulo de plata realzado con hojas y flores en cuyos pistilos rutilaban diminutos rubíes: el regalo de boda para su esposa...

Con delicadeza, limpió el polvo del espejo con la manga y volvió a cerrar el cofre, encima de cuya tapa colocó el espejo sirviéndose de la Biblia para apoyarlo contra la pared. Entonces cogió la carta de Alfonso y, situándola frente al espejo, la iluminó por detrás con una vela. Tal y como esperaba, la hoja de vitela era tan fina que era casi translúcida. Como estaba doblada, pudo ver al trasluz que las líneas de abajo no tapaban las que encabezaban la carta. De este modo, mirando de cerca en el espejo, pudo leer las líneas de la mitad inferior de la misiva. Acercándola primero a la vela, y luego al espejo, distinguió fragmentariamente los pasajes donde el trazo de tinta era más grueso. Los cortos renglones, un poco torcidos hacia arriba, indicaban que se trataba de un poema. Rápidamente descifró:

Cuando aún era inmaduro y carecía de sabiduría.

Y luego, unas cuantas líneas más abajo:

... satisfacer mis pasiones

El siguiente fragmento era virtualmente invisible, pero más adelante leyó:

... súbitamente me sentí cautivado,
Fascinado por el ardor...
... el corazón de mi bien amada.

Y en el otro verso:

...una gacela... para mí, la más amada... un anillo
de sello... ciñendo mi corazón, grabándolo indele...
antes prefiero morir de sed que...

Le bastaba con lo que había leído. Previendo un olvido, copió los retazos del poema de amor antes de devolver el espejo al cofre y poner la misiva sobre la Biblia, exactamente donde el correo la había dejado.

Mientras volvía a sentarse junto al fuego, ponderó la prueba que milagrosamente había caído en sus manos. ¿Qué otra manifestación de la voluntad divina podía haber deseado? Indudablemente, había sido elegido por Dios como su martillo para derrotar el poder dual del diablo encarnado en la viuda Beatriz: mujer y, además, judía. ¿Cómo usar el testimonio que ahora poseía? Aún no lo sabía. Pero, a su debido tiempo, el Señor le indicaría la manera de hacerlo. Sólo tenía que esperar. Y esperaría. Mientras tanto, quería saborear por anticipado la dulzura de la venganza que ahora estaba en condiciones de llevar a cabo.

Era increíble cómo se repetía la historia, meditó Álvaro, aunque desde luego no era exactamente igual en todos sus aspectos. Simplemente era la recurrente manifestación de la maldad de los judíos. Decían que, en el pasado, Alfonso VIII ya había sido víctima de ellos. De resultados de las tretas de su amante judía, su alma cayó en una trampa tan poderosa que su voluntad quedó mutilada y fue incapaz de luchar por el reino.

Y, ahora, su descendiente estaba atrapado en la misma red...

El mensajero durmió la mayor parte del día. Al final de la tarde, se despertó sobresaltado y se llevó la mano al cinturón buscando la carta.

—No os preocupéis —lo tranquilizó don Álvaro—. Está a buen recaudo, exactamente donde os la dejasteis, aquí, encima de la Biblia. Ahora, levantaos, supongo que tendréis un hambre canina. No tengo mucho que ofreceros, pero lo poco que hay aquí, podréis compartirlo conmigo.

Ambos engulleron el pan duro y el rancio queso que Álvaro sacó de una repisa que estaba encima del cofre, cubierta con un deshilachado mantel. Al principio comieron en silencio y después intercambiaron triviales comentarios sobre el tiempo. El mensajero, por nombre Diego, era de Trujillo y veía por primera vez el océano que bañaba la costa gallega.

—No ha sido una bienvenida muy cortés —se disculpó Álvaro—. Pero cuando el tiempo amaine, la ría es de una belleza que vale la pena admirar. Apacible y tersa, sus aguas adquieren una tonalidad gris verdosa, salpicada con los azules, amarillos y verdes de las innumerables barcas de pescadores.

Diego asentía taciturnamente, bastante poco impresionado. Cuando anocheció, echó otro sueño mientras Álvaro dormitaba junto al fuego aprovechando las escasas pausas de silencio entre los aullidos del viento, que daba vueltas alrededor de la casa como si quisiera arrancarla de cuajo.

Por la mañana, la tormenta se había disipado. Al despuntar el alba, Diego se levantó y salió para ver si su caballo aún estaba donde lo había dejado. Milagrosamente, el poste se mantenía en pie y el resignado animal, que de puro cansancio se había echado, estaba levantándose a duras penas. Con una alentadora palmada en el morro, Diego lo desensilló y dejó en el barro la empapada silla. Entonces montó a pelo y siguió la dirección que le indicó Álvaro desde el umbral de su casa, abriéndose paso a través de desparramados montones de maderas arrastradas por el mar, andrajos mojados, suelas de zapatos gastadas, restos de un crucifijo y otros escombros que obstruían el camino que atravesaba el pueblo azotado por la tempestad. Cuando llegó a la casa de Beatriz, hizo entrega de la carta del rey sin mucho protocolo y, tan rápidamente como le permitió su exhausto caballo, marchó al sur, hacia un clima más benigno.

Con las manos desmañadas y sudorosas de aprensión, Beatriz trató de abrir torpemente el sello lacrado. Eso le llevó un buen rato hasta que finalmente pudo ver la ya conocida caligrafía cuyos renglones se torcían hacia arriba. Le pesaban los párpados después de una noche de insomnio con Davico en brazos, calmando al niño asustado por el temporal. Lentamente, verso a verso, el sentido del poema de Alfonso iba penetrándola a medida que se despabilaba iluminándole la conciencia; gradualmente, estrofa tras estrofa, su aprensión se convirtió en incredulidad; y su incredulidad, en una irrefrenable sensación de placer; incluso en euforia. ¡Ella, Beatriz, viuda de Benito Saboca, era objeto de aquel homenaje de puño y letra del rey! ¡Ella era la destinataria de aquellas metáforas tan elegantemente cinceladas, de aquella pureza tan exquisitamente expresada cuya sinceridad no podía ponerse en duda! Cuando la índole del poema estuvo clara para ella, lo releyó más atentamente, paladeando cada palabra, cada imagen.

Cuando aún era inmaduro y carecía de sabiduría
Perseguía a todas las candorosas doncellas.
En mis años mozos, amé a muchas damiselas agraciadas
Y suspiré tras tantas otras mancebas cariñosas.
Lo único que yo ansiaba era satisfacer mis pasiones
Con cualquier beldad de muy buen ver.
Iba de flor en flor
Sin distinguir a las de ilustre cuna de las arpías.
Sin embargo, cuando terminó mi juventud,
Semejante al viajero que llega a su destino,
Medité sobre mis perversiones
Y oculté mi rostro con secreta vergüenza.
¡Pero entonces, de pronto, me sentí cautivado,
Fascinado por el ardor de una doncella!
¡A solas con su honor, en el corazón de mi bien amada,
hay una princesa!

De suerte que ahora mi alma está firmemente anclada,
Anclada al alma de una gacela
Más preciosa que las constelaciones.
Una gacela que es, como el sol,
La más sublime y, para mí, la más amada.
Su belleza es famosa en todo el mundo,
Desde el Oriente hasta el mar del Finisterre.
Es la niña de mis ojos,
Mi amor por ella está grabado con un cálamo de hierro,
Como un anillo de sello, estampando y ciñendo mi corazón,
Grabándolo indeleblemente.
Ella engalana mis pensamientos más íntimos,
Cual guirnalda de oro tejida de amatistas.
Pero día tras día, me desdeña
Y no logro conciliar el sueño.
Con todo, nunca se me ocurrirá tocarla.
¿Qué mérito tendría mi vida si la rozara aunque fuera con el pétalo de
una rosa?
Y aunque sé que su boca rezuma

Néctar y deliciosa miel,
Antes prefiero morir de sed que tocarla.
Me basta con oír su amable plática
Y contemplar su grácil silueta.
Menos aún, me basta con imaginarla,
Invocando la imagen que llevo en mi corazón.
Si la importuno o la abrazo, podría perderlo todo.

Los muertos resucitan cuando la ven,
Y, al oír sus palabras, los que se han desmayado, se levantan.
Aún no deseo satisfacer mi pasión
Ni encontrar en su cuerpo un mero placer.
Sólo ansío la alegría de nuestras almas unidas.
Y aunque la perdiera de vista,
Su imagen quedaría en mi corazón para siempre.
Por muy lejos que esté, siempre estará cerca,
Siempre la tendré ante mis ojos abiertos,
Llevándola en el alma, toda pureza y bondad, y grande es su pasión.
¿Me esperará ella, ella que está en los cielos,
Verdad, Luna y Sol, irradiando oro y luz?

A.

Pausadamente, Beatriz se regodeó en los versos que encontró más bellos y más tranquilizadores. Sólo la última pregunta, «¿Me esperará ella?», le dio que pensar. ¿Por qué y para qué, si antes había confesado que con su imagen le bastaba, y que si la tocaba, lo perdería todo? Pero optó por ahuyentar la duda. Las palabras del poema resonaban con una pureza tan inmaculada que no podían ocultar ninguna baja pasión.

«Sólo ansío la alegría de nuestras almas unidas.»

¿Acaso podía ser más explícito?

Una y otra vez recalaba mentalmente la metáfora que sólo ella podía haber inspirado, sintiendo que su éxtasis crecía con cada repetición: «Mi

amor por ella está grabado con un cálamo de hierro, / Como un anillo de sello, estampando y ciñendo mi corazón, / Grabándolo indeleblemente».

Por último, jubilosamente, puso el poema en el alféizar de la ventana bañada de luz, y se olvidó de su cansancio. Tras acariciar suavemente el rostro de Davico, lo dejó durmiendo para salir a barrer los escombros que el temporal había arrojado alrededor de la casa. Le pareció que la escoba pesaba menos que una pluma.

Al siguiente día, cuando Manuel regresó, se asombró al encontrarla tan inusualmente radiante e ilusionada, como si no le hubiera echado de menos ni siquiera durante la terrorífica tormenta. Más bien al contrario, Beatriz parecía haberse deleitado con su soledad. A menos que hubiera otra causa... Sin tenerlas todas consigo, le preguntó:

—¡Ajá, querida parienta! ¿Y se puede saber qué es lo que te ha puesto tan alegre?

—Algo absolutamente extraordinario —respondió ella, con los ojos resplandecientes—. Vino un mensajero especial del rey y me trajo el poema más encantador que jamás un hombre le haya dedicado a una mujer.

—¿Y ese es el motivo de tanta dicha?

—Cuando lo leas, sabrás por qué. No tiene nada que ver con lo que imaginas. Sólo se trata de un entusiasta homenaje a una simple copista, cuyo decoro merece el respeto del rey. Aquí está, léelo —dijo entregándole el pliego de vitela, ya bastante manoseado.

Rápidamente Manuel le echó un vistazo al poema, y entonces le espetó:

—Y tú te has dejado engañar por esto, ¿verdad?

—¿Engañar por qué? Bastante clara está la pureza de las intenciones del rey en cada verso.

—Excepto en el penúltimo. Querida Beatriz, ¿es que nunca podré dejarte sola en este mundo? No soy yo quien peca de ingenuo, sino tú. ¿No te das cuentas de las mentiras que se esconden detrás de la galantería de estas frases? Esto no es más que una estratagema para engatusarte con el fin de que confíes en él; un simple señuelo para atraerte a su guarida y entonces... Me horroriza pensar en las consecuencias que todo esto pudiera tener para ti, una judía, en cuanto se canse de tu compañía.

—Pero seguramente...

—No hay peros que valgan, mi entrañable e inocente amor. Tú podrás invocar una cierta sabiduría adquirida por haber vivido más tiempo, y más

trágicamente, que yo; pero en cuanto a los medios de que se valen los hombres para seducir a las mujeres, deberías confiar en mí por ser el más perspicaz. Tan pronto terminemos el *Régimen*, debemos irnos de aquí.

—¿Y Pascualita?

—¡Y dale con la condenada Pascualita! ¡Olvídate para siempre de su existencia! —estalló Manuel en un arranque de cólera, agarrando de la repisa de la chimenea un jarro de vino casi vacío que depositó tan violentamente en la mesa que la hizo crujir.

La contundencia de su reacción sumió a Beatriz en la confusión, haciendo que menguara su confianza en su propia opinión. ¿Tenía razón Manuel o estaba celoso? ¿Tenía ella razón o estaba ciega? Y pese a todo, persistía en su razonamiento. Le seguía pareciendo desproporcionado abandonar su patria, renunciando al oficio con que se ganaba la vida y, por lo tanto, a su independencia, únicamente por una vaga suposición a propósito de un solo verso en todo un poema lleno de puras intenciones. Ella, ellos, debían contemporizar, dando tiempo a que los hechos probaran que los temores de Manuel eran totalmente infundados.

—Ven aquí, querido Manuel —dijo dulcemente, cogiéndolo por una mano y obligándolo a sentarse a la mesa. Beatriz se sentó al otro lado, frente a él, y cuando compartieron a medias lo que quedaba en el jarro, extendió sus manos hasta ponerlas encima de las suyas.

—No nos precipitemos. Aunque su autoridad es absoluta, el rey no es completamente libre. El reino está plagado de problemas y tensiones de toda clase. El descontento cunde entre los nobles, los moros no asoman la cabeza pero conspiran para vengarse, y la corona del Sacro Imperio Romano aún no ciñe la cabeza de nuestro soberano. Cualquiera de los mil graves asuntos que lo agobian, bastará para desterrar inmediatamente mi imagen de su recuerdo.

—Tomando en cuenta la madurez y la experiencia que dices tener, eres singularmente propensa a hacerte ilusiones.

—Por ser mujer, veo la situación de otra forma. Además, como te dije después de la visita de Alfonso, en el caso poco probable de que los acontecimientos presentaran el cariz que tanto temes, creo disponer de los medios para enfrentarme a tal situación.

—¿Cuáles son exactamente esos «medios» que te empeñas en silenciar envolviéndolos en un velo de misterio? —preguntó Manuel poniéndose en pie, perturbado por las palabras de Beatriz que no consiguieron calmarlo.

—A cada día le basta su afán.

—Como quieras. No puedo forzarte a actuar contra tu voluntad. Yo sólo puedo prevenirte contra el peligro.

Indecisa, Beatriz dijo:

—Valoro tu preocupación más de lo que imaginas y, en vista de ello, quiero pedirte algo en caso de que tu opinión prevaleciera contra lo que me dicta mi juicio. Si por casualidad me viera imposibilitada de tener a Davico conmigo, por favor, déjalo al cuidado de Ana y no dejes de velar por él.

Tenso de cólera, no tanto porque se negara a confiar en él como por su incapacidad para romper el indisoluble lazo que le unía a ella, Manuel asintió con la cabeza y, sin decir ni una sola palabra, dio media vuelta y se marchó.

XVIII

Aquel invierno fue uno de los más tempestuosos de que hubiera memoria. La galerna bramaba incesantemente, azotando y encabritando las olas cuyas encrespadas cimas, coronadas de espuma, chocaban con los demenciales remolinos de lluvia creados por el viento. Los habitantes de Combarro se atrancaron en sus casas llenas de humo a causa de las corrientes de aire que entraban por las chimeneas, y sólo salían cuando era estrictamente necesario. Don Álvaro se vio obligado a renunciar a sus paseos hasta la cala de las conchas, y era Manuel quien le llevaba a Beatriz las exiguas provisiones, que llegaban con cuentagotas al pueblo, durante los períodos de relativa calma. Los encuentros semanales de los traductores se interrumpieron, reanudándose esporádicamente cuando la fuerza de los vientos amainaba lo suficiente para que Álvaro atravesara la aldea a pie.

Una ausencia que para Manuel y Beatriz se traducía en tranquilidad. Desde su regreso a Combarro, Manuel estaba persuadido de que su colega se mostraba más animado de lo habitual, como si la maldad que tan a menudo había detectado en sus ojos hubiera desencadenado en Álvaro una perversa excitación por vivir. Aunque lo vigilaba más que antes, no pudo descubrir el menor indicio que le revelara la causa de ese sutil cambio en Álvaro, lo cual no era óbice para que siguiera pensando que tramaba algo.

Manuel no le comunicó a Beatriz sus sospechas, ni ella le dijo nada de las miradas, ora burlonas, ora insinuantes, incluso amenazadoras en ocasiones, que Álvaro le dirigía cuando su pariente estaba absorto en el trabajo. Desde que disputaron acerca de las intenciones de Alfonso para con ella, Manuel seguía bastante nervioso y, aunque su enojo había disminuido, le quedaba un rescaldo de resentimiento, pues Beatriz le había ocultado algo con respecto al rey, algo que ella esperaba no verse jamás obligada a revelar. Ahora era Manuel quien moderaba sus muestras de amor mientras que ella, sintiéndose vulnerable e insegura, y a pesar de sus manifestaciones de firmeza, anhelaba cada vez más su cariño y apoyo. Pero esto tampoco lo dejaba traslucir: después de persistir en conservar su independencia, debía ser consecuente.

Acurrucados a la lumbre del hogar de Manuel, o en el de ella, con las manos entumecidas de tanto escribir y lívidas por el frío, acercándolas al fuego, ninguno de los dos se daba cuenta de que los días transcurrían imperceptiblemente, hasta que de repente, a fines de febrero, el mundo pareció iluminarse. Los vientos amainaron, el mar se apaciguó, y después de meses de humedad y oscuridad, el cielo se despejó y un macilento sol bañó consus pálidos rayos las lóbregas casas de Combarro. Poco a poco, los aldeanos fueron saliendo, deslumbrados por el inusual brillo del cielo, sonrientes, saludando a sus amigos y preguntando por los vecinos a quienes no veían desde hacía muchas semanas.

A partir de entonces, varias veces al día, don Álvaro se situaba en medio del camino que llevaba al pueblo, mirando fijamente y expectante a lo lejos, como si aguardara la llegada de alguien muy querido. A los respetuosos saludos de los labriegos y buhoneros, mercaderes y monjes que pasaban por su lado, respondía con un imperturbable gesto, sin dejar de mirar más allá, escrutando el sendero por donde vendría la avanzadilla real que él esperaba. El rey había anunciado que regresaría y, en vista de su encaprichamiento con Beatriz, parecía obvio que lo haría en cuanto mejorase el tiempo.

Pero cuando un desaseado mensajero procedente de Compostela, sin blasones nobiliarios sobre su pecho, llegó galopando con la noticia de un grave brote de epidemia en los alrededores y un aviso de don Isaac para que nadie saliera de Combarro hasta que cesara el flagelo, Álvaro tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su satisfacción. Como de costumbre, el médico saldría ileso de la epidemia, proporcionándole una prueba adicional para confirmar ante el rey su presunción de que el judío poseía un remedio secreto contra la pestilencia. Una vez más, la Divina Providencia intervenía a su favor. Poco importaba que aquel brote supusiera una dilación de la visita real a Combarro: él había esperado tanto para vengarse de Beatriz y de su amante, que podía esperar un poco más.

Un asunto de otra índole había retenido al rey en Sevilla: la muerte del papa Alejandro IV antes de que hubiera confirmada su elección como Sacro Emperador Romano. Se rumoreaba que Jacques Pantaleón, obispo de Verdún y patriarca de Jerusalén, a quien habían elegido precipitadamente como el papa Urbano IV, trataba de reconstruir sin demora la recientemente derrotada liga de los enemigos de Alfonso, los frustrados güelfos. Anonadado, el rey de Castilla y León despachó emisario tras emisario hacia

Roma no sólo para averiguar qué había de cierto en estos alarmantes rumores, sino también tratando de tantee la actitud del papa francés ante la confirmación de su elección para la Corona Imperial. Pero el papa no tenía prisa en recibir a los enviados españoles, y finalmente la paciencia de Alfonso se agotó. Intranquilo, decidió emprender inmediatamente otro peregrinaje a Villalcázar de Sirga para implorar el favor del Altísimo y el del nuevo papa.

Así las cosas, cuando el cortejo real emprendió el Camino, hacía tiempo que la epidemia había remitido. Una vez cumplidas sus piadosas devociones en el santuario de su predilección, Alfonso pudo continuar el viaje con más tranquilidad hasta Pontevedra, desde donde haría su tan ansiada visita a Combarro. Durante el trayecto, en todas las iglesias encontró peregrinos que atribuían su supervivencia a un milagro de la Virgen o del apóstol Santiago, y se arrodillaban para rezar junto a los aldeanos. Los lugareños más afligidos oraban por el eterno descanso de sus seres queridos que el Señor consideró dignos de acoger en su seno. Otros, sorprendidos, incluso un poco avergonzados de haber sobrevivido, cuchicheaban furtivamente mientras daban gracias a Dios por haberle otorgado a don Isaac ibn Yatom no sólo la sabiduría para insistir en el aislamiento de los enfermos, sino también la bondad de haber difundido el oportuno aviso para que aquéllos que aún no habían sido contaminados pudieran huir.

El bendito nombre de don Isaac se repitió tantas veces a lo largo de la ruta jacobea que Alfonso sintió curiosidad. En el hospicio de peregrinos de Sahagún, sus mensajeros preguntaron por su paradero, pero lo último que allí sabían del médico era que se dirigía a León. Sin embargo, cuando el séquito real llegó a esa ciudad, se enteraron de que don Isaac había vuelto grupas, pues lo habían llamado urgentemente de Castrojeriz. De modo que al regresar al este, debió de cruzarse con el cortejo que viajaba al oeste. Alfonso no insistió más. Estaba impaciente por llegar a Galicia. Ya tendría ocasión de encontrarse con el médico. Mientras tanto, la noticia del viaje del rey a lo largo del Camino rumbo a Combarro sumió a Manuel y a Beatriz en una frenética actividad. Incesantemente trabajaban, entre otras razones, porque su quehacer era el pretexto ideal para evitar la amarga discusión que estaba a punto de estallar con la inminente visita de Alfonso.

Por su parte, don Álvaro suspendió su sesión semanal con ellos para acudir a Pontevedra, donde recibiría a su real patrón. Cuando se presentó a

sí mismo en la residencia del señor de Rianxo, a don Payo le costó un poco reconocer al erudito que había acompañado al rey a la isla de Tambo durante su última visita a su hacienda. Molesto por la aparición de aquel intruso que no había sido invitado, don Payo se frotó la rota nariz, una herida de guerra que aplastaba su afilada y hermética cara de hacha. Con severidad militar escudriñó al exclaustrado monje, pero al ver que su examen no le aclaraba qué podría tener que ver aquel hombre con el rey, decidió alojarlo bajo su techo hasta la llegada de la comitiva real.

Atareado como estaba ultimando los preparativos de una partida de caza para solaz del rey, durante el día el veterano apenas veía a su docto huésped. En una ocasión tan especial, ni hablar de dejar que sus cetreros asearan a sus halcones peregrinos sin su supervisión personal. Afortunadamente, el tiempo era perfecto para la tarea, ni muy frío ni muy cálido, lo ideal para las nobles aves. Cuando su halconero extendió las alas de cada halcón en toda su envergadura, él mismo espolvoreó entre sus patas un polvo de finos granos de pimienta; personalmente probó la temperatura de la toalla que había dejado encima de los pájaros durante un cuarto de hora; y con su vista de lince, tan sagaz como la de sus halcones, observó cómo les lavaban los ojos y los orificios nasales con agua fría. Cuando los despojaron de sus toallas, los piojos emergieron removidos por una varilla cuya punta él mismo examinó para cerciorarse de que era lo bastante fina para desalojar a los insectos, pero no tan afilada que pudiera herir a sus aves rapaces. Una vez concluida la operación, se puso los gruesos guantes de corzo y, mientras el halconero encadenaba y encapirotaba a las otras aves, colocó sobre el guante a su halcón favorito, uno que él mismo había cazado y adiestrado. Con una pluma acarició el plumaje pardo azulado de su lomo, que ahora rielaba igual que la cola de un pavo real a la luz de un sol de primavera.

—Yo te ofreceré a su majestad, el rey —dijo como si impartiera una orden, acariciando con la pluma la tersa pechuga del pájaro—. ¡Mucho cuidado, no me hagas quedar mal!

Tras devolver el pájaro a su halconero, don Payo se dirigió a los establos para ver cómo almohazaban los caballos, y de allí fue a las cocinas. Cató el menú y escogió personalmente los vinos que se sacarían de la bodega. Ni un solo detalle de la majestuosa bienvenida escapó a su vigilancia militar.

Pero al anochecer, incapaz de evitar a Álvaro, don Payo tuvo que reprimir enormes bostezos cuando el intruso le importunó explicándole el talento intelectual de cierto fraile dominico (¿se refería a Tomás de Aquino?), cuyos recientes escritos, al parecer, habían llegado desde Italia al monasterio de Tambo.

—¡Cuán diáfananamente distingue los argumentos derivados de la razón de los argumentos derivados de la revelación! En efecto, incluso encuentro en él ecos de nuestro sirviente Moisés...

¿Un sirviente llamado Moisés en su finca? Imposible... Él conocía allí a todo el mundo por sus nombres y apellidos...

—... cuando establece la relación entre fe y razón. Ambos parecen estar de acuerdo en que la Creación no puede desentrañarse por medio de argumentaciones filosóficas, sino sólo a partir de la manifestación divina. Sin embargo, en el tema de la conversión por convicción antes que por fuerza, ya no estoy tan seguro de coincidir con ese italiano. ¿Quién puede garantizar que los infieles sean capaces de percibir dónde yace la verdadera salvación? Sólo forzándolos podemos salvarlos de su ignorancia...

Don Payo emitió un ronquido tan estentóreo que se sobresaltó saliendo de la somnolencia provocada por el cansancio, el aburrimiento y la monótona voz del religioso exclaustrado. Brevemente pidió disculpas y se retiró.

Como allí no había con quien pudiera discutir la profunda e inquietante cuestión de la conversión ni ninguna otra cosa trascendental, Álvaro sintió que los días devenían demasiado largos en la finca del señor de Rianxo. Había salido tan precipitadamente de Combarro que sólo llevó consigo su Biblia, y en toda la mansión de don Payo no había ni siquiera un solo libro. Intranquilo, desvelado, mató el tiempo repasando mentalmente la erudita conversación sobre la obra de Tomás de Aquino que sostendría con su sabio soberano cuando, por las noches, se sentaran a beber vino junto a la inmensa chimenea de granito de don Payo.

Pero la realidad no respondió a sus esperanzas. Al llegar, Alfonso no ocultó su irritación ante el descaro del ex monje por haberse introducido, sin ser invitado, en la hospitalaria morada de su viejo amigo. Durante el opíparo banquete de bienvenida que don Payo ofreció en su honor, ignoró la presencia de Álvaro. Al siguiente día no se encontraron, pues Alfonso se fue a cazar al alba, y durante toda la velada Álvaro tuvo que esperar, en el colmo de la impaciencia, porque el rey y su anfitrión se enfrascaron en una

tediosa discusión acerca del despliegue de destreza de sus respectivos halcones durante la cacería, especulando a propósito de cuántas más garzas hubieran podido atacar matándolas en el abrazo mortal de sus uñas si... Álvaro dejó de prestarles atención.

Tampoco Alfonso mostró ningún interés por hacerse más accesible cuando a la mañana siguiente se puso en camino hacia Combarro. Renunciando a la seda, el terciopelo y los brocados, se vistió con la sobriedad de un erudito, cosa que hacía en ocasiones como aquélla en su afán por aparecer como uno más entre sus interlocutores para que no se sintieran incómodos. Sólo el gran anillo heráldico en su dedo índice y la bolsa de borlas doradas blasonada con las armas de Castilla y León que pendía de su deslumbrante cinturón incrustado con piedras preciosas, revelaban su majestuosidad. Al igual que en su última visita a la casita de campo, el rey dejó la mayor parte de su séquito en la finca de don Payo. Sólo se hizo acompañar por su veedor de vianda, quien transportaba tal cantidad de víveres que a Álvaro le pareció excesiva para una expedición tan corta, y por el grueso de su leal escolta. Alfonso cabalgó velozmente detrás de ellos, mirando de hito en hito hacia adelante, con una expresión pétrea indicando a las claras que no deseaba que lo incordiaran. «Pensando en su bien amada Beatriz», sonrió Álvaro para sus adentros, en lo más hondo de su alma emponzoñada. Pero a mitad de camino, a media mañana, cuando Alfonso disminuyó la marcha de su caballo para vadear un riachuelo con meandros, ni corto ni perezoso, Álvaro aprovechó la oportunidad para acercarse al monarca.

—¡Cuánta suerte tuvo su majestad al no emprender este viaje hace unos meses, cuando la peste se desencadenó a lo largo del Camino! Dicen que hubo miles de muertos.

—Los rumores populares siempre son exagerados —replicó bruscamente Alfonso sin apenas mirarlo.

—¿Es verdad que don Isaac salió ileso? —insistió Álvaro.

—Afortunadamente, sí, porque, de no haber sido por él, me horroriza pensar cuántas más víctimas hubiera habido.

Con la destreza de un jinete experimentado, Alfonso guió su montura a través de las estribaciones de guijarros y por los traicioneros terrenos pantanosos que el riachuelo iba dejando en su lento discurrir hacia el mar; pero en cuanto hubo tierra seca y firme bajo los cascos de su caballo, empezó a correr a rienda suelta, dejando a Álvaro con las ganas de llevar la

conversación al punto que le interesaba. Pero eso no le sorprendió. Ahora que había leído los retazos del poema, sabía por qué Alfonso se mostraba renuente a escuchar las sospechas que él abrigaba acerca de las intenciones de los judíos. No importaba. Las preguntas que él le formularía a Manuel en presencia de su majestad bastarían para cambiar su manera de pensar...

La conmoción que produjo en Combarro la aparición de la real comitiva recorrió la aldea de punta a cabo. Sacado de su abstracción, Manuel le lanzó una penetrante mirada a Beatriz, que ella evitó cuidadosamente. Fingiendo indiferencia, él procedió a reorganizar rápidamente los pliegos de papel y las hojas de pergamino que cubrían la mesa ordenándolos en cuatro pilas para la inspección del rey: la primera contenía las páginas terminadas, copiadas y revisadas; la segunda, todo lo acabado y copiado, pero aún sin corregir. Detrás de esos dos rimeros, colocó el material que había traducido, pero que Beatriz aún no había transcrito y, al lado, el borrador en el que estaban trabajando. Casi a su pesar, Beatriz trató desesperadamente de arreglarse el pelo que se le escapaba por debajo de la sencilla cofia, alisó su falda, se ajustó el cinturón, pero para no provocar a Manuel con semejante coquetería en honor del rey, acabó dominándose. En realidad, tampoco tenía tiempo. Alfonso venía pisándoles los talones a sus guardias y estaba a punto de entrar en la casa, seguido de Álvaro.

Impaciente, el rey hizo un ademán para que Manuel y Beatriz abreviaran sus reverencias. Sólo después de una rápida mirada a Beatriz, se dirigió al traductor:

—Os traigo noticias de don Isaac, vuestro padre. Os gustará saber que su nombre es venerado a todo lo largo y ancho del Camino por su devota asistencia, no sólo en tiempos normales, sino también, especialmente, durante el reciente brote de peste.

—Os doy las gracias humildemente, majestad. ¿Es cierto que está bien?

—Muy bien. Para suerte de los muchos que necesitan de él, ha salido ileso de la epidemia. Y ahora decidme, maestro Manuel, ¿habéis avanzado mucho en nuestro *Régimen*?

—Más rápidamente de lo previsto durante vuestra última visita.

—¿En qué parte os encontráis?

Con la ayuda de su meticulosa clasificación de hojas, Manuel le mostró la última página revisada.

—¡Ah! ¡Qué inimitable letra! —murmuró Alfonso levantando brevemente los ojos de la copia para mirar a Beatriz, quien se mantenía a una respetuosa distancia, cerca de la ventana por la que entraba un chorro de luz difundiéndose alrededor de su cabeza como una etérea aureola. Volviendo rápidamente al texto, Alfonso empezó a leer en voz alta, desviando una y otra vez la mirada del pergamino a Beatriz, de Beatriz al pergamino, de acá para allá, de allá para acá, irresistiblemente atraído por la viveza que percibía en sus ojos, en su expresión; seducido por aquella endiablada hendidura en su barbilla que tanto lo tentaba...

—«Cuando un hombre que está enfermo —leyó— recibe alguna noticia que le causa una gran alegría, su rostro se ilumina, sus movimientos se aligeran, su pulso se vuelve vigoroso, su cuerpo entra en calor y se hace patente el júbilo en su cara y en sus párpados.» ¡Claro! Ahora, mostradme exactamente en qué parte de la traducción estáis —le ordenó Alfonso a Manuel, con un tono de urgencia en su voz.

—En este momento estoy trabajando en el pasaje concerniente a la ingestión de vino. Se trata de la décima parte de un total de diecisiete contenidas en el último capítulo, dedicado a una serie de indicaciones generales.

—¿Y qué dice nuestro sirviente Moisés a propósito del vino?

—Cito: «Las virtudes del vino son realmente muchas si se consume adecuadamente, en cuyo caso se convierte en un importante factor para la preservación de salud y la curación de muchas enfermedades. Sin embargo, la gente ignora la noción de su adecuado consumo. Es decir, sólo se proponen emborracharse, y la embriaguez es extremadamente nociva». Hasta aquí he llegado, señor.

—Es increíble que ese gran físico le diera semejante consejo a un príncipe muslim, a quien el vino le estaba vedado.

—En una obra posterior, Maimónides se refirió a eso. En su calidad de físico, según escribió, estaba obligado a divulgar en detalles un beneficioso régimen tanto si estaba prohibido como si no. Luego le correspondería al paciente obrar o no de acuerdo con ese conjunto de normas. Si el físico no hace mención de todo lo que es provechoso para la salud, estaría faltando a la verdad. La religión, seguía diciendo, establece lo que es conveniente y prohíbe lo que resulta perjudicial en el más allá, mientras que, en el más acá, le incumbe al físico prescribir lo que es beneficioso para el cuerpo y

advertir contra lo que es perjudicial. Al paciente le toca decidir si sigue o no sus recomendaciones.

—No sólo la sutileza de vuestro Maimónides como diplomático, sino también su prudencia como filósofo, estaban a la altura de su erudición como médico cualificado —señaló Alfonso con manifiesta admiración. Y entonces, volviéndose a Beatriz, preguntó:

—¿Cuántas páginas habéis copiado ya?

—No voy muy a la zaga de Manuel.

Alfonso se acercó a la mesa y se inclinó sobre el puesto de Beatriz. Entonces extendió el índice de su mano derecha, fingiendo usarlo a guisa de puntero para leer el texto recién copiado mientras acariciaba su anillo de sello con el pulgar en una elocuente alusión a la imagen del poema que le había enviado. Ninguno de los presentes pasó por alto el significado de aquel gesto: Beatriz se emocionó con una sensación entre dulce y agria de placer, desconcierto y aprensión que disimuló cuidadosamente; Manuel se estremeció con sentimientos encontrados de rabia, celos, miedo y frustración ante su impotencia para reaccionar mientras Álvaro, siempre al acecho, aprovechó inmediatamente la momentánea confusión de su colega para hablar:

—Ahora que estamos a punto de concluir nuestra tarea —intervino sin alterarse—, quisiera llamar la atención de mi joven colega sobre cierta laguna que he detectado en su traducción al romance. Tras una minuciosa lectura llevada a cabo por el excelente arabista fray Lucas, cotejando su versión con el manuscrito original árabe, se hizo evidente que un pasaje de vital importancia, concerniente a la administración del Gran Antídoto, ha sido omitido.

Irritado al ser perturbado en su tanteo de seducción, furioso porque aquel abyecto clérigo que había colgado los hábitos le arrebatara la iniciativa, Alfonso no tuvo más remedio que erguirse, dar media vuelta, y encararse con su traductor judío.

Manuel no se amilanó ante la implacable mirada del monarca. Del mazo de páginas que aún no habían sido copiadas, cogió una y se la entregó al rey.

—Aquí está el «desaparecido» pasaje, señor. Se trata de una advertencia para que los sanos tomen el antídoto cada diez días, como una medida preventiva. Lo guardé aparte, por un tiempo, con el fin de incluirlo

más tarde, para uso de su majestad, en una lista completa de los ingredientes que componen el Gran Antídoto.

—¿Aquéllos que vuestro antepasado ayudó a identificar?

—Esos mismos, señor.

Alfonso miró desdeñosamente a don Álvaro mientras Manuel proseguía:

—La demora en incluir este pasaje se debió a que yo tenía que pedirle a mi padre los cuarenta y dos nombres de esas sustancias medicinales. Estando yo aquí, y mi padre constantemente reclamado a lo largo del Camino, lógicamente nos llevó algún tiempo concluir la tarea.

—Pero seguramente —le interrumpió Álvaro en un patético esfuerzo por salvar su honor— existen otras fuentes de información aparte de la memoria de vuestro padre, a menos que, claro está, la fórmula con los componentes del Antídoto haya sido guardada en secreto en la familia Ibn Yatom.

—Los componentes no son secretos —repuso Manuel—, son harto conocidos desde tiempos de Da'ud, mi antepasado, quien los redescubrió; pero son tantos y tan difíciles de identificar y, además, algunos son tan caros, que no son fáciles de conseguir. Por todas estas razones, rara vez se receta este antídoto y, en consecuencia, su composición pormenorizada tiende a caer en el olvido.

Alfonso escuchaba atentamente la explicación de Manuel, ignorando adrede a Álvaro para que aumentara su inquietud.

—El Gran Antídoto —observó el rey pensativo— debe de poseer propiedades muy beneficiosas si Maimónides lo recetó para que se le administrara de forma regular al primogénito del sultán Saladino.

—Eso parece, señor. En la familia siempre hemos considerado que, por ser el antídoto más eficaz contra el veneno que conoce la humanidad, también podría actuar profilácticamente contra la peste. Pero de esto último ninguno de nuestros físicos ha tenido una prueba concluyente, porque el Gran Antídoto jamás ha estado disponible en cantidades suficientes para ser administrado simultáneamente a un gran número de personas expuestas a la infección en un lugar y en un momento dado. No obstante, nuestra experiencia personal a lo largo de los años parece confirmar la veracidad de esta hipótesis.

—La supervivencia de vuestro padre constituye un elocuente testimonio de la verosimilitud de vuestra suposición.

—Gracias a Dios —murmuró Manuel—, y ésta es precisamente la razón por la cual he juzgado conveniente incluir la composición del Antídoto en la copia del *Régimen* destinada a su majestad para vuestra protección y la de vuestra familia.

—¿Y en la versión latina?

—Eso debe decidirlo su majestad.

—Don Álvaro, vuestra presencia aquí ya no es necesaria —le espetó Alfonso sin dignarse mirar al monje exclaustrado.

A espaldas de su soberano, Álvaro se inclinó brevemente y se escabulló. La afrenta que acababa de sufrir no hacía sino estimular su afán de vengarse de sus colegas judíos. Podían haber destruido una de sus armas, pero aún tenía otra. Hábilmente esgrimida, todavía podía herir.

Con regio desdén, Alfonso ni siquiera aludió a las intrigas de Álvaro:

—Vuestra iniciativa, don Manuel, es digna de alabanza. ¿Cuándo podré contar con la traducción terminada?

—Con suerte, alrededor de Pascua, señor.

—Yo estaré en Sevilla para la procesión de Semana Santa. Pero no es una buena época para que los judíos se muestren en público —dejó caer como por casualidad—. Por tanto, lo mejor será que os espere inmediatamente después de las solemnidades de la Iglesia. Y ahora, vamos a cenar en la mesa de nuestra experta copista.

A una señal suya, el centinela apostado en la puerta llamó al dispensero mayor, quien entró en la casa con sendas canastas en los brazos. Beatriz recogió rápidamente la mesa retirando tinteros, plumas, papeles y pergaminos, y el maestresala, con diestro ademán, extendió un flamante mantel de lino blanco. Inmediatamente destapó las cestas, sacó los platos y mientras los desenvolvía, quitando las servilletas que los protegían, apetitosas fragancias llenaron la estancia: el aroma del azafrán que despedía la amarillenta empanada de marsopa, el olor a cebolla y a perejil que emanaba de los dorados buñuelos de tiburón, la vaharada de vinagre que exhalaban las alondras, y la picante pimienta del enorme pastel de pato salvaje, generosamente aderezado con dorados piñones. Una vez escanciado un vino tinto afrutado y de mucho cuerpo, Alfonso levantó su copa en un brindis:

—¡Por nuestro fidedigno traductor, por nuestra encantadora copista, por la feliz conclusión del *Régimen*!

—¡A la buena salud de su majestad! —correspondió Manuel alzando una copa mientras Beatriz, recatadamente, tomaba a sorbos su vino.

Sentado frente a la ventana, de cara al mar, Alfonso contempló la sosegada superficie que el sol hería en un reluciente cabrilleo. Gentilmente, le indicó a Manuel que se sentara a su izquierda, y a Beatriz que lo hiciera a su derecha. Volviéndose a ella, adoptó el íntimo tono confidencial que había caracterizado sus primeros encuentros en Sevilla.

—Nada me alivia tanto de las preocupaciones oficiales del reino y del Imperio como el espectáculo del mar, da igual si está sereno como hoy que si está encrespado y furioso como tantas veces lo he visto en mi juventud. Lejos del cabildeo de mis cortesanos y de las patrañas de la corte papal, aquí, sentado con vos y vuestro pariente, discutiendo asuntos de interés para toda la humanidad, me siento mucho más calmado, me siento rejuvenecer. Me gustaría recogerme en Galicia con mis poetas, mis artífices, mis iluminadores y músicos para acabar las *Cantigas* con toda tranquilidad; pero, ¡ay!, los asuntos de la Corona no me permiten darme ese lujo. Mis momentos de mayor placer tienen lugar al atardecer, cuando me dedico a la composición poética, y cuando tenga a mi copista a mi lado —continuó, levantando la copa en un brindis destinado exclusivamente a Beatriz—, ¡qué redoblado placer sentiré! Ahora, ambos deberíamos probar un poco de estas alondras. Nuestros halcones las abatieron ayer durante una cacería que hicimos en el coto de caza de don Payo.

Tan sencilla, tan íntima era la franqueza de aquel rey poeta, tan patentes sus muestras de confianza no sólo hacia Beatriz, sino también hacia él, que Manuel consideró llegado el momento de interceder a favor de Beatriz, y de sí mismo:

—Ahora que hemos redescubierto en Beatriz a una descendiente de la rama de nuestra familia que desde hacía muchos años dábamos por extinguida, no nos gustaría separarnos de ella y de su hijo David.

—En Sevilla no estarán tan lejos. Porque cuando terminéis el *Régimen*, podréis mudaros a Córdoba y estableceros en las tierras de vuestra familia cuya devolución hemos ordenado.

—No me será fácil combinar mi trabajo como traductor con las tareas agrícolas, de las que no sé nada.

—Sólo se os ha pedido que pobléis esas tierras, lo que no implica que necesariamente tengáis que cultivarlas con vuestras propias manos. Para eso

podéis contratar labriegos. Nuestro deseo es que tanto vos como vuestra familia consigáis devolverles a esas tierras su fertilidad de antaño.

—Los deseos de su majestad para mí son órdenes —respondió Manuel sin poner reparos, sintiéndose tan prisionero como Beatriz en las manos de su soberano.

Alfonso ordenó que sirvieran los postres y, con consumada delicadeza, él mismo colocó ante su copista unas rodajas de azucarada piel de limón mezcladas con almibarada carne de membrillo. Entonces alzó de nuevo su copa y, sin dejar de mirar a Beatriz, le dedicó un largo y silencioso brindis hasta que apuró la última gota. Poco después, abruptamente se levantó y se fue.

Beatriz y Manuel se quedaron mirándose totalmente desconcertados. Ahora todas sus opciones estaban anuladas, pues Alfonso había ordenado explícita e irrevocablemente el destino de ambos. Casarse no la pondría a salvo de los deseos del rey, y era demasiado tarde para huir. En su fuga, no podrían llegar muy lejos impunemente. Alfonso los perseguiría con ahínco y el castigo por su desobediencia sería severo. De modo que no podían contemplar esa posibilidad. Como judíos, estaban acostumbrados a someterse a sus soberanos, no a oponérseles. Tal como estaban las cosas, ahora no tenían más remedio que acatar sus órdenes.

Cuando Manuel comprendió cabalmente lo que eso significaba para ambos, el amor que le profesaba a Beatriz lo inundó, disipando cualquier otro sentimiento que antes hubiera podido experimentar. Ya no sentía cólera ni ganas de reprocharle nada, tampoco lo perturbaban el resentimiento ni los celos y, cuando la estrechó entre sus brazos, de su alma sólo brotó una profunda compasión y el amor que nunca había dejado de sentir.

—Pase lo que pase, jamás te abandonaré.

Y Beatriz, por primera vez desde que azarosamente encontró a su pariente, le hizo sentir que su cuerpo se henchía sutilmente de ternura cuando lo abrazó, y que la invisible barrera de autosuficiencia que deliberadamente había erigido entre ambos finalmente se desmoronaba. Rara forma de compensación, pues la dulzura de declararse recíprocamente su amor los resarcía de la amarga frustración de ser criaturas del rey. Y así permanecieron durante un largo rato, hallando consuelo en la silenciosa ternura de aquel abrazo. Pasó algún tiempo antes de que volvieran a pensar en el desenmascarado Álvaro y el rapapolvo del rey cuando lo despidió con cajas destempladas. Aunque eso les proporcionó cierto alivio, ambos

consideraron que justificaba sus respectivos argumentos. Mientras Manuel afirmaba que tanto las sospechas de su padre como las suyas a propósito del monje exclaustrado habían quedado plenamente confirmadas, Beatriz sostenía que, aunque así fuera, el peligro de su abortada conspiración era ilusorio.

—Ya verás como tus recelos de Alfonso también resultarán infundados —musitó ella mientras se entrelazaban dejándose arrastrar por una pasión desenfrenada.

OceanofPDF.com

XIX

En vista de que aquel año la Pascua de los judíos coincidía con la Semana Santa, Manuel decidió que tan pronto acabara de traducir el *Régimen*, dejaría a Beatriz en Combarro completando la copia final mientras él volvía al hogar paterno para hacer los preparativos de su traslado a Córdoba. Ahora que Álvaro estaba inerme, ya no temía dejarla sin protección. Beatriz y Davico se reunirían con él en la casa de Ibn Yatom para la cena del *Seder*, [\[10 \]](#) y cuando terminara la semana de Pascua, cabalgarían juntos al sur. Una vez entregado el *Régimen* a Alfonso, Beatriz regresaría con su hijo a su casa de Sevilla, y Manuel a las tierras de la familia, cerca de Córdoba. A partir de ahí, el futuro era incierto.

Álvaro no sabía nada de sus planes. Retirado en su marchito y hermético recogimiento, redujo al mínimo sus sesiones de trabajo en la casita de campo. Manuel era indiferente al cambio. Ahora era él, el judío, quien se sentía moralmente superior, pues la humillación que el rey le infligió a su colega cristiano lo ratificaba en su honor y en su posición, lo cual le permitía mantener con Álvaro una relación profesional fría, tratándolo con apenas disimulado desdén durante el breve lapso de tiempo que aún pasarían juntos.

Beatriz no podía asumir esa actitud de indiferencia porque no atribuía la malevolencia de Álvaro únicamente, ni siquiera principalmente, a los motivos que habían provocado las sospechas de los Ibn Yatom. Desde su punto de vista, el origen de todo eran las patéticas insinuaciones que le había hecho a ella y, por ende, sus celos ofendidos, todo lo cual la hacía hervir con un resentimiento que amenazaba con estallar en una llamarada de odio a la más mínima provocación. Aunque hábil en el arte de la simulación o, cuando menos, en controlar sus emociones, Beatriz no estaba del todo segura de que esta vez pudiera dominarlas. Para no dar lugar a una crispación intolerable entre ambos hombres (quienes, pese a todo, eran responsables ante su regio patrón), se las apañó para no aparecer por la casita de campo cuando pensaba que Álvaro podía estar allí.

Álvaro no hizo ningún comentario sobre su ausencia; ese solo hecho provocó que su sed de venganza se nutriera de un doble agravio: el primero,

largamente incubado, era el desaire de Beatriz; y el otro, la humillación que le infligiera Alfonso cuando buscó una reparación... Ni Beatriz ni Manuel tenían la menor idea de la magnitud del encono de aquel hombre zaherido y vengativo. De haber sabido hasta dónde era capaz de llegar con tal de aliviar la mortificación que esa doble ofensa infería en su árida alma, hubieran actuado de otra manera...

Después de la partida de Manuel, Álvaro dejó transcurrir unos días antes de dar el paso que había estado meditando durante tanto tiempo. Cada noche, al quedarse dormido, y cada mañana, cuando se levantaba en medio del frescor y el resplandor de la primavera, saboreaba por anticipado la venganza que lo resarciría de los celos, la rabia y el amargo ultraje que corroía lo más profundo de su ser. De cualquier modo que Beatriz reaccionara ante la siniestra acusación que él tenía en mente, una cosa era cierta: semejante imputación no podría dejar de infundirle un miedo cerval. Esa certeza bastaba para llenarlo de satisfacción. Y si ella resolviera agarrarse a la cuerda de salvamento que él pensaba lanzarle, su triunfo sería completo. Ya que no podía poseerla, al menos podría ofrecerla como una especie de ofrenda al Dios que una vez él había traicionado...

El mar estaba en calma, liso, resplandeciente en aquella soleada mañana cuando Álvaro se puso en camino hacia la casita de campo de Ibn Yatom. ¡Cuán inocuas parecían las aguas, cualquiera diría que sus traicioneros abismos no podían desencadenar inesperadamente ninguna violencia sumiendo el orden y la tranquilidad en un terrorífico caos! A decir verdad, reflexionó con un soplo de alborozo, eso era precisamente lo que él, en su humilde medida, estaba a punto de hacer.

Al oír su conocida forma de llamar a la puerta, el disgusto de Beatriz fue tan grande que sus palmas se humedecieron hasta ponerse pegajosas. Antes de irse, Manuel le había asegurado que Álvaro ya no tenía dudas acerca del trabajo pendiente. Siendo así, ¿para qué venía a verla? Tras el trato recibido por el rey, ¿cómo se atrevía a importunarla de nuevo? Distante, fría, Beatriz abrió la puerta, atravesándose en el vano para indicarle que no era bienvenido.

—Sé que no deseas verme —admitió él sosegadamente—. Pero antes de que emprendas un nuevo derrotero cuando el *Régimen* esté acabado, quisiera aclarar contigo un asunto que me ha estado intrigando durante mucho tiempo.

—Yo no tengo nada que discutir contigo.

—Eso no es del todo cierto. A menos que un buen día quieras encontrarte con una desagradable sorpresa, es de vital interés para ti escucharme hasta el final —dijo con tono áspero, y pasó tranquilamente por delante de Beatriz entrando en la casa.

Con pasos deliberadamente calmosos, Álvaro se acercó a la ventana. Durante un rato se detuvo allí, inmóvil, contemplando la soleada extensión de la bahía tachonada de luz, mientras prolongaba calculadamente su silencio para intensificar la aprensión de Beatriz. Cuando consideró que estaba suficientemente amedrentada, se dio media vuelta hasta quedar frente a ella. Sus ojos desbordaban rencor, su voz era amenazadora:

—Lo que me intriga es esto: ¿cómo te las arreglas, tú, una judía, que ha mucho no eres virgen, que tampoco eres tan joven y ni siquiera especialmente atractiva, para hechizar a los hombres que han tenido la desgracia de cruzarse en tu camino?

Tan ridícula le sonó la pregunta, que Beatriz se relajó un poco. Mirándolo con una mezcla de compasión y desprecio, contraatacó, mordaz, burlona:

—Y a mí lo que me intriga es de dónde sacas la absurda presunción de que poseo el poder de hechizar.

—Cualquier cristiano devoto que te observase durante algún tiempo llegaría a la misma conclusión.

—¿Eso es todo? Y ahora yo te pregunto: ¿en qué te basas para decir eso?

—En primer lugar, encandilaste a tu propio pariente, lo que de por sí ya es un acto cuestionable, por muy lejano que sea el parentesco entre vosotros. Tanto es así que, a pesar de ser un buen mozo, en la flor de la edad, que rompió incontables corazones de guapas zagalas, de pronto se encaprichó contigo, que careces de encanto, plato de segunda mesa, y cargada con un hijo de otro. ¿Qué brujería empleaste con él?

—Me sorprendes, don Álvaro. ¿Acaso no te bastó tu propia experiencia en tu juventud para enseñarte cuán vano es tratar de encontrarle lógica al amor?

Ignorando la certerísima puntería de su observación, Álvaro continuó su argumentación:

—Y luego ocurrió lo siguiente: yo también fui víctima de tus hechizos, yo, que por mi edad casi podría ser tu padre, yo, que durante tanto tiempo había renunciado a las tentaciones de este mundo. ¿Qué maléfico poder

invocaste para que volviera a encenderse en mí la pasión varonil que, a fuerza de una voluntad de hierro, y como inevitable consecuencia de la edad, ya estaba muerta?

—Hazte esa pregunta a ti mismo, Álvaro, no a mí.

—No tengo respuestas.

—¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez fue tu instinto natural que se sublevó contra tanta aridez, quebrantándola, tratando de encontrar un soplo de calor humano antes de que fuera demasiado tarde?

—No. No se me ha ocurrido.

—Pues, piénsalo.

—¿Para qué, si aquí yace la prueba más íntima de tus poderes ocultos?

Resuelto, pero parsimonioso, Álvaro hundió la mano entre los pliegues de su vestimenta y sacó un pequeño trozo de papel doblado. Lo desdobló cuidadosa, impecablemente, y se lo mostró:

—Seguramente reconocerás estos versos.

Una mirada bastó.

«De pronto, me sentí cautivado / Fascinado por el ardor... como un anillo de sello... ciñendo mi corazón... prefiero morir de sed...»

Beatriz palideció.

Álvaro triunfó.

Se produjo un instante de absoluto silencio, de intolerable tensión. Entonces, despiadadamente, Álvaro llevó el agua a su molino:

—Siendo como eres una mujer familiarizada con la palabra escrita, sabrás el significado de la palabra «cautivado». No importan los vocablos que sirvan para definirla: fascinado, atraído, seducido... En esencia, el significado sigue siendo el mismo: que tienes al rey en tu poder, mejor dicho, que gracias a tus diabólicas artes le has hecho creer que está en tu poder. Mis felicitaciones por tu intrepidez. No contenta con perfeccionar tu hechicería primero con el pobre Manuel, y después con un viejo como yo, has tenido la audacia de ejercerla también ni más ni menos que con el mismísimo rey. Pero el poder de Nuestro Señor Jesucristo ha resultado más poderoso. La divina providencia ha traído la prueba de tu plan demoníaco hasta mis fieles manos, manos que romperán las redes que «ciñen» a nuestro piadoso y cristiano soberano.

Álvaro se calló para dejar que Beatriz asimilara el significado cabal de sus palabras. Pero ni por un instante dejó de escrutarla. Sólo cuando advirtió el primer atisbo de temblor en sus manos y en su barbilla, continuó:

—Pero no creas que estoy totalmente desprovisto de caridad cristiana. Te prometo que personalmente me haré cargo del bienestar de tu hijo cuando te sea aplicada la pena capital por el delito de brujería. Conmigo, el niño estará a salvo de las garras del diablo.

—¡No! ¡Eso no! ¡Él no!

—¿No me lo confías a mí? Es un buen comienzo. Por lo menos eso demuestra que el diablo no ha pervertido tu alma hasta el punto de extinguir tu instinto maternal. Si el bienestar de Davico es tu supremo interés, si no deseas privarlo de tu amor de madre, a lo cual por supuesto tiene derecho, el camino está abierto ante ti. Deja que las aguas bautismales limpien la maldad de tu alma, abraza nuestra santa fe y, en su infinita misericordia, la madre Iglesia podría considerar tu actitud como la evidencia de que las malas artes del diablo pueden ser vencidas.

Con las manos a la espalda, Álvaro abría y cerraba sus huesudos puños, excitado, con creciente ilusión. Ahora ella debería desmoronarse, despedazarse hasta hacerse añicos e implorar su compasión. Pero como el tiempo transcurría en tenso silencio, y Beatriz seguía mirándolo de hito en hito sin llorar ni suplicar, sino más bien firme en su resolución, él empezó a convencerse de que realmente estaba en presencia de algún espíritu demoníaco. Apresuradamente se persignó y empezó a bisbisear un protector rosario mientras esperaba la respuesta de Beatriz.

Él ignoraba que ella no necesitaba su ayuda para descubrir el camino de su «salvación». Beatriz sacaba fuerzas de flaqueza no del diablo, sino del hecho de que hacía mucho sabía dónde estaba ese camino al que él se refería. Poco después de la muerte de Benito, cuando tomó conciencia de la magnitud de su vulnerabilidad como mujer sola, guardó bajo llave esa certidumbre en lo más recóndito de su alma. Allí la atesoró como un último recurso, para emplearlo en caso de que la mala suerte o cualquier otra clase de aversión la condujera a ella, una indefensa judía, a una crisis como ésta. *In extremis*, eso le serviría de escapatoria. De modo que el proyecto de conversión no le chocó. Lo que la desconcertaba era cómo Álvaro le tendía la trampa, que lo hiciera a través de la cínica manipulación de Davico. Siempre que había previsto abrazar el cristianismo para evadirse de alguna dificultad insalvable, había imaginado que lo haría por su propia iniciativa, y sólo después de que Davico estuviera a buen recaudo. Ahí residía su horror. Manuel tenía razón. De los dos, la ingenua era ella. ¿Cómo no había columbrado que, en una situación como aquélla, Davico se convertiría en

un rehén potencial? ¿Por qué había sido incapaz de contemplar esa posibilidad? De haberlo pensado mejor, si hubiera tomado más en serio las consecuencias que podían derivarse de las actitudes de Alfonso y de Álvaro para con ella, quizás habría tomado conciencia del peligro. Pero por más que hubiera reflexionado, por grande que fuera su imaginación, lo que jamás habría podido adivinar era que el poema de Alfonso cayera en manos de Álvaro, remoto azar convergente que lo convertía en el instrumento de su conversión.

Luchando contra la náusea que recorría sus entrañas, hizo de tripas corazón y recuperó la presencia de ánimo, como su padre le había enseñado con tanto tesón. Y, en un esfuerzo por librarse del fatal dominio que ahora ejercía el exclaustro monje, aguzó su ingenio. Una cosa estaba más clara que el agua: sólo una persona podía absolverla de aquel malentendido, el rey. Nadie más indicado que el autor de los versos para desvelar la falsa interpretación del poema. Además, como supremo juez del reino, sólo él tenía poder para refutar inapelablemente la acusación de hechicería que Álvaro estaba urdiendo. Tomando en cuenta la forma en que reprobó las maniobras de Álvaro para desacreditar a Manuel y a su padre, y, por extensión, al resto de los eruditos judíos que gozaban de su mecenazgo, lo más probable era que el juicio de Alfonso le fuera favorable. El rey tampoco aprobaría la conversión forzada sugerida por Álvaro. Y si llegara a enterarse de las insinuaciones que le había hecho el destituido monje, su ojeriza contra Álvaro sería mayor...

Pero, dadas las circunstancias que involucraban personalmente a aquel piadoso monarca cristiano, ¿podría él salir en su defensa, impugnando a alguien vinculado a la poderosa Iglesia católica? ¿Hasta qué punto no era una ilusión contar con Alfonso, causante inconsciente de su difícil situación? ¿Sería capaz de tratar justamente a sus impotentes súbditos judíos? ¿Se arriesgaría ella a confiar en su integridad como la más alta instancia en el país, más allá de la cual no había apelación?

Aparentando mantenerse en sus trece, Beatriz anduvo con pies de plomo. Paso a paso, se abrió camino precariamente, avanzando por el filo de una espada, aprovechando las ventajas de cualquier posible asidero:

—Aunque personalmente no soy contraria a la idea de la conversión, quisiera recordarte que nuestro soberano está firmemente convencido de que una conversión forzada no puede ser sincera, y, por tanto, no es en modo alguno una conversión. En tu condición de distinguidísimo erudito

cristiano y leal súbdito de su majestad, no puedes dejar de acatar la sabiduría de su política. Si yo abrazara la fe cristiana, tendría que ser por verdadera convicción y según mi libre albedrío, y todos los cargos de brujería o pactos satánicos tendrían que ser incondicional y definitivamente retirados. Para garantizar este desenlace, tanto en mi favor como en el de mi hijo, deseo ejercer mi derecho como súbdita del Reino de Castilla y León para llevar este caso ante el rey. Manuel y yo nos encontraremos con él en Sevilla, cuando termine la fiesta de Pascua, para entregarle la versión definitiva del *Régimen* traducida al romance. El asunto podría solucionarse en esa ocasión.

—Debes de sentirte muy confiada en tu influencia sobre nuestro soberano para arriesgarte a apelar ante él.

—Confío en su sentido de la justicia.

—En tu lugar, yo sería más precavido.

—No estás en mi lugar.

¡Cuán profundamente tenía que idolatrarla Alfonso, y cuán segura tenía que estar ella de su amor, si estaba dispuesta a confiarle su vida! Álvaro sintió una lacerante punzada de envidia. En todos aquellos años de soledad jamás nadie había confiado en él de esa manera. ¿Acaso porque una vez había sido traidor, no era digno de tanta lealtad? Al ver el yermo en que se había convertido su vida, una oleada de remordimiento lo anegó. Suspirando para sus adentros, dobló el papel y volvió a guardarlo en su raído vestido. Temeroso de la ira de Alfonso, un poco de la cual ya había probado, no se atrevió a dar los pasos necesarios para arrestar a la presunta hechicera...

—Entonces, nos veremos en Sevilla.

Rígida por la alteración, en cuanto Álvaro se fue, Beatriz reanudó su trabajo. Sólo le faltaban unas cuantas páginas. Tenía que acabarlas de una vez. Estaba tan decidida a completarlas sin demora, que no advirtió el temblor de sus trazos verticales, el temblor de sus trazos horizontales...

Al anochecer, ya había acabado. Con tensos y rutinarios gestos ordenó las plumas y los tinteros, y volvió a su hogar y a su hijo. Tras realizar sus quehaceres domésticos con aparente calma y paciencia, arrulló a Davico en su profundo sueño infantil. Sólo entonces sintió que algo se rompía en su interior. Inclinandose sobre el niño, lo cubrió con sus besos, bañando su carita con las lágrimas que ahora podía dejar correr sin cohibirse. Por él, aquel hijo suyo y de Benito, tenía que pagar el precio de su supervivencia.

Ella no estaba hecha para la gloria del martirio de la fe judía. Aquel niño debía vivir y crecer con su madre, a su lado. Eso era lo único que contaba. Que creciera como un cristiano o como un judío, dependería del juicio de un rey; pero cualquiera que fuera su sentencia, ella estaría a su lado, para enseñarle, guiarlo y amarlo incondicionalmente.

OceanofPDF.com

XX

Con los ojos vidriosos de pánico, Davico se puso rígido durante un momento de angustia antes de dejar escapar un gemido, tan potente que a Beatriz le costó creer que hubiera brotado de unos pulmones tan diminutos. Pero ella fue la única que lo oyó. Tan grande era el alboroto en la casa de Ibn Yatom poco antes de la cena del *Seder*, que nadie se enteró del terrorífico grito de Davico provocado por aquel caos tan opuesto a la paz de la semisoleidad de Combarro.

La casa estaba más abarrotada que de costumbre: sirvientes revueltos con amos, invitados tropezando con anfitriones, niños ayudando o insistiendo en ayudar a sus mayores, críos ahuyentados por una oronda cocinera de cachetes colorados y reluciente nariz que sacaba del fuego una caldera borboteante. En todos los escabeles y bancos disponibles había escudillas llenas hasta el borde de lozanas y crujientes hojas de lechuga, y platos llanos repletos de huevos duros, tan apiñados unos con otros que parecían racimos de cantos rodados lamidos por el mar. Las flamantes fuentes de cerámica esmaltada estaban colmadas de *matzá* ^[11] horneada para la ocasión: un presente que la comunidad hebrea de Burgos le había enviado a Isaac en agradecimiento por el tratamiento gratuito a sus miembros necesitados; y sobre un cofre cercano a la puerta, otro regalo de algunas familias judías de León: tres enormes jarras de vino elaborado especialmente para la fiesta.

Para sumarse a la efervescencia general, una ininterrumpida afluencia de mensajeros acudía a la puerta trayendo obsequios de otros pacientes: ricos y pobres, cristianos y judíos, que aprovechaban la ocasión para expresar su gratitud por la devoción con que el médico los atendía. Cuidadosamente apartada en un rincón, había una alta jarra de cristal con un asa argentada primorosamente labrada en forma de caballito de mar y, a su lado, un cofre de madera con seis cinceladas copas de plata. Una viuda que vendía amuletos en Villalcázar de Sirga había enviado una servilleta de batista bordada con cardos en verde y malva, respunteada con un modesto toque de hilo plateado. Inmediatamente la desplegaron para cubrir la *matzá* que Isaac debía romper como parte del ritual de Pascua. Y también

dispusieron las innumerables canastas de selectas frutas primaverales, de dulces de todas clases, unos en cajas de marfil, otros en simples cestas de mimbre, que se servirían al final de la comida. Sólo una persona parecía no perder de vista ni un detalle en medio del interminable chaparrón de regalos: Miriam, la hija de diez años de Ana. Agachada junto a la puerta, sin llamar la atención con su frágil apariencia, sus brillantes ojos se movían rápidamente de aquí para allá, mientras mentalmente tomaba nota de cada obsequio y del nombre del remitente para que sus padres pudieran identificar a los donantes cuando la barahúnda hubiera terminado.

Meciendo a Davico suavemente en sus brazos para calmarlo, Beatriz buscó a Manuel en la habitación. Pero no estaba allí. No era extraño que hubiera buscado refugio en cualquier otro lugar, lejos del barullo. Se sintió aliviada al no encontrarlo. Así tendría tiempo para concentrarse en el papel que desempeñaría mientras estuviera reunida con la familia. Desde luego, Pascualita estaba allí, y no de paso, sino como si de alguien de la casa se tratara. Siempre al lado de Ana, solícita y complaciente, hacía todo lo que le pedían, llevando y trayendo montones de cuencos, contando y ordenando mazos de cucharas e hileras de copas, separando gruñones niños que se tiraban de los pelos. Era otra más de la familia. Beatriz notó una punzada de angustia mientras Pascualita le destinaba una vacua sonrisa de bienvenida. Poniéndose afablemente su invisible máscara, Beatriz la saludó jovialmente, ofreciendo su mirada más risueña. Habría hecho falta un observador mucho más perspicaz que Pascualita para adivinar que detrás de esa obsequiosa y alegre fachada latía un trepidante corazón de madre. Pensando en su precaria situación, no era del todo improbable que algún día Beatriz se viera obligada a confiarle su hijo a aquella dócil, aunque inocente, criatura. Por primera vez, una duda rondó por su mente: ¿había sido juicioso desdeñar tan tajantemente la oferta de matrimonio que Manuel le hizo al principio? Si ahora fuera su esposa, no estaría expuesta a los riesgos y amenazas que le acarreaban su solitaria, obstinada e independiente situación...

Luchando a brazo partido contra esas lamentaciones que tan sólo aumentaban su desesperación, Beatriz se abrió paso cuidadosamente a través de la atestada sala hasta llegar a la alcoba donde Ana solía alojar a sus huéspedes más distinguidos. Allí el desorden era de otra clase. Los vestidos nuevos de la familia, o los viejos recién lavados, colgaban por todas partes, preparados para la fiesta. Meticulosamente, Beatriz desplazó

un par de vestidos, corrigiendo cualquier pliegue o arruga tras haberlos cambiado de lugar. Cuando consiguió despejar un lado de la cama, acostó a Davico, profundamente dormido después del agotador viaje. Se acurrucó junto al niño para impedir que se cayera y dormitó a ratos hasta que Ana suavemente la despertó:

—Don Isaac está a punto de empezar —le cuchicheó.

Con rápidos y nerviosos movimientos, Beatriz se arregló el pelo, alisó su arrugado vestido, despertó a Davico, y acudió a la estancia principal de la casa. Allí donde el caos había reinado toda la tarde, imperaba ahora el orden. En el centro de la habitación había una larga mesa de caballete con un mantel de lino de bordes festoneados con delicados hilos de oro: uno de los bienes de la dote de Ana que sólo se usaba en aquella ocasión. Frente a cada asiento, en impecable orden, había un cuenco, una cuchara, una servilleta y una copa; dominando la mesa, estaban las bandejas de lechugas y huevos, las frascas de vino y montañas de *matzá*; los ramilletes de flores dispuestos entre los platos, lo salpicaban todo con pinceladas de colores malva, rojo y amarillo. Cuando familiares e invitados ocuparon sus asientos, don Isaac se sentó a la cabecera de la mesa. Llevaba una túnica de oscuro terciopelo adornada con hilo plateado, atavío que durante generaciones llevaron los cabeza de familia de los Ibn Yatom. Nada más alzar su copa de plata para entonar la bendición que precedía a la lectura de la *Hagadah* se impuso el silencio, ni un niño cuchicheó, ni un invitado movió un solo músculo. Una vez más, Isaac ibn Yatom dio las gracias a Dios por mantenerlos con vida, sustentarlos y guiarlos hasta aquel momento.

De vez en cuando, durante la lectura de la tradicional historia del éxodo de los judíos de Egipto, Juan evaluaba a Pascualita con sus astutos, aunque juguetones y atractivos ojos. Pero Pascualita rehuía su mirada. Bajando sus párpados vacunos de cortas pestañas, la muchacha clavó sus estúpidos ojos castaños en sus rechonchas rodillas. Juan no podía dejar de pensar en cuánto se parecía ella al cuarto hijo, al simplón que no sabía preguntar representado en la *Hagadah*. Justo lo que él necesitaba: total libertad para satisfacer sus caprichos mientras ella cuidaba estólidamente del hogar... pero, ¡ay!... era a Manuel, y no a él, a quien Pascualita destinaba sus miradas cuando, una que otra vez, levantaba sus anhelantes ojos.

En cambio, Manuel no dejaba de contemplar a su amada Beatriz, a la cual ella respondía sonriendo; pero con una sonrisa demasiado deslumbrante, afectada, forjada con esa frágil dureza que conocía de sobra y que creía haber borrado de ella para siempre. De todos los presentes, sólo él sabía que aquella alegría era fingida, pues presentía que estaba profundamente inquieta, pero ella no respondía a la ansiosa pregunta de sus ojos. Ni tampoco tuvo ocasión de hablar con ella a solas aquella noche. Tal vez al día siguiente...

* * *

Tan animada fue la noche del *Seder* como benditamente tranquila la mañana siguiente. En cuanto concluyó la recitación de la *Hagadah* «conforme a lo prescrito por la ley y la tradición», y se cantaron las acostumbradas canciones, entre populares y religiosas, los invitados santiagueses y de los alrededores, se retiraron. Los desafortunados viajeros que, debido a imprevistos retrasos y contratiempos, no podrían llegar a tiempo a sus hogares para la víspera de la Pascua, se pusieron en camino antes del amanecer, pues querían estar con sus familias y protegerlas durante el resto de la semana festiva. Sólo los Ibn Yatom se quedaron, y Pascualita, a quien Ana invitó a hacer noche allí.

Inquieto y agitado toda la noche, de repente Davico se despertó con un grito de terror, pues aún estaba desorientado en aquel ambiente desconocido. Beatriz, que había conciliado un sueño ligero sólo hacia el amanecer, alargó una soñolienta mano para calmarlo, pero fue en vano. Cansada e irritada, se levantó y zarandeó al niño nerviosamente mientras le daba el pecho. Davico no se calmaba. Y ella tardó en darse cuenta de que los pechos que él mamaba intermitentemente estaban secos. De creer las consejos de las ancianas, hubiera jurado que esto era obra de Álvaro, quien con su mala idea habría conseguido que su leche cesara de manar... Inmediatamente se dirigió a la chimenea con el llorón Davico a horcajadas en la cadera. Rodeándolo con un brazo, con su mano libre intentó prepararle unas gachas.

—¿Puedo cargarlo un momento? —preguntó Pascualita que, despertada por los gritos de Davico, se había acercado silenciosamente para ver qué pasaba. Con su cara rolliza, aún abotargada y rosicler por el sueño, extendió maternalmente los brazos.

—Si quieres... —consintió Beatriz de mala gana.

Plácidamente, Pascualita meció al tenso y chillón niño en la blandura de su amplio seno. Milagrosamente, se tranquilizó.

—Pareces cansada —le dijo a Beatriz mientras soplabla las gachas para enfriarlas antes de dárselas al hambriento crío.

—¿Por qué no te vas a dormir? Yo me ocuparé de darle de comer a Davico.

El instintivo resentimiento de Beatriz al ver que la intrusa usurpaba su papel de madre muy pronto dejó paso a un sentimiento de gratitud ante la sencilla bondad del alma ingenua de Pascualita. En sus manos, Davico estaría seguro.

Aún Beatriz dormía, y su hijo ronroneaba feliz en los brazos de Pascualita, cuando Isaac regresó de Santiago tras atender, temprano en la mañana, a un mercader judío que al parecer se había excedido en el banquete del *Seder* de la noche anterior. Mientras echaba pie a tierra frente a la casa, un mensajero se detuvo a su lado, y aunque no llevaba ningún blasón en sus vestidos, Isaac supo inmediatamente por su mirada despabilada y su talante cortés, que se trataba de algún emisario enviado por la reina.

—Soy Isaac ibn Yatom —dijo anticipándose a la pregunta del jinete—. ¿Por casualidad es a mí a quien buscáis?

—Sí, señor. Traigo una carta para entregárosela personalmente.

Sin desmontar del caballo, el correo sacó una carta lacrada de la bolsa de piel que pendía de su cinturón y se la extendió a Isaac. Igual que las anteriores misivas de la reina Violante, el redondo sello rojo de lacre estaba sin estampar, lo cual era para el médico una inequívoca señal de su procedencia. El mensajero declinó la invitación que le hizo Isaac para que pasara a refrescarse. «¿Acaso esa cautela se debía a los rumores que se oían acerca de los judíos en esta época del año?», se preguntó vagamente Isaac. Sin embargo, de buena gana aceptó el puñado de monedas que el médico puso en su callosa palma, y acto seguido volvió grupas para cabalgar velozmente hacia Santiago.

Isaac ató su caballo, se sentó sobre un viejo banco de piedra cubierto de musgo, a pocos pasos de la puerta de su casa, y deselló la carta de la reina.

¡A mi querido amigo y confidente, salud y gracia!

Hace mucho tiempo que he sido bendecida con la indispensable ecuanimidad para ordenar mis ideas y ponerlas por escrito y, de este modo, hasta cierto punto, desahogarme con vos, mi silencioso y fiel interlocutor.

Desde la última vez que os escribí, he estado muy preocupada. Menos mal que nuestro segundo hijo, Sancho, vino sano y salvo al mundo. Ahora que Beatriz, la hija bastarda de Alfonso, le ha dado un hijo al rey de Portugal, es esencial que aseguremos nuestra directa y legítima descendencia trayendo al mundo tantos niños como podamos. Las enfermedades y los riesgos de las batallas, amén de toda clase de traidoras conspiraciones, suponen amenazas tan graves para la vida de los príncipes que cuanto más sean los legítimos herederos potenciales al trono, mejor. Por suerte, creo que estoy otra vez embarazada. Con la crianza y educación de tres niños, tendré muy poco tiempo en el futuro inmediato para solazarme y darme el gusto de compartir mis pensamientos con vos.

Como seguramente habréis oído, mi marido echó a su vasallo muslim Ibn Mahfot del enclave de Niebla, poniendo fin a la presencia mora en el Algarve. Aunque ha tenido cuidado de no discutir el asunto conmigo, según me han informado por otra vía, piensa renunciar a sus derechos sobre esa región, que tanta disputa ha creado entre nosotros y los portugueses, en favor de su nieto Dinis, el hijo de su querida Beatriz. ¡Cuánto la sigue amando! ¡Y cuánto indignará a los nobles del reino esta injustificada concesión: otra afrenta que añadir a las que ya acumulan contra él!

No sé cómo interpretará Mohamed, rey de Granada, la conquista de Niebla por Alfonso, ni la expulsión de los moros de Écija, cuyo resultado, ni que decir tiene, ha sido un masivo éxodo de la población musulmana de las inmediaciones. Todo esto es una contradicción flagrante con el espíritu de tolerancia que hasta ahora había mostrado hacia los moros. Como ya creo haberos confiado, advierto una ambivalencia en el carácter de mi esposo, algo que considero inexplicable, por mejor decir: alarmante. Sólo me queda rogar a Nuestro Señor Jesucristo que su actitud hostil hacia los moros no provoque a Mohamed hasta tal punto que se vea precisado a entrar en acción...

Otros sucesos que también me preocupan están teniendo lugar en Roma. La elección de Urbano IV ha obligado a mi esposo a reanudar su campaña en pro de la confirmación de su elección como Sacro Emperador Romano. Sin embargo, esta vez las circunstancias no pueden ser más

desfavorables, pues por motivos particulares el Papa cuenta con el respaldo de los enemigos de Alfonso, la recientemente derrotada liga de los güelfos. Me horroriza pensar en la reacción de los nobles cuando vean prolongarse la sangría del tesoro, fondos que mi obstinado esposo, en busca de un efímero imperio, no vacilará en derrochar.

Como veréis, mi paciente confidente, estoy llena de aprensión en cuanto al futuro de nuestro reino, que un día será de nuestro hijo. Mientras tanto, a veces me pregunto si a pesar de su sabiduría Alfonso no se habrá ofuscado con la realidad del poder o, más bien, con las realidades que limitan incluso el poder absoluto que ejerce tanto por derecho propio como por profunda convicción. Mi más ardiente deseo es que mis temores sean infundados, convencerme de que él es más previsor que yo o cualquiera de sus súbditos. Quiero creer que es capaz de vislumbrar en el futuro beneficios políticos que hoy nos parecen, en el mejor de los casos, carentes de utilidad; y en el peor, peligrosos para el reino de Castilla y León.

En vísperas de la celebración de vuestra Pascua y de nuestra Semana Santa, os deseo lo mejor a vos, querido don Isaac, y a los miembros de la familia Ibn Yatom. Ruego a Dios, que es nuestro padre, que no se desate la violencia antijudía que tantos problemas podría acarrearos a vos y a vuestros seres queridos durante la semana festiva.

V.

«¡Cuán rápidamente ha madurado Violante!», se sorprendió Isaac mientras doblaba la carta una y otra vez hasta conseguir deslizarla en el pequeño bolsillo interior de su manga. Evidentemente, la maternidad y la despiadada lucha por el poder en cuyo vórtice estaban ella y sus vástagos, la habían fortalecido; y mientras sus hijos crecían, previsores oportunistas se acercarían a ella para aconsejarla y apoyarla. Tarde o temprano la reina acabaría depositando su confianza en alguno de esos cortesanos, y entonces el papel de confidente que le había adjudicado estaría de más.

Con una punzada de pesar, el médico se levantó, un poco más pesadamente de lo habitual, según le pareció, y entró en su casa. El efímero papel que desempeñaba en la vida de los demás como testigo ajeno de sus

sufrimientos físicos o sus pesadumbres morales le había permitido entrever los entresijos del alma humana, pero sólo en este caso se trataba de las interioridades de una reina. Breves como el vislumbre que tuvo de sus intimidades, atesoraría aquellas cartas de Violante para sus descendientes, no sólo como prueba concreta de la confianza que la reina había depositado en él en sus horas de solitaria ansiedad, sino también como un testimonio de la debilidad, ¡oh cuán humana!, de los grandes y poderosos de este mundo.

Encontró a Manuel solo, jugando malhumoradamente con un cuenco lleno de frutas. Cogía un albaricoque al azar, lo hacía girar un poco entre los dedos y, tras devolverlo al recipiente, repetía el gesto con un melocotón.

—¿Córdoba o Beatriz? —le preguntó Isaac con dulzura.

—A decir verdad, ninguna de las dos. Pero hay algo que angustia a Beatriz.

—Anoche parecía bastante animada.

—Demasiado animada. La conozco, padre. Cuando quiere, es una farsanta muy hábil. Puede adoptar cualquier pose y mantenerla convincentemente durante mucho tiempo. Sólo quien la conozca íntimamente puede distinguir entre la apariencia y la realidad.

—¿Será su mortificación por vuestra inminente separación lo que intenta disimular?

—A lo mejor, pero presiento que es algo más serio.

—Entonces sólo puede ser Álvaro. Sabes lo que pienso de ese hombre. Fue un error dejarla sola en Combarro, expuesta a sus intenciones.

—Tonterías, padre. Álvaro quedó totalmente desacreditado por el rey en persona. ¿Qué daño puede hacerle ahora que está inerme?

—Las personas como él, solitarias y amargadas, son capaces de vengarse haciendo caso omiso de la realidad. Y a pesar de su cuestionable pasado, o quizá gracias a él, es probable que incluso se vea a sí mismo como un leal defensor de la fe, poseedor del mandato de una divina autoridad superior a la del rey. Ojalá me equivoque, pero creo que nada lo detendrá en lo que considera un recto proceder. Habla con Beatriz, hijo mío. Si mis suposiciones resultaran acertadas, sería mejor para todos nosotros que me informaras sin falta antes de vuestro viaje al sur. Por otra parte, no olvides que también hay un niño huérfano, un desamparado que tener en cuenta.

—Huérfano en el sentido formal, tal vez, pero no en esencia con una madre como Beatriz. A veces pienso que en su cuerpo de mujer habita la

fuerza de un hombre. Además, conmigo siempre cerca, no se puede decir que Davico sea un desamparado.

—No obstante, si hay algún problema en la familia, por más que nos afecte, es esencial que yo lo sepa por si acaso fuera preciso emprender alguna acción.

—De acuerdo, padre —asintió Manuel con filial respeto—. En seguida hablaré con Beatriz.

Pero Beatriz, evidentemente, no quería hablar con Manuel. Durante casi toda la semana de Pascua se las arregló para no estar a solas con él. Unas veces porque Davico estaba llorando, otras porque Ana necesitaba que le echaran una mano para remendar el viejo mantel de lino, a fin de preservarlo para las futuras generaciones, o incluso porque en un arranque de actividad Beatriz se ofrecía para convidar a la familia a tortitas de *matzáal* estilo sevillano, como su padre le había enseñado a prepararlas. Tanta energía desplegó que resultó contagiosa, propagando una chispeante alegría en toda la casa. Aunque Manuel no se dejó engañar por esa treta, le disgustaba ser él quien rompiera el encanto, demoliendo la artificiosa fachada. Pero hacia el final de la semana festiva, empezó a alarmarse al ver las ojeras de Beatriz contrastando con la falsa alegría de sus ojos. Ante la interrogativa mirada de su padre creciendo cada día con más insistencia, Manuel se sintió obligado a tomar una determinación.

Al caer la noche se fue a dormir como de costumbre junto con el resto de la familia. Permaneció inmóvil en la cama y sin pegar ojo hasta estar seguro de que todos, incluyendo al llorón Davico, estaban profundamente dormidos. Entonces se levantó sin hacer ruido y fue hasta la alcoba que Ana les había destinado a Beatriz y su hijo. Tal como esperaba, encontró a ésta completamente despierta. Se acercó despacio, se sentó en el borde de la cama y la besó en una mejilla. En vez de una dulce suavidad fueron saladas lágrimas lo que sus labios encontraron. Al contacto de su tierno abrazo, ella se desmoronó, débil y desgraciada. Manuel la dejó sollozar tranquilamente, cogió su cabeza y la apoyó en su hombro hasta sentir que ella se distendía. Sólo entonces empezó a preguntarle.

Zafándose resueltamente de su abrazo, Beatriz se incorporó y le sostuvo la mirada. Poco a poco, con frases titubeantes pero coherentes, le relató a Manuel su encuentro con Álvaro. A medida que le revelaba cada hecho, cada nuevo detalle, las implicaciones iban quedando claras para él. Su consternación iba en aumento: primero, por la anunciada acusación de

brujería y la amenaza de muerte que eso suponía; y después, por la oferta de conversión y la increíble alacridad de Beatriz al aceptarla. ¿Era esto último la solución que en dos ocasiones ella le había insinuado cuando él la previno del peligro que entrañaba la obsequiosidad de Alfonso? ¿Era eso lo que subyacía en su enigmática frase «jugando el mismo juego que Alfonso», cuyo significado no quiso revelarle? Pero el aspecto más desconcertante, el más aterrador de su exposición, era la ciega confianza que depositaba en la justicia del rey. ¿Qué era lo que le hacía estar tan segura de que él, un monarca cristiano que no sólo poseía la balanza de la justicia sino también la del poder más absoluto, se mostraría indulgente con una judía? Al fin y al cabo, era imaginable que hubiera actuado impulsivamente, tratando de contemporizar; o que realmente creyera en sus altisonantes declaraciones de tolerancia y buena voluntad. Pero, a pesar de toda su ingenuidad en lo referente a Alfonso, ella debía de haber tenido razones más poderosas para subordinar su destino a la interpretación de un poético capricho nacido de un regio antojo.

«¿Un regio antojo?» Un relámpago de celos le reveló a Manuel la verdad con luz cegadora. No era a la justicia de Alfonso, sino a su amor, a lo que ella pretendía apelar. Consumada simuladora, le había mentado en su cara, justificando a la ligera lo que había pasado en Sevilla entre ella y el rey, y restándole importancia para suprimir sus sospechas y evitar sus celos, que era lo que más la obsesionaba. La pasión que habían compartido desde la última visita de Alfonso a Combarro, el sentimiento de unión que ella le inspiró cuando renunció a su íntima reticencia y correspondió a su amor con todo su ser, no había sido más que su escena cumbre, otra farsa cuyo propósito era engatusarlo para conseguir su imperecedera adoración, a tal punto que luego no le importara de qué manera su regio amante se aprovechara de ella. Horrorizado, Manuel se descubrió dando crédito a la esencia de las acusaciones de Álvaro, aunque por diferentes motivos. Pero con todo... ¿podía el amor haberlo ofuscado a tal punto que no pudiera distinguir entre la verdadera y la falsa Beatriz?

En la quietud de la casa dormida, Manuel no pudo desahogar la rabia que aumentaba con su confusión. Su pétrea y helada cara le inspiró a Beatriz más terror que si él hubiera montado en cólera. Era la única persona en la que podía confiar, el único de quien había esperado alguna compasión. Si la amaba, ¿por qué le negaba ese pobre consuelo? Tan glacial, tan despiadada era su mirada, que no se atrevió a preguntarle. De buenas a

primeras, se había convertido en un extraño para ella: hostil, inaccesible. Levantándose súbitamente de la cama, Manuel la miró con un desprecio que la paralizó.

—El compromiso que has contraído es un asunto exclusivamente tuyo. Puesto que ésta era la independencia que querías, asúmela con todas sus consecuencias. Ni tus razonamientos, ni tus pretextos tienen la menor importancia para mí. Pero es mi obligación proteger el nombre de la familia y, sobre todo, a Davico. Ahora mismo discutiré el asunto con mi padre y, si está de acuerdo, pondremos al niño bajo su tutela.

—¿Me lo quitaréis?

—Una vez me pediste que no dejara de velar por él.

—Una cosa es velar por él, y otra ponerlo bajo vuestra tutela legalmente.

—Evidentemente no estás en condiciones de garantizar ni siquiera tu propia seguridad, mucho menos la del niño. Alguien tiene que asumir la responsabilidad de cuidarlo. Debemos protegerlo de las fatales consecuencias de las acusaciones de Álvaro, en caso de que se confirmen, y ésa es una posibilidad que no me atrevo a descartar. Sin embargo, en el mejor de los casos, suponiendo que te otorgaran el «privilegio» de abrazar el cristianismo para salvar tu vida, la familia hará todo lo necesario para, al menos, rescatarlo de las garras de la Iglesia. Afortunadamente, aún estamos a tiempo para conseguirlo.

—No puedes quitármelo. Eres la persona menos indicada para hacerlo.

—¿Y crees que voy a permitir que lo lleves a la pila bautismal? ¡Cuán incoherente estás empezando a ser, querida parienta! Hace un momento manifestabas que el motivo principal de tu decisión era su bienestar. De ser así, la conveniencia de las medidas que intento tomar debería resultarte obvia. A buen seguro, es infinitamente mejor la benigna tutela de mi padre que la influencia de fanáticos todavía más extremistas que Álvaro.

Beatriz estaba espantada. Hasta Manuel, el único apoyo en el que creía poder confiar incondicionalmente, se había vuelto contra ella. Todo lo que hizo fue volverle la cara, recostarse en la cama y llorar quedamente sobre la almohada. Y mientras se esforzaba en reprimir los sollozos, él hacía otro tanto para ahogar la compasión que le inspiraba. En aquel momento, Manuel hubiera deseado odiarla.

Entonces la dejó y fue a despertar a su padre. Cuando salieron afuera, para no despertar a la familia, Manuel desencadenó su furia contenida. En

un torrente de rabia y de celos, resentimiento y confusión que se derramó sobre los afilados escollos de su pavor, relató atropelladamente a don Isaac su versión de lo que Beatriz acababa de contarle. Mientras escuchaba, esforzándose por encontrarle sentido a la diatriba de Manuel, el médico pareció envejecer diez años. Sus mejillas palidieron y se hundieron hasta que su cara quedó chupada, y sus manos, siempre tan seguras y sólidas, empezaron a temblar. Más que su propia aflicción, lo que le dolía era la total confusión en la que se hallaba su hijo. Aquella reacción ante la difícil situación de su parienta era tan extrema que confirmó lo que Isaac y su esposa venían barruntando desde hacía tiempo. Sólo un hombre profundamente enamorado, cuya confianza había sido traicionada, podía sentirse tan afectado. En virtud de aquella pasión, podían hacerse concesiones, pero aunque el estallido de Manuel estuviera motivado por su amor a Beatriz, las circunstancias del caso eran lo bastante graves como para suscitar en Isaac profunda alarma.

—Una copa de vino nos vendrá bien —dijo cuando su primogénito se apaciguó un poco.

—Iré a buscar una frasca —se ofreció Manuel con la voz aún trémula.

Sentados en el musgoso banco que estaba a pocos pasos de la casa, al claro de luna que bañaba con frígida palidez sus ojerosos y cansados rostros, padre e hijo bebieron a sorbos en ansioso silencio. Poco después, animado por el vino, Isaac habló, moderando la urgencia de sus palabras con el amable tono que solía emplear para calmar a sus pacientes:

—Tenemos que escribir una demanda de tutela sin pérdida de tiempo. Como eres el más literato de los dos, te encargarás de su redacción. Mañana al amanecer iremos juntos a Burgos. Si cabalgamos toda la noche, estaremos allí en dos días. En cuanto los rabinos autoricen el documento, regresaremos para que tú y Beatriz podáis iros a Sevilla. A más tardar, será un día después de lo que habías previsto. Desde luego, Davico se quedará aquí, al amoroso cuidado de Ana y Pascualita.

—¿Estás seguro de que los rabinos aceptarán firmar un documento redactado por mí?

—Tú escribes mucho mejor que ellos.

—¿Tan ignorantes son?

—Digamos que su educación es lamentablemente deficiente.

—Entonces, por despecho, tal vez nos pongan algún impedimento.

—No se atreverán a hacerlo conmigo. Tarde o temprano necesitarán mis servicios. Antes que se me olvide, incluye una estipulación aclarando que, cuando yo falte, te designo a ti como sucesor tutelar del hijo de Beatriz.

OceanofPDF.com

XXI

Para Beatriz, el viaje al sur fue como un lento y angustioso descenso a través de un pozo hasta las entrañas más recónditas de la tierra. Estaba tan desesperada que a veces hubiera deseado un juicio sumario para que su sentencia de muerte se pronunciara sin dilación, y acabar así de una vez por todas con su sufrimiento. Ahora que la familia que había empezado a amar, aquellos en quienes confiaba, le habían quitado bruscamente a Davico, ya no había nada por lo que valiera la pena vivir. Aunque nunca contó con que la familia Ibn Yatom acogiera favorablemente la idea de su conversión, al menos de Manuel había esperado un mínimo de comprensión. ¿Acaso le resultaba tan difícil admitir que era mejor vivir como cristiana que morir como judía, quemada no como una mártir de su fe, sino como una vulgar bruja? ¿No estaba escrito que un judío, aunque hubiera pecado, seguía siendo un judío? Siempre cabía la posibilidad de que, con el paso del tiempo, las circunstancias cambiaran permitiéndole volver a su fe y recuperar a su hijo. Álvaro no viviría eternamente. Una vez muerto, el asunto caería en el olvido y ella podría retractarse de la decisión que había adoptado para sobrevivir. ¡Para ella todo era tan claro, tan sencillo! ¿Cómo podía Manuel no rendirse a la evidencia? Pero él era terco. Durante todo el viaje, mantuvo la fría y desdeñosa conducta asumida desde la noche en que ella le relató la difícil encrucijada adonde la habían arrastrado las artimañas de Álvaro. Cada vez que trataba de justificar su decisión, él rehusaba escucharla. ¿Por qué se negaba a oírle? De amarla tanto como decía, la hubiera apoyado, calmando su tormento e infundiéndole ánimo para enfrentarse con la prueba que le esperaba.

La verdadera causa del retraimiento de Manuel no cruzó por su cabeza ni siquiera una vez. Como no existía en su propia concepción de la realidad, tampoco podía concebir su existencia en los demás. Día tras día, a cual más aciago y agotador, avanzó a duras penas, asustada en vísperas del juicio, con un miedo atenazador en las entrañas, experimentando nostalgia por Davico y con el alma estremecida por la indiferencia de Manuel, cosa que la amargaba demoliendo su fe en el género humano. Y en la pavorosa soledad de sus noches de insomnio, una inevitable pregunta la atormentaba

implacablemente: si Manuel era capaz de tratarla así, ¿qué podía esperar de Alfonso, para quien ella no era más que otra de las tantas mujeres que había poseído? No había poder bajo el cielo capaz de impedir que la sedujera a cambio de la promesa de exculpación, arrojándola en la hoguera de las brujas cuando saciara sus deseos. ¿La había abandonado Manuel porque había ignorado sus advertencias? ¿O porque le había ocultado la forma en que pensaba defenderse, actuando sin consultarle? ¿No se daba cuenta de que no tenía otra opción? Caer en las manos de Álvaro hubiera significado una segura condena, una sumaria ejecución. Si había alguien que, de palabra y de hecho, había mostrado tolerancia hacia sus judíos, era Alfonso. Recurrir al rey en nombre de tan elevados principios era mejor que dejar de apelar en absoluto. Si al menos Manuel quisiera escucharla...

Antes de llegar a los arrabales de Sevilla, Beatriz estaba tan abatida, en cuerpo y alma, que dudó de su capacidad para resistir el juicio que le esperaba. Pero ni las fatigas del viaje, ni el miedo al peligro que entrañaba apelar a la instancia suprema del país, minaban tanto sus fuerzas como la inflexible actitud de Manuel.

Así las cosas, mientras la acompañaba a su casa, le dijo con helada formalidad que él se ocuparía de que el rey supiera que habían llegado y que ya le harían saber dónde y cuándo le entregarían el *Régimen* a Alfonso. Como el juicio promovido por Álvaro no le concernía directamente, era posible que algún emisario palaciego viniera a emplazarla. Beatriz lo invitó a quedarse en su casa, pero él permaneció rígido. Le dio las gracias, pero declinó firmemente su ofrecimiento.

Para Beatriz, ésta fue la afrenta definitiva. Por muy graves que fuesen sus desacuerdos, ella daba por sentado que Manuel consideraría aquella casa como suya. Apenas podía dar crédito a tanta insensibilidad. Pero si era eso lo que quería, ella no podía arredrarse. Entraría en su casa y se enfrentaría a solas con el pasado, con la memoria de Benito. En otro tiempo, ante esa perspectiva, habría sido presa de un pálpito, pero estaba tan insensible a las emociones, tan abrumada por sus inmediatas preocupaciones, que se encontró a sí misma extrañamente impasible mientras introducía la llave y le daba vueltas en la cerradura, herrumbrosa por la falta de uso, y entraba en aquella casa que olía a cerrado, donde ya no quedaba ningún vestigio de calor humano, de vida.

Aturdida, Beatriz clavó la vista en el desnudo colchón donde se dibujaba un cerco de sudor seco. No recordaba haber quitado las mojadas y

retorcidas sábanas en las que Benito se debatió en su última batalla contra la ponzoñosa fiebre, en las que se derrumbó, extenuado y desvalido mientras su hálito se consumía. ¿Quién había quitado las sábanas: ella o los encargados de enterrarlo que las recogieron para quemarlas? Ya no tenía importancia... Reuniendo las últimas fuerzas que le quedaban, le dio la vuelta al colchón. Con sus débiles manos lo sacudió y un soplo de polvo ascendió enturbiando sus entornados ojos inyectados en sangre, irritándole la nariz y la garganta, asentándose como un velo sobre sus labios. Entonces se dejó caer de través en la cama y se durmió completamente exhausta.

Pocas horas después despertó, invadida por un curioso sentimiento de paz interior. Las reminiscencias que acudían dulcemente a su memoria, lejos de ponerla melancólica, la arrebujaban con la ternura del recuerdo de Benito. Era como si él siguiera estando allí, consolándola con su amable voz, alentándola, insuflándole fuerzas para seguir adelante. En consideración a Davico, símbolo y continuación del amor de Benito, ella no debía vacilar en su convicción de que el camino elegido era el único correcto. La menor señal de debilidad, duda o titubeo, podría ser su perdición.

Entonces se levantó y se ató un pañuelo a la cabeza. Cogió la escoba de paja arrumbada en la chimenea, cuyas ramas estaban ladeadas por el uso, abrió la puerta y empezó a barrer vigorosamente la capa de polvo acumulada en el suelo durante su año de ausencia. Enseguida se cansó. Apoyándose contra la jamba de la puerta, descansó un rato mientras se arreglaba el pelo, volviendo a meter debajo del pañuelo las desgredadas mechas sudadas que se le habían escapado pegándose en su frente. Entonces se estiró, y cuando ya se disponía a seguir barriendo, oyó los conocidos pasos de Manuel aproximándose por la callejuela. Dudando, le dio la bienvenida. Por toda respuesta, él inclinó la cabeza secamente. Beatriz no podía sospechar que al verla tan desprovista de todo, su corazón se desgarró de compasión y remordimiento. Mucho menos podía adivinar que él había aprendido de ella el arte, y el espurio beneficio, de la simulación.

En pocas palabras la informó de que debían presentarse en el Estudio General al siguiente día por la mañana. Y entonces, tras una pausa, casi a su pesar, le preguntó si la habían citado ante el rey para comparecer en juicio. Su respuesta negativa lo dejó pensativo. Antes de inventar lo que iba a decir, con el aire de un niño avergonzado, sin querer trazó un dibujo con la

punta del pie en el seco y polvoriento pavimento de tierra batida que había ante la casa:

—Los dos asuntos no deben confundirse. Mañana por la mañana iremos a la Huerta del Rey.

Y sin más ni más, se marchó.

Durante el resto del día, Beatriz consiguió devolverle a la casa una apariencia de normalidad. Si el ánimo del rey estaba predispuesto a su favor, ella volvería a vivir allí; si la condenaba a muerte por brujería, los tutores de Davico debían encontrar su herencia en orden. Trabajó constante y metódicamente, sin pensar en otra cosa, y en cuanto acabó, se sentó a examinar su modesto domicilio. Pero cuando su mirada se desplazó de la cama recién hecha a la reluciente chimenea, del lustrado banco a la ordenada hornacina, reparó en las pertenencias de Benito. En el banco estaba el ahora descolorido cojín de gastadas puntas que ella le había recamado con un motivo campestre; en la repisa de la chimenea, el cuchillo que él nunca le permitió reemplazar, a pesar de tener la punta roma y el mango flojo; y en el nicho que estaba encima de la cama, la palmatoria de peltre con los bordes del platillo deteriorados, a juego con la copa que le regalaron sus parientes cuando cumplió trece años, en su *Bar Mitzva*. Ahora parecía que no valía la pena contener las lágrimas. Sin usar, inanimados, para ella aquellos inútiles objetos estaban llenos de vida. Por más que permanecieran intactos en sus sitios de siempre, ella nunca podría deshacerse de ellos, pues eran parte inseparable de la vida de un hombre al que había amado y en el cual había confiado. A través de sus efectos personales, él seguía existiendo. Pero sólo para ella. Cuando ella muriera, irían a parar al albañal. Y eso no podía tolerarlo. Ni tampoco, por supuesto, que la ancestral fuente fuera a caer en manos de extraños.

Resueltamente se enjugó las lágrimas, se puso en pie y desató el fardo con sus pertenencias, de donde extrajo, envuelta en una impoluta sábana de lino, la inapreciable reliquia familiar traída desde Combarro. Fue hasta la pared más cercana a la puerta y descolgó de un clavo el sólido cesto de mimbre que usaba para ir de compras. Colocó la fuente en el fondo de la canasta, junto con las pertenencias de Benito que constituían el insignificante legado de Davico. Luego cubrió el cesto con un mantel, encima del cual puso una nota: «Para Davico, de su padre». Era de esperar que su tutor respetara su deseo.

Ya empezaba a atardecer. Y la citación del rey seguía sin llegar. Aunque otra vez estaba rendida de cansancio, Beatriz esperó un poco antes de permitirse acostarse, quizá por última vez, en aquellas limpias sábanas, antes de ellos, ahora sólo suyas, en la intimidad del hogar, antes de ellos, ahora sólo suyo. Sentada en un banco, con la cabeza erguida, repitió mentalmente las frases de las que se valdría para refutar ante el rey los cargos que se le imputaban. No había en el país un cristiano con más motivos que él para hacerle justicia...

Antes del anochecer, y viendo que el emisario real no llegaba, Beatriz se fue a la cama y durmió como no lo hacía desde varias semanas atrás, profundamente y sin soñar, hasta la mañana siguiente.

* * *

El caso es que no hubo citación. Un soberano no podía dejarse embaucar por un monje exclaustrado. Alfonso X, genuino soberano de Castilla y León, no quería, ni podía, consentir la revelación pública del poema que él y Todros Haleví Aboulafia habían escrito conjuntamente en los aposentos más recónditos de palacio. Era un contratiempo que aquellos versos hubieran caído en manos de Álvaro, un percance menor cuyas consecuencias no podía ignorar, pero que él solucionaría en breve. Al otro día por la mañana, negándole importancia al asunto, Alfonso paseaba a caballo pausadamente por la Huerta del Rey. Los guardias tenían la orden de conducir a Manuel y a Beatriz al pabellón que estaba al final del jardín, donde el rey no debía ser molestado.

Como de costumbre, Alfonso estaba sentado en el banco de mármol. Con una sonrisa de placer flotando en sus labios, echó la cabeza hacia atrás dejando que la brisa perfumada por los jacintos y los jazmines le acariciara levemente las mejillas mientras se pasaba las manos por sus rizos llameantes a la luz del sol. Y así permaneció un rato. Pero sólo un rato, pues estaba impaciente por leer algunos pasajes del manuscrito que él había traído, la largamente esperada versión castellana de fray Tomás del libro de fábulas *Calila y Dimna*, que acababan de enviarle desde la isla de Tambo. Afanosamente examinó el mazo de hojas de vitela sin encuadernar, deteniéndose aquí para verificar la claridad de una expresión; allá, la elegancia del estilo, hasta que estas palabras atrajeron su atención: «Del rey

Houschenk al querido rey venidero». Intrigado, extendió el manuscrito en el banco, sacó la página en la que figuraba la frase, y leyó:

Esta carta es el mayor de mis tesoros, algo más valioso que todas las gemas, e incomparablemente más útil que montarlas de metales preciosos. Aquí he compendiado trece reglas para el comportamiento idóneo de los reyes. Verdaderamente será sabio el Poderoso Príncipe que obre con arreglo a los consejos que expongo por la presente:

Nunca destituyas a ningún sirviente a petición de otras personas, pues cualquiera que esté cerca de un rey, sin darse cuenta, siempre despierta celos y envidia en casi todos los que no disfrutan de semejante dicha. Y en cuanto estos últimos vean que el rey manifiesta un poco de afecto por algún sirviente, valiéndose de mil calumnias, no dejarán de socavar su posición hasta conseguir que le resulte odioso a su amo...

Sé siempre clemente...

En ese momento, Beatriz y Manuel aparecieron ante él. De mala gana, Alfonso levantó la cabeza y los miró con frialdad. Al ver el talante confiado de los visitantes, enseguida se sintió halagado, prueba concluyente de que tenían fe en su juicio, pero a su vez se sintió irritado, pues no dejaba de ser una descarada señal de insuficiente sumisión. Las circunstancias exigían un poco más de humildad. Vicio que él se encargaría de corregir enseguida.

Cuando terminaron de hacer sus reverencias, Alfonso comentó, despreocupado:

—Estoy absolutamente fascinado por esta colección de fábulas persas que acabo de recibir en su versión castellana. Un auténtico tesoro de sabiduría y sanos consejos. Por ejemplo, este pasaje.

El rey pasó ligeramente las hojas del manuscrito hasta encontrar el fragmento que había leído por encima del hombro de fray Lucas en la isla de Tambo. Sostuvo la página con la punta de los dedos, y leyó en voz alta con deliberada lentitud: «Los reyes son notoriamente veleidosos: todo sonrisas, te hacen pensar que te aprecian mucho, pero de repente parecen no conocerte, u odiarte, lo que es mucho peor».

Con un eufórico sentido del poder, Alfonso vio cómo Beatriz se acobardaba y Manuel palidecía. Entonces, con una afable sonrisa, ordenó las páginas del manuscrito y lo puso aparte.

Con una respetuosa inclinación y las manos temblándole visiblemente, Manuel le entregó al monarca la carpeta de tapas gofradas que atesoraba la irreprochable copia de Beatriz de su traducción del *Régimen de Salud* de Moisés Maimónides. Pero Alfonso ni siquiera se dignó mirarlo. Dejó en el banco el forro de cuero sin abrir, junto al otro manuscrito, y se levantó tan autoritariamente que su apariencia de erudito quedó eclipsada por la imagen del rey. Tras mirar fijamente a Manuel, se dirigió a Beatriz:

—Don Álvaro presentó ante mí la acusación de brujería y pacto satánico que os imputa, cargos que se originan en lo que vulgarmente se suele creer, un tema del cual ya hemos hablado en otra ocasión. También me ha informado de vuestro deseo de abrazar la fe cristiana para libraros de la sospecha de que sois objeto, una sospecha que frecuentemente recae sobre los judíos.

Sopesando el efecto de sus palabras, Alfonso hizo una pausa, hojeó el manuscrito de *Calila y Dimna*, sacó una página y aparentó examinarla con sumo interés, prolongando así un silencio que duró una eternidad. Beatriz permanecía inmóvil, sin atreverse siquiera a enjugarse la frente perlada de sudor, cuyas gotas resbalaban desde su nariz hasta el labio superior mientras esperaba, esperaba, esperaba... Dándole la espalda, Alfonso resumió:

—Desde luego, la prueba presentada por don Álvaro para fundamentar su incriminación es totalmente inadmisibile, pues consiste en un par de retazos del poema que os dediqué y, por supuesto, también se inspira en su firme suposición de que he seguido los pasos de mi antepasado, Alfonso VIII. De haber leído la composición íntegramente, hubiera comprendido claramente su esencia y, por lo tanto, se habría convencido de la pureza de mis intenciones con respecto a vos. Tomando en cuenta su anterior intento de desacreditar a vuestro pariente y a su familia, aunque no veo el porqué de su empeño, la lógica indica que sería preciso absolver a la acusada.

En una impulsiva reacción de alivio, Manuel hizo el amago de agarrar la mano de Beatriz, pero su gesto se frustró cuando Alfonso se giró hacia a ellos, mirándolos severamente:

—Es demasiado pronto para que cantéis victoria. Como fiel cristiano y en conciencia, no puedo pasar por alto el franco deseo de un alma pecadora de entrar en el seno de la Iglesia y asegurar su salvación eterna. Sin

embargo, como he afirmado más de una vez, no tolero el bautismo por coacción ni por ningún otro medio de imposición. La cruz debe ser abrazada por verdadera convicción, en un espíritu de profunda fe que, de por sí, las aguas bautismales no pueden conceder. En el transcurso de vuestro trabajo como copista de las *Cantigas*, personalmente traté de infundiros nuestra fe. Pero mis esfuerzos no bastaron. Cerca de aquí hay un convento fundado por mi padre donde viven recogidas las viudas de los valientes nobles caídos en la lucha por reconquistar nuestro reino de las manos del Infiel. Yo he seguido dotando generosamente ese loable establecimiento que ampara también a cristianas de noble cuna que no están obligadas a llevar hábito. Aunque no estáis en ninguna de las dos categorías, la índole especial de vuestra situación justifica que hagamos una excepción. En vuestro caso, mi decisión es la siguiente: pasaréis una temporada tras los muros del convento. Eso os permitirá impregnaros del espíritu religioso y los consejos que recibiréis de esas mujeres consagradas al servicio de Dios guiarán vuestra conducta y vuestro entendimiento, haciendo que vuestra evolución a lo largo del sendero que habéis elegido sea más rápida. Cuando, tanto yo como vuestras catequistas, estemos convencidos de la sinceridad de vuestra conversión, formalmente os exculparé de todos los cargos que han sido formulados.

Beatriz se arrodilló en una actitud de total acatamiento:

—Os doy mis más humildes gracias, majestad, por vuestra inmensa bondad y clarividencia para anticiparos a mi más ferviente deseo. Desde la prematura muerte de mi esposo, a menudo he anhelado llevar una vida retirada —murmuró aparentando auténtica sinceridad—. Sola, desamparada, vulnerable, y muy pronto acosada, abandonada y privada de amor, para mí ahora el mundo carece de atractivo. Lo único que ambiciono es la quietud y la paz del alma que sólo puede encontrarse en una vida contemplativa.

Manuel estaba horrorizado; el rey, mudo de asombro.

—Realmente, ni yo ni la Iglesia pedíamos tanto —dijo Alfonso visiblemente conmovido mientras la ayudaba a levantarse—: Enclaustrarse de por vida no es una decisión que pueda tomarse a la ligera en un momento de desesperación. No podéis dejar de tomar en consideración el futuro de vuestro hijo. Al igual que el sabio italiano Tomás de Aquino, creo que los padres deben hacerse cargo de sus hijos hasta que alcancen la edad de la

razón. Mientras no tenga esa edad, el niño os necesita como guía, y sólo se le bautizará con vuestro consentimiento.

—Me han quitado a mi hijo.

Inmediatamente Manuel terció:

—Ante la incertidumbre del destino de mi parienta, y de resultas de los cargos presentados por don Álvaro, mi padre, como cabeza de familia, juzgó prudente quitarle la custodia de Davico y ponerlo bajo su tutela. El documento fue autorizado por el tribunal rabínico de Burgos, cuya competencia en tales asuntos, su majestad reconoce.

—Desde luego —admitió Alfonso secamente, sin dejar de contemplar a su copista—. No obstante, no puedo concebir a una mujer con semejante espíritu de independencia confinada en un convento, sometándose dócilmente no sólo a la regla de la orden, sino también a la autoridad de otras mujeres. Pero tal consideración es prematura. Mientras no sea totalmente admitida en el seno de la Iglesia, ¿para qué mirar tan lejos y perdernos en especulaciones? Tenemos que volver cuanto antes a nuestro largamente interrumpido trabajo en las *Cantigas*. Vendréis aquí, como siempre, mañana por la mañana. Entonces os informaré de las disposiciones necesarias para vuestra educación religiosa en el convento.

Volviéndose a Manuel, le ordenó perentoriamente:

—Mañana continuaréis vuestro viaje a Córdoba, como acordamos.

A una breve señal suya, apareció un guardia que acompañó a Beatriz y a Manuel hasta la salida de la Huerta del Rey, conduciéndolos a través de senderos que corrían entre los macizos de flores plantados por debajo del nivel del suelo en el jardín de Salah.

Cuando los centinelas quedaron muy atrás, Manuel rompió el muro del silencio que había erigido entre él y Beatriz. Arrimando tanto su montura a la de ella que ambas mulas se rozaban, le susurró una disculpa:

—Confieso, querida prima, que me equivoqué al juzgarte tan trágicamente. Tal como yo lo percibía, la ciega confianza que depositabas en el juicio del rey sólo podía nacer de su vínculo amoroso contigo, como confesó en su poema. Un vínculo cuya verdadera naturaleza tú me habías ocultado deliberadamente. Esa decepción me resultó insoportable, acrecentando mi rabia y mi frustración, y... ¿por qué no decirlo?... también mis celos. Esos mismos celos que sólo nacen cuando el amor es cabal. ¿Puedes comprenderme? ¿Perdonarme?

—Te comprendo. Y, a su debido tiempo, trataré de perdonar tu falta de confianza.

—No tenemos tiempo. Tú sabes cuán decidido está Alfonso a separarnos. Sólo me deja estar contigo un día. Y eso, lejos de aliviar mis viejas dudas acerca de sus verdaderas intenciones, viene a confirmarlas. De hecho, cuando estés en el convento, serás su prisionera y, como lo ha dispuesto todo de modo que tu conversión, es decir, tu libertad, dependa sólo de su decisión, entonces podrá hacer contigo lo que se le antoje y, llegado el caso, si lo desea, podrá acabar condenándote a muerte. Ha suspendido la causa, pero no ha emitido fallo alguno.

—Ni siquiera esperaba de él que dejara la causa en suspenso.

—Con su ilimitado poder, puede actuar de cualquiera de estas dos formas: bien si te quiere como un juguete para dar rienda suelta a su pasión, bien si aún abriga ciertas dudas con respecto a la existencia de tus ocultos poderes. Precisamente, lo que los nobles no le perdonan es esa típica falta de determinación. Pero sea cual fuere el rumbo que este enredo tome, hay una sola cosa a la que debes aferrarte y no soltarla nunca...

El ronco temblor de su voz la obligó a volverse para mirarlo. Con una emoción no exenta de satisfacción, Beatriz descubrió que en sus ojos brillaban lágrimas. Una oleada de alivio, cálida, inmensa, la inundó, tan inmensa como había sido su desgracia cuando él la abandonó.

—Ni por un instante debes dudar de mi amor. Nunca pienses que estás sola y que no te aman. Te hice un agravio dudando de ti. Creo que nunca conseguiré perdonarme a mí mismo por haberte llevado al extremo de anhelar una vida retirada del mundo. Ni siquiera alguien como yo, tan acostumbrado a tu talento histriónico, hubiera podido pensar que estabas fingiendo los sentimientos que le expresaste al rey. Tus palabras resonaban con tanta verosimilitud que me sentí afligido mientras me decía que merecía sentirme transido de dolor. Gracias a Dios, mejor dicho, gracias a tu entereza, mi ignominiosa conducta no ha causado un daño irreparable. Tú sola has conseguido que te concedan un indulto; los dos juntos, conseguiremos la absolucón.

—He conseguido algo más que un indulto. Aunque en el convento estaré a merced de Alfonso, eso me librárá definitivamente de caer en manos de Álvaro.

—No necesariamente, porque el compromiso contraído por Alfonso no satisface a nadie. La exculpación que buscas no te ha sido concedida, pero

tampoco a Álvaro le han otorgado tu condena ni tu conversión. De hecho, sus cargos se mantienen y la resolución del problema queda pendiente. Tu suerte depende ahora de tu habilidad para convencer al rey de la sinceridad de tu creencia en la religión cristiana.

—Por eso mi estancia en el convento es una bendición. No hay mal que por bien no venga. Porque observando fielmente la forma en que se expresan y la conducta de las monjas, debería ser capaz de aprender lo necesario para interpretar mi papel de un modo convincente. Debería no, tengo que ser capaz...

¡Qué irónico rumbo había tomado su destino! Antaño, en momentos de desoladora desesperación, anhelaba retirarse tras los muros de un convento no sólo para protegerse de sus perseguidores, sino también a éstos del sufrimiento que ella les causaba. Por supuesto, algo de ese viejo deseo, reavivado por el abandono de Manuel, fue lo que le infundió tal convicción a la hora de manifestarse ante el rey. Pero ahora, justo cuando se reconciliaba con su pariente, el más poderoso de sus perseguidores la forzaba a recluirse en esos mismos muros, decretando que su existencia dependería de su comportamiento allí.

Sumido en silenciosa cavilación, Manuel vaciló un buen rato antes de revelar a Beatriz una idea que se había callado por temor a desmoralizarla. No quería desalentarla en su propósito de salir con éxito de la prueba a la que Alfonso la sometía. Pero consideraba su deber prevenirla. Deteniendo su montura, hizo una seña a Beatriz para que lo imitara. Estaban cerca de las murallas de la ciudad y él quería dejar atrás la apiñada multitud de campesinos y sacerdotes, mercaderes y saltimbanquis, soldados y espías que confluían en la puerta del norte. Sus palabras no debían caer en oídos indiscretos... Acercándose más a ella, le habló tiernamente y con delicadeza:

—Puede que descubras que las mujeres que viven tras esos austeros muros no son tan piadosas como Alfonso quiere hacerte creer. Espléndidamente dotados, los conventos no siempre están dedicados únicamente al servicio de Dios. Muchas de las nobles damas que «se recogen» en su interior no lo hacen sólo por amor a Jesús, sino también por un amor de otra índole muy bien encubierto. No podemos pasar por alto la posibilidad de que Alfonso quiera disfrutar de esas discretas relaciones so capa de lo que él denomina tu «orientación religiosa».

—Soy consciente del riesgo que corro, pero tengo que asumirlo. ¡Ojalá que la buena fe de algunas monjas y la devoción que demostraré conjuren ese peligro! Como ya te dije antes, todo es cuestión de contemporizar. Ante todo, tengo que sobrevivir. Durante estos días terribles, sintiéndome rechazada y en abismal soledad, hubiera dado cualquier cosa con tal de convencerte de que una vida cristiana es mejor que una muerte judía, sobre todo si la perspectiva es morir en la hoguera no como una mártir de nuestra fe ancestral, sino como una vulgar bruja. El tiempo, en su devenir, esculpe las circunstancias, moldea los acontecimientos. Estando viva, tendré oportunidad de volver al judaísmo, a nuestra familia, pero por encima de todo, a mi único hijo. Álvaro no es inmortal. Y en su condición de rey, Alfonso tendrá problemas mucho más apremiantes en los que pensar que un antojadizo deseo por mi cuerpo o una vaga inquietud por la salvación de mi alma. Estos hechos, y otros que ignoramos, pudieran crear una situación totalmente distinta en los meses, o años, venideros. Debemos armarnos de paciencia y darle tiempo al tiempo.

—Y mientras tanto, debemos tener cuidado y no cometer ningún error.

Esa noche Manuel se quedó con Beatriz, envolviéndola, calmándola y estimulándola con una dulzura que la hizo evocar aquella otra pasión que había conocido allí, en aquella cama, testigo mudo de sus dos amores.

XXII

Una inquietante corriente oculta perturbaba el ambiente de la Huerta del Rey, de suyo tan tranquilo, cuando a la mañana siguiente dos centinelas armados condujeron a Beatriz hasta el pabellón. Escuchando atentamente aquel rumor de sigilosa actividad, poco a poco distinguió aisladas briznas sonoras: amortiguadas voces de mando, el eco sordo de marchas militares, algún que otro ruido de armas. ¿Para qué tanta vigilancia encubierta? Nunca antes había presenciado semejante actividad en aquel apartado lugar de accesos tan bien custodiados, y ahora no veía ningún motivo que la justificara, a menos que... (la idea la estremeció desequilibrándola con la fuerza de un ariete), a menos que hubieran dispuesto una discreta vigilancia para evitar que ella, sospechosa de hechicería, perjudicara al rey con algún maleficio...

Alfonso no estaba allí esperándola como todos los domingos cuando trabajaban juntos; sin embargo, por tratarse de un día laborable, no le sorprendió. Esperó sentada en el banco de mármol, inmóvil, con la espalda erguida, pacientemente al principio, pero cada vez más extrañada a medida que la sombra del gnomon se desplazaba en el reloj solar, como si aquella tardanza estuviera concebida adrede para desconcertarla. Con el paso de las horas, su aprensión aumentaba. Célebre por su inconstancia, el rey muy bien podía haber cambiado de plan... Pero ella no dejó traslucir ninguna señal de ansiedad cuando Alfonso entró en el pabellón majestuosamente, en medio de un ir y venir de soldados, en un estrépito de armas, espantando a los pájaros que en su ilimitada libertad podían remontarse hacia el cielo.

Tras ordenar a la escolta que se retirara, el rey giró sobre los talones situándose frente a Beatriz. La cicatriz debajo de su ceja enrojeció:

—Vamos a ver, viuda Beatriz, ¿qué tenéis que decir en vuestra defensa?

La lucidez de la copista se tambaleó como una peonza antes de caer:

—Con el debido respeto, señor, no os entiendo.

—Yo tampoco entiendo nada. ¡Pero, demonios, juro que acabaré entendiéndolo! ¿Qué pasó entre vosotros dos para que don Álvaro se viera impulsado a presentar tan drásticos cargos?

—Nada de nada, majestad. Tal vez ésa sea la causa.

—Explicaos.

—Señor, don Álvaro es un hombre solitario en el ocaso de su vida. Pretendía de mí un cierto afecto humano para mitigar la fría aridez de su existencia. Los cargos que ha presentado contra mí son su venganza por mi incapacidad para acceder a lo que él deseaba.

—Es decir, aquello que también Manuel quería y a lo cual accedisteis.

—Señor, Manuel, espontáneamente, empezó a darme el mismo vivificante vigor que Álvaro quería que le diera a él, como si bastara pedirlo para que esa regeneradora fuerza fluyera de Manuel hacia mí, y de mí hasta él. Manuel tenía un don de gentes que comunicó calor a mi alma yerta, devolviéndome el deseo de vivir que había perdido a raíz de la muerte de Benito. Él me cuidó, me infundió un nuevo soplo de vida, amándome como un artista a su obra de arte. Andando el tiempo, señor, su amor suscitó el mío. Esto fue lo que Álvaro codició.

—Eso explica su pretensión, su afán de desacreditar a vuestro pariente. Todo muy lógico y claramente expuesto. Ni la menor señal de brujería en todo esto. Pero... ¿y conmigo, qué habéis hecho conmigo? ¿Por qué vuestra presencia turba tanto mi alma, provocando un sentimiento que ninguna otra mujer en el reino, por muy bella y seductora que fuera, había despertado en mí? Alguna fuerza oculta, algo semejante a un encantamiento, me arrastra hacia vos como si me hubieran privado de mi libre albedrío. ¿Cómo no ver la mano del diablo en tan inexplicable portento? —Bruscamente, su tono de voz pensativo se endureció—: A veces hay un grano de verdad en las creencias populares, ¿sabéis?

Beatriz estaba al borde del pánico. Aquella vacilación tan insensata no podía ser seria; quizás ocultaba la intención de atormentarla simplemente para divertirse. En un esfuerzo por dominar el temblor de su voz, se aferró al borde del banco hasta que los nudillos de sus manos sudorosas se pusieron blancos:

—Eso, señor, sólo corresponde a vos juzgarlo.

—A menudo os he visto como la encarnación de una tentación enviada para ponerme a prueba. Pues bien, viuda Beatriz, no sucumbiré ante esa tentación, venga de donde venga. Simplemente, quedaréis como una imagen para ser acariciada, no como una mujer digna de ser poseída. Puede que las aguas bautismales rompan el hechizo. De no ser así, ya veríamos... Y ahora, manos a la obra.

Beatriz respiró hondo para tranquilizarse, controlando su alteración y concentrándose en la tarea que tenía ante sí. La vibrante lectura de Alfonso la ayudó a calmarse, y a medida que ella seguía el texto se hacía cada vez más evidente que, aunque no se hubiera esmerado en estudiar gallego durante su estancia en Combarro, inconscientemente había aprendido muchísimo. Esta vez apenas hizo falta explicarle las *Cantigas*, y ambos las recitaron rápidamente de principio a fin, una tras otra, milagro tras milagro, hasta que Alfonso se calló abruptamente. Poniendo un dedo debajo de la hendidura de Beatriz, un dedo estremecido de pasión, le levantó la barbilla, y le dijo:

—¿Podéis llegar a creer sinceramente en todos estos milagros?

—Señor, si tanta gente sabia cree en ellos, ¿quién soy yo para poner en duda su veracidad? Por inexplicable que parezca, toda vez que una idea se manifiesta, incrementa la fe de quienes la concibieron, se repite y se introduce poco a poco en la mente de los demás, brotando, propagándose y esparciéndose igual que una simiente diseminada por el viento que comienza a florecer confirmando su verdad.

—Lo mismo podría decirse de la acusación de Álvaro. Una vez repetida ante un auditorio receptivo, también empezaría a aceptarse como una verdad.

—Tal vez sea así, señor, pero como supremo juez del reino coincidiréis conmigo en que se precisa una gran prudencia por parte del auditorio cuando lo que está en juego es la vida de un ser humano.

Alfonso aparentó ignorar su comentario. El interrogatorio continuó:

—¿Seríais capaz de creer en el misterio de la inmaculada concepción y en el de la trinidad, artículos de fe en los que hay que creer sin recurrir a la razón? No seréis considerada una fiel cristiana hasta que no lo hagáis.

—A fuerza de devoción, piedad y oración, ardo en deseos de que la fe me inspire.

Alfonso la escudriñó con una especie de fascinación dubitativa que ya antes ella había vislumbrado en sus ojos, pero ahora un destello interrogativo, casi de desconfianza, emanaba de su mirada. Abruptamente le quitó el dedo del mentón liberando su cabeza de aquella posición forzada, y volvió a ocuparse de las *Cantigas*.

—Vuestro gallego ha mejorado tanto que creo que podréis continuar con un mínimo de ayuda por mi parte. Algún que otro encuentro de vez en

cuando será suficiente para aclarar cualquier duda que pudiera surgir, así como para velar por vuestra instrucción religiosa.

A una breve señal suya, aparecieron dos guardias:

—Acompañad a la viuda Beatriz al convento —ordenó mirándola detenidamente mientras ella, con gestos deliberadamente lentos, metía en su carpeta de piel el fajo de poemas que él le había llevado. Cuando se levantó e hizo la reverencia, él creyó detectar un sutil sometimiento en sus hombros alicaídos y en la cabeza gacha, lo que indicaba una nueva humildad. Después de todo, quizás era sincera, pensó cambiando de opinión una vez más, igual que una veleta a merced de los caprichosos vientos de marzo, a menos que se tratara de una diabólica mascarada...

Los guardias condujeron a Beatriz a lo largo del estrecho sendero sin solar, pero bien allanado, que bordeaba el huerto. Mientras avanzaban bajo el etéreo dosel de flores, cuyos pálidos rosas y puros blancos se extendían como velos vestales entre las ramas de los árboles frutales, el ruido de obras en construcción, poleas rechinando, cinces golpeando, aumentaba sin cesar. Al salir de la delicada sombra del vergel, Beatriz vio aparecer una edificación a medio acabar: estaban erigiendo un campanario sobre un truncado alminar contiguo a una antigua mezquita, en cuya cúpula destellaba ahora una cruz. La mezquita convertida en capilla había sido incorporada en el lado oriental del recinto amurallado hacia cuya ala meridional la conducían los guardias, quienes se abrieron paso apartando a puntapiés los escombros de la torre esparcidos en el camino. Unas cuantas zancadas a lo largo del muro bastaron para llegar a una oscura puerta de madera maciza con clavos de hierro que, nada más llamar, se abrió sin esfuerzo. Evidentemente, los estaban esperando.

Beatriz se detuvo un momento en el zaguán, y una diminuta monja oculta detrás de la gran puerta volvió a cerrarla despacio, con un chirrido de goznes, y luego corrió los cerrojos silenciosamente. Sin mirar a Beatriz, la tornera se escabulló, pero volvió poco después. Siempre sin mirarla ni siquiera de reojo, la monja la condujo a través de una puerta de cuarterones muy pulida. Una espesa y sombría alfombra amortiguó el ruido de sus pasos, y de pronto se encontró en medio de una gran sala bien iluminada. Allí, contra un fondo de paños de Arras, estaba la abadesa. Su mano izquierda, tan tersa que hubiera podido ser de marfil, reposaba sobre una Biblia abierta en un facistol.

Mujer de gran belleza, el velo que enmarcaba su rostro resaltaba la delicadeza de sus facciones elegantemente cinceladas. Sus claros ojos azules eran francos y espontáneos, su presencia irradiaba serenidad, y con todo, era moderadamente autoritaria. Ni amistosa ni hostil, la mirada que posó sobre Beatriz expresaba más bien un enjuiciamiento en suspenso. Era como si estuviera dispuesta a dejarse convencer, siempre que la viuda adujera la prueba de su inocencia.

—Su majestad, nuestro amado rey don Alfonso, me ha puesto al corriente de los pormenores de vuestro caso —dijo dulcemente mientras sus dedos, blancos como la cera, se deslizaban sobre las realzadas iluminaciones de las doradas páginas de la Biblia para luego acariciar las discretas piedras preciosas engastadas en el cinto que ceñía su hábito—. No es frecuente entre nosotras admitir catecúmenas, pero en vista de la larga tradición de buena voluntad que nuestro soberano ha manifestado hacia esta casa, al igual que antes hiciera su padre, una renovada benevolencia de la cual nos ha dado generosas pruebas en el día de hoy, sería descortés desoír su petición de que os otorguemos protección e instrucción.

—Estoy profunda y humildemente agradecida —murmuró Beatriz inclinando la cabeza y bajando los ojos en actitud contrita.

—De más está decir que a la más mínima indisciplina de cualquier clase, y repito, de cualquier clase, seréis expulsada. Mi más ferviente esperanza es que entréis en esta casa decidida a renunciar no sólo al pecado, sino también al mal, volviendo al buen camino y abrazando la única y verdadera fe por amor a nuestro Salvador, nuestro Señor Jesucristo. Mi fiel asistente, sor Teresa, se encargará de enseñaros los rudimentos de nuestra santa doctrina cristiana. Esa será la instrucción elemental, previa a una educación y un examen más a fondo, que correrá a cargo de nuestro sacerdote oficiante y confesor, el padre Isidoro, antes de vuestro bautismo. No obstante, para aclarar cualquier dificultad de comprensión que tengáis referente a los misterios de la fe católica, no sólo está el padre Isidoro, sino también el rey en persona, tal y como ha ordenado. Podéis rezar en la capilla junto con el resto de nuestras hermanas a las horas canónicas, pero hasta que no estemos convencidas de la pureza de vuestras intenciones, permaneceréis confinada en vuestra celda, sola. Allí podréis seguir copiando el manuscrito del rey, pero en vuestras horas de ocio os dedicaréis a meditar sobre los artículos de fe, a orar, y a la devoción de Nuestra Señora, la Santa Virgen, y de Nuestro Señor Jesucristo. Se os dará de

comer, se os entregará ropa de cama, vestidos y velas, de acuerdo con vuestra condición. Hoy estáis dispensada de acudir al rezo de la hora nona, pero sor Teresa os acompañará a cantar las vísperas. ¡Plegue a Dios que el amor de nuestro Señor Jesucristo os inspire las virtudes de la fe y la humildad! —dijo haciendo la señal de la cruz sobre la cabeza de Beatriz, y añadió—: La hermana Agnes os conducirá a vuestra celda.

A una casi imperceptible señal de la abadesa, la tornera que le había abierto la puerta a Beatriz, salió de la nada. Siempre torciendo los ojos, se hizo cargo de ella y la sacó a la galería, ahora desierta entre la hora sexta y la nona, momento en que las monjas solían retirarse a orar en la quietud del silencio. Doblando a la izquierda, la monja siguió por debajo de la arquería que bordeaba el refectorio, más que caminando casi corriendo con sus rechonchas piernas, y Beatriz tuvo que avivar el paso para seguirla. Al llegar a la esquina donde el ala sur del claustro coincidía con el ala oeste, la monja se detuvo ante una pequeña y humilde puerta, de cuya cerradura sobresalía una torcida y herrumbrosa llave. Después de mucho manipularla con sus gordos y desmañados dedos, consiguió que la atascada llave girara, empujó la puerta y le indicó a Beatriz que entrara. Entonces la puerta se cerró detrás de ella, y Beatriz volvió a sentir el tejemaneje de la tornera tratando de encajar la llave en la cerradura hasta que la hizo girar.

Al pasar bruscamente de la luz a la oscuridad, Beatriz tuvo que esperar un rato para que se aclararan las manchas multicolores que se arremolinaban en su retina. Poco a poco, los límites del espacio donde iba a vivir empezaron a emerger de las sombras. Aquello era tan estrecho, y el techo tan bajo, que más que una celda conventual parecía un trastero. En la pared del fondo, habían echado un montón de paja, fresca, lo cual la alegró, sobre un mohoso jergón a cuyos pies yacía una áspera manta de indescifrable color y un par de toscos vestidos grises. Encima del jergón, en un nicho, había un agrietado orinal, un aguamanil y una palangana de estaño abollada, cubierta con una andrajosa toalla; también había una vela en un candelero de hierro, y una caja de madera con yesca, pedernal y eslabón. Su mano tembló mientras hería el pedernal con el eslabón para sacar chispas, prender la yesca y encender la vela. Lentamente dio una vuelta sobre sí misma con la vela en la mano hasta que la trémula luz iluminó una mesita de caballete formando ángulo con el jergón. Encima del mueble había un puñado de velas de sebo medio usadas y, debajo, un escabel toscamente acabado que cojeaba debido al desigual embaldosado.

Alzando los ojos, contempló el oscuro crucifijo clavado en el muro, envuelto en el demoníaco juego de luz y sombra que proyectaba la oscilante llama de la vela. Era como si la agonizante efigie de Cristo hubiera sido puesta allí a modo de reconvención, para amonestarla ¿otal vez inspirarla? mientras trabajaba...

Beatriz dejó sobre la mesa el manuscrito de Alfonso, las plumas y los tinteros. Entonces dio otra vuelta con la vela, iluminando los muros de arriba abajo, en busca de una ventana o algún ojo de buey a través de los cuales pudieran entrar el aire y la luz en el reducido aposento. Pero aparte de la rendija que separaba el carcomido batiente de la combada hoja de la puerta, a través de la cual entraba algún que otro hilo de luz, allí no había ninguna abertura que diera al exterior. Con un nudo en la garganta, ahogada por la desesperación, se dejó caer en la paja que ahora era su cama. Pero... ¿por cuánto tiempo? ¿Hasta que la luz de su vista empezara a fallar a causa de copiar noche y día a la débil luz de una vela humeante? ¿O hasta que el fétido aire le pudiera los pulmones provocándole una fiebre letal? ¿Era ésta la materialización de la cristiana misericordia del rey: una larga, aunque no por ello menos segura, manera de deshacerse de ella? ¿Había arriesgado tanto, había llegado tan lejos, sólo para acabar pudriéndose en lo que más bien parecía un confinamiento en un calabozo? Día tras día su fuerza podía menguar hasta hacerle perder las ganas de luchar. Pero tenía que luchar. Como decía el sirviente Moisés, no era del todo seguro que lo que ella temía pudiera suceder. Podía resistir el proceso de decadencia, dominarlo y mantenerlo a raya hasta... hasta... ¿hasta cuándo?

Estaba a punto de alinear sus utensilios de escritura sobre la mesa cuando oyó el crujido de la llave, esta vez girando suavemente en la cerradura. En el umbral apareció una encorvada silueta recortándose contra la luz, un pobre hombre contrahecho, giboso y retorcido, que cojeaba con una pierna más corta que la otra. Igual que la hermana Agnes, tampoco la miró. Dejando en el suelo una bolsa de herramientas, sacó de allí un martillo y un escoplo, y, con una destreza que su tullido cuerpo desmentía, practicó al nivel de los ojos una pequeña abertura cuadrada en la puerta, silbando tenuemente mientras trabajaba. Cuando terminó, se detuvo un momento para enjugarse la saliva que caía por la comisura de los labios, y luego recogió las herramientas y se alejó cojeando.

Beatriz se asomó a mirar por el ventanillo, presa de emociones encontradas. Había deseado aire y luz. Y ahora, como si algún poder

invisible la hubiera complacido, aire y luz le habían sido otorgados, pero no gratuitamente. Junto con estos vitales elementos había irrumpido el espectro de un peligro acaso mayor que la oscuridad y la falta de aire: la constante vigilancia, a todas horas, día y noche.

Cuando tocaron la campana anunciando la hora nona, el brillante y vibrante tañido rompió la modorra de la siesta. Al sentir movimiento en la galería, Beatriz imaginó a las monjas saliendo de las celdas y dormitorios situados a lo largo del ala norte y oeste del claustro, cerrando suavemente las puertas, intercambiando sigilosas conversaciones mientras caminaban, de una en una o de dos en dos, a la sombra de la arquería que corría alrededor del patio hasta la capilla que estaba en el ala oriental del recinto. Al principio, se abstuvo de fisgar por el ventanillo. Del mismo modo que la hermana Agnes y el carpintero habían rehuido su mirada por miedo a que un destello de sus pupilas o su aliento pudieran hechizarlos, lo más probable era que las otras monjas también se mostraran cautas con ella. En tal sentido, sólo de ella dependía no dar pie para que tergiversaran sus actos.

Entonces se dejó caer otra vez en el montón de paja y concentró todas sus facultades en el papel que debía interpretar. Fingir humildad y acatamiento no le costaba trabajo, pero no bastaba con eso. Era su natural vivacidad lo que tenía que reprimir, la luz de la curiosidad brillando en sus ojos; y todo ello, sin dejar de observar atentamente lo que ocurría a su alrededor para adoptar los gestos y actitudes indispensables a la hora de encarnar su personaje. Incluso en ese punto debía ser muy prudente. Si aprendía muy rápidamente, dirían que contaba con la ayuda del diablo para infiltrarse mejor en aquella casa y corromper las almas de las virtuosas cristianas que allí moraban; si lo hacía demasiado lentamente, en el mejor de los casos dirían que no era receptiva y, en el peor, que lo hacía de mala gana. Cualquiera de las alternativas era peligrosa, y ese simple hecho la obligaba a buscar, y a mantener, un equilibrio sobre el filo de la navaja.

Apenas había dormitado un rato cuando se despertó con la llave rechinando de nuevo en la herrumbrosa cerradura. Ante ella, ocupando prácticamente todo el espacio de la minúscula celda, había una monja de gran estatura mirándola fijamente, con unos ojos fríamente grises y ligeramente inyectados en sangre, hundidos en una cara tan pequeña que no guardaba proporción con su descomunal cuerpo. Beatriz se precipitó a sus pies asumiendo la apariencia de humildad que antes adoptara en presencia

de la abadesa: la cabeza gacha, la mirada contrita, juntando las palmas de las manos en actitud de fervor y encogimiento.

—Yo soy sor Teresa —dijo la mujer apenas despegando los delgados labios, con una ampolla temblándole en la comisura. Tanto del tono de su voz como de su porte emanaba una amedrentadora severidad. En ese momento volvió a sonar la campana del convento, esta vez llamando a vísperas.

—¡Vamos! —le dijo la monja empujándola con apremio, pero al ver a las hermanas que acudían a la capilla desde todas partes, unas cruzando el jardín, otras apresurándose a lo largo de la arquería, se detuvo en seco. Sólo cuando todas las monjas entraron en el santuario, condujo a Beatriz a través del vacío claustro. Imitándola minuciosamente, Beatriz se arrodilló y se persignó al entrar en la capilla. Entonces su catequista la llevó, no a los bancos delanteros donde estaban las otras hermanas en ordenadas hileras frente al altar, sino aparte, hacia el rincón más oscuro y retirado del templo, como si fuera una apestada.

Beatriz se felicitó, pues al instante aquella nueva humillación quedó milagrosamente compensada por las voces de las monjas elevándose al unísono. Mientras cantaban sus alabanzas gloriándose en el Señor, la cúpula devolvía el eco puro y seráfico de sus voces en mística resonancia. Aquel himno inefable la enaltecía espiritualmente, conmoviéndola con tanta piedad que experimentó infinito alivio mientras unas apacibles lágrimas resbalaban por sus mejillas. Sin que nadie se lo pidiera, aquella auténtica emoción dio testimonio de su fe en aquel poder tan exquisitamente exaltado. Un poder que ella podía denominar con cualquier nombre, o con ninguno, pues lo que importaba era la devoción que le inspiraba. El papel que pensaba representar tal vez iba a resultarle más fácil de lo que había imaginado si lo sentía de veras, tan siquiera en parte.

XXIII

Para Beatriz los días adquirieron una cualidad porosa, cribando las horas inacabablemente, en una suerte de vacuidad. Cada tres horas, desde el amanecer hasta el anochecer, con rigurosa regularidad, sor Teresa la llevaba deprisa y corriendo a través del reluciente y tranquilo jardín del claustro donde le hubiera gustado quedarse un rato; pero la monja, cogiéndola firmemente por el brazo, la obligaba a seguir hasta las más recónditas sombras de la capilla para acudir al rezo de las oraciones canónicas. Aquella poderosa exaltación, que parecía alcanzar a lo divino, aquellos cantos litúrgicos, la devoción que al principio le inspiraron, poco a poco se fueron extinguendo a medida que su prístino fervor se iba embotando con la constante repetición. Sólo la solemnidad de la misa dominical, con su fugaz perfume de flores unido al almizclado olor del incienso evocador de misterios, sólo las resplandecientes velas ardiendo en el altar, las casullas brocadas en oro de los sacerdotes y, sobre todo, las puras y virtuosas voces de las monjas ascendiendo al cielo; sólo eso podía aún elevar su alma hasta el único Dios verdadero, cuyos misteriosos atributos, como dictaminaba el dogma cristiano, ella se afanaba en penetrar.

El intervalo entre la prima y la tercia, esas secas, punzantes y tempranas horas de la mañana, cuando su vista era tan aguda como la de un águila y su pulso firme como una roca, estaba consagrado al estudio de los principios del cristianismo, tal como los exponía sor Teresa. Severa, imponente, solía quedarse de pie en la exigua celda, dejando misericordiosamente entreabierta la puerta mientras Beatriz, bajando los ojos, apretándose las manos en el regazo, permanecía sentada en el escabel en una pose de ejemplar sumisión. Con precisión y con una paciencia que desmentía su imponente talante, la monja solía explicarle, frase por frase, palabra por palabra, el significado del credo hasta que finalmente Beatriz fue capaz de recitarlo de memoria. Después de aclararle cada artículo de la fe, la catequista le preguntaba a la catecúmena si tenía alguna pregunta que hacer, pero Beatriz siempre evitaba el desafío respondiendo que todo estaba claro para ella.

Después de la hora tercia, de nuevo sola en su celda, engullía la frugal comida que le dejaban en la mesa durante su ausencia: unos días, sardinas ahumadas; otros, fabada; a veces, pescadilla seca, pero lo más repulsivo era el jamón curado que ella intentaba tragar sin hacer ni una mueca, por si acaso la estaban observando en secreto. Sólo entonces podía sentarse a trabajar aprovechando la escasa luz del día que penetraba en la oscuridad de su celda. Pero tan pronto como su pluma empezaba a ocuparse de los poemas de Alfonso, la campana de la capilla volvía a tañer, interrumpiendo la perfecta coordinación que había conseguido entre sus ojos y su mano. Y de nuevo la descomunal silueta de sor Teresa aparecía en la puerta, convocándola tácitamente con su rígida presencia a las oraciones de la hora sexta. Durante el resto del tiempo, entre la sexta y la nona, sor Teresa le comentaba pasajes escogidos del Evangelio, que estaba obligada a memorizar. Beatriz hacía exactamente lo que la catequista le decía, sin ninguna vacilación. Así lo hizo hasta que empezó a recitar con fluidez en impecable latín: «... mas Israel, persiguiendo la ley de la justicia, no llegó a conseguir esa ley. ¿Por qué? Porque no fue por el camino de la fe, sino por el de las obras, como si por ellas pudiera alcanzarla. De este modo tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito: "He aquí que pongo en Sión una piedra de tropiezo y una piedra de escándalo, y el que creyere en él no será confundido"». O también: «En verdad os digo que si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así, pues, el que se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos».

Cuando volvía a asistir a las oraciones de la tarde, la luz ya empezaba a declinar. Entre vísperas y completas estaba obligada a trabajar a la trémula y engañosa llama de la vela, y a menudo destruía su copia a la mañana siguiente, cuando la examinaba a la inmisericorde luz del día. Gracias a una especial dispensa, estaba exonerada de la vigilia de medianoche, pero las campanadas llamando a las monjas para acudir al oficio divino la trastornaban. Sin embargo, no se levantaba, ni siquiera osaba moverse, pues sentía el vigilante ojo de sor Teresa, cada vez que pasaba en dirección a la capilla, fisgoneando a través del ventanillo en busca de alguna señal de brujería practicada en el oscuro secreto de la mágica hora de la medianoche. Hacia el amanecer, el sueño de Beatriz, ligero y agitado, se poblaba con la recurrente pesadilla de un Cristo pantocrátor con todos los rasgos del rey, menos en lo tocante a los ojos. Allí estaban los ojos de sor Teresa,

pequeños, grises, penetrantes, y en aquella escalofriante mirada, Beatriz leía su condenación al fuego eterno por haber incumplido su —Su— voluntad: por no haber terminado la copia; por ser incapaz de entender la naturaleza del Espíritu Santo, incapaz de entrever la Resurrección, de concebir la Asunción; incapaz, incapaz, incapaz de creer... Otras veces soñaba que ella era la Virgen María con una cuna a sus pies, donde Davico chillaba para que lo cogiera en brazos y le diera el pecho, pero no podía, pues sus brazos, pesados como el plomo, estaban paralizados... Angustiada, solía despertarse después de prima, sudando de terror, más cansada de lo que estaba cuando se había acostado a dormir y temiendo que a causa de esa constante fatiga su pulso pudiera temblar. ¿Cómo se lo explicaría a Alfonso cuando fuera a revisar su trabajo?

Cuando llegaron al amén final del credo, sor Teresa volvió a preguntarle si todo estaba claro para ella. Su voz sonaba sospechosamente amenazadora y sus helados ojos, centelleantes y entornados, la miraban fijamente. «Una razonable reacción», pensó Beatriz inmediatamente. ¿Cómo podía demostrarse una verdadera conversión si no surgía ninguna duda digna de ser refutada, si no se presentaba la ocasión de convencer al que dudaba? Beatriz tenía que darle a su catequista una prueba poderosa de que la había convencido...

Tras un instante de tímida y pueril vacilación, murmuró:

—Me confunde un poco el hecho de manifestar mi creencia en un solo Dios, para luego declarar que también creo en nuestro Señor Jesucristo, así como en el Espíritu Santo. Es como si declarase que no creo en un solo Dios, sino en tres.

—Estaba esperando que una persona de vuestra inteligencia preguntara sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Pero esto es menos difícil de entender de lo que imagináis, porque Nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu Santo son meras manifestaciones de Dios Padre. Imaginad la relación entre Dios Padre y Dios Hijo como la que existe entre la llama y la luz, entre el manantial y el arroyo, entre el sello y lo impreso, siempre complementándose mutuamente. En cuanto al Espíritu Santo que reside en el corazón de todos y cada uno de los cristianos, gracias a esa divina presencia que nos da vida estamos en contacto con Dios.

—Es una clara y bellísima analogía —contestó Beatriz cándidamente, pero evidentemente convencida—, y responde a otra pregunta que surge en mi mente. Si el Espíritu Santo es la parte de la divinidad que da vida,

entonces la inmaculada concepción de la Virgen María se convierte en algo perfectamente creíble.

Escuchando las palabras que fluían con tanta naturalidad de su versátil lengua de comedianta, Beatriz se aterrorizó al darse cuenta de que, con tal de persuadir a sor Teresa de su convicción religiosa, había estado a punto de convencerse a sí misma...

En un súbito acceso de lo que a primera vista parecía ser fervor religioso, sor Teresa abrazó a Beatriz y empezó a acariciarle una mejilla.

—¡Cuánto me alegro, querida hermana, qué feliz me hace oír decir eso! Mucho me habría afligido si vuestra alma se hubiera obstinado, negándose a aceptar la salvación. Para nosotras no hay mayor consuelo que recibir el perdón de Nuestro Señor Jesucristo por nuestros pecados y la promesa de vida eterna más allá de la muerte. Tú mereces ese consuelo, como deberían merecerlo todos los de tu pueblo que lo niegan a Él. Serás para ellos un ejemplo viviente.

Dejándose llevar por un arrebató de fervor, sor Teresa la besó primero en la mejilla, y después en los labios, con una efusión que pronto se convirtió en insistencia. Sus manos, apremiantes al principio pero cada vez más febriles, subían y bajaban a lo largo de sus pechos, palpando sus redondeces, avanzando a tientas por los pezones, mientras restregaba lascivamente su pubis contra el de Beatriz. Reprimiendo un gesto de repulsión, Beatriz no se resistió, y cuando ya estaba a punto de librarse del vasto abrazo de la abrumadora mole, la campana empezó a tañer anunciando la hora tercia. Realmente fue un milagro...

En la paz de la capilla, Beatriz se sintió sobrecogida de abominación sólo de pensar adónde podían llevar la supresión de los instintos naturales, la interdicción del afecto y del amor humano; y todo eso en nombre de Jesucristo. Al sentir la caliente y vibrante palpitación del cuerpo de la monja a su lado, un nuevo terror, hasta ahora inconcebible, la estremeció. ¿Qué otras perversiones aún peores podría exigirle sor Teresa a cambio de la certificación de que su fe en el cristianismo era sincera? ¿A qué abismos de iniquidad podían arrastrarla en aquel supuesto refugio de santidad, donde su palabra no valdría nada contra la de la catequista? Afortunadamente, el siguiente día era domingo, un día de silencio, así que tendría tiempo para encontrar una escapatoria de aquella inimaginable depravación.

Al otro día por la mañana, cuando salía de la capilla en compañía de su catequista después de la primera misa, Beatriz se angustió un poco al ver

venir a la abadesa directamente hacia ella. Tras despedir a sor Teresa, afrenta que hizo temblar de frustración la ampolla en la comisura de su boca, la madre superiora, en un gesto afectuoso, condujo a Beatriz del brazo hacia el locutorio. A mitad de camino, mientras cruzaban el jardín del claustro, redujo el paso y le dijo en un rápido cuchicheo:

—Id inmediatamente a vuestra celda y traed la copia de las *Cantigas*.

La estaban llamando para que se presentara ante el rey... Aquel era el día del Juicio Final... Atolondrada, Beatriz comenzó a rezar un desesperado rosario de plegarias invocando la intercesión de Jesús, María y la plétora de santos que sor Teresa le había metido en la cabeza a macha martillo, entreveradas con las súplicas de perdón que recordaba haberle oído a su padre durante el *Yom Kippur*, y con las espontáneas efusiones de su desgraciada alma, implorándole a Dios, al suyo, al de ellos, a todos y a ninguno, que la librara de la ira del rey cuando viera el pobre resultado de su trabajo desde su entrada en el convento; y para que la protegiera del nuevo peligro que entrañaba el morbosos abrazo de sor Teresa. Impaciente, examinó los pergaminos que cubrían su mesa y metió en el cartapacio de cordobán sólo los que consideró a la altura de su caligrafía. Y entonces, con el alma en un hilo, volvió a encontrarse con la abadesa en el jardín del claustro.

Alfonso no ocultó la sorpresa que le causó el aspecto de su copista cuando la vio entrar en el locutorio del convento. Su cutis, de suyo cetrino, había adquirido una enfermiza coloración grisácea, y el estado de sus ojos le preocupó gravemente: hinchados y con oscurísimas ojeras, la chispa de lucidez, el destello vivaz que allí siempre brillaba, fascinándolo casi en contra de su voluntad, había desaparecido por completo. ¿Qué le habían hecho, o mejor dicho, qué le había hecho él en nombre de su religión? Cuando extendió su imperiosa mano hacia el cartapacio, no pudo dejar de advertir el leve temblor en las manos de Beatriz mientras se lo entregaba. Al hojear los pocos pergaminos que le dio, le lanzó una penetrante mirada antes de ordenar perentoriamente:

—Deseo hablar a solas con la viuda Beatriz.

La abadesa ya iba a marcharse, pero él la detuvo:

—Era nuestra costumbre trabajar con la viuda los domingos por la mañana en el quiosco que está al otro lado del jardín. Costumbre que reanudaremos a partir de hoy.

La abadesa hizo un bondadoso gesto de aquiescencia mientras Alfonso, describiendo un majestuoso ademán, le cedió el paso a Beatriz invitándola a salir de los opresivos muros del convento. Y juntos caminaron, en medio de la luz y el aire fresco, hasta la florida intimidad de su retiro.

—Según las hermanas, sois una catecúmena que promete mucho —dijo, indicándole que se sentara en el banco de mármol mientras él permanecía de pie, con las piernas separadas, como para dominarla—. Más aún, me han dicho que no han encontrado en vuestra conducta ningún indicio de brujería. Todo lo contrario. Ningún misterioso conjuro a medianoche, ninguna efigie de cera hecha con cabos de vela, ningún diagrama mágico dibujado en los pergaminos desechados ni ninguna inscripción hebrea del inefable nombre.

Beatriz no se mostró sorprendida. Siempre había barruntado que las monjas registraban su celda cuando asistía a rezar a la capilla, siempre supo que nunca encontrarían nada...

—Por simple curiosidad personal, ¿por casualidad, fuisteis vos quien copió la versión castellana de *Picatrix*, esa obra de nigromancia grecoárabe que tradujo Juda ben Moisés.

—No, señor.

—Bien. Entonces todo está arreglado. Pero me tiene horrorizado la falta de progreso en vuestro trabajo y la inferior calidad de vuestra caligrafía. Los renglones son desiguales; la escritura, irregular; las íes no tienen punto, y las delgadísimas líneas de las letras han perdido su leve y airoso trazo. El cambio es tan alarmante que estoy tentado a creer que realmente era la mano del diablo la que guiaba a la vuestra con tanta maestría. Sin embargo, ahora estáis libres de su poder, pues la luz de la única fe verdadera ha iluminado vuestra alma ahuyentándolo.

—Señor, en mi alma nunca hubo ningún diablo. La causa de que mi caligrafía se haya vuelto lenta e irregular es mucho más sencilla de explicar. Mi celda apenas está iluminada por un ventanillo, por donde sólo entra la luz del sol durante una o dos horas al día, lo cual me obliga a trabajar al leve resplandor de una vela. Además, la mayor parte de mi tiempo está consagrada al estudio de la doctrina cristiana y los pasajes del Evangelio, y debo asistir a los oficios de todas las horas canónicas.

—En otras palabras, que las hermanas han considerado más prioritaria vuestra instrucción religiosa que la tarea que os he encomendado. Es muy

loable de su parte, pero no era esa exactamente mi intención. Hay que remediar inmediatamente esta situación. Hay una manera muy sencilla de solucionar, sin posibilidad de error, el asunto de la sinceridad de vuestra conversión. Puesto que las monjas me aseguran que la verdadera creencia en nuestra santa fe católica empieza a florecer en vuestra mente y en vuestro corazón, os confiaré lo que considero la clave que revela todo lo que pudiera pareceros incomprensible en nuestra religión. Este concepto reconciliará en vuestra conciencia las creencias judías con la fe cristiana. Armada con esta noción, podréis convencer de la sinceridad de vuestra conversión incluso al inquisidor más escéptico. Se trata de lo siguiente: como judía, vos creéis en el único y omnipotente Dios, creador de los cielos y la Tierra, y de todo lo que existe. Tan imponente, tan milagrosa es su divina obra de creación que basta para probar de modo deslumbrante que Dios es capaz de realizar cosas que exceden el entendimiento humano. Puede asumir cualquier forma, engendrar un Hijo a su imagen y semejanza a través de la Inmaculada Concepción, hacer milagros, resucitar a los muertos, puede hacer lo que quiera, cualquier cosa que vuestra imaginación sea capaz de concebir y que esté más allá de vuestra capacidad de soñar. Una vez que creáis en los sobrehumanos poderes de Dios, en los que ya creéis, poderes para nosotros inexplicables, inconcebibles, cuando hayáis comprendido el concepto de la intervención divina, lo habréis comprendido todo. Lo habéis entendido, ¿verdad? En el pasado me entendíais. ¿Me entendéis ahora?

—Lo entiendo perfectamente, señor, perfectamente.

—Entonces, no dediquemos más tiempo al catecismo. Ahora que me habéis entendido y aceptado los dogmas de la fe y el principio en que se fundamentan, el resto es coser y cantar. De ahora en adelante, copiaréis y sólo copiaréis, y en condiciones adecuadas. Vuestro bautismo puede esperar hasta que hayáis acabado la colección de poemas que os confié cuando entrasteis en el convento.

«¡Ésta, ésta era la verdadera salvación!», trino el alma de Beatriz en un inmenso aleluya dirigido al cielo. Salvación en este mundo, aquí y ahora, salvación de los malos tratos, salvación de la depravación, salvación del vacío ritual y del estéril dogma, salvación gracias a la intercesión de un benevolente y comprensivo ser humano. ¿Era aquél el milagro que tanto había suplicado? No. Era un sencillo acto de genuina caridad cristiana, o, como decían los sabios judíos, la verificación del adagio: «Ama a tu

prójimo como a ti mismo». ¿Acaso semejante conducta no era lo bastante insólita como para ser considerada un milagro?

OceanofPDF.com

XXIV

—¡Basta, Juan, basta! ¿No te puedes estar quieto ni un momento? En cuanto entras en este... este... en este lugar, lo pones todo patas arriba. Hasta Davico lo nota. Desde que llegaste no hace más que lloriquear.

—¡Oye, honorable hermano mayor, todo este enredo es obra tuya, no mía! Tú acogiste a Beatriz, tú hiciste las veces de padre con su hijo, y después, los dos os fuisteis rápidamente para Combarro, donde sólo Dios sabe qué hizo nuestra parienta para meterse en el lío ése que ahora todos estamos pagando. Nunca pedí venir aquí. Fue Pascualita quien convenció a nuestro padre, tutor de Davico por orden tuya, explicándole que el niño había crecido tan acostumbrado a ti que, en ausencia de sus verdaderos padres, eras la persona más indicada para criarlo, con su ayuda, por supuesto. Naturalmente, padre insistió para que les acompañara hasta aquí, pues quería estar seguro de que a su preciado pupilo no le pasaría nada malo por el camino.

—Como si no te hubiera encantado acompañar a Pascualita durante el viaje.

—No lo niego, y ahora mismo me iría si pudiera convencerla de que me acompañara. Pero no quiere. Dice que Davico la necesita a pesar de que también trajimos a su nodriza de Combarro. Créeme, hermano, no es por Davico que ella se ha quedado. Es por ti.

—No quiero, ni necesito, su ayuda.

—Entonces díselo a ella.

—Ya lo intenté, pero no quiso escucharme. Lo único que hizo fue mirarme con esos inexpresivos ojos vacunos, como si fuera demasiado lerda para entenderme. Si tú quieres, con ese irresistible encanto tuyo, podrías persuadirla...

—He hecho todo lo posible, pero es más terca que una mula.

—Entonces, ¿para qué insistir?

—Ya te lo he dicho muchas veces. Ella es exactamente la clase de esposa que yo necesito, lo bastante estúpida y pasiva como para dejarme vagar y vagar a mi aire. ¡Pero es a ti a quien ella busca, malditos sean sus embobados ojos!

—Entonces no es tan estúpida... Francamente, hermano, no te la mereces, porque eres un incorregible libertino. Pero no puedo obligarla a seguirte, del mismo modo que ella no puede obligarme a amarla.

—Quedamos en tablas.

Juan cogió el barco que en un mohíno intento de pasar la mañana le había hecho a Davico ahuecando un tronco, y lo arrojó caprichosamente al otro extremo del cuarto. Poco faltó para que golpeará a Pascualita y a María, quienes regresaban de su paseo diario hasta la fuente que estaba en las lindes de la propiedad de Ibn Yatom. Cada una traía colgados en los hombros sendos odres, tan repletos de agua que presentaban oscuras manchas de humedad. Cuando vieron a Davico solo, sentado en una esquina, chupándose el puño, balanceándose y gimoteando lastimeramente, las dos mujeres dejaron su carga y corrieron hacia él. Pascualita lo cargó y lo abrazó contra su amplio pecho canturreándole suavemente mientras María se sentaba y abría su corpiño para darle de mamar con sus dilatados pechos, cuyas venas azules estaban hinchadas por la presión de la leche. Ella hizo una fugaz mueca de dolor cuando el primer diente de Davico mordió la enorme aureola color marrón oscuro, esa granulada piel alrededor de sus pezones. Pero se consoló pensando que aquel dientecito de leche la magullaba menos que los enormes dientes amarillentos de su marido, quien la cubría de cardenales cuando saciaba en ella brutalmente su apetito cada vez que regresaba de una larga estancia en el mar. María había guardado luto por varios hijos fallecidos a poco de nacer, pero a él no le había importado, por eso se mostraba agradecida de haber tenido la oportunidad de marcharse de Combarro por un tiempo. Aunque Davico no era suyo, estaba feliz de darle su leche colmándolo de amor y atenciones. Por lo menos aquel niño sobreviviría con tanta gente cuidándolo, incluso más que si fuesen sus verdaderos padres, como pensaba ella a veces. Era extraño que la viuda, tan optimista y vivaz, una madre al parecer tan amorosa, se hubiera marchado de pronto dejando abandonado al niño. Sin duda, eran cosas del rey. Nada bueno estaría tramando, como todos los grandes y poderosos. Su Pedro podría ser tosco, pero era bueno, pues en su corazón no había maldad, pensaba María mientras cambiaba a Davico a la otra teta para aliviar la presión de su pecho.

—Bueno, Pascualita —sonrió Juan seductoramente, acariciándole la mejilla con aquel encanto y aquella ternura que a menudo le hacían

irresistible—: ¿No crees que ya es hora de que nos pongamos en camino a casa?

—¿Crees que pierdes el tiempo quedándote y ayudando a tu hermano?

—¿Tú también te pones de parte de mi hermano? ¡Es increíble, siempre se convierte en el favorito de todos: de mis padres, de mis novias, y hasta de nuestra parienta, Beatriz, pobre protegida del mismísimo rey! Como beneficiario de tanto cariño, de la confianza de mi padre y de la real generosidad de Alfonso, ahora le toca asumir sus correspondientes obligaciones. Yo, beneficiario de nada, no debo nada. Así que me largaré y te ruego que vengas conmigo. El corazón de Manuel pertenece a otra. Tú nunca lo conseguirás.

—Me quedaré aquí.

—Pero... ¿por qué?

—Porque quiero.

—Y yo te quiero a ti, Davico no te necesita estando aquí María y Manuel.

—¡He dicho que me quedaré, y sanseacabó!

Contra una estupidez tan tenaz no se podía hacer nada más. Juan desahogó su frustración amontonando con rabia sus escasas pertenencias, que dejó caer junto a la puerta no sin antes meterlas en un desproporcionado fardo deformado por el uso.

—Ahora —declaró truculentamente— el sitio está limpio de nuevo. ¡Cuán tranquilo te sentirás cuando te hayas librado de mi inquietante y turbadora presencia.

—¡Juan, por favor! —dijo Manuel fríamente, tranquilo y autoritario—. Ya bastantes problemas tenemos para que encima te hagas la víctima.

Un tenso silencio cayó sobre los presentes. Tan pronto oscureció, todos se acostaron en los jergones de paja y durmieron, o al menos lo intentaron, cada uno encerrado en lo más recóndito de sus pensamientos y deseos: Manuel anhelando a Beatriz, Pascualita anhelando a Manuel, Juan anhelando una libertad cuyo precio, la soledad, no estaba dispuesto a pagar.

Aquel lugar experimentó una increíble transformación gracias a Pascualita. Todos los días esparcía paja fresca sobre el suelo impecablemente barrido y batía el pavimento de tierra, lavaba todos los vestidos tendiéndolos al sol, doblándolos y ordenándolos en pilas separadas y luego los dejaba provisionalmente en un rincón, cubiertos con una tela limpia, a la espera de que uno de los peones de Manuel tuviera tiempo para

hacer un baúl. El fogón siempre estaba encendido y la comida preparada a última hora de la mañana y antes del anochecer cuando Manuel volvía de los campos. Y mientras tanto, un Davico contento se dejaba arrullar amorosamente por las dos mujeres. Aquella casa, más pequeña que la choza de un campesino, se había convertido en un hogar.

El primer día de Manuel en el campo había tenido algo de irreal, un no sé qué fantasmal. Fue como si el primer brote de humo saliendo por la chimenea hubiera obrado a la manera de un código en clave. Uno por uno, y sin que nadie supiera cómo, surgieron de todas partes los hombres arrastrando los pies, convergiendo en medio de la desolación: míseros, hambrientos, en sus suplicantes ojos podían verse la desesperación y la resignación luchando por imponerse. Poco les pudo ofrecer Manuel además de su palabra: cuando se recogiera y se vendiera la primera cosecha, se les pagaría por su trabajo. Curiosamente, le creyeron, en parte porque no tenían elección, y en parte, pensó Manuel, porque les había hablado en su lengua materna, el árabe, con una sinceridad que les inspiró confianza. No había otra explicación para el entusiasmo con que empezaron a labrar la tierra. Apenas intercambiando señas con los ojos, se dividieron en dos grupos: uno se dispuso a reparar las acequias mientras el otro se enfrentaba con la pedregosa y seca tierra, pulverizándola, lasca tras lasca, hasta que finalmente cedió bajo la implacable presión de sus palas. Poco a poco, aparecieron los limpios surcos, salpicados a intervalos regulares por unos oscuros y pequeños círculos hundidos donde, al principio, las recién plantadas semillas recibieron poca agua.

Como de costumbre, una tarde Manuel estaba sentado a la entrada de su improvisado hogar esperando a que Pascualita le llamara para cenar. Con una sonrisa de paternal indulgencia, vigilaba a Davico, que hacía pinitos a punto de caerse entre los ciclaminos silvestres que un prematuro sol primaveral había seducido hasta hacerlos brotar de la tierra abandonada. En ese momento, Tahir, el capataz de la cuadrilla de acequeros, se acercó a él humildemente. Los tristes ojos del árabe se enternecieron al ver a Davico extendiendo una tentadora y gordezuela mano hacia los pétalos malva rosáceos de las flores, inclinados hacia atrás como las orejas de huidizas liebres.

—¿Es vuestro hijo? —le preguntó a Manuel tímidamente.

—No, pero como si lo fuera. ¿Qué te trae por aquí, Tahir?

—Amo, me alegra anunciaros que ya las acequias están regando todo el terreno. He venido a preguntaros qué queréis que sembremos en esta inmensa finca.

—No lo sé, Tahir. Las cosas de siempre, como viñedos y olivares, tardarán años en madurar lo suficiente para ser rentables, y no tenemos tiempo para permitirnos el lujo de esperar. Lo que necesitamos son cultivos que podamos vender esta temporada para pagaros a todos vosotros, y que sobre algo para comprar ganado con vistas a satisfacer nuestras necesidades diarias.

—En eso estaba pensando, amo, pero no por las mismas razones.

—¿Ah, sí?

—Amo, las cosas aquí en Andalucía no son como parecen. El rey Alfonso es un hombre de humor cambiante. Hoy nos trata a los musulmanes como amigos y mañana como enemigos. Yo no sé si esta impredecible conducta es natural en él o si es una táctica que emplea para confundir a sus enemigos. Lo que sí sé es que los juzga mal. Que no se haga la ilusión de que nuestros hermanos en Granada han tomado a la ligera la expulsión de los árabes de Écija y de las tierras del sur. El rey comete un error si está satisfecho de sí mismo. Es todo lo que le puedo decir. Lo único que quiero aconsejaros, amo, es que no hagáis planes a largo plazo hasta que os avise que ha llegado el momento oportuno.

—¿Debo tomar tus palabras como una advertencia para que regrese a Galicia hasta que la revuelta que insinúas haya acabado?

—No, amo, eso es absolutamente innecesario. Vos y vuestra familia siempre estaréis seguros aquí.

—¿Cómo puedo fiarme de tu palabra?

—Como yo me he fiado de la vuestra.

Conmovido, Manuel aceptó con un movimiento de cabeza la validez de aquel pacto no escrito.

—¿Podrían producirse disturbios en otra parte? —preguntó con renovada preocupación.

—Los disturbios son como un matorral ardiendo en verano a merced del juego caprichoso del viento. Su propagación es imprevisible.

—¿Crees que podrían extenderse hasta Sevilla?

—No sé nada de lo que está ocurriendo en Sevilla. Sólo tengo un primo allí y no he tenido ninguna noticia suya desde la reconquista.

—¿Qué hace en Sevilla?

—Lo último que he oído decir es que era jardinero en La Buhaira.

—La Buhaira aún existe, ¿sabes?, sólo que ahora se llama La Huerta del Rey.

En ese momento Pascualita salió de la casa anunciando que la comida estaba a punto.

—¡Por supuesto, te quedarás a cenar con nosotros! —le propuso Manuel al árabe.

—Gracias por vuestra generosa invitación. Sería un desaire no aceptarla, pero con vuestro permiso, amo, quisiera llevarme mi parte para compartirla con mi esposa y mis hijos.

Ante la confesión de su miseria, Manuel y Pascualita se compadecieron. Ella desapareció para volver al poco rato con una gran olla de barro cubierta con una servilleta limpia.

—No es más que sopa, pero está acabada de hacer y es muy nutritiva —dijo la joven.

Los ojos del campesino se llenaron de lágrimas, formando arroyuelos en las profundas arrugas que surcaban sus mejillas prematuramente chupadas y curtidas:

—Nunca olvidaré vuestra amabilidad, amo.

—No es para tanto. Si por casualidad supieras algo de tu primo, el de Sevilla, me alegraría que me lo hicieras saber.

—Podéis contar conmigo, amo.

Después de la visita de Alfonso, la vida empezó a ser para Beatriz como una vez había creído que sería tras los muros de un convento: una vida sin las vejaciones a que están expuestas las mujeres solas de todas las edades, clase y condición; una existencia exenta de las ansiedades y sinsabores de la cotidianidad, que transcurre en una atmósfera de silenciosa calma. En ningún otro lugar ni momento experimentaba mejor esa tranquilidad que cuando paseaba sola por el jardín del claustro, privilegio ahora concedido mientras las monjas se ocupaban en sus trabajos caseros y las beatas se dedicaban a sus bordados, sus cánticos o sus conversaciones en voz baja. Mientras deambulaba entre los arcos armoniosos que arrancaban ágilmente de las delgadas columnas, entre los macizos de flores que impregnaban el aire con un delicado perfume, allí donde sólo el ocasional zumbido de una abeja subrayaba el silencio, era como si la hubieran ungido con un dulcísimo bálsamo que penetraba hasta las profundidades de su ser inundándola con una calma que nunca había imaginado que pudiera alcanzar. Tal vez Dios la había hecho padecer tanta consternación para hacerla más consciente de la bondad que Él derramaba sobre aquéllos que lo merecían. Era a este pacífico estado que había aspirado en aquellos momentos de angustia, cuando lo único que deseaba era retirarse del mundo de los hombres para vivir el resto de sus días en paz. La soledad no le preocupaba. Como tan gráficamente la había descrito Álvaro, la soledad empezaba a convertirse en su inseparable compañera, alguien que no daba problemas ni pedía nada. Tampoco le molestaba excesivamente el motivo de su forzoso aislamiento. Si la abadesa quería seguir manteniéndola alejada de las otras monjas para que de ninguna manera pudiera «contaminarlas», que así fuere. Desde que la habían trasladado al ala norte, donde residían las mujeres laicas, sus días en la iluminada y bien aireada celda transcurrían rápidamente sin tropiezo alguno. Pergamino tras pergamino, las cantigas de Alfonso brotaban elegantemente de su mano. Seguía comiendo a solas, pero su dieta había cambiado: unos días eran aromáticas sopas de ajo; otros, delicado pavo ligeramente endulzado con peras; los viernes, pescado con patatas hervidas; y los domingos, como

postre, un plato de esponjosos bizcochos de almendra. Beatriz seguía rezando a la hora prima invocando la bendición divina para el día que empezaba, y a completas para bendecir la noche, pero al resto de las oraciones no tenía que asistir. Sólo durante el crepúsculo, cuando se ponía el sol y ella salía a tomar el aire mientras las monjas y las beatas cenaban en el refectorio, la añoranza de Davico la desbordaba. Sin evocarla, su existencia en tanto que ser humano al que estaba indisolublemente ligada, solía levantarse con una irresistible fuerza vital llenando por entero su ser. Todos los demás pensamientos, consideraciones y aspiraciones quedaban eclipsados. Semejante a una cuenta que al pasar entre su pulgar y el índice se soltara del rosario, una lágrima se desgranó de lo más recóndito de su alma al recordar aquella prolongación suya y de Benito que había perdido, pero que de algún modo tenía que recuperar.

Más tarde, después de completas, cuando regresaba a su celda y ya se disponía a dormir, solía oír los pesados pasos de sor Teresa acercándose desde la capilla hasta su puerta para echarle la llave por fuera; aquel ruido de pasos, noche tras noche, le revolvía el estómago. ¿Qué iba a hacer si de nuevo la perversión de aquella mujer resultaba más poderosa, más avasalladora, que su abnegación? Pero al ver que pasaban las semanas sin que la que fuera su catequista entrara en la celda, su miedo disminuyó. Despojada por mandato real de la autoridad que había ejercido sobre su catecúmena, siempre que se cruzaban sor Teresa guardaba las distancias, fría pero cortés. Beatriz respondía con una expresión franca, amistosa y respetuosa a la vez, como queriendo tranquilizar a la monja, dándole a entender que no aprovecharía su privilegiada relación con el rey para revelar su escandalosa conducta. Ya bastante castigo tenía que padecer reprimiendo sus retorcidos apetitos.

El incidente había concluido cuando Beatriz advirtió que la llave de su celda había pasado de manos de sor Teresa a otras hermanas. Ligeros pasos se acercaban ahora hacia el anochecer y una discreta mano echaba la llave en su puerta, casi silenciosamente gracias a la lubricada cerradura. Con idéntico sigilo, la misma mano anónima la abría al primer canto del gallo.

Por fin, empezó a entender la razón de que la llave hubiera cambiado de manos. Desde que la habían alojado en el ala norte, hubo muchas noches en que no conciliaba el sueño a causa de unos sonidos cuya naturaleza no podía dejar de reconocer. Ahora estaba claro: la mano que cerraba su puerta así la llave que abría otra para dejar entrar a alguien cuya identidad nunca

conocería, pues habían tomado toda clase de precauciones para impedirlo. Beatriz trató de desentenderse de lo que implicaban sus deducciones, pues amenazaban con destruir el idílico microcosmos que se había creado, y en el cual se movía inocentemente. Pero como noche tras noche se sucedían los sordos suspiros, los gritos y los trémulos gemidos de placer traspasando el silencio de los muros que la rodeaban, no le quedó más remedio que admitir que en toda la obra de Dios no había poder capaz de reprimir el imperioso e indomeñable instinto de vivir, lo cual es también una creación divina. Así que un cálido desvelo se apoderaba de su cuerpo mientras las imágenes mezcladas de Benito y de Manuel se arremolinaban en su imaginación. Por encima de ambos, aparecía el monstruoso espectro de su vacía soledad, la aridez de su existencia que, de repente, se le antojaban repugnantes. Entre la paz de su alma y la pasión de su corazón, la abrumadora fuerza del amor tenía que acabar imponiéndose. Ahora comprendía la sed de amor de Álvaro. ¿Por qué no había visto eso en sí misma? Tenía que recuperar los efluvios de la vida no sólo por Davico, sino también por ella, y por el hombre cuyo amor había desdeñado tan irracionalmente, y por quien ahora suspiraba. ¿Qué importaba la diferencia de edad si se amaban con la misma intensidad y, aunque ella hubiera sido más lenta en corresponder, su amor no era menos vehemente? Comprender esta verdad fue, tal vez, un gran regalo de Dios, un milagro realizado exclusivamente para ella...

A partir de aquel momento, una nueva y febril impaciencia dominó a Beatriz. Cada día desplegaba un gran esfuerzo para mantener su pose de humilde buscadora de la verdad cristiana, una «verdad» que cada noche era desmentida al otro lado de los espesos muros que la rodeaban. Ahora lo único que deseaba era acabar su copia cuanto antes, someterse al bautismo y salir de aquellos muros que la aprisionaban amenazando con asfixiarla. De alguna manera tenía que encontrar la forma de llegar a Manuel, aunque para ello tuviera que adoptar el disfraz de una excéntrica beata y recorrer los campos llevándole la palabra de Dios al infiel; sonrió irónicamente para sus adentros, paseándose a media mañana por el jardín del claustro mientras las hermanas rezaban la hora tercia. Poco antes de que las oraciones acabaran, Beatriz volvió a su celda, y en cuanto las hermanas se dispersaron yendo cada una a sus respectivas tareas, reanudó su trabajo calladamente. Tan tranquilo y silencioso era el convento que el más mínimo murmullo en el claustro era suficiente para distraerla. Aguzando el oído, reconoció las voces de la abadesa y de sor Teresa. Intrigada, puso a un lado la pluma y se

levantó. Entonces se acercó despacio a la puerta de su celda, y tras empujarla suavemente con la palma de la mano para amortiguar el ruido, la abrió un poco.

—Todo el cuadro de violetas está marchito —se quejaba la abadesa.

—El color de la pasión de Nuestro Señor. Plantadas y atendidas con nuestras propias manos —se lamentó sor Teresa consternada—. Pero, ¡qué casualidad que este arriate esté justo en la esquina, muy cerca de su celda! Yo sabía que era un error interrumpir su educación cristiana. En cuanto nos descuidamos, el diablo se introduce en ella.

—Vamos, vamos, hermana, no cometamos el pecado de levantar un falso testimonio —dijo la abadesa conciliadoramente mientras se agachaba para examinar las marchitas flores—. A lo mejor alguna plaga las atacó.

—¡No las toquéis! —exclamó sor Teresa deteniéndose enérgicamente el brazo de la superiora—. No sea que el diablo haga que estén envenenadas.

—Si tanto te empeñas... —concedió la abadesa sonriendo a medias con indulgencia—, pero alguien tendrá que averiguar qué es lo que pasa. Llamaré a Salah para que venga a echar un vistazo.

—¿Otro infiel en nuestro sagrado recinto? ¿Por qué no le preguntáis a cualquiera de los peones que trabajan en las tierras que el rey nos acaba de otorgar?

—Porque no saben absolutamente nada de los jardines que plantaron los musulmanes. Olvidas, hermana, que todo aquel que cuida las creaciones de Dios también es una criatura suya.

Sin hacer ruido, Beatriz cerró su puerta, y siguió copiando, pero a partir de ese momento ya estaba alerta, buscándole alguna explicación a la muerte de las flores o, mejor dicho, conjeturando cómo interpretarían las hermanas tanto marchitamiento...

* * *

Salah se quedó de una pieza cuando el guardia real le ordenó que acudiera al sacrosanto bastión de las mujeres. Amilanado, se acercó a los muros del convento tratando desesperadamente de volverse invisible. Tímidamente, con el alma en vilo, llamó a la puerta, y mientras la abadesa lo conducía hacia el marchito rincón del jardín, llevaba los ojos clavados en el suelo, sin mirar a los lados. Con la rapidez que le daba la experiencia,

examinó las ajadas hojas y los moribundos tallos donde descubrió unas superficiales manchas blancas que delataban la presencia de un devastador bicho que segregaba un polvillo color de cera. Tras murmurarle su hallazgo a la abadesa, arrancó las plantas afectadas para impedir que la plaga se propagara.

En cuanto oyó ruido en el claustro, Beatriz saltó y pegó la oreja en la puerta.

—Cuando esté seguro de que no quede traza del bicho —le oyó decir a Salah—, sustituiré las violetas por una especie más resistente.

Dicho esto, el jardinero se escurrió con la premura y el sigilo de una serpiente, tomó la puerta y salió del vedado recinto.

Beatriz suspiró aliviada. De momento, estaba libre de la sospecha de haberle echado un mal de ojo a las violetas, pero a partir de entonces, durante sus paseos diarios, se dedicó a observar atentamente las otras variedades del jardín. Para su consternación, advirtió que, poco a poco, los bordes de los pétalos carmesíes de las rosas se tornaban oscuros; los perfumados alhelíes, agrupados en una delicada combinación de rosados y malvas, estaban ajados, y los sutiles pétalos de las sanguíneas anémonas se desparramaban sin brillo dejando al descubierto sus centros de ébano antes de caer, inertes. Cuando Salah volvió con un saco lleno de esquejes para plantarlos en el rincón de donde arrancó las violetas, ella dejó su puerta entreabierta. Aunque al parecer trabajaba con ahínco, su pulso era tan inestable que cogió una emborronada hoja de vitela antes desechada y se puso a copiar sin ton ni son varios versos mientras escuchaba lo que, en opinión de todas las hermanas, no era más que una señal del castigo divino por sus colectivas transgresiones.

Chasqueando la lengua sin que nadie lo oyera, Salah inspeccionó el marchito jardín, pero no encontró trazas del insecto, ni de ninguna otra plaga. Mientras él palpaba el envés de una hoja aquí o acariciaba allá un pétalo con su dedo nudoso y enfangado, sor Teresa, en un silencio reprobador, miraba a la abadesa con una expresión que decía a las claras: «¿No os lo dije?».

Finalmente, Salah se irguió, rascándose ora la frente, ora el flaco trasero, y, consciente de donde estaba, bajó los ojos y farfulló:

—Puede que algo no funcione en las acequias, pero no estoy seguro.

—¿Por qué no?

—Porque soy jardinero, no acequiero.

—Entonces traed a uno.

—Eso no será fácil. No quedan muchos en Sevilla. La mayoría huyó durante las revueltas.

—Alguno quedará por ahí.

—Trataré de informarme.

—Y daos prisa.

Intimidado por el tono perentorio de la abadesa, Salah se esfumó. Cuando se quedaron solas, sor Teresa se volvió a su superiora:

—¿Cómo podéis traer a otro descreído a nuestro convento después del estrago causado por los que ya han mancillado este inmaculado recinto?

—Vamos a revisar la reguera antes de prejuzgar —cortó secamente la abadesa.

Aunque en ningún momento aludieron a Beatriz, ya estaba prevenida, atenta a la potencial sospecha que se cernía silenciosamente sobre ella. ¿Cómo no iba a estar recelosa, si nada más superar un peligroso obstáculo, una nueva amenaza emergía de circunstancias fortuitas y ajenas a su voluntad? ¿Qué sentido tenían su sacrificio y su abnegación si jamás lograría borrar el estigma que le había impuesto Álvaro? De nuevo atormentada por la aprensión, día tras día, permanecía al acecho de las voces de los hombres que, de un momento a otro, rasgarían la calma del universo femenino en la morada conventual. Su futuro dependía de esas voces...

Diez días después llegaron con su andar sosegado, casi furtivo, como para no hacerse notar, como si quisieran desaparecer en la tranquilidad del claustro. Sólo cuando las monjas circulaban alrededor del jardín para acudir a rezar a la capilla, sólo cuando esa ráfaga de tocas a la sombra de la galería agitaba la quietud del patio (semejante a una débil brisa soplando sobre la superficie inmóvil de un lago vallado); sólo entonces ellos se atrevían a alzar un poco la voz en un cuchicheo, irguiéndose apenas y lanzando furtivas miradas en redondo para verlas pasar. Cuando el jardín se hubo convertido en poco menos que un montón de terrones removidos por las palas de los dos hombres, también Beatriz salió a dar su paseo matinal por el claustro, aguzando el oído para detectar algún comentario que explicara el deplorable estado de las flores. Pero los hombres trabajaban en silencio, de sol a sol, día tras día. Con el corazón en un puño, Beatriz llegó incluso a considerar la posibilidad de acercarse a ellos, pero su situación era demasiado frágil, el riesgo demasiado grande...

Tan impacientes como ella, aunque cada cual por diferentes razones, la abadesa y sor Teresa intimaban a los hombres con sus miradas cada vez que pasaban hacia la capilla. Pero ellos, empuñando tenazmente sus picos y palas, fingían ignorar la inquisitiva presencia de las monjas. Una mañana, exasperada por la prolongada estancia de los infieles en el convento, intolerable sacrilegio en su opinión, sor Teresa se detuvo cuando iba a rezar tercia para exigirles una explicación. A punto de salir en su paseo matutino, Beatriz se paró en seco en el umbral de su celda y, sin que la viera su ex catequista, pues le daba la espalda, escuchó toda la conversación. Era Salah quien contestaba a las preguntas capciosas de la monja:

—Éste, mi compañero, ha confirmado mi sospecha de que el origen del problema son las acequias. Las cañerías principales son de mala calidad, muy porosas, así que la mayor parte del agua se pierde. Hay que reemplazarlas todas, pero eso nos llevará algún tiempo. Hay que traer arcaduces nuevos desde Córdoba.

—¿Por qué desde Córdoba?

—Porque yo vengo de allí —terció el compañero de Salah—, y puedo garantizar la calidad de los arcaduces que hacen en esa ciudad.

—¿Cómo queréis que creamos las palabras de este extraño? —espetó sor Teresa volviéndose severamente al pobre Salah.

—Porque es pariente mío y puedo responder de su buena fe —murmuró.

—Eso no basta.

—Entonces, podéis preguntarles a las personas para las cuales trabajo —replicó Tahir con extraordinaria calma—. Todo lo que sé en materia de instalación de cañerías de riego me viene, desde generaciones atrás, a través de mis antepasados. Ellos arcaduzaron en Madinat al-Zahra en los días del gran Abderramán, estuvieron al servicio de los príncipes de Granada y trabajaban para la renombrada familia Ibn Yatom, tanto en Córdoba como en Granada, hasta que abandonaron las tierras de al-Andalus durante las luchas entre las taifas y se fueron al norte. Pero ahora sus descendientes han regresado, y actualmente trabajo para uno de ellos, Manuel ibn Yatom. Si queréis, podéis preguntarle a él sobre mi integridad.

Beatriz se apoyó contra la jamba de su puerta mientras sor Teresa contestaba:

—Comentaré el asunto con la abadesa y mañana os informaré de nuestra decisión.

Beatriz se retiró a su celda. Su pensamiento iba como un rayo por delante de su tembloroso cuerpo. No había un minuto que perder. Fuera cual fuese el riesgo, ahora tenía que afrontarlo. Por lo poco que ella conocía a la abadesa, parecía improbable que se molestara en enviar un mensajero hasta Córdoba para recabar las referencias de Manuel acerca de la probidad del acequero. El hecho de que Tahir hubiera facilitado esa posible recomendación era más que suficiente. Por tanto, en breve Tahir volvería a Córdoba en busca de los caños...

Cuando la monumental silueta de sor Teresa desapareció entre las sombras de la capilla, Beatriz salió de la celda. Tras trepar por el montón de tierra removida en que se había convertido aquel jardín que ella tanto había amado, se dirigió ágilmente hacia Tahir. Pero antes de que pudiera hablar, él levantó la cabeza mirándola con un brillo de alivio y alegría en los ojos:

—Vos debéis de ser doña Beatriz —exclamó—. Gracias a Dios que os he encontrado. No tenía la menor idea de cómo ni dónde buscaros.

Beatriz le indicó por señas que hablara en voz baja. En un susurro conspirador, él continuó:

—Don Manuel me pidió que os dijera que Davico está bien, y yo también puedo confirmároslo.

—¿Vos? ¿Cómo podéis confirmármelo?

—Lo vi dando sus primeros pasos en el jardín una tarde que fui a hablar con don Manuel.

—¿Me estáis diciendo que está en Córdoba? ¿Con Manuel?

—Y con Pascualita, quien lo cuida.

¡Pascualita en Córdoba con su Davico! ¿Por qué? Una nauseabunda punzada de celo... pero no tenía tiempo para dar rienda suelta a sus sentimientos. Con la boca de pronto seca, murmuró:

—Decidle a Manuel que estoy bien y que tengo intención de reunirme con él antes de lo que imagina.

—¡Ojalá todo os salga bien! Pero puede que no sea tan fácil como pensáis. Las cosas no van bien en Andalucía. Sin embargo, recordad que, pase lo que pase, la casa de Ibn Yatoum será siempre un sitio seguro para vos y la familia de la que forméis parte. Le prometí a mi amo Manuel que os diría esto. No lo olvidéis.

Por una vez, Beatriz no se fió de su talento para disimular, por lo menos no lo bastante como para emprender su paseo matinal. Felicitándose de que las monjas estuvieran aún rezando, regresó a la intimidad de su

celda, donde, a salvo de sus indiscretas miradas, podría relajarse, al menos durante un rato. Con la espalda contra la puerta cerrada, respiró profunda, rítmicamente, para superar el desmadejamiento de sus miembros aplacando el vértigo que se arremolinaba en su cabeza hasta que pudiera pensar con más claridad. ¡Conque a Davico su madre sustituta lo había llevado a Córdoba! Eso sólo podía haberse hecho con el consentimiento de don Isaac. Pero... ¿por qué? ¿No podía haberse ocupado Ana de él por más tiempo? Fuera cual fuese la razón, le era indiferente. El hecho era lo que contaba. Pascualita, Manuel y su hijo... La visión de los tres viviendo como una familia común y corriente, la sensación de que habían usurpado su lugar, empezó a torturarla. ¿Acaso Manuel, cansado de esperar su liberación de las garras de Alfonso y de la Iglesia, había mandado buscar a Pascualita, resignándose a casarse con ella, quizás en parte para proporcionarle a Davico la atención conveniente? ¿O había ido la joven a Córdoba por su propia voluntad con la esperanza de que, tarde o temprano, él sucumbiría a sus súplicas, aunque sólo fuera para que ella se ocupara de Davico? En cualquier caso, el resultado seguía siendo el mismo. Tenía que irse de allí sin perder ni un momento. Si tomaba en serio la advertencia de Tahir, tendría que actuar antes de que estallara el disturbio al que había aludido. Desde todos los puntos de vista, el tiempo era lo esencial. Pero no había modo de irse del convento antes de copiar los poemas del rey y sin consumir su conversión. Aún con las manos temblorosas, cogió el jarro que estaba al lado de su cama y se sirvió un cubilete de agua. Tras beber un largo trago, se sentó a la mesa, empuñó la pluma y, en un supremo esfuerzo de voluntad, reanudó el trabajo.

Apremiada por el inexorable paso del tiempo, Beatriz descubrió una fuerza que no sabía que poseyera. Tiesa, absorta, trabajó sin parar desde el alba hasta el crepúsculo, día tras día, con una rapidez y precisión que la sorprendió a ella misma. El simple hecho de imaginar a Pascualita al lado de Manuel, complaciente, sosegada, con su cuerpo joven y opulento, le inspiraba un ímpetu sobrehumano. Los celos de que había sido víctima, y tan injustamente, los celos que tanto temía y de los que se había protegido tan arduamente, estaban carcomiéndole el corazón, exactamente como ella siempre había sabido que sería. La única manera de averiguar si había o no motivos para tener celos, era yendo a Córdoba. A Córdoba, y pronto...

Trabajó incansablemente, olvidándose de los días, de las semanas, enfrascada en un supremo y sostenido esfuerzo. Y mientras la canícula se

acercaba, otra consideración vital surgía para espolearla: a menos que acabara su obra antes de que el rey huyera del tórrido calor de Andalucía en busca de un clima más fresco, se vería obligada a aguardar su regreso, hacia el otoño, para que la autorizara a dejar el convento. Pero entonces se puso a pensar en medio del terror de sus solitarios despertares, qué pasaría si los disturbios que Tahir había insinuado se desataran de un momento a otro, coincidiendo precisamente con la ausencia de Alfonso. ¿Sería cierto que había para ella un refugio seguro en Córdoba? Pero ¿cómo encontrar el modo de llegar hasta allí si la revuelta se extendía por toda la región? Su pluma corría sin cesar, poema tras poema, página tras página, precipitándose impetuosamente hacia la emancipación de su enclaustramiento, hacia la reconquista de la libertad y de su amor.

OceanofPDF.com

XXVI

El maestre Luis entró silenciosamente en la alcoba del rey, preparado para resistir el execrable humor de su soberano. Ya vestido con su camisa de batista y los calzones que insistía en ponerse él mismo cada mañana al levantarse, pues juzgaba indecoroso que sus criados lo vieran desnudo, Alfonso miraba hacia abajo por la ventana, taconeando de un modo amenazador. La cicatriz de su ceja izquierda llameaba cuando se volvió para descargar su rabia en el paciente notario.

—¡Ni que todos los ejércitos de Castilla y León estuvieran concentrados allá abajo para batallar contra el infiel! ¿A qué se debe ese ruido de todos los diablos, cuando lo único que hace mi familia es prepararse para viajar a Oporto para pasar el verano en un clima más fresco? ¡Mal rayo los parta, desde altas horas de la noche esos hombres no hacen más que alborotar gritando y maldiciendo hasta quedarse roncos! No he podido pegar ojo en toda la noche.

—Con el debido respeto, señor —dijo el maestre Luis sintiéndose obligado a defender a la familia real—, su majestad, la reina, ordenó que los preparativos se hicieran con el máximo cuidado para garantizar la salud y el bienestar de los príncipes.

—¡Los mima más de la cuenta, siempre rodeándolos de un lujo desmesurado! Eso es un mal ejemplo para el pueblo. Debemos ser espejo de sencillez y frugalidad, como corresponde a la casa gobernante de una nación cuyo tesoro está casi exhausto.

Una mordaz réplica, que pedía a gritos ser pronunciada, estaba en la punta de la lengua del maestre Luis, pero se la mordió prudentemente, aunque sin dejar de pensar: «Si el tesoro está casi exhausto es por vuestra culpa, por obstinaros en perseguir la quimera de ceñiros la corona del Sacro Imperio Romano».

—Además —siguió vociferando Alfonso mientras García, su ayuda de cámara, cuidaba del vestido de su amo—, puede que dentro de poco los infantes deban aprestarse a tomar las armas, tienen que estar hechos para soportar pruebas desde sus más tiernos años. Todos esos mimos los

ablandarán debilitando tanto su resistencia física como su fibra moral. Tengo que hablar con la reina.

García enjugó la frente del rey, perlada de sudor a medida que aumentaba no sólo el calor de la mañana, sino también su rabia. Luego procedió a ayudar a su amo a ponerse una pequeña túnica de lino a juego con la sobreveste que a continuación le presentó, un poco larga y bordada con una hoja estilizada, al igual que la túnica. Mientras García le ponía las botas de montar de cordobán, Alfonso, apretando los labios de ira, seguía hablando con Luis:

—¡Vete allá abajo, y dile a esa gente que todo debe estar a punto para partir dentro de una hora. No podemos retrasar más el viaje si queremos llegar a tiempo a Aracena para pasar la noche al aire fresco de la sierra, quedarnos el domingo a la sombra del robledal, como pidió la reina, y luego seguir hasta Oporto, donde la reina de Portugal, mi hija Beatriz, nos espera impaciente.

Cuando García y Luis se retiraron, Alfonso volvió a contemplar irritado la escena que se desarrollaba abajo, en el patio: caballos tascando nerviosamente y tediosos rebuznos de acémilas en cuyos lomos los hombres cargaban bultos, cofres y serones con tanta torpeza que tenían que volverlos a descargar en medio de una retahíla de imprecaciones y quejas... Enfurecido por aquel espectáculo de evidente ineptitud, por no decir de mala fe, Alfonso tuvo que reconocer a regañadientes que la subida del precio de la harina había provocado mucho resentimiento popular. En ese momento, ante la insistente llamada de García a la puerta, Alfonso contestó con un malhumorado: «¡Entra!».

—Acaba de llegar un mensaje del convento, señor. El portador dice que debe ser entregado inmediatamente a su majestad y espera una respuesta vuestra, si es que la hay.

Irascible, Alfonso rompió el sello, pero al ver el inimitable estilo de la mano que suscribía aquellas líneas, el crispado rictus de sus labios se enterneció con una débil sonrisa de placer. Lenta y pensativamente, fue hasta la hornacina donde había dejado su escribanía antes de la partida. Con inquietos dedos, revolvió dentro del largo estuche de plata donde estaban sus péndolas hasta encontrar la finísima pluma de cuervo. Entonces, apoyándose en el estante, escribió una rápida nota sobre un trozo de vitela que, en un extraño gesto de ahorro, había cortado de una hoja parcialmente

usada y dejada aparte. Tras lacrar el billete con el sello real, se lo entregó a su ayuda de cámara.

—Ordénale al mensajero que lleve esto al convento y que se lo entregue personalmente a la viuda Beatriz.

Cuando el maestre Luis volvió para informar a su señor de que todo estaba preparado para el viaje, Alfonso lo desconcertó con una repentina expresión de total indiferencia:

—Diles a la reina y al resto del séquito, excepto a mi escolta, que se vayan sin mí. Quiero oír la misa dominical aquí; los alcanzaré el lunes más allá de Aracena.

Resignado, Luis suspiró para sus adentros mientras intentaba aceptar otro inexplicable cambio de planes y humor de su soberano.

La quietud que cayó sobre el palacio una vez que el real séquito se marchó fue tan deprimente para Alfonso como la inmovilidad que solía flotar sobre los campos de batalla cuando la lucha terminaba. El retumbante eco en los pasillos y en las habitaciones parecía multiplicar el silencio, acrecentando el peso que oprimía su alma. Una intolerable sensación de asfixia le aferró la garganta. ¡Aire! ¡Necesitaba aire! Necesitaba estar al aire libre, lejos de la ceñida y putrefacta ciudad. Necesitaba espacio, calma y soledad para aclarar sus ideas y examinar sus sentimientos antes de que al día siguiente Beatriz obedeciera su orden.

—¡García! —llamó con voz ahogada—. Ensilla mi caballo y llama a los guardias. Vamos a la Huerta del Rey.

Acostumbrados a los repentinos cambios de planes de su amo, lo único que lamentaban los miembros de su escolta mientras galopaban extramuros era que no estaban camino de la costa, donde la bendita brisa del mar les aliviaría del plomizo e implacable sol.

Solo en su pabellón, sentado como de costumbre en el banco de mármol, Alfonso cerró los ojos y dejó que el aire perfumado por las rosas lo acariciase mientras se refrescaba a la sombra después de la calurosa y enervadora cabalgada. Poco a poco, a medida que sus ánimos se serenaban, la imagen de Beatriz, diáfana y pura, le embargó. Él no la había evocado a propósito sino que había brotado espontáneamente, penetrando todas las fibras de su corazón, su pensamiento y su alma. Si esto no era obra del diablo, ¿qué era entonces? Y pese a todo, aunque la había sometido al más severo escrutinio, ni él ni las monjas encargadas de su catequesis habían detectado en su conducta el menor indicio de maldad. ¿De dónde, pues,

emanaba esa curiosa fascinación que ejercía sobre él? Su inteligencia no era suficiente para explicarlo, y belleza no tenía. ¿Acaso surgía de su crepitante vitalidad, esa deslumbrante vivacidad que chispeaba en sus grandes ojos, semejante a la esencia de la vida, y tan esquiva, que le obligaba a perseguirla a pesar de esa inaccesibilidad? De todas las mujeres que había conocido, Beatriz era la única que no había procurado agradarle o seducirle. Lo único que había solicitado de él era justicia, a lo cual, como súbdita suya, tenía derecho. Tal vez era esa misma integridad, esa pureza preadánica, anterior al pecado original, lo que tanto le tentaba a él, que había gozado de los favores de las mujeres desde su más tierna juventud principesca.

Con todo, Beatriz no era tan virtuosa como para que él se encaprichara tanto. Al fin y al cabo, no había tenido escrúpulos a la hora de corresponder a los requiebros de su pariente, aunque de hecho esa conducta no podía considerarse reprensible ya que la relación no era adúltera. Sin embargo, le amargaba que hubiera preferido a un oscuro traductor en vez de a él, un rey. ¿No sería eso una consecuencia del notorio sentimiento de exclusividad de los judíos, esa creencia en su destino como pueblo elegido de Dios que los llevaba a rodearse con una infranqueable barrera, especie de baluarte contra todas las seducciones, incursiones e invasiones? «Pero, ¿acaso no fuimos nosotros, los cristianos, quienes los forzamos a adoptar esa postura defensiva para sobrevivir?», admitió irónicamente... Manuel y Beatriz eran de la misma clase, miembros de un círculo cerrado, al cual él, con toda su sangre azul, no pertenecía. Así las cosas, ¿qué haría con ella? Con el absoluto poder que tenía sobre su vida y su muerte, el completo control sobre su cuerpo y su alma, podría doblegarla a voluntad. Pero lo que su voluntad quería, él lo desconocía.

¿La castigaría por haber desestimado su egregio amor y, por despecho, ordenaría que la ejecutaran? ¿Insistiría en poseerla para satisfacer su arrogancia y su inexplicable deseo? ¿Indagaría acerca de la sinceridad de su conversión, postergando su decisión y reteniéndola en su poder? ¿O haría justicia y, después de su conversión, la dejaría irse? Tal era la ilimitada libertad, la terrorífica responsabilidad y el perpetuo dilema inherente al ejercicio del poder. La ley tenía su lógica. Pero ¿era lógica la justicia? ¿Bastaba un solo criterio para decretar el destino de los seres humanos? ¿No debería dejar que los movimientos del alma: el amor, la pasión, la compasión, influyeran en su sentencia?

Se dejaría guiar por su instinto. Cuando estuvieran frente a frente, tomaría una decisión.

Ahora escribiría un poema, no dedicado a Beatriz, sino a la Virgen, con la esperanza de que lo inspirase en su infinito amor y sabiduría. Se levantó y fue hasta el alféizar de la ventana de mármol, donde papel, pluma y tintero estaban siempre esperándole. De pie, a la luz del sol que se filtraba a través de la tracería de yeso que protegía la ventana lanzando la sombra de un encaje sobre el papel, empezó: «He escrito muchas cantigas...». Trivial. Tachó todo el verso. «He compuesto toda suerte de loores...» No, mejor aún: «He escrito cantigas de muchas maneras...».

No le venía la inspiración. Inquieto, salió afuera y dio un paseo bajo el follaje que en un suave abrazo envolvía el pabellón. Se detuvo un momento a observar una hoja cuyo borde se había desteñido a causa de la concentrada luz del sol, dejando una blanca gorguera alrededor del verde intenso de la nervadura. El rumor del agua brollando de los surtidores en los jardines de Salah le sugirió una cadencia gracias a la cual las frases de pronto empezaron a fluir. Volvió al pabellón y, ya sin esfuerzo, comenzó de nuevo:

Aunque he escrito cantigas de loor
de muchas maneras,
alabando como conviene
a la que nos enseña caminos
para lograr el bien de Dios,
me parece que no he dicho nada;
que es tan larga la alabanza
de la que nos mantiene,
que nunca se acaba...

Palabra tras palabra, verso tras verso, las estrofas manaban de su pluma. Sólo cuando la luz empezó a declinar, fue consciente del paso de las horas. García le llevó comida, pero él apenas la tocó y, cumpliendo su orden, el ayuda de cámara acondicionó el porche para que su señor pasara la noche allí. Quería ahorrarle a Beatriz la angustia de la espera al siguiente día. Al igual que otros domingos, estaría allí para recibirla.

Y mientras el rey de Castilla y León dormía plácidamente en la fresca noche de su pabellón, Beatriz, emparedada entre cuatro asfixiantes muros,

yacía completamente desvelada, presa de toda clase de temores. Indudablemente había resistido los rigores de la prueba a la que ella misma quiso someterse. No sólo no habían encontrado motivos que justificaran las descabelladas acusaciones de Álvaro, sino que también tuvo éxito probando que no era una simple devota, sino una auténtica conversa. Y todo ello aparentando que había aceptado, en mente y alma, los sacrosantos principios, la verdad tal cual la decretaba el dogma, tal y como Alfonso tan sucinta y convincentemente la interpretaba. Durante aquella rigurosa prueba, había conseguido controlar sus actos y, por tanto, su destino. Pero sobre los caprichos de Alfonso ella no tenía poder. Lógicamente, ahora él podía aceptar su conversión y dejarla marchar. Pero si bien era un ferviente defensor de la razón, no siempre seguía sus dictados, pues su espíritu indómito era harto conocido. ¿Acaso no había insinuado el deseo de poseerla en cuanto se hubiera despojado del estigma de ser judía? Cuando lo intentara, su enorme experiencia con las mujeres le permitiría sentir la más mínima reticencia en su reacción... ¿Cómo se las ingeniaría para escapar impunemente de las exigencias de su soberano? Ante ella estaba la más difícil de todas las pruebas...

Bañada en su sudor, con el peso del inmóvil aire viciado oprimiéndole el pecho hasta sentir asfixia, Beatriz se revolvía en la cama sin lograr conciliar el sueño. El eco apagado de los jadeos procedente de la celda contigua despertó en ella latidos de deseo, sus muslos se abrieron espontáneamente en respuesta a una especie de ciego impulso animal. ¡Qué flagrante mascarada era todo! ¿Cómo podía ningún Dios, mucho menos un Dios hecho Hombre, permitir la hipocresía de aquel fingido voto de castidad contraído en nombre de su «amor»? Su cuerpo ardiendo, su corazón gritando contra su obstinación, su falso orgullo, su imaginación que había concebido el espectro de una inexistente causa de celos: trágica acumulación de errores que la había llevado a rechazar el sincero amor de Manuel. Si Dios era justo, Él tenía que concederle una oportunidad para enmendar aquel agravio.

XXVII

Con suma atención, Beatriz permanecía ante el rey esperando su fallo. Cuando la tocó, ella sintió una nueva energía en la yema de los dedos que él deslizaba, uno tras otro, por la hendidura de su mentón. Aquel tanteo, ese interrogativo temblor, la vacilación que ella siempre había experimentado, se transformaban ahora en una clara insistencia. Era exactamente como había previsto Manuel, justo como ella había empezado a temer. Con suave y contenida pasión, aunque sin dejar de ser exigente, Alfonso le acarició la frente despejada, las mejillas, y luego el cuello y los hombros. Inmóvil, neutral en su incertidumbre, ella ni le correspondía ni lo rechazaba. Cuando sus seductoras manos intentaron acariciarle los pechos, Beatriz sofocó el parpadeante anhelo de abandonarse a la inconfesada atracción que él siempre había ejercido sobre ella. Pero ahora debía reaccionar... De pronto, de la candente intensidad en que estaban empeñadas sus íntimas fuerzas para sobrevivir, brotó un destello de clarividencia que la iluminó. Lentamente dio un pequeño paso atrás. Pequeño pero firme.

—¿Acaso no te gusto como amante?

—No me desagradáis, señor.

—Entonces, ¿por qué retrocedes así? Una fatal acusación pende sobre ti, y yo, sólo yo, poseo el poder de anularla. ¿Tan repulsivo te resulto que prefieres morir antes que corresponder a la pasión que despiertas en mí? ¿No te da miedo ofenderme?

—Más miedo me da ofender a Dios, señor.

Alfonso también dio un paso atrás y la miró estupefacto.

—«No cometerás adulterio» —murmuró Beatriz.

—Pero no eres tú quien está violando ese mandamiento, soy yo.

—Señor, en conciencia, no puedo ser cómplice de vuestro pecado. Eso sí que equivaldría a hacer el trabajo del diablo. Sería como si yo, y no Satán como una vez supusisteis, os arrastrase a la tentación, lo cual sería una grave ofensa a los ojos de Dios.

—Quieres decir que a causa de tu preocupación por el bien de mi alma, animada de una casi santa piedad...

—Piedad cristiana...

—Cualquiera que sea la clase de piedad que desees, ¿estás dispuestas a arriesgar tu vida?

—Si fuera preciso para asegurar mi salvación en la otra vida, sí, señor. Del mismo modo que quisisteis salvar mi alma, ahora es mi solemne obligación hacer cuanto esté a mi alcance para impedir que pongáis en peligro la vuestra.

—Podemos confesarnos, cumplir penitencia y nuestros pecados serán perdonados.

—No, señor. El sacramento de la penitencia no nos concede el derecho de pecar a voluntad.

—¡Por todos los santos del cielo, esas monjas han llevado a cabo su misión con absoluto e insufrible celo!

—He sido una súbdita obediente y receptiva.

—No lo dudo, con tu vida en juego —refunfuñó Alfonso irónicamente mientras la sometía a un intenso escrutinio, tan interrogativo como penetrante. Como siempre, sin pestañear, ella le sostuvo la mirada confiando en la aparente sinceridad de su fe y pureza de alma. ¡Con cuánta pasión él la deseaba en ese momento, cuán desesperadamente anhelaba dominar entre sus brazos a aquella encarnación de la virtud! Pero para hacerlo tenía que mancillarla, arrastrarla a la perdición. Imponiéndole su soberana voluntad, insistiendo en que cediera, se veía obligado a manchar esa nueva piedad que la aureolaba, constriñéndola a convertirse en cómplice de la violación de un mandamiento común a ambas religiones, a su antigua fe y a la nueva de él. Ahora la culpabilidad de estar pecando ya no recaía sobre el supuesto agente del diablo, sino sobre él, por arrastrar a una neófita en la transgresión.

Mientras la contemplaba, grandiosa en su indefensión, confiada a pesar de su desamparo, el rey se preguntó si, a fuerza de preocuparse por su salvación en el más allá, no le habría negado la realización de su felicidad en el más acá. No sólo la había privado del amor y del derecho a vivir entre los suyos, en el seno de la familia que había encontrado, sino que la estaba obligando a traicionar sus creencias ancestrales. Y puesto que el que traiciona una vez, puede hacerlo de nuevo, él sería el único responsable de ponerla en aquella despreciable senda. ¿Se volvería contra él ese peso en la balanza del Juicio Final? ¿Qué la inclinaría a su favor con más fuerza: ganar su alma para Cristo o preservarla en su verdadera esencia, en su integridad espiritual, inmarcesible? ¿Acaso no era aquélla la imagen suya que él

amaba? Judía o cristiana, ella era una y la misma persona. Si la poseía, con toda su vibrante fuerza vital, empañaría el ideal que él había creado en su sensibilidad poética, sólo para ser acariciado en pensamientos. Algo tenía que haber que ni siquiera un rey como él pudiera alcanzar, pues una vez alcanzado, perdería todo valor. El ruego de piedad cristiana y la coherencia intrínseca de la imagen de ella que él había creado luchaban contra su deseo, su pasión por poseerla. Era este mundo en conflicto con el otro. El palpable placer oponiéndose a intangibles conceptos y creencias. La realidad concreta enfrentada a abstractos ideales, chocando violentamente como dos ejércitos en una batalla campal. Las ideas antagónicas de Alfonso reñían furiosamente en su conciencia, en una colisión de principios cuyo impacto era ensordecedor. Era una ensordecedora, vertiginosa lucha entre lo sagrado y lo profano...

Viendo que se tambaleaba, Beatriz apoyó una mano en el brazo del rey para calmarlo. Ese gesto restableció su equilibrio, pero el fragor de sus ideas en pugna siguió inalterado. Sólo la procedencia de ese estruendo pareció cambiar. Ya no se originaba dentro de su cabeza. Aquel ruido venía de otra parte, y era el resultado de otra clase de lucha muy diferente...

Un guardia llegó corriendo:

—¡Los moros, señor, los moros! ¡Nos tienen rodeados!

En un instintivo y violento impulso, Alfonso agarró a Beatriz por los hombros, le dio la vuelta y la empujó rudamente hacia la salida de la Huerta del Rey.

—¡Vete! —le ordenó—. ¡Sé libre! ¡Vete con quienes te aman y ámalos!

Beatriz no se detuvo a pensar. ¡A casa! ¡Correr hacia la seguridad del hogar! Y corrió dejándose llevar por el instinto. Pero cuando llegó a las puertas del dominio real, se encontró con una partida de moriscos rebeldes, armados hasta los dientes, inquietos, vigilantes, apostados a lo largo del camino que conducía a la ciudad. Beatriz no se atrevió a aventurarse más allá de la puerta del jardín. Pero, por otra parte, si los insurgentes llegaran a averiguar el paradero de Alfonso, cosa que podían adivinar de un momento a otro, cuando las tropas que saqueaban el palacio no lo encontraran, unirían refuerzos para lanzar un ataque masivo sobre la Huerta del Rey.

Atrapada, Beatriz no rebasó la puerta y buscó un lugar donde esconderse. ¡Cuán acogedores parecían ahora los muros del convento! Pero se opuso a la tentación. Había ganado su libertad porque se encontró en el

improbable punto de intersección entre la inveterada indecisión de Alfonso y la inherente sed de venganza de los moros. Era mejor enfrentarse a una amenaza anónima y generalizada que a un único peligro personal. Mientras permanecía allí, tratando desesperadamente de esconderse en el jardín, alcanzó a ver un movimiento entre la vegetación plantada dos metros por debajo del nivel del suelo. Un bulto de apariencia humana, alguien astutamente escondido, extendió una mano hacia ella. Un dedo le hacía señas desde allá abajo. ¿Cristiano o muslim? ¿Enemigo o amigo? Quienquiera que fuese, también estaba ansioso por ocultarse. ¿Sería un espía? Tal vez. Al ver que ella no reaccionaba, el desconocido asomó la cabeza, fugazmente, por encima de las plantas. ¡Salah! ¡Inocente y humilde Salah! Experimentando un indecible alivio, Beatriz corrió precipitadamente a lo largo del sendero y saltó a esconderse entre los lozanos y frondosos arbustos del señorío de Salah.

OceanofPDF.com

XXVIII

Sudando a mares, con los negros rizos despeinados y manchados de polvo gris, la túnica desgarrada y mugrienta, las suelas de los zapatos agujereadas, torcidas y gastadas, Juan irrumpió en la casa de Ibn Yatom en Córdoba. El miedo habitaba en sus ojos. Al ver las tierras desiertas, nadie paseando por el jardín, ninguna señal ni ruido de Davico, temió lo peor. De pronto, de detrás de la puerta, un hombre empuñando una daga salió a su encuentro:

—¡Oh! ¡Eres tú! —Manuel bajó la daga desencapotando los ojos—. Podías haberte anunciado.

—Lo siento. El lugar parecía tan vacío que pensé..., pensé...

—Todo está bien. Todo está bien —murmuró Manuel abrazando a su hermano como disculpándose por su reproche—. Pero ¿qué demonios estás haciendo aquí? ¿Acaso padre te envió para saber si aún estábamos vivos?

—No exactamente —dijo Juan bebiendo un sorbo de vino del jarro que Pascualita le llevó apresuradamente. Sólo tras lanzar un largo «¡ahhh!» de satisfacción y secarse los labios agrietados con el dorso de la mano, continuó—: Nada más saber por ti que las tierras volvían a producir como antes, me pidió que te trajera el áloe por si querías cultivarlo de nuevo. Sólo cuando dejé atrás Mérida, los rumores del levantamiento que oí en el camino quedaron confirmados. Cuanto más al sur cabalgaba, más preocupado estaba. Era obvio que los moros estaban arrasando por todas partes.

—Tendrías que haber regresado en busca de seguridad.

—¿Ese es todo el amor fraternal de que me crees capaz?

—No empieces otra vez con tu infantil petulancia. No es el momento. ¡Da gracias a Dios, que te trajo hasta aquí sano y salvo!

—Sólo porque les hablaba en árabe cuando me los encontraba en el camino. Lo que no comprendo es que parece que no encuentran resistencia.

—Tienes razón. No se les hace mucho frente, por lo menos hasta ahora. Pillaron a Alfonso completamente desprevenido. Planearon el ataque para que coincidiera con su viaje a Oporto, donde pensaba pasar el verano con la familia real.

—Eso no es lo que yo he oído decir. Unos dicen que capturaron al rey y a toda su familia en el palacio de Sevilla; según otros, la familia se había marchado pero, sin que lo supieran los rebeldes, el rey se quedó atrás coqueteando con una doncella que metió en la huerta, y por eso se les escapó de entre las manos cuando asaltaron el palacio...

—Parece que nadie sabe exactamente lo que ocurrió, pero sí sé que la sublevación fue meticulosamente planeada en el más absoluto secreto. Apoyados por unos tres mil marroquíes, los moros atacaron simultáneamente a lo largo de la frontera con el Reino de Granada, así como a través del límite con los territorios vasallos de Murcia y Jerez de la Frontera. Al mismo tiempo, sus seguidores en la Andalucía cristiana, se alzaron aquí dentro. El último rumor que se ha propalado afirma que las guarniciones de Jerez, Medina-Sidonia, Alcalá de los Gazules y Vejer cayeron como castillos de naipes. Sólo las fortalezas defendidas por la Orden de Calatrava parecen haber resistido.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Tahir, el capataz de los acequeros en esta heredad, estaba en la conspiración. Nos hicimos amigos cuando empezó a trabajar aquí y nos ha ayudado mucho, avisándonos, protegiéndonos, trayendo y llevando mensajes.

—Por eso estáis tan seguros y cómodos. No puedes imaginarte los estragos que han causado en toda Andalucía.

—Puedo imaginármelo demasiado bien. La idea no se me va de la cabeza. ¿Has oído decir algo acerca de la situación en Sevilla? —el tono de Manuel era de tanteo, en cierta forma esperanzado, y a pesar de todo no se ilusionaba con la respuesta.

—La ciudad ha sido saqueada al igual que las otras villas: destrucción indiscriminada, incendios, pillaje...

—Violaciones... ¿crees que también han atacado el convento?

Discretamente, Manuel manifestó su espantoso miedo con tanta elocuencia que era como si, compartiéndolo, pudiera atenuarlo. En cuanto a la respuesta, era tan evidente para él como para Juan. Por eso prosiguió:

—Ella sabía que aquí tenía un lugar seguro. Se lo hice saber a través de Tahir, quien le llevó ese mensaje. Pero desde allá hasta aquí...

Entonces, tras una larga pausa y cambiando de tema, dijo:

—Será mejor que me des el áloe. Después de un viaje tan largo, necesita un poco de agua.

—No tengo el áloe.

—Pero acabas de decirme que...

—Aún no te lo he contado todo. Una banda de rebeldes me detuvo, a punta de daga, entre Carmona y Écija. Como ya te dije, gracias a mis conocimientos de árabe conseguí convencerlos de que no era un espía enemigo, pero eso no impidió que exigieran un precio por perdonarme la vida y dejar que continuara mi camino. Requisaron mi montura, mis alforjas, incluyendo los bultos, y me quitaron todo lo que tenía. El resto del camino lo hice a pie, sin dinero y con la ropa que llevaba puesta. Créeme, hermano, esta vez no he sido irresponsable. Simplemente, no pude hacer nada.

Las lágrimas de remordimiento que brillaron en los ojos de Juan impresionaron a Manuel profundamente:

—Si ése fue el precio que tuviste que pagar para seguir con vida, que así sea. ¿Quién sabe cuántos valiosos secretos, cuántos preciosos conocimientos, cuántas fortunas hemos perdido en todo este errar durante siglos? Aún estamos vivos. En resumidas cuentas, eso es lo único que importa. Algún día, en algún lugar, alguien descubrirá todo lo que hemos perdido.

El viejo reparo de Manuel a convivir con su turbulento hermano, algo inevitable mientras hubiera disturbios, resultaba ahora totalmente injustificado. Por primera vez en su vida, descubrió la otra cara de su hermano menor, siempre agitado. En aquellos días de conmoción, el arrojo de Juan resultó inestimable, pues compensó la excesiva precaución de Manuel. Alertado de la inminente sublevación cuando Tahir desapareció, Manuel había guardado víveres y leña. En cuanto estalló la contienda, María y Pascualita sólo salían de casa para ir a buscar agua, estirar un poco las piernas y tomar un poco el fresco por las tardes, siempre con Davico a salvo entre sus brazos. Para Juan esa pasividad era inconcebible. Aunque nunca se ausentaba demasiado tiempo, constantemente iba y venía, volviendo con sacas de melocotones maduros, un pedacito de blando y cremoso queso de cabra envuelto en hojas de vid, algún pollo acabado de matar para amenizar la monótona dieta de pescadilla seca, sardinas ahumadas, garbanzos y aceitunas. Manuel nunca le preguntaba de dónde salía aquella comida, ahora insólitos manjares, y Juan tampoco se molestaba en informarle. Sólo cuando apareció con crujientes y dorados pasteles de queso se dieron cuenta de que se había arriesgado a ir hasta el

mercado de Córdoba... A partir de aquella audacia, Manuel empezó a tratar a Juan con un nuevo respeto, y hasta Pascualita, admirada por su arrojo, puso los ojos en blanco.

Pero un día, cuando Juan regresó con Beatriz en sus brazos, adquirió un prestigio que igualó, por no decir que superó, al de su hermano mayor, futuro cabeza de familia de los Ibn Yatom.

—La vi mientras estaba cogiendo albaricoques en un huerto no lejos de aquí —resolló casi sin aliento, dejando a Beatriz sobre el jergón que Pascualita, admirablemente serena en medio del estupor general, enseguida extendió para ella—. Estaba luchando por salir de la zanja donde se había caído cuando iba en busca de auxilio para Tahir. Me indicó el lugar donde lo había dejado, postrado, paralizado por la intensa fiebre de una herida infectada en su muslo. Pero cuando llegué a su lado, ya era demasiado tarde.

Mientras Juan hablaba, Pascualita, revelando la bondad de su candoroso corazón, se encargó de Beatriz cuidándola con la misma devoción que a su hijo. Aunque no presentaba ningún padecimiento, salvo un esguince en el tobillo, ampollas en los pies, algunos cortes y magulladuras sin importancia, la tensión a que se había visto sometida Beatriz y el peligro al que estuvo expuesta la habían dejado exánime. Con las últimas fuerzas que le quedaban, se incorporó a medias para abrazar a Davico, y luego se tumbó de espaldas, desmadejada, vencida por el cansancio.

Manuel le daba vueltas constantemente, y estaba a su lado siempre que despertaba. Cada vez que abría los ojos, preguntaba inmediatamente por Davico, pero cuando Manuel trató de poner al niño en sus brazos, el corazón le dio un vuelco pues lo sintió recular, tenso y crispado, chillando porque añoraba el abrazo de María y Pascualita. Dulcemente, Manuel trató de calmar el sufrimiento de Beatriz expresado en su mirada.

—Todo esto lo hice por él —gimió ella—. Todo lo hice por él.

—Llevará algún tiempo —la tranquilizó él—, pero regresará a ti.

Aunque no quería acosarla demasiado con las preguntas que le quemaban los labios, poco a poco Manuel se las ingenió para ir atando cabos hasta saber de qué manera ella había escapado del caos en Sevilla.

Al parecer, Tahir había sido enviado desde Granada a Sevilla con un mensaje para los rebeldes, y cuando se disponía a regresar a Córdoba resultó herido en las afueras de la Huerta del Rey. Mientras defendían el

jardín del ataque musulmán, el capitán de una compañía de guardias del rey, que cubría la retirada de Alfonso, le asestó una cuchillada en el muslo. Al caer de su montura, quedó boca abajo en el suelo, inerte. Dándole por muerto, los soldados cogieron su caballo y se alejaron con gran estruendo. A pesar del atroz dolor, Tahir permaneció completamente inmóvil hasta que oscureció. Entonces, al amparo de una noche sin luna, desesperado, ora cojeando, ora arrastrándose emprendió el agonizante camino de regreso a la Huerta del Rey dejando atrás un rastro de sangre. Allí su pariente, Salah, lo escondió en la cabaña de jardinero donde había sobrevivido a la reconquista pasando inadvertido y saliendo ileso. Al ver que Salah le había hecho un hueco entre las herramientas, los sacos de tierra y las macetas con posturas para que compartiera el reducido espacio con la viuda Beatriz, Tahir les aseguró que no permanecería allí por mucho tiempo. Mientras ella le limpiaba la herida con su pañuelo, quitándole el polvo que la obstruía, él le dijo que tan pronto se estancara la hemorragia, iría a Córdoba para cerciorarse de que su familia estaba a salvo antes de seguir camino de Granada para informar.

Salah trató de disuadirlo:

—Por nada del mundo encontrarás un caballo en la ciudad, y con una herida así no llegarás muy lejos a pie.

—Haré todo lo que pueda.

—Ya que caminarás más lento que de ordinario, tal vez yo pudiera acompañarte —sugirió Beatriz.

Y así lo hicieron. Caminaron tan deprisa como pudo Tahir. Para evitar las calles y los caminos más frecuentados, fueron a campo traviesa, descansando a la sombra de los pomares y en los olivares, procurándose algo de comer gracias a los pocos campesinos musulmanes que no se habían unido a los rebeldes. Mientras tanto, Beatriz seguía curando con esmero el muslo de Tahir. Pero cuando llegaron a las inmediaciones de Córdoba, Tahir empezó a temblar con una fiebre gangrenosa que ella era incapaz de paliar. Cuando iba en busca de auxilio, Beatriz dio un traspié y cayó en la zanja en la que Juan la encontró.

Todo eso estaba muy claro. Gracias a aquellos retazos captados al azar, Manuel había reconstruido lo que le había sucedido a raíz de la sublevación, pero no le permitían colegir nada sobre las circunstancias de su liberación —¿o se había fugado?- del convento. ¿La habrían bautizado? ¿La habrían exculpado y, por tanto, se habría emancipado del dominio de Alfonso? ¿O,

simplemente, había aprovechado el caos de la rebelión para escapar? Durante sus escasos momentos de vigilia, Beatriz estaba tan intensa y patéticamente dedicada a restablecer el nexo con su hijo, que él no tuvo corazón para importunarla con sus preguntas.

Sus incógnitas se despejaron por sí solas. El primer domingo después de la llegada de Beatriz a la casa, la brisa de la mañana llevó hasta las tierras de Ibn Yatom el tañido de las campanas de la iglesia de Córdoba llamando a misa a los fieles. Al oírlas repiquetear, Manuel vio cómo Beatriz se despertaba incorporándose en un sobresalto, con los ojos desorbitados. Primero miró a su alrededor con pánico, pero cuando lo vio allí, a su lado, se sintió devuelta a la nueva realidad. Sonriendo, entrelazó su mano con la de él, volvió a recostarse y, con un suspiro de indecible alivio, se sumió en un pacífico sueño. La serenidad que inundaba su rostro, le contó a Manuel todo lo que quería saber.

EPÍLOGO

Aunque ni Manuel ni Juan lo sabían, era la segunda vez en los anales de la familia Ibn Yatom que un doble casamiento tenía lugar entre los cipreses, recientemente plantados, que crecían una vez más en sus heredades cordobesas. Tuvieron que postergar la celebración nupcial hasta noviembre de aquel año 1264 para que Isaac, Ana y el resto de sus hijos pudieran viajar a Córdoba sin aventurarse a ningún riesgo.

Lentamente se implantaba el control en los caminos, y la primera campaña de Alfonso contra los rebeldes musulmanes era tan minuciosa como despiadada. Jerez de la Frontera y sus cercanías cayeron en poder del rey, y toda la población morisca de la región fue expulsada. Pero ya por entonces el otoño estaba muy entrado. Reacio a lanzar un ataque invernal contra la empedernida resistencia de la insurrección, sus antiguos vasallos musulmanes en Granada y Murcia, Alfonso decidió reagrupar sus tropas y reorganizarlas con vistas a una masiva y fulminante ofensiva en primavera.

Fue durante esa tregua cuando tanto Manuel y Beatriz como Juan y Pascualita contrajeron matrimonio. A diferencia del doble casamiento de Hai con Dalitha y de Amira con Ishak, celebrado en el mismo lugar dos siglos antes, esta vez no hubo pompa ni boato. Hacía mucho que los días de esplendor de Córdoba habían pasado y, con ellos, la grandeza de los judíos. Sin embargo, entre el puñado de gente que poco a poco regresaba para repoblar la ciudad, reducida a la misera, llegó el rabino que llevó a cabo la sencilla ceremonia.

En contra de lo que se suponía, Juan descubrió que tenía una verdadera vocación por el trabajo agrícola y, finalmente, fue él quien siguió cultivando aquellas tierras. Su primer hijo, Eleazar, continuó la antigua tradición familiar y se hizo médico. Pero la planta del áloe nunca volvió a sembrarse.

Manuel, Beatriz y Davico formaron su hogar en Toledo, donde siguieron trabajando juntos, él traduciendo y ella copiando. Al año de casados, nació su hija Orovida.

* * *

Con el paso del tiempo, un descendiente de su tocayo Eleazar se convirtió en médico del enfermizo príncipe heredero Juan, hijo de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel. Al casarse con Alegra, cuya hermana era descendiente de su homónima Orovida, una vez más las dos ramas de la antigua estirpe se unieron, pero sin que ellos lo supieran. Durante los tumultos contra los judíos que se extendieron en 1391 a lo largo y ancho de España, el contacto entre las familias volvió a interrumpirse, y como todas las juderías fueron destruidas y sus miembros asesinados o forzados a convertirse, los viejos documentos de la comunidad hebrea fueron pasto de las llamas y se perdieron para siempre.

El destino de Orovida y su marido, David Villeda, así como el de Alegra y Eleazar ben Nahman, ya ha sido consignado en otras páginas. Con ese relato, la presencia judía en España alcanzó su trágico final.

El sueño del rey Alfonso de convertirse en emperador del Sacro Imperio Romano Germánico nunca se materializó. En un último esfuerzo por persuadir al papa Gregorio X para que confirmara su candidatura, viajó hasta Beaucaire, donde se encontró con el pontífice, pero su ruego fue escuchado como quien oye llover.

Aprovechando la ausencia del rey, los musulmanes de Granada llamaron a sus aliados del norte de África, la dinastía benimerín, y volvieron a sublevarse. El príncipe Fernando, legítimo heredero de Alfonso, murió defendiendo el reino de sus padres mientras repelía ese ataque por sorpresa.

Como consecuencia de ello, se desencadenó una lucha por la sucesión entre Sancho, el hermano de Fernando, y los hijos de éste apoyados por su abuela, la reina Violante. Con la indecisión que había caracterizado todo su reinado, Alfonso se mostró incapaz de solucionar aquel amargo conflicto. Muchos de sus verdaderos partidarios, tanto judíos como cristianos, fueron víctimas de sus airadas sospechas durante esa trágica disputa, entre otros, Zag de la Malea, el hijo de don Zulema.

Al morir, Alfonso era un hombre abatido y desilusionado, pero su vasta obra literaria se perpetúa hasta el día de hoy como un monumento perenne a su memoria.

[1]. Siempre en castellano en el original. En 1212, Alfonso de Castilla fundó en Palencia el primer *studium general*. (N. del T.)

[2]. En la tradición cordobesa y sevillana de los jardines islámicos, se trata de una reproducción del paraíso del antiguo Oriente Medio; un vergel dividido en cuatro sectores que, al rehundirse en el suelo (dos metros como mínimo), forman un jardín con dos niveles. (N. del T.)

[3]. En castellano en el original. (N. del T.)

[4]. *Great Theriac* en el original. Se trata de la gran teriaca, o triaca, antídoto contra las mordeduras de animales venenosos, una preparación de la farmacopea medieval cuya fórmula magistral se atribuía a Galeno y a Andrómaco, el médico de Nerón. (N. del T.)

[5]. Del árabe al-Jwarizmi, sobrenombre del célebre matemático Mohamed ben Musa. (N. del T.)

[6]. En castellano en el original. (N. del T.)

[7]. Ceremonia de confirmación religiosa de los muchachos judíos que tiene lugar a la edad de trece años. (N. del T.)

[8]. En castellano en el original. (N. del T.)

[9]. Para los españoles, todos los ultrapirenaicos que emprendían la ruta compostelana eran «francos» por antonomasia, es decir, franceses. (N. del T.)

[10]. Ceremonia tradicional que se celebra en la víspera de la Pascua judía. (N. del T.)

[11]. Pan ázimo que comen los judíos durante la semana de Pascua. (N. del T.)



mipapyreebookreader.foroes.net

Creado: 20100828 — conforme estandar BBPP LARdT 1.0

Versión: 20100828

Más libros, más libres

OceanofPDF.com